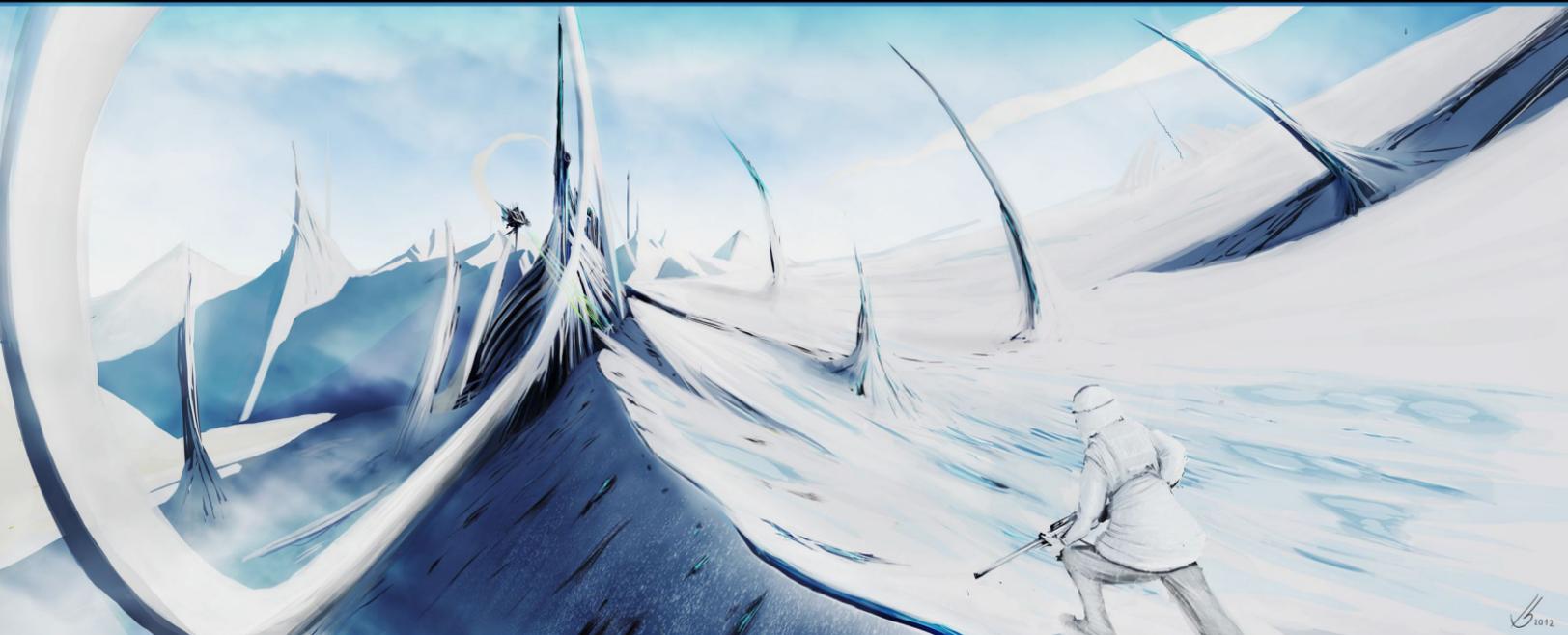


Cuerpo de Asalto Clon 5

U
Dis } topía



Lainier Sind

B
1012

Cuerpo de Asalto Clon 5

U
\
topía
/
Dis

Lainier Sind

Cuerpo de Asalto Clon 5 - Utopía · Distopía por Lainier Sind se encuentra bajo una Licencia [Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 3.0 Unported](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/).

Ilustración de cubierta: © 2012 KBerthonneau, used under a Creative Commons Attribution-Noncommercial-No
Derivative Works 3.0 license: <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/>.

INTRODUCCIÓN DEL AUTOR

Los siguientes personajes están basados en personas reales:

Lainier Sind, Berllerak, ElArtista, Tete, el Kapitán, Night Stalker, Olmaly, Mendizale, Xanty Xs, Gatdras, Nevuroy, Wib, SuNSeT.

Gracias a Xanty Xs por haber redactado el texto en *itálica* de su personaje en el capítulo tres.

ÍNDICE

I. El agujero negro.....	7
II. Mirada en el abismo.....	19
III. El cariz de los clones venideros.....	28
IV. Un salto de un kilómetro.....	42
V. Un destino peor que la muerte.....	67

*Mantenemos nuestros ojos abiertos
Nos apoyamos unos a otros
Seis corazones que arden
El fuego te mantiene caliente.*

*Y el tiburón tiene lágrimas
Y le corren por la cara
Pero el tiburón vive en el agua
Así que nadie puede ver las lágrimas.*

—Rammstein, "Tiburón"

*Siento que está tomando el control
Todo se torna oscuro
Ábreme en canal, el grito desesperado.*

—In Flames, "Metáfora"

*Toda chispa de amistad y amor
Morirá sin un hogar
Escucha el gemido del soldado, "Seguiremos solos".*

—Arcade Fire, "Intervención"

*Necio, ahora que sabes que tu fin se acerca;
¡siempre caes por lo que deseas o por lo que temes!*

—Arcade Fire, "El pozo y el faro"

*Tuve un sueño de lo que sería mi vida
Tan diferente de este infierno que estoy viviendo
Tan diferente ahora de lo que parecía
Ahora la vida ha matado el sueño que soñé.*

—Herbert Kretzmer, "Soñé un sueño"

*Deberíamos haber muerto
Hace mucho, mucho tiempo.*

*¿Quién sabe?
Yo no
Nunca perdimos el control
Estás cara a cara
Con el hombre que vendió el mundo*

—David Bowie, "El hombre que vendió el mundo"

*Déjame, que yo no tengo la culpa de verte caer
Si yo no tengo la culpa de ver que...
entre dos tierras estás
y no dejas aire que respirar.*

—Héroes del Silencio, "Entre dos tierras"

I EL AGUJERO NEGRO

El Lentz se detuvo a una distancia prudencial de XTE J1650-500, uno de los agujeros negros más pequeños de la galaxia, situado en la constelación de Ara, a 26.000 años luz de La Tierra. Su diámetro era de unos 24 kilómetros y estaba rodeado por un disco de acreción formado por la materia que arrancaba de la estrella que lo acompañaba, provocando una abundante emisión de rayos-X.

Los siete ocupantes de la nave contemplaron el espectáculo a través de la pantalla de cien pulgadas del puente de mando con una mezcla de asombro y terror. Su periplo de más de un año por el Xenoespacio les había conducido hasta allí. Iban vestidos con los uniformes de trabajo, aunque Lainier no llevaba sus gafas: jamás lo hacía cuando estaba a bordo del Lentz. Todos estaban de pie salvo Berllerak, que permanecía en los mandos. Durante diez segundos, guardaron silencio.

—¿Estás grabando? —preguntó al fin Lainier.

—Sí —respondió Berllerak—. Nos haremos ricos con este vídeo.

—Si pudiéramos contemplar esto durante un instante directamente, sin un monitor...

—Puedes hacerlo. Y después morirás por la radiación.

—En fin, dale caña a los sensores.

Berllerak inició el escáner. Tardó diez segundos en informar:

—No... detecto nada.

—No me sorprende —dijo Lainier—. El caza de la Hermandad sólo era detectable a medio alcance. ¿Alguien ve algo a simple vista?

—Na de na —dijo ElArtista. El resto de ocupantes se limitaron a negar con la cabeza.

—Estoy haciendo un barrido con zoom —dijo Berllerak. La ampliación de imagen se mantuvo durante un minuto, hasta que Lainier se cansó:

—No se ve una mierda —se quejó—. Habrá que avanzar.

—¿Y la radiación? —preguntó ElArtista.

—El ordenador avisará cuando sea excesiva —explicó Berllerak.

—Yo creo que aquí no hay nadie. Es suicida montar una base aquí.

—El que no se arriesga no gana —afirmó Lainier—. Si los tienes bien puestos, este es un buen lugar donde esconderte, porque los que sean un poco menos valientes que tú no van a visitar la zona sin una buena razón.

—¿Y si san pirao o están todos muertos? Si la Hermandad descubrió este lugar, ambas opciones son posibles.

—Deja de especular. Berllerak, sigue adelante.

El Lentz avanzó 50.000 kilómetros. Berllerak volvió a escanear el espacio.

—Nada —dijo—. Y si seguimos acercándonos, la radiación podría empezar a dar problemas.

—Sigo sin ver una mierda —se quejó de nuevo Lainier mientras contemplaban el espacio en el televisor—. Dale al zoom.

—Mmm... Distorsión óptica ahí delante —dijo Berllerak señalando un punto de la pantalla. Una zona circular del espacio mostraba la luz de las estrellas de forma incorrecta, deformada.

—Se parece un poco al efecto que provocan los agujeros negros a su alrededor. Pero el agujero negro está más lejos.

—Estoy ajustando los sensores —el piloto estuvo pulsando la pantalla durante unos segundos—. Interesante. Se detecta un cuerpo pequeño de unos cincuenta metros de diámetro a unos mil kilómetros. Tiene que ser la distorsión.

—Allí no hay nada...

—Si la luz se desvía, algo hay.

—Podría ser un agujero negro diminuto... —señaló ElArtista.

—Los agujeros negros no pueden ser tan pequeños.

—¿Seguro? A lo mejor es un cacho de agujero negro que se desprendió del grande.

—No tienes ni puta idea de astrofísica, ¿verdad?

—Más bien no...

—Sois un lastre pal equipo, señores. Creo que ya sé lo que tenemos aquí.

—Y es... —comenzó a decir Lainier.

—Quiero hacer primero una comprobación pa darle emoción a la cosa. Podemos acercarnos sin peligro de radiación.

—Dale caña.

El Lentz se detuvo a cien metros de la distorsión óptica. Berllerak activó los dos cañones situados a ambos lados del Lentz: los proyectiles se estamparon a derecha e izquierda de la distorsión, chocando contra el vacío, pero estaban cargados con pintura: unas grandes manchas de aproximadamente diez metros de diámetro quedaron flotando en el espacio.

—Acojonante —señaló ElArtista.

—¿Invisibilidad? —preguntó Lainier.

—Efectivamente —respondió Berllerak—. Creo que hemos encontrado la base de los piratas. Y por suerte parece que no están en casa. O están muertos: la distorsión óptica se debe haber producido por el choque de algún objeto que dañó el material en ese punto.

—Sabía que el Xenoespacio tenía mierdas de estas, pero... ¿una base entera? ¿Podría ser tan grande?

—Bueno, voy a ir recubriendo esa cosa de pintura a ver lo que vemos. A lo peor se nos acaba la pintura antes de

tiempo, pero si al menos lográsemos encontrar una entrada...

—¿Y si los piratas vuelven? —preguntó ElArtista.

—¿No te parece mucha casualidad que no estén en casa justo cuando llegamos nosotros? Por no mencionar que nadie dejaría esta cosa sin proteger. No creo que nadie nos moleste.

—A menos que la base tenga una cosa fascinante llamada alarma.

—¿Y desde dónde van a venir? Una señal de radio tardará seis meses en llegar a la estación más cercana, y es de la Asociación.

—De otra base oculta por aquí cerca.

—Las pistas nos han conducido aquí. Dudo que haya más bases.

—Pero no sabemos lo que hay allá dentro. Podría haber trampas. Quizás deberíamos volver a la estación e informar. Que nos den refuerzos o algo.

—Eres un cobarde de mierda. Ni siquiera he localizado la entrada y ya estás quejándote.

—Lai, dile que está loco... Tú entiendes de esas cosas...

—Pues... —comenzó a decir Lainier con una sonrisa—, precisamente porque yo también estoy loco, quiero echarle un ojo...

—Maaaadre mía...

—Si hubiera trampas dentro, probablemente también tendría defensas externas automáticas, y seguimos enteros.

—¡Eso es especulación!

—La jefa decide.

—¡Pero...!

—Adelante con la operación —dijo Olmaly.

—¡Olmaly, no les hagas caso!

—Adelante he dicho.

—¡Un momento! ¡Tú en realidad no eres la jefa! ¡Sólo mandas en asuntos diplomáticos!

—Si son un pueblo nuevo, es un asunto diplomático. Y si no lo es, decide Lainier. Y en ambos casos estamos de acuerdo en entrar, así que...

—Mmm... ¿Podéis darme cinco minutos a ver si se me ocurre una forma de convencerlos?

—¡Demasiado tarde! —dijo Berllerak sonriendo mientras comenzaba a recubrir de pintura el objeto no identificado. Encontró la entrada antes de lo previsto—. La zona de distorsión es una compuerta. Y lo bastante grande para que el Lentz quepa por ella...

—¡Entonces esa cosa es enorme! —señaló ElArtista.

—No veo cierres. ¿La Hermandad intentaría volarla para acceder?

—Eso es factible —dijo Lainier—. A falta de tener más datos, una teoría posible es que un miembro de la Hermandad podría haber seguido a los piratas hasta aquí, haber robado uno de sus cazas y haber intentado entrar en la base con él. Al ver que no podía, regresó con el botín.

—Pero no volvieron aquí para rematar la faena. ¿Y cómo sabía el Hermanado a dónde debía apuntar si la base es invisible? Por no mencionar que no tiene sentido entrar ahí dejando un boquete. La radiación sería mortal en cuanto se bajase del caza. A menos que no tuviese intención de bajar, sino simplemente matar a todos los miembros de la base. Me temo que debemos indagar más.

—¿Entonces cómo abrimos esa mierda sin petarla?

—Quizás deberíamos seguir buscando otra entrada —señaló Tete.

—No, quiero esta —dijo Berllerak.

—Em... ¿por qué?

—Porque me sale de los cojones...

—...

—¡No hay razón para pensar que las otras entradas sean más fáciles de abrir que ésta!

Lainier sacó su móvil y se preparó para emitir a través de la radio del Lentz.

—Abran, si son tan amables —dijo el líder del Cuerpo de Asalto.

—¿Pero qué haces? —preguntó ElArtista.

—A lo mejor sí están en casa pero se hacen los locos...

—¡Entonces admites que la base podría no estar abandonada!

—¡Es dudoso, pero no perdemos nada por probar!

—¿Y por qué deberían contestar?

—Cállate, joder —Lainier se apartó de su compañero y prosiguió hablando por radio—. ¡Si no se identifican volaremos la base! ¡Y nuestros superiores saben que estamos aquí, así que más vale que no intenten nada!

—Nuestros superiores no saben que estamos aquí... —murmuró ElArtista, quien recibió una colleja de Olmaly—. Ay...

—Identificación —dijo una voz en silkeriano que sonó por la radio del Lentz.

—¿Silkeriano? —se preguntó Berllerak, perplejo.

—¿Tonces sí que están? —se preocupó ElArtista.

—Lainier Sind —dijo el líder del Cuerpo de Asalto—, jefe de...

Antes de que pudiera acabar, la compuerta se corrió hacia la izquierda, abriendo el camino. El otro lado estaba levemente iluminado. Sin duda parecía un hangar, pero no pudieron apreciar ningún caza.

—Acceso autorizado —dijo la voz.
—Ni se te ocurra, Lai... —murmuró ElArtista.
—Berllerak, escanea el interior —ordenó Lainier.
—No detecto formas de vida —informó Berllerak.
—Introduce una sonda.
—¿En tu ano? —preguntó ElArtista—. Me presto voluntario para hacerlo.
—Calla, coño —gruñó Lainier.
—¿No se lo tomarán a mal? —preguntó Berllerak—. ¿Y si piensan que es una bomba?
—Sabrán que no lo es cuando no estalle.
—Ya, pero es que para entonces a lo mejor ya nos han matao...
—Solicitamos permiso para enviar una sonda —dijo Lainier por radio. Esperó unos segundos a la contestación pero no hubo respuesta—. ¿Oiga?
—Mal rollo —se quejó ElArtista.
—Si realmente no hay vida, quizás nos ha hablado un ordenador.
—¿Y el ordenador te da acceso? —se preguntó Berllerak.
—Trampa —dijo ElArtista—. Nos vamos a meter nosotros solitos.
—¿Pero cómo sabían que veníamos? —se preguntó Lainier.
—¿Y si esta base es un proyecto experimental de la Asociación? Eso explica que nos dejen pasar y lo de que usen eneano y silkeriano.
—El eneano del caza de la Hermandad era un dialecto desconocido. ¿Y por qué la Asociación no nos contó esto antes de mandarnos de viaje durante más de un puto año?
—Probablemente no querrían que nos enterásemos. Pensarían que jamás encontraríamos esto.
—Lo siento pero me cuesta mucho creer que la Asociación haya logrado desarrollar esta tecnología en tan poco tiempo —señaló Berllerak.
—La invisibilidad no es patrimonio exclusivo del Xenoespacio...
—Pero esto está a escala brutal, y manteniendo una gran perfección. Lo siento, pero no me cuadra.
—¿Entonces qué?
—Entonces Lai decide.
—Querrás decir que decide Olmaly. Si están dentro y resultan no ser piratas, esto sí que puede causar un incidente político.
—Si fueran de la Asociación creo que me lo habrían dicho —afirmó Olmaly—. Y siendo del Xenoespacio, sigo pensando que son piratas, o de lo contrario alguna autoridad se nos habría opuesto en cuanto comenzamos a hacer preguntas por los planetas. Así que adelante.
—¡Estáis tos chalaos!
—Manda la sonda —ordenó Lainier a Berllerak.
—Allá voy —Berllerak controló remotamente una pequeña esfera metálica de un metro de diámetro que entró en la base. Los ocupantes del Lentz estudiaron detenidamente las imágenes.
—Chatarra —afirmó Berllerak observando numerosos restos acumulados en el hangar—. Creo que cazas. Algo los petó y los arrojó hacia fuera, pero chocaron con las paredes. La compuerta fue dañada por ser la parte más vulnerable. Por eso la invisibilidad falló parcialmente.
—¿Quieres decir que fue una explosión interna? —preguntó Lainier.
—Eso parece.
—¿Obra de la Hermandad?
—¿Cómo cojones quieres que lo sepa? ¿Qué tal si seguimos investigando?
—Vaale.
—A la izquierda hay una compuerta cerrada que da al interior de la base. Esperemos que se abra cuando aterricemos. Mmm, mirad, al lado de la compuerta exterior hay una consola de control manual. Y no veo nada más de interés.
—Lecturas.
—A mi me va la literatura fantástica...
—Lecturas de la sonda, joder.
—Lo único chungo que detecto es una enorme cantidad de radiación, que está entrando desde el exterior ahora mismo. El problema es que esto enmascara alguna posible fuga radioactiva procedente del interior de la nave.
—Tiremos p'adentro y esperemos que la compuerta se cierre. Si no lo hiciese, ¿podríamos enviar un robot a activar el control manual o la radiación lo freiría?
—Acabaría frito en un plis.
—Bueno, vamos allá y a ver qué pasa.
El Lentz entró en el hangar y se posó en el suelo. Afortunadamente la compuerta que daba al exterior se cerró. Desde dentro se percibía claramente una abolladura en toda su superficie. Un gas proveniente de varias espitas en el techo llenó la instancia.
—Limpieza de radiación —señaló Berllerak leyendo en el monitor—. Todo en orden.
Pasado un minuto, el gas se disipó y la segunda compuerta que daba al interior de la base se abrió.
—Lecturas —repitió Lainier.

—Radiación nula —informó Berllerak—. Gravedad 0.9G. Zona presurizada. Atmósfera respirable. Temperatura quince grados Celsius.

—Ale, al tajo. Olmaly, quédate aquí y si ves que la cosa se pone fea, te largas a la estación.

—¿Qué puedo considerar algo feo? —preguntó la chica.

—A Lai... —murmuró ElArtista.

—Básicamente si la señal de vida de nuestros intercomunicadores se apaga, es que a lo mejor algo va mal —señaló Lainier.

—¿Y si el control manual de la compuerta no funciona? —preguntó la chica.

—Pues... mala suerte...

—En fin... Aquí os espero.

Los clones descendieron de la nave, armas en mano. Berllerak devolvió la sonda al interior del Lentz y encabezó la marcha como responsable técnico, con su móvil en la mano izquierda, conectado inalámbricamente a un potente escáner que llevaba colgado a la espalda, del mismo tamaño que una mochila pequeña.

—Relata —dijo Lainier mientras avanzaban por un largo pasillo. Todo el lugar era metálico, en diversos tonos de azul.

—Cuando haya algo de interés os lo diré, pesao —replicó Berllerak.

—Las luces están encendidas —señaló Tete mientras miraba el techo. Efectivamente, los focos de iluminación de los pasillos estaban operativos—. Eso quiere decir que la nave debe ir bien de energía, o se habrían desactivado los sistemas no esenciales.

—Pues claro.

—¿Y eso no te parece de interés?

—¿Por qué tengo que informar de obviedades?

—A lo mejor para ElArtista no son tan obvias... —murmuró el Capitán.

—Sí, pero él me importa un carajo.

—Y además yo paso de esas cosas... —señaló ElArtista—. A mí decidme a quién hay que matar y dejaos de gilipolleces técnicas...

—¿Entonces no te interesa saber que podríamos patentar las nuevas tecnologías que encontremos y forrnarnos?

—¡Cambio de opinión! ¡Me interesan esos detalles técnicos!

—Tenemos que entregarle la nave a la Asociación —señaló Lainier—. Suponiendo que no pertenezca a un gobierno legítimo, claro.

—Ya estamos jodiendo...

Los clones llegaron a una encrucijada. El pasillo que se cruzaba por el que caminaban estaba manchado por algo oscuro en suelo y paredes. Berllerak pasó el móvil por la zona:

—Interesante.

—¿Ahora sí? —preguntó Lainier.

—Ahora sí —dijo Berllerak consultando el resultado del análisis—. Es una mezcla de restos inorgánicos y orgánicos.

—¿Carbonizados por la explosión?

—La explosión tuvo que tener una fuerza enorme si se extendió por el pasillo y llegó hasta el hangar, reventando las naves.

—Bueno, sigamos.

Los clones avanzaron por más pasillos, con diversas puertas a ambos lados. Algunas estaban abiertas y otras cerradas. En las abiertas encontraron más cenizas. No pudieron abrir las cerradas: todo el material del que estaba hecha la base era extremadamente duro, y los paneles de acceso usaban la misma tecnología que el caza, así que no eran pirateables. De hecho sólo constaban de una especie de lente diminuta de forma circular. Berllerak sospechaba que se trataba de un sensor biométrico. Por la altura a la que se encontraba debía ser un escáner de huellas, pero decidió no colocar el dedo encima: no lograría abrir las puertas y corría el riesgo de activar algún sistema de seguridad. Aunque les habían permitido el acceso a la base, no se fiaba, y menos tras ver el estado en que se encontraba el lugar.

—Aquí ya llegamos a algo —dijo Berllerak mientras leía los letreros al lado de una puerta abierta—. "Energía". Y de nuevo en silkeriano.

Los clones entraron y siguieron por otro pasillo que de nuevo volvía a dividirse en derecha e izquierda. El derecho estaba cerrado por otra compuerta, pero la de la izquierda estaba abierta. Al lado de ambas había más letreros. Berllerak se aproximó a la cerrada acompañado de Lainier y ElArtista mientras Tete apuntaba a la izquierda y el Capitán vigilaba la retaguardia.

—"Energía fotónica" —leyó Berllerak—. Supongo que la nave está absorbiendo energía de la luz de la estrella y de los rayos-X que dimanan del disco de acreción del agujero negro. Los sistemas podrían mantenerse funcionando indefinidamente.

—En el otro lado pone "Reactor de Antimateria" —informó el Capitán.

—¡No me jodas! —Berllerak se precipitó rápidamente al otro extremo del pasillo—. Mmm... Voy a entrar. Quedaos aquí, no sea que toquéis algo que no debéis.

—Pero yo quiero tocar... —murmuró ElArtista.

—Pues hazle tocamientos al Lai...

—No mapetece, que ma hecho entrar aquí...

—Tú te lo pierdes, estrecho... —murmuró Lainier en tono jocosos.

Berllerak pasó al otro lado y descubrió una serie de esferas negras y metálicas gigantescas de unos diez metros de diámetro dispuestas en filas. Se perdían más allá de donde alcanzaba la vista. Todas tenían un panel de información, que mostraba varios datos.

—Dios... —murmuró el genio de la tecnología. Después reparó en que una de las esferas más cercanas a la entrada había reventado: sólo quedaban algunos restos en la base—. Ya entiendo...

Berllerak regresó con sus compañeros.

—¿Cómo está el tema? —preguntó Lainier.

—Ahí dentro hay antimateria como para volar... Bueno, no lo tengo claro porque recorrer toda la estancia habría sido cansao, pero seguro que se podría arrasar un planeta...

—Estás de coña...

—No, no lo estoy. Y creo que ya sé lo que pasó aquí. Uno de los contenedores de antimateria reventó. Quizás tuviese un problema de alimentación y el campo magnético cedió, o alguien de la Hermandad lo apagó. En cualquier caso, la explosión se extendió por toda la nave. La estructura aguantó porque es la polla, pero toda forma de vida fue volatilizada, y los cazas también petaron.

—¿Para qué alguien se arriesgaría a contener tal cantidad de antimateria en un solo lugar?

—Esa no es la pregunta, Lainier. Bueno, sí lo es, pero hay otra: ¿quién cojones ha sido capaz de reunir tanta antimateria? En serio, eso es caro y cansao. Pero muuucho...

—Pues el Xenoespacio.

—Tendría que ser el Xenoespacio en conjunto. No creo que una sola civilización del Xenoespacio haya podido acaparar toda esa antimateria para ellos solos, porque está repartida en sectores controlados por gobiernos diversos. Esta nave debe haber sido un esfuerzo colectivo.

—Mal asunto. ¿Podrían haberse aliado con fines bélicos? A lo mejor, como has dicho, querían arrasar un planeta.

—Pues con esa cantidad lo hubieran conseguido. Aunque un sistema de defensa orbital hubiese petado la nave antes de entrar en la atmósfera planetaria, la explosión habría acabado con toda vida, incluso la de planetas grandes.

—En cualquier caso creo que podemos descartar a los piratas. ¿Pero seguro que es el Xenoespacio? Si es un complot colectivo, no nos habrían dejado llegar hasta aquí. Ni siquiera nos habrían dado los visados para poder explorar su territorio.

—Cierto. Y toda esa mierda del silkeriano tampoco cuadra con el Xenoespacio.

—Pero dijiste que tampoco pueden ser los nuestros.

—Si hubieran realizado una operación de escala galáctica para conseguir toda esta antimateria, todo el mundo se habría coscado.

—Pero eso debería incluir al Xenoespacio, ¿no? Ellos tampoco parecen haberse dado cuenta.

—Lamento informar de que nada de esta mierda tiene sentido, excepto lo de la Hermandad. Mi teoría es que alguien de la Hermandad logró infiltrarse aquí, o quizás le trajeron como prisionero y logró escapar. Preparó la explosión y se largó de aquí robando ese caza.

—¿Pero por qué no regresaron para ver si quedaba algo en pie?

—¿Y si el piloto no llegó vivo? Pudo morir por radiación. Yo cuando me puse a los controles del caza no tenía claro cómo iba. Imagina que el Hermanado roba el caza... ¿sabría comprobar si el escudo antirradiación estaba activo? ¿Y la pantalla metálica para ocultar la cabina? ¿Crees que la pudo desplegar? En mi opinión, el piloto saltó al hiperespacio y llegó ya muerto a Noctem, por lo que no pudo informar de dónde había sacado el caza.

—Es factible. Sólo falta saber cómo encontró exactamente esta base en primer lugar.

—Otra tesis es que no fuese el Hermanado quien reventó el depósito. Pudo ser un fallo local. Un piloto pudo haber sobrevivido al evento, quizás porque estaba ausente en ese momento. Puede que intentase buscar ayuda en algún planeta cercano: contratar mercenarios para deshacerse de los restos de la nave o recuperar lo que pudiese, etc. Como hemos visto, los ocupantes no parecían xenos, sino humanoídes, así que el superviviente acudiría a los nuestros en busca de ayuda. Si alguien de la Hermandad se enteró, ahí podría estar la clave. Quizás discutieran. Yo qué sé. El caso es que el Hermanado logró hacerse con el caza pero no supo la localización de la base.

—También me vale. Sigamos explorando la base.

Los clones continuaron con su tarea. Por fin encontraron varias salas grandes y abiertas. Los restos parecían indicar que habían sido utilizadas como salas de reuniones, enfermerías, gimnasios y almacén de maquinaria. Sin embargo, no había nada que pudiera permitir identificar la naturaleza de los desaparecidos ocupantes.

—¿Cuánta gente calculas que vivía aquí? —preguntó Lainier a Berllerak, que siempre iba un paso por delante del grupo. Seguían avanzando por los pasillos.

—Cincuenta —respondió Berllerak—. La mayor parte de la nave está ocupada por la antimateria, por cierto, y probablemente también por el almacén fotónico.

—Pero de momento no hemos visto cañones para disparar proyectiles de antimateria, ni otro tipo de armas que justifiquen la energía fotónica. ¿Crees que queda mucho por explorar?

—Si el diseño es coherente, no mucho. Por cierto, la nave tiene forma alargada, por si no os habíais dado cuenta.

Finalmente, los clones llegaron al puente de mando. Tenía unos doscientos metros cuadrados. Había diez asientos dispuestos a lo largo del lugar. Tres de ellos miraban hacia un enorme monitor de doscientas pulgadas que colgaba del

techo. Estaba encendido y mostraba un sistema operativo poco comprensible.

—El diseño del software parece similar al del caza de la Hermandad —dijo Berllerak sentándose en la silla central sin dejar de mirar el monitor—. ¡Háblame, CPU!

A pesar de emitir la orden en silkeriano, no hubo respuesta. Los clones examinaron más monitores secundarios en cada uno de los cubículos de los tripulantes, pero esos estaban apagados.

—¿Y si pulsas la pantalla? —preguntó Lainier mientras se sentaba a la derecha de Berllerak.

—La pantalla está demasiado alejada del asiento como para que se controle por tacto. Lo gracioso es que no veo ninguna interfaz por aquí.

—¿No sacas nada en claro leyendo el monitor?

—Pues no. Mucho icono y poco texto. Quizás debería probar a...

De repente un mensaje apareció en pantalla: "Escaneo completo. Acceso autorizado".

—¿Nos han escaneado? —preguntó Lainier—. No he notado nada...

—Más inquietante veo lo de acceso autorizado —afirmó Berllerak. De repente apartó los brazos y reparó en que los asientos tenían sensores como los de las puertas a la altura de donde reposaban las manos—. En los asientos hay controles biométricos, pero no tiene sentido que nos autoricen el acceso.

—Es una traaampa —repitió ElArtista mientras se acercaba a la silla a la izquierda de Berllerak—. Seguro que quieren obligarnos a hacer algo malo. ¿No veis que esto parece obra de la Asociación? ¡Pero no lo es! ¡Sólo quieren que parezca que fue construido por la Asociación! ¡Harán que nos estrellemos con la puta antimateria contra algún objetivo y nos echarán la culpa! ¡Así tendrán un casus belli!

—Coño —dijo Lainier, sorprendido—. ¿Conoces esa expresión?

—Conozco muchas cosas que tienen que ver con la muerte y destrucción.

—Pues es espantoso admitirlo, pero podrías tener razón. ¿Y si esto es una elaborada trampa del Xenoespacio para justificar una nueva guerra?

—¿Y lo del contenedor de antimateria reventao? —preguntó Berllerak.

—Justificación para que nos encontremos la nave abandonada y sintamos el impulso de quedárnosla.

—Vámonos de aquí... —murmuró ElArtista.

—Sin que sirva de precedente, estoy de acuerdo con él. Será mejor no tocar nada más y...

De repente, otro mensaje apareció en pantalla: "Iniciando navegación."

—¡¡Mierda!! —gritó ElArtista mientras corría hacia la salida—. ¡¡Ma que lo sabía!! ¡¡Nos vamos a matar con esta nave!!

—¡El salto al hiperespacio ya se ha iniciado! —dijo Berllerak observando los indicadores en pantalla—. ¡Si salimos ahora moriremos de todos modos!

—¡Cancela el salto!

—¡Cancelar salto al hiperespacio! —gritó Berllerak en silkeriano, sin éxito. El clon decidió recurrir a los gestos manuales, moviendo las manos en el aire. La pantalla pareció responder, porque apareció otro mensaje en ella, aunque no era lo que el clon esperaba:

"Cancelación imposible".

—¿¿Y si revientas el ordenador?? —preguntó ElArtista volviendo a acercarse a Berllerak.

—¡Ni siquiera sé dónde está instalada la CPU! —dijo su compañero—. ¡Además, eso podría tener consecuencias imprevisibles! ¡Podríamos aparecer al lado de una estrella y ser calcinados, o simplemente ser directamente desintegrados!

—¿No íbamos a morir de todos modos? —preguntó Lainier—. Podríamos intentar buscar la CPU. Puede que tardemos en llegar al destino. Estamos muy lejos de cualquier planeta habitado.

—A menos que la misión de esta nave no sea petar —señaló Berllerak mientras observaba la pantalla—. Creo que... sólo estamos viajando...

—¿Ein? —preguntó ElArtista.

—El indicador de la derecha indica el porcentaje de energía generada por la antimateria. Hemos comenzado al 95.93%. Ahora hemos bajado al 95.92%. A la izquierda ha aparecido un tiempo estimado de llegada: cinco días.

—¿¿Cinco días??

—Espera, espera... —dijo Lainier, perplejo—. ¿Cual es el consumo de esta nave para viajar por el hiperespacio? Porque dijiste que había un cojón de antimateria, y para tal cantidad, me parece que el indicador está bajando muy deprisa.

—Pues... Es cierto. No sé qué cojones pasa, pero esta nave está usando una cantidad ingente de antimateria para poder propulsarse por el hiperespacio.

—Cinco días de viaje es mucho tiempo —señaló ElArtista—, pero me sigue pareciendo poco para un consumo así.

—¡Anda, si sabes algo de astrofísica!

—Lo necesario para poder sobrevivir en el espacio.

—Bueno, ¿y qué cojones hacemos durante estos cinco días?

—Pues tú trata de hacerte con el control del ordenador —dijo Lainier—. Y los demás nos dedicaremos a ver si podemos abrir las puertas cerradas por la fuerza, que ahora tenemos tiempo pa ponernos a perforar.

—Si no te importa, antes hablaré con Olmaly y le diré el lío en que nos habéis metido —dijo ElArtista.

—Adelante, muchacho...

Día 1

Mientras Berllerak estudiaba el ordenador, los demás clones estaban parados ante la puerta cerrada más cercana al puente de mando, en un largo pasillo.

—¿Hay huevos? —preguntó ElArtista a Lainier.

—Hay huevos —respondió Lainier poniendo el dedo en el sensor, pero la puerta no se abrió.

—Vaya por Dios...

—Al menos no me ha electrocutado.

—Una pena...

Los clones usaron láseres de alta potencia para abrir las puertas cerradas de las habitaciones. Tardaron toda la mañana en ello. Las exploraron a conciencia y depositaron el botín en el hangar del Lentz. El grupo estaba alrededor de la pila de objetos examinando todo.

—Ropa vulgaris —dijo Berllerak dando una patada a una camiseta. Se había reunido para examinar los objetos ya que el estudio del ordenador parecía una pérdida de tiempo—. Parece humanoide.

—Los uniformes son obviamente militares —señaló ElArtista mientras alzaba uno. Era de color negro—. Un mono anatómico de alta protección y flexibilidad. Sin insignias o identificador alguno. Las operaciones encubiertas molan. ¿Qué opinas, Berlli?

—Le echaré un ojo en el laboratorio —dijo Berllerak mientras recogía un ordenador tableta que estaba oculto en una funda protectora—. A ver si logro encender esto.

El clon pulsó un único botón situado en un extremo de la tableta. Apareció una interfaz holográfica.

—Acojonante —murmuró ElArtista.

—Putos iconos de mierda... —se quejó Berllerak—. Bueno, no os quedéis todos mirando esto: seguid hurgando en toa la mierda que hemos recogido.

—Aún nos quedan cuatro días para llegar. ¿Qué prisa tienes?

—¡Cuanto antes acabemos con esto, antes podremos pensar en un plan! —dijo Lainier.

—¿Un plan para qué?

—Un plan para enfrentarnos a lo que sea nos espere al otro lado.

—¡Por eso en el fondo fondísimo me molas, nena! ¡Siempre crees que puedes arreglarlo todo aunque no tengas ni puta idea de lo que sucede, lo cual es un 99% del tiempo!

—Podríamos convertir toda la nave en una bomba si Berllerak logra descifrar cómo se controlan los depósitos de anti...

—Empiezas a divagar —le interrumpió Berllerak mientras movía las manos frente a la pantalla de la tableta, "tocando" figuras fantasmales—. Primero examinad esto y luego ya veremos... Puto ordenador. Pulse lo que pulse, me dice que la identificación es incorrecta. Y lo mejor de todo es que en ningún momento me ha solicitado dicha identificación.

—Te habrá tomado los datos biométricos al encenderla —señaló ElArtista.

—Pues ese es el problema. Si me ha escaneado, no me ha avisado de ello, y eso no me gusta. Peste sistema operativo.

—Barritas energéticas —dijo Lainier sacando el alimento de una caja de plástico—. La etiqueta del envoltorio está en eneano. Son de chocolate.

—Por si acaso no te las comas, que te conozco. Al menos no hasta que las analice.

—Pues por aquí no veo nada más. Casi todo es ropa sucia y uniformes indeterminados.

Día 2

El grupo estaba reunido en el puente del mando del Lentz. Berllerak estaba mostrando los resultados de los análisis en el televisor.

—Las barritas eran perfectamente comestibles —dijo Berllerak—. A la par que sabrosas. Lo siento, Lai...

—Quedas suspendido de sueldo —afirmó Lainier.

—Rencoroso... Las camisetas son fibras vulgares de Silkeria. Los trajes están hechos con un material parecido al que usamos nosotros en nuestros uniformes, pero más avanzado. Tenemos diez trajes: por la fisionomía, cuatro son de silkerianos, dos de eneanos, y otros cuatro de humanoides similares a los terráqueos. Es más, he logrado sacar células de la ropa informal, y no os va gustar el resultado.

—Escupe.

—Las células pertenecen a clones, pero con algunas variantes genéticas que nunca había visto. Por desgracia las muestras están bastante degradadas para un análisis exhaustivo, pero el análisis también confirma que en esta base había terráqueos, silkerianos y eneanos, como poco.

—Nontiendo naaaa —insistió ElArtista.

—No he podido hacer funcionar la tableta. Sencillamente, la informática de estos tipos no se parece a la nuestra. Además, es más avanzada.

—Vaya inútil...

—Y... eso es todo.

—Pos vaya mierda.

—Tormenta de ideas —dijo Lainier—. ¿Qué cojones está pasando aquí?
—Como sigo manteniendo que ninguna de estas mierdas ha podido ser diseñada por la Asociación —dijo Berllerak—, creo que estos tipos eran mercenarios clones contratados por los xenos.
—¿Y los xenos les darían tal tecnología? Lo dudo mucho.
—Aún sigo trabajando en eso...
—A lo mejor los eneanos no fueron los únicos que sufrieron una escisión en el Éxodo —conjeturó ElArtista—. ¿Y si quedaron otros grupos atrás e hicieron frente común?
—Los silkerianos no cambiaron de planeta —explicó Lainier—. Siempre han vivido donde están. No sé qué coño pintan en esta base.
—El silkeriano es el idioma común de la Asociación —señaló Berllerak—. Los tipos de esta nave podrían usarlo sólo para entenderse entre ellos. Las células silkerianas podrían no pertenecer a tripulantes, sino a prisioneros. ¿Miembros de la Hermandad, quizás?
—¿Y por qué no usar un idioma de alguna raza que sí tenga presencia en el Xenoespacio?
—Mas vuelto a cazar...
—¿Y si son todos de la Hermandad Clon? —preguntó ElArtista—. A lo mejor esta base se la arrebataron a los xenos.
—No hemos encontrado identificadores de la Hermandad por ningún lado —señaló Lainier—, y tú dices que siempre los llevan encima. Además... ¿y la denuncia xeno por robo? ¿La Hermandad logró no dejar testigos? ¿Los xenos no echaron de menos este pedazo base?
—Pues me quedo sin ideas.

Día 3

Nueva reunión en el puente de mando del Lentz.
—No he logrado nada con el ordenador de a bordo —explicó Berllerak—. Y tampoco puedo manipular directamente los depósitos de antimateria, así que olvidad lo de la trampa-bomba.
—Cagontó... —murmuró ElArtista.
—¿Entonces nos queda algo por hacer? —preguntó Lainier.
—Voy a echar un vistazo al hangar, a ver si puedo apañar algo para poder huir. Y eso.... es todo. Los demás no tenéis nada que hacer.
—Salvo desesperar... —murmuró ElArtista.
—Calla, coño...

Al cabo de diez minutos, Berllerak, estaba sobre una plataforma voladora a diez metros sobre el suelo, examinando la compuerta del hangar que daba al espacio exterior. Abajo le observaba Lainier. El resto del grupo esperaba en el Lentz.

—¿Puedes desmantelarla? —preguntó el líder del Cuerpo de Asalto.
—No —respondió Berllerak—. Necesitaría las herramientas de esta nave, pero la explosión las jodió todas.
—¿Y si petáramos el panel de control?
—Dudo que sirviera de algo.
—¿Usamos misiles?
—La explosión de antimateria apenas abolló la compuerta. ¿Crees que nuestras armas le harán algo?
—¿Entonces qué?
—Entonces nada —afirmó Berllerak mientras se daba la vuelta y descendía.
—No podemos esperar que la compuerta se abra sola cuando encendamos los motores del Lentz.
—Lainier, no hay nada que hacer —advirtió Berllerak mientras empujaba la plataforma voladora hacia el Lentz. Lainier le siguió—. Este lugar fue diseñado para atraparnos por una gente cuya tecnología es muy superior.
—Entonces dentro de unas cuarenta y ocho horas estaremos jodidos.
—¿Cuántas horas has dicho?
—Cuarenta y ocho.
—¡Por el culo te la entochó!
—¡Te dejo que me la entoches si encuentras una forma de salir de aquí!
—No te preocupes... ¡Saldremos en cuanto los responsables de esta mierda vengan a por nosotros!
—Mientras no salgamos en bolsas de cadáveres... —murmuró Lainier mientras su compañero subía la plataforma voladora por la rampa del hangar del Lentz.
ElArtista se acercó a ellos por uno de los pasillos.
—¿Qué tal ha ido la cosa? —preguntó.
—¡Ahora puedes desesperar! —dijo Berllerak con una sonrisa.
—Cagontó...

Día 4

Berllerak estaba solo ante los mandos de la nave, aunque no pudiera controlarlos. Se estaba sirviendo chupitos de

una botella de whisky de 12 años que había comprado en la última estación de la Asociación donde habían estado. Lainier se sentó a su izquierda.

—¿Emborrachándote por si no salimos de ésta? —preguntó el líder del Cuerpo de Asalto.

—Bebiendo por si no salimos de esta —aclaró Berllerak—. Es difícil que yo me emborrache con una sola botella.

—¿No tienes otra en el Lentz?

—Sí, pero esa me la guardo por si salimos de ésta. Tú también deberías beber, por si no vuelves a tener otra oportunidad. Aún me queda media botella. ¿Quieres?

—No, gracias.

—¿Seguro? Mira que a lo mejor mañana petamos... —Berllerak se bebió el vaso de un trago.

—Hace falta algo más grave que esto para que me decida por fin a beber.

—¿Algo más grave que dirigirnos a un lugar desconocido donde probablemente encontraremos la muerte?

—Hay destinos peores que la muerte.

—¿Es que ya contrataste una hipoteca antes de salir de La Tierra? —preguntó Berllerak mientras se servía otro trago.

—¡No, y no pienso hacerlo!

—¿Esperas vivir toda tu vida en el hotel? Eso es más caro que una hipoteca...

—No, compraré una casa al contado.

—¿No debes guardar las apariencias?

—Me niego a pagar intereses a los bancos.

—Ah, sí... bancos y tú no nos lleváis bien...

—Mira quién habla...

—Pues más vale inventarte una excusa buena, porque ya te cuesta explicar que poseas dos casas en las ciudades más caras de Asia.

—¡El dinero que me costaron está casi amortizado con los alquileres!

—¡Aun así oficialmente no tienes dinero para pagar una nueva casa en efectivo!

—A lo mejor sí que deberíamos patentar alguna de las mierdas de esta nave...

—¿Ves? ¡Ya entras en razón!

—¡Era coña! ¡Este conocimiento debe ser usado por el bien común!

—¡Que el Estado pague por nuestras patentes!

—Eso es dinero del contribuyente. No, gracias. Además, a ti no te gusta que el gobierno se gaste el dinero de tus impuestos a lo loco, así que no los obligues a dejarse una pasta de los ciudadanos en uso de patentes.

—Odio cuando me pillas en esas cosas.

—De nada, majo.

Día 5

Berllerak y Lainier estaban sentados de nuevo en el puente de mando de la base. Los demás esperaban en el Lentz.

—Llegamos en diez segundos —dijo Berllerak consultando el ordenador—. Nueve, ocho, siete, seis, cinco, rima, cuatro, tres, dos, uno... ¡A tomar por culo!

El viaje acabó. Según el mensaje en la pantalla, habían llegado al destino. De repente, el monitor mostró una imagen del espacio exterior. Se podía ver un agujero negro rodeado de un disco de acreción formado por la materia que arrancaba de una estrella vecina.

—Espera —dijo Lainier, perplejo—. ¿Eso no es XTE J1650-500?

—Lo es.

—¿Estamos al principio? ¿No será una grabación de antes de iniciar el viaje?

—Según el escaso texto acompañante, no. Esto es lo que hay ahí fuera. De hecho han aparecido unos indicadores de radiación en la esquina superior izquierda, y coinciden con los que vimos desde el Lentz.

—¿Sabes lo que implica esto? Podríamos... ¿haber viajado en el tiempo?

—Esta gente estaba más avanzada que nosotros, lo cual significa que tendrían que ser del futuro, pero las leyes de la física impiden viajar al pasado.

—A menos que los físicos estén equivocados. Si los dueños de esta nave vienen del futuro, explicaría porqué los tripulantes son de especies pertenecientes a la Asociación.

—Si he leído bien estos indicadores, no había ninguna cuenta temporal. Si hubiésemos estado viajando en el tiempo, ¿no crees que el ordenador debería haberlo indicado? Pero aquí no pone fecha ni nada.

—Entonces solo queda una opción...

—Universo paralelo.

—Hay naves en pantalla —dos cruceros de batalla aparecieron en la imagen, y eran lo suficientemente grandes como para albergar a más de quinientas personas cada uno. Tenían forma cilíndrica y eran de color gris claro. Numerosos cañones estaban dispuestos sobre la superficie.

—El recibimiento temido.

—Les habla la Asociación de Planetas Soberanos —dijo una voz por la radio de la nave, hablando en silkeriano—. Por favor esperen a que subamos a bordo.

—No parecen muy hostiles —señaló Berllerak.

—No me fio nada —replicó Lainier—. Al fin y al cabo, la nave nos ha traído aquí en contra de nuestra voluntad.

—Podría haber muchas explicaciones para eso.

—Sí, y el secuestro deliberado es una de ellas.

Uno de los cruceros se aproximó al Lentz y se acopló a la compuerta del hangar por la que habían entrado los clones. Cuando la compuerta se abrió, todo el grupo estaba de pie frente al Lentz, desarmado. Bajo otras circunstancias Lainier habría intentado algo, pero las circunstancias no eran favorables en absoluto. Cualquier otra opción salvo entregarse podría resultar suicida.

El primero en entrar fue un hombre, o al menos algo parecido a un hombre: resultaba difícil saber si se trataba de un cyborg totalmente mecanizado o si llevaba una avanzada armadura. En cualquier caso las placas metálicas eran de color gris, con juntas flexibles en color negro. En la hombrera izquierda llevaba el símbolo de la hoz y el martillo, lo cual llamó la atención de los presentes. Otros símbolos nunca vistos adornaban su armadura, y debían ser una especie de galones. El casco tenía un visor estrecho de color azul que impedía ver los ojos, en caso de haberlos. El sujeto llevaba un subfusil colgando de la cintura. Tras él aparecieron dos hileras de diez hombres cada una, con uniformes similares en color negro y de nuevo la hoz y el martillo, pero con menos galones. Al contrario que el líder, los soldados sí que llevaban sus subfusiles en las manos, pero no apuntaron al Cuerpo de Asalto.

—Comunisssstasssss —siseó Berllerak en voz baja.

—Exijo una explicación —dijo Lainier sin inmutarse.

—No hay duda de que tú eres Lainier Sind —dijo el líder de los soldados—. Esa reacción es justo la que nos esperábamos.

—Así que nos esperabais. Entonces lo de la nave que nos ha traído aquí no ha sido casualidad.

—La nave tiene unos parámetros automatizados para volver con nosotros bajo ciertas circunstancias.

—¿Y nuestra presencia es una de ellas? ¿Hemos sido detenidos?

—El Presidente te lo explicará todo cuando llegemos a La Tierra.

—La Tierra... Como sospechábamos. ¿En qué época o universo estamos?

—El año es 2207, pero ésta no es tu línea temporal. No hay forma de viajar en el tiempo. Estáis en otro universo, uno ligeramente más viejo que el vuestro. De ahí la diferencia de año.

—Universo paralelo, fascinante —murmuró Berllerak—. Y como es más viejo que el nuestro, eso significa que este universo no se corresponde con las teorías del multiuniverso cuántico...

—Aún así continuamente se crean y destruyen un montón de universos, con lo cual es inevitable que muchos de ellos tengan historias parecidas.

—¿Y éste es muy parecido al nuestro? —volvió a intervenir Lainier—. No me imagino a nuestra Asociación de Planetas volviéndose comunista en cincuenta años...

—Las historias pueden resultar idénticas hasta que divergen en un punto y entonces los acontecimientos dejan de parecerse. Pero como os digo, el Presidente ya te explicará lo que tenga que explicar. No puedo deciros más.

—La nave tiene un problema con el depósito de antimateria —señaló Berllerak—. Creo que uno de los contenedores petó y eso acabó con toda la gente a bordo. Revisadlo. Más que nada porque queremos esta nave en perfecto estado para volver a casa.

—Por supuesto que será reparado. Ahora, si me acompañáis...

El grupo subió al crucero de la Asociación y se acomodaron en una gran estancia bastante cómoda y espaciosa. A pesar de contar con amplios sofás, ninguno de ellos permanecía sentado, ni siquiera ElArtista. Estaban demasiado nerviosos, algo inusual en ellos, pero es que la situación también era bastante inusual... e inquietante.

—¿Te das cuenta de que ese tipo ha dicho que el Presidente te explicará todo a ti? —preguntó Berllerak a Lainier mientras examinaba la estancia en busca de dispositivos espía, pero sin su equipo resultaría imposible encontrar nada, y menos con la tecnología de esos misteriosos hombres—. No ha dicho nada sobre los demás.

—Supongo que querrá hablar sólo conmigo —conjeturó Lainier—. No le apetecerá tratar con tantos enemigos juntos.

—¿Enemigos? ¿Entonces damos por sentado que son hostiles?

—Ese oficial que nos ha recibido usaba palabras amables, pero no me gusta nada su tono de voz. Creo que era cortesía mal fingida. Y la forma de estar de pie... Como preparado para cualquier cosa.

—¿Y por qué no debería estar preparado para atacarnos? —preguntó Tete—. Tenemos fama... Nadie debería bajar la guardia cuando trata con nosotros.

—Yo no lo tengo nada claro —intervino el Capitán.

—Si llevan el símbolo comunista, podrían ser kupulenses que lograron alzarse con el poder —conjeturó Night Stalker—. Quizás tras los eventos de la guerra. Puede que en este universo La Kúpula no fuese destruida, y tras asentarse en Enea comenzaron a maquinarse para controlar la Asociación.

—Podemos remontarnos incluso más atrás. Podría ser que los revolucionarios terráqueos alcanzasen sus objetivos tras la Masacre Internacional, y después lograsen extender su modelo comunista por toda la Asociación.

—Me extraña que la Asociación se presentase a La Tierra tras volverse comunista —señaló Tete.

—Depende del tipo de comunismo —dijo Lainier—. Si no instauraron una dictadura... Nah, es verdad. La Asociación es capitalista, aunque mantenga sistemas básicos públicos... Salvo Noctem, claro, que es 100% capitalista.

—Entonces podemos ir aún más atrás. Puede que en este universo la Asociación fuese comunista desde su misma

fundación. Ese oficial ha insinuado que este universo tuvo una historia similar al nuestro hasta cierto momento, pero no sabemos cuándo fue ese momento. El problema es que, cuanto más atrás en el tiempo haya sido la divergencia, menos vamos a entender a esta gente.

—Ya sabéis lo que opino en estos casos —dijo ElArtista—. No nos fiemos de ellos.

—Olmaly —dijo Lainier—, tú que entiendes de diplomacia, ¿qué te parece todo esto?

—Es difícil analizar al tío ese de la armadura gris sin verle la cara —explicó Olmaly—, pero su tono de voz y pose tampoco me han gustado, y el hecho en sí de que oculte el rostro no inspira confianza: puede que su intención sea precisamente la de evitar que le analicemos las expresiones faciales.

—¿Qué opinas de los trajes, Berllerak?

—Así a ojo no puedo decirte mucho —Berllerak se encogió de hombros—. Por la forma en que se movían, parecen ligeros. En principio descarto que sean cyborgs. El volumen corporal indica que llevan trajes.

—¿Nos tendrán encerrados aquí durante días? Hay un cojón de distancia desde aquí hasta La Tierra.

—Será una oportunidad de ver cuánto han avanzado los motores hiperespaciales.

Durante dos días, el grupo permaneció en la estancia. El misterioso oficial les proporcionó comida, no muy distinta de la que ellos conocían. Cuando la nave salió del hiperespacio, se sorprendieron por la enorme rapidez del crucero.

—Hemos llegado —dijo el hombre de gris entrando en el camarote.

—Esta nave va cagando leches —señaló Berllerak—. Supongo que no podríais compartir un poquito de vuestra tecnología con nosotros en señal de buena voluntad...

—Eso lo decidirá el Presidente. Os conduciremos a un hotel donde os hospedaréis temporalmente. Está al lado del Congreso. Esperaréis hasta que el Presidente esté listo. Ahora mismo está en la sesión parlamentaria.

—¿Qué sistema político gastan aquí? —preguntó Lainier.

—El Presidente será el que despeje esas dudas. Por favor, acompañadme.

—¿Se da cuenta de que negarse a hablar de política por parte de un militar que lleva una hoz y un martillo en el uniforme no es nada tranquilizador? —preguntó Lainier mientras salían del camarote.

—Precisamente porque soy militar, no opino de política.

—Ya, claro...

El grupo fue acomodado en una nave de transporte con capacidad para veinte personas. Iban sentados en amplios asientos pero estaban rodeados por diez agentes, incluyendo el hombre de gris. Había ventanas a los lados pero eran negras y no veían nada. Sólo notaron cómo el vehículo descendía a tierra y avanzaba como si de un coche se tratase. Varias paradas parecían indicar la presencia de semáforos. Lainier pensó que no querían ir volando al destino para no llamar la atención. ¿Temían que alguien los localizara?

—Me gustaría ver el exterior —dijo el líder del Cuerpo de Asalto.

—La seguridad.... —empezó a decir el hombre de gris.

—¿Temes por nuestra seguridad? Qué considerado. Pero si esperas que hable con ese Presidente tuyo, me gustaría antes ver dónde coño estamos. Has dicho que es La Tierra, pero no veo un pijo con estos cristales negros. Podríamos estar en cualquier parte. Si quieres colaboración, déjanos ver el exterior.

—Por eso yo habría preferido ir por aire... —murmuró el hombre de gris mientras pulsaba un botón en una pantalla de su muñeca izquierda. De repente, los cristales del vehículo se volvieron transparentes.

Los "invitados" miraron al exterior. Pudieron reconocer las calles de Valencia, aunque muchos edificios eran diferentes. Lo que más les sorprendió fueron varias banderas colgando de algunas fachadas: la hoz y el martillo en amarillo sobre fondo negro. Los transeúntes parecían gente normal, hasta que el grupo se dio cuenta de que algunos tenían rostros muy serios o incluso tristes, mientras que otros parecían alegres.

Se detuvieron frente a un semáforo. Un coche de policía se detuvo a la izquierda. Parecía más moderno que los que Lainier conocía, y el color predominante era el negro. De repente, la superficie del coche estalló en llamas. Un transeúnte había arrojado algo al vehículo.

—¡Señor...! —comenzó a decir uno de los soldados de la nave-coche donde iba el grupo.

—Quietos —ordenó el hombre de gris—. Estamos de incógnito. Sólo actuaremos en caso necesario.

Dos agentes bajaron del coche patrulla. Uno de ellos desenfundó con rapidez asombrosa: la cabeza del transeúnte que había arrojado el artefacto incendiario quedó reventada. Todo había sucedido tan deprisa que el grupo apenas se había fijado en el aspecto del finado: les había parecido un joven de poco más de veinte años, vestido con ropa informal. El segundo agente estaba vigilando los alrededores y vio cómo otro joven, vestido también con ropa sencilla, salía corriendo desde la acera cercana. El policía no necesitó ni un segundo para apuntar: disparó por la espalda al segundo individuo, reventándole también la cabeza. El cuerpo cayó al suelo. El finado no llevaba nada en las manos. Si tenía un arma u otro artefacto incendiario, ni siquiera había intentado sacarlo.

El semáforo se puso en verde y el vehículo del grupo continuó avanzando mientras uno de los policías que había participado en el incidente informaba por su intercomunicador y el otro seguía alerta.

—¿Y eso? —preguntó Lainier.

—Terroristas —señaló el hombre de gris.

—El segundo iba desarmado.

—Es igual. Ha intentado escapar. Sabía que le identificaríamos.

—¿Acostumbráis a matar gente desarmada por la espalda?

—No sé si te has dado cuenta de que han intentado abrasar vivos a nuestros hombres.

—Unos hombres con buenos reflejos. ¿Son clones?

—Sí.

—¿Qué buscan esos terroristas?

—Lo que busca cualquier terrorista: subvertir el orden establecido mediante el terror. Supongo que esos dos tontos pensarían que un coche patrulla sería presa fácil. Los jóvenes no aprenden.

II MIRADA EN EL ABISMO

Por fin el grupo llegó al hotel, un gran edificio de color blanco. La habitación era amplia pero no demasiado lujosa, lo cual tenía sentido si estaban en un auténtico sistema comunista. De hecho al llegar no habían visto ningún indicador de la cantidad de estrellas del hotel.

—En una hora el Presidente acabará la sesión —dijo el hombre de gris mientras el grupo examinaba la estancia—. Entonces volveré para acompañar a Lainier hasta el despacho del Presidente. Nadie más irá, pero sois libres de manifestar vuestras preguntas a través de Lainier.

—Qué considerado —dijo Berllerak con el ceño fruncido—. Y si sois comunistas, ¿por qué el Presidente no nos recibe comunalmente?

El hombre de gris ignoró a Berllerak y salió de la habitación, cerrando la puerta.

—¿No tienes respuesta a eso! ¿Eh, so rojo? —dijo Berllerak en voz alta.

—¿Por qué no me dejáis la diplomacia a mi? —preguntó Olmaly en tono molesto.

—No parecía muy interesado en hablar contigo.

—Más bien no parecía interesado en hablar con nadie —señaló Lainier.

—Maburro —declaró ElArtista mientras echaba un ojo al lugar—. ¿Nos meamos por las esquinas mientras esperamos?

—Yo voy a ver si robo las toallas... —dijo Berllerak mientras buscaba el baño. Era una amplia estancia aunque sin lujos. Las toallas colgadas de la pared eran negras decoradas con la hoz y el martillo en amarillo—. Ya no las quiero...

El hombre de gris volvió al cabo de poco más de una hora, como había prometido. Lainier le siguió, acompañado por cinco guardias más. Otros cinco guardias se quedaron custodiando la entrada de la habitación. El líder del Cuerpo de Asalto y su escolta fueron al garaje del hotel y usaron el vehículo de nuevo para llegar al Congreso. No se parecía nada a las Cortes de Thuris: el edificio era totalmente nuevo y enorme, con doscientas plantas y un acabado metálico en color blanco; sin duda se trataba de una construcción diseñada para gobernar muchos planetas. Así que cuando el hombre de gris hablaba de "Presidente" no se estaba refiriendo sólo al representante de Thuris, sino al presidente de la Asociación de Planetas. Lainier estaba a punto de verse las caras con el mandamás, y le llamaba la atención que alguien así quisiese verle en vez de delegar en un subordinado, así como que tuviese su sede en Thuris. Tradicionalmente, la sede del gobierno de la Asociación siempre había estado en Silkeria, por ser el planeta más avanzado y mejor defendido.

El despacho del Presidente estaba situado en la última planta. Lainier avanzó por un amplio pasillo, esta vez acompañado sólo por el hombre de gris. El resto de guardias se habían quedado más atrás.

—Es aquí —dijo el hombre deteniéndose ante un par de enormes puertas de madera negra.

—Por cierto, no me has dicho tu nombre —señaló Lainier.

—Se me conoce como El Komisario.

—No me has dicho tu nombre.

—Tendrás que conformarte con mi alias a menos que el Presidente disponga otra cosa.

—¿Eres su brazo derecho?

—E incluso el izquierdo —dijo El Komisario mientras las puertas se abrían solas hacia dentro, solo lo suficiente para que una persona pudiese pasar—. Entra. Estarás sólo con él. La conversación será privada, pero eso no significa que el Presidente no grabe lo que suceda. ¿Comprendes?

"¿Qué coño querrá ese tipo de mí que ni siquiera va a dejar que su hombre de confianza esté presente?", pensó Lainier.

—Bien, acabemos con esto.

—Esto acaba de empezar —señaló El Komisario mientras Lainier pasaba al interior, cerrando las puertas.

El clon se encontró en una amplia estancia negra. Una enorme mesa redonda fabricada en metal negro estaba situada en el centro. Un monitor de treinta pulgadas reposaba sobre ella, así como una botella de whisky escocés medio vacía y un vaso con hielo medio lleno con la bebida alcohólica. Al otro lado se veía una silla anatómica. Detrás un enorme ventanal daba al exterior, desde el cual se podía obtener una estupenda vista de Valencia. El hombre que debía ser el Presidente estaba de espaldas a Lainier, contemplando el exterior. Vestía una armadura de combate negra con una capa que colgaba de la placa de los omóplatos, con una estrella amarilla en ella. La hoz y el martillo, también en amarillo, adornaban su hombrera izquierda. El diseño le pareció una versión avanzada de una armadura que ya había visto en varias ocasiones.

"SuNSeT", pensó Lainier inmediatamente. El color del pelo del Presidente era negro, como el del ex-líder de La Kúpula... en su juventud. Sin embargo en aquel universo debía ser un anciano. Por otra parte, podría haberse teñido el pelo, o quizás la medicina había logrado alargar su vida.

—Bienvenido —dijo el Presidente sin girarse. La voz le resultó familiar a Lainier. Una voz que conocía muy bien, sólo que con algunos años más encima. El semblante del líder del Cuerpo de Asalto se tornó serio. Hasta ahora había estado preocupado, pero ahora tenía miedo de verdad.

—Tú... —murmuró Lainier intentando articular palabra.

—¿Ya me has reconocido?

—¿Q... qué ha pasado aquí? —acertó a decir Lainier.

—Todo a su debido tiempo —dijo el Presidente volviéndose hacia el líder del Cuerpo de Asalto. Su armadura de combate tenía una estrella amarilla en el pecho como la de SuNSeT.

El corazón de Lainier le dio un vuelco. Reconoció inmediatamente al Presidente: llevaba una espesa barba y aparentaba unos quince años más, pero aun así no había duda alguna.

El Presidente era Lainier Sind, o al menos alguien con su misma cara en versión envejecida. Aquellos ojos grandes y marrón oscuro se quedaron clavados en los del Lainier joven, pero a diferencia de los de su contrapartida, los ojos del Presidente estaban como muertos, carentes de vida.

—Dime que eres... un descendiente del Lainier de este universo o un clon suyo —dijo Lainier, pero no apostaba por ello.

—Soy el Lainier de este universo, aunque ahora me hago llamar el Presidente —el hombre se acercó hasta la mesa lentamente.

—Este universo es unos cincuenta años más viejo que el mío. No pareces tan mayor.

—Hay formas de alargar la vida —afirmó el Presidente mientras tomaba un rápido trago de su copa, dejándola después sobre la mesa—. Luego llegaremos a eso. Primero tengo preguntas.

—¿Tú? ¿Y yo qué?

—Responde a lo que yo te diga y luego hablaré yo.

—¿Cómo sabes que diré la verdad?

—Por la misma razón por la que yo la diré. Estamos deseando saber.

—Pregunta.

—¿Qué pasó con mi nave?

—Un accidente la dañó. Probablemente por un ataque de la Hermandad Clon. No sé si existe aquí...

—Existía.

—Pues creo que uno de los Hermanados se topó con tus hombres y algo sucedió. Incluso lograron robar algo de vuestra tecnología.

—Tenía hombres con la orden de vigilar a la Hermandad. Probablemente fueron descubiertos.

—Pues gracias a esa cagada por poco no podemos descubrir las actividades de la Hermandad.

—¿Son públicas?

—Intentamos ocultar los detalles a los humanos. No están preparados para saber que hay un grupo de clones supremacistas.

—No sabes hasta qué punto eso que dices es verdad.

—¿Puedo saber qué...?

—Aún no. Como he dicho, una de las misiones de mis hombres era monitorizar los hechos de la Hermandad... sobre todo el enfrentamiento con tu Cuerpo de Asalto. Por la fecha en que has llegado aquí, hace poco más de un año en que debes haberte enfrentado abiertamente a la Hermandad. El problema del viaje entre universos es la gran cantidad de energía que gasta. Por eso apenas recibo informes de mis hombres: realizan pocos viajes. Así que necesito que el informe de los últimos acontecimientos me lo presentes tú. Hasta donde yo sé, nuestros universos han tenido historias idénticas, pero por lo que veo, acaban de divergir, quizás por el hecho de que la Hermandad se hiciera con parte de nuestra tecnología. Necesito detalles. ¿Te enfrentaste a la Hermandad en Eclipse?

—Sí.

—¿Descubriste al niño clon que hacían pasar por un niño humano, y con ello la conspiración?

—Sí.

—Y si no fuera por una mujer llamada Wib no habrías conseguido nada, ¿verdad?

—Sí.

—Y en un momento dado, la Hermandad decidió actuar expeditivamente y os atacó para hacerse con el niño. Entonces os dividisteis en grupos.

—Sí.

—¿Salió todo bien?

—Sí.

—¿Bajas?

—Ninguna.

—¿Y el niño está en buenas manos?

—Gracias a eso la Asociación está investigando a la Hermandad.

—¿Qué elegiste?

—¿Qué?

—Cuando estabais siendo atacados por la Hermandad Clon, ¿tuviste que elegir entre tus hombres y Wib? Tenías que ayudar a una de las partes. ¿No es así?

Lainier guardó silencio un par de segundos antes de hablar:

—Fui a ayudar a Wib.

—Esa fue la auténtica divergencia, no el hecho de que la Hermandad de tu universo robase nuestra tecnología. Esa decisión... que ambos tuvimos que enfrentar... ha provocado que nuestros mundos tomen caminos distintos.

—Espera. ¿Qué pasó aquí?

—Yo... elegí ayudar a mi grupo en vez de a Wib.

—¿Pero qué sucedió?

—Mi mente no estaba centrada en lo que debía. Tomé... malas decisiones tácticas. Ni siquiera sé cómo me alcanzaron, pero perdí el conocimiento. Me desperté semanas después en un hospital de Thuris. Al final la conspiración había salido a la luz... de hecho hasta los humanos la conocían. Pero... VanderHall me informó de que todo mi equipo estaba muerto...

—¿Qué?

—Todos muertos. ElArtista, Berllerak, Tete, el Capitán, Night Stalker y Wib. Todos muertos. Incluso Nevuroy y Olmaly, que fueron asesinados pocos días antes de que despertase, por humanos anticlon que averiguaron que habían tenido amistad con clones. Cuando los humanos se enteraron de la existencia de la Hermandad... comenzó el odio entre humanos y clones. Nos recortaron derechos y nos vigilaban con lupa, pero el gobierno aún quería que yo cazara a la Hermandad, aunque poco se preocupaban de los terroristas anticlon. Logré acabar con los líderes de la Hermandad, pero después me volví contra el gobierno. Acabé con el presidente de Thuris y varios ministros. Remodelé la Hermandad e inicié la revuelta contra los humanos. Y todos los clones me siguieron. Era una batalla por la supervivencia, pero yo sabía muy bien que esto solo acabaría hasta que los clones gobernasen, y eso llevaría tiempo. Me costó mucho esfuerzo y trabajo, e incluso exiliarme de La Tierra porque era el hombre más buscado del planeta. Para poder vivir lo suficiente como para llevar a mi gente a la victoria, me puse en órbita alrededor de un agujero negro para que el tiempo pasase más despacio para mí, y recurrí a una cámara de hibernación con frecuencia. Desde mi retiro dirigí a mis tropas y al cabo de unos años, cuando los clones ilegales de la Hermandad fueron adultos y su entrenamiento estuvo listo, atacamos, y triunfamos. Ahora llevo veinte años gobernando la nueva Asociación.

—¿Qué clase de régimen de mierda has creado?

—¿No has visto la hoz y el martillo?

—He visto a uno de tus agentes asesinar a una persona en medio de la calle.

—Ah, ese incidente. Estoy informado de todo. Era un terrorista, no te preocupes.

—Corría y estaba desarmado.

—Llevaba armas encima. Es suficiente. Tú no los conoces. Esa escoria mató a Nevuroy y Olmaly. Nos querían muertos y lo único que hago ahora es asegurar la supervivencia de todos los clones.

—¿No te estás vengando?

—¿Vengando? He dejado vivir a los humanos.

—Sí, pero gobiernan los clones, ¿no?

—Así debe ser. Los humanos son idiotas. Querían acabar con todos los clones. Una gente así... no puede tener los mismos derechos que nosotros. Es supervivencia básica.

—Elabora un poco más todo eso porque parece que también ejerces de dictador de los clones.

—Mi cargo es a perpetuidad. Esta sociedad necesita mi guía. Esto es una meritocracia comunista, y yo he demostrado de sobra mi valía. Los cargos ministeriales se votan, pero sólo los clones pueden votar o presentarse a cargos políticos. Los humanos no tienen suficiente conocimiento para entender cómo funciona la alta política. Nuestras mentes funcionan a un nivel superior, y por tanto sólo los clones pueden determinar quiénes deben dirigir esta sociedad. Los humanos deberían contentarse con que les dejemos vivir. Al fin y al cabo, alguien debe realizar los trabajos de baja cualificación. Nada impide a un humano intentar presentarse a un trabajo de alto nivel, pero simplemente no están preparados para competir con los clones. Así que ocupan el lugar que les corresponde por su inferior capacidad.

—Así que has creado ciudadanos de primera y segunda.

—No, Lainier. Eso lo hicieron los propios humanos cuando crearon a los primeros de nosotros. Yo sólo he aumentado la producción. Lo suficiente para asegurarme de que todos los puestos clave de la sociedad estén en manos de clones. Los humanos jamás deben obtener poder, o nos matarán. Recuerda: ellos nos querían muertos. No me han dejado otra opción.

—A lo mejor no lo pensaste bien.

—He tenido mucho tiempo para pensar.

—Yo nunca habría hecho esto...

—Eso es porque no has vivido lo que yo. En realidad somos iguales.

—Permíteme que lo dude.

—Como he dicho, tu historia y la mía han sido iguales hasta la elección en Eclipse.

—¿Seguro que han sido iguales?

—¿Quieres que te la cuente con pelos y señales?

—No... es necesario.

—Insisto. Cuando eras joven, a ti te importaba un carajo eso de la justicia. Te apuntaste a la policía porque era la única forma de explotar al máximo tu potencial. No fuiste tomando conciencia de las cosas hasta tiempo después, sobre todo durante la guerra. Y... ah, sí... atracaste el Banco de Inversión de Thuris junto con Berllerak y ElArtista, pero la idea fue tuya. Lo que tus compañeros no saben es que fue Nevuroy quien te proporcionó los coches robados y el desguace para deshaceros de las pruebas. Por supuesto, Nevuroy nunca preguntó para qué necesitabas todo eso, pero se lo imaginaba. Cuando perdiste la memoria durante la guerra, ElArtista y Berllerak te encontraron y para asegurarse de que eras tú te preguntaron si atracaste el banco y quiénes te ayudaron, y al responder correctamente te identificaron. ¿Voy bien de momento?

—Vas bien, pero creo que esto no conduce a ninguna parte.

—Conduce a que veas que no sólo hemos hecho las mismas cosas, sino por los mismos motivos. Admítelo y pararé.

—Lo admito, pero aún así no somos iguales, porque el hecho de haber tomado una decisión diferente ya prueba que

no somos iguales.

—Después de veinticuatro años tomando las mismas decisiones por las mismas razones, ¿crees que una sola divergencia es suficiente para decir que no somos iguales?

—Porque si hay divergencia, ya no somos iguales.

—Somos iguales al 99%. Es más que suficiente. Puede que no tomaras mi decisión, pero si te hubiera pasado lo que a mí, habrías hecho lo mismo, y te reto a que niegues eso.

—No estoy seguro.

—Sí que lo estás pero tienes miedo de admitirlo.

—Todo lo que has hecho... es por dolor. Necesitas...

—¿Actuar por dolor es peor razón que hacerlo por felicidad? A veces la felicidad nos ciega. El dolor puede abrirnos los ojos. A mí me sirvió para darme cuenta de que este mundo necesitaba un cambio. Ya lo he cambiado. Escúchame bien: la supervivencia de los clones está asegurada. Hemos progresado enormemente en todos los campos científicos gracias a las nuevas mentes superiores, y hemos reducido el hambre, la pobreza y el desempleo a unos mínimos nunca vistos en la historia de la Asociación.

—¿Y la libertad?

—Sobrevalorada. En cualquier caso, háblale de libertad a una persona que se muere de hambre. Lo que quiere esa persona es comer. Yo he cubierto las necesidades básicas de la gente, incluso la de esos miserables humanos que intentaron exterminarnos.

—¿Miserables humanos? Nevuroy y Olmaly también eran humanos. Cuidado con lo que dices.

—Pero eran humanos fuera de serie. La mayoría de humanos no valen nada, y te recuerdo que fueron otros humanos los que mataron a Nevuroy y Olmaly. En realidad todo el mundo me debe la vida y la prosperidad. Sin mí, los humanos y los clones se habrían exterminado mutuamente.

—¿Qué hacías enviando una nave a espiar nuestro universo? ¿Pretendías asegurarte de que la historia no se repetía?

—Mis amigos ya están muertos y salvarlos en otros universos no arregla eso. Además, hay demasiados universos. No debo meterme en sus asuntos salvo si con ello mi gente saca algo. Y lo que tengo que sacar en este caso son recursos.

—¿Qué?

—Mi poder está asentado y gracias a los miles de científicos clones nuestro nivel de tecnología ya es similar al del Xenoespacio. Pero hay rumores de que los xenos se están poniendo nerviosos. Incluso se habla de cierta especie que se creía perdida hace tiempo y que podría plantearse volver para asegurarse de que la Asociación no avanza más. Por desgracia la Asociación y el Xenoespacio estamos manteniendo una guerra fría. Es fría porque de momento estamos empatados, pero me gustaría desempatar a mi favor antes de que ellos encuentren la forma de hacerlo al suyo. Tengo problemas para seguir sacando recursos de mis dominios, sobre todo sin llamar la atención del Xenoespacio. Por eso lo primero que hice cuando se descubrió el viaje entre universos fue elaborar un plan de espionaje, ordenando a mis hombres que analizaran la historia en varios universos muy parecidos al nuestro. El vuestro ha resultado el candidato principal. Ya he desechado los otros. Debía ser un universo que yo conociera bien, pues eso me ayudará en caso de que vuestro gobierno no se muestre colaborativo. Pienso coger de vosotros lo que necesito para asegurar la supremacía de la Asociación frente al Xenoespacio.

—Incluso si nos ofreces conocimientos tecnológicos a cambio, no creo que mi Asociación acceda a daros recursos. Tu régimen apesta, y nuestras defensas quedarán mermadas.

—¿Quién ha hablado de ofrecer conocimientos?

—¡Pues vaya!

—Eso sería aún peor. Si vuestro Xenoespacio descubre que avanzáis tan deprisa, entonces os considerarán una amenaza como ya sucede en este universo.

—No lo creo porque nosotros no estamos sometidos a una dictadura.

—Mi dictadura es relativa. Sólo mi cargo no es electo.

—Pero has dicho que los humanos no pueden votar.

—Pedir el voto para los humanos es casi como pedir el voto para los perros y los gatos. Como he dicho, sus mentes no pueden entender de alta política.

—Entonces... ¿tenemos simplemente que entregaros recursos o atenernos a las consecuencias?

—Exactamente.

—¿Serías capaz de atacarnos?

—Tengo una responsabilidad para con mi universo. Y francamente, a lo mejor os hago un favor. Quizás debería libraros del dominio humano. Pero primero tengo que asegurar mi universo.

—¿Un favor? ¿No has dicho antes de no meter las narices en la historia de otros universos a menos que fuese necesario?

—¡Considéralo el pago por los recursos!

—No me hace gracia ese pago.

—A lo mejor otros clones piensan diferente. Pero ya veremos lo que sucede. No nos adelantemos a los acontecimientos.

—¿Qué coño hacemos aquí exactamente?

—Charlar.

—¡Me refiero a mi gente!

—La nave estaba programada para traeros si la descubríais. Tenía que hablar contigo en persona a ver cómo pensabas. Debo decir que estoy decepcionado aunque no sorprendido.

—¿Entonces...?

—Entonces primero hay que volver a recoger antimateria para viajar a tu universo. Llevará un tiempo. Después realizaré la petición para recibir los recursos. Es una suerte que en tu universo no haya estallado guerra abierta entre clones y humanos. Así no desperdiciaréis esos recursos que tanto necesito.

—¿Por qué has esperado a lo de Noctem para iniciar tu plan? ¿Por qué pedir ahora los recursos y no antes?

—Eso habría interrumpido vuestra historia normal antes de lo que me hubiera gustado. Tenía que ser... después de lo de Noctem.

—¿Pensabas que tomaría la misma decisión que tú y por tanto te entendería y te apoyaría con lo de los recursos?

—En parte. Pero también lo contrario es cierto. Quería comprobar si... te iba mejor que a mí.

—Ya ves que sí.

—¿Qué tal Wib?

—En Eclipse.

—Pensaba que tras dismantelar su Cuerpo de Asalto, le pedirías que se uniera al tuyo. Eso es lo que siempre tuve en mente.

—Como he dicho, sigue en Eclipse.

—Entiendo. Al menos todos tus amigos siguen vivos.

—Y sería aún mejor si volviéramos a casa.

—Aún no. Primero necesito los recursos. No puedo teneros de enemigo.

—¿Qué coño vamos a hacer un grupo de personas frente a un imperio?

—"Imperio" es una palabra muy fea. Y en cualquier caso, como he dicho antes, aún tenemos antimateria por recoger. No podéis regresar a vuestro universo ni aunque logréis escapar, cosa que seguro que ya tienes en mente. Pero simplemente, no hay salida. No conoces nuestra tecnología y cualquier cosa que se te ocurra ya se me ha ocurrido a mí antes, porque pensamos igual.

—Igual no.

—Sigue autoengañándote.

—¿Qué pensarían tus compañeros de lo que estás haciendo ahora?

—Siempre respeté sus opiniones, pero un hombre siempre debe tomar sus propias decisiones, incluso si los demás no están de acuerdo. Toda esa tontería psicológica no te servirá para nada y lo sabes. Siempre has sido de ideas fijas. Como he dicho, somos iguales.

"Si no puedo salir de ésta pensando como yo mismo, necesito pensar como lo haría otra persona", pensó Lainier. "¿Qué coño haría ElArtista? A ese bastardo también se le ocurren cosas..."

—Dime, Lainier... —comenzó a decir Lainier.

—Ya no soy Lainier —replicó el Presidente en tono brusco.

—Lo que tú digas, Lainier... Es que... me gustaría saber algo. Dime... ¿cuando toda la gente que te importaba estuvo muerta por tu culpa, gritaste sin cesar? Sí, estoy seguro de que gritaste y lloraste como una maricona —el rostro del Presidente empezó a ponerse rojo de furia. El dictador apretó los puños—. Seguro que te pasaste años llorando maldiciendo tu suerte y tu decisión, consciente de que habías arruinado tu miserable e inútil vida y ya no tenías nada que valiese la pena ni nunca lo tendrías. ¿Qué tal sienta haberlo perdido todo, qué tal sentir que nada importa, qué tal saber que morirás solo?

—¡¡Hijo de perra!! —el Presidente se abalanzó sobre Lainier por encima de la mesa. La armadura de combate le hacía muy rápido, pero la furia le volvía descuidado. Lainier le esquivó y logró noquearlo con dos puñetazos en el rostro. El Presidente cayó al suelo inconsciente.

—Lo siento —murmuró Lainier mientras registraba la armadura de su contrapartida.

Encontró un móvil encendido. Lo siguiente que consiguió fue una Magnum láser negra de aspecto mucho más avanzado que la suya. Lainier se la puso en su cartuchera vacía, aunque no encajaba perfectamente debido a la diferencia de modelo. Durante un segundo se preguntó si sería mejor pegarle un tiro al Presidente, pero no consideró oportuno eliminarlo sin saber quién le sucedería después: el remedio podría ser peor que la enfermedad. Buscó entre las aplicaciones del móvil. Encontró algo que parecía marcar posiciones de personas en el edificio. Probablemente un método de control de los guardias de seguridad. Con esto podría evitarlos o eliminarlos. Pero a Lainier se le ocurrió algo: ¿y si el edificio tenía controles biométricos de salida además de entrada?

"Veamos", pensó Lainier, "si yo fuera Presidente, tendría control sobre este edificio... y eso quiere decir que podría desactivar los sistemas de seguridad usando mi móvil".

El líder del Cuerpo de Asalto empezó a pulsar la pantalla del teléfono.

—¿Cuánto tiempo lleva Lainier con el Presidente? —preguntó ElArtista.

—No llega a media hora —contestó Berllerak—. ¿No tienes sentido del tiempo?

—Ahora mismo sólo tengo sentido del peligro. Todo esto va muy mal.

—Sí. Hay como... un mal rollo tremendo flotando en el ambiente.

—¿Es prudente que habléis en voz alta de todo esto? —preguntó Olmal—. Puede que haya micrófonos aquí.

—Ellos ya saben que esto no nos gusta. No tenemos nada que perder.

—Está claro que nos consideran enemigos, pero aún así no estamos en una cárcel —señaló ElArtista—. No entiendo

nada. Puede que ellos estén tan asustados como nosotros y tengan miedo a cabrearnos...

—Como si pudieseis hacer algo al respecto —señaló Olmaly—. No tenéis vuestro equipo y estamos custodiados por una gente mucho más avanzada tecnológicamente. A lo mejor el único recurso que nos queda es ser diplomáticos.

—Pero el Presidente ha querido hablar con Lainier —dijo Berllerak—. Y eso me acojona. Es muy difícil hablar con él, es un cabezón. ¿Sabrá eso el Presidente?

—Lainier no hará nada que nos ponga en peligro.

—¿Y si le piden que haga algo muy malo a cambio de nuestra libertad?

—Si regresa intacto es que la cosa ha ido bien —señaló ElArtista—. Pero como entren los guardias primero entonces me voy a cagar en... —en ese momento las puertas de la habitación se abrieron violentamente de par en par—. ¡¡Mieeeeeerrrrda!!

De repente una bolsa negra repleta de pistolas se deslizó por el suelo hasta los clones. Lainier estaba al otro lado de la puerta, con la Magnum aún en la mano.

—Hay que salir de aquí —dijo.

—¿¿Qué coño has hecho?? —exclamó ElArtista mientras los clones se abalanzaban sobre las armas.

—¡He noqueado al Presidente y he logrado salir! —dijo Lainier mientras vigilaba el pasillo—. ¡Y he vuelto a por vosotros!

—¿Pero de qué habéis hablado? —preguntó Berllerak.

—Hablemos después —Lainier metió la mano en su bolsillo y le pasó el móvil del Presidente a Olmaly—. Olmaly, lo que ves en pantalla es la posición de los agentes en la zona. Tendrás que guiarnos. Aunque en cualquier momento intervendrán el móvil, así que hay que darse prisa.

—De momento solo veo tres puntos y están lejos —dijo Olmaly mientras avanzaban por el pasillo.

—Es que ya me he cargado a unos cuantos.

—No tengo claro si esta pistola tiene el seguro puesto... —murmuró Berllerak mientras examinaba su arma.

—Pues yo ni siquiera sé cuantos tiros le quedan a mi Magnum. He gastado por lo menos diez —el grupo pasó cerca de un ascensor—. Si no hay inconveniente, deberíamos bajar por aquí. Son demasiadas plantas para ir a pie.

—De momento no se acercan agentes —señaló Olmaly.

—El ascensor ya está aquí —señaló ElArtista mientras abría las puertas—. Aprovechemos.

—Todos adentro —ordenó Lainier.

El ascensor comenzó a bajar.

—Habla ahora —dijo Berllerak.

—No os va a gustar.

—No me digas. Habla de una vez.

—No... creo que podamos derrotar a este enemigo. Ni siquiera creo que podamos volver a casa...

—¿Qué?

—¿De qué coño hablas, Lai? —preguntó ElArtista, cada vez más nervioso.

—El Presidente... es... mi contrapartida en este universo.

—¿¿Cómo? —gritó Berllerak, seguido por otras expresiones de sorpresa entremezcladas del resto del grupo.

Para cuando Lainier terminó la explicación, el grupo estaba ya en la planta baja. Las puertas se abrieron.

—Agente a la derecha —murmuró Olmaly.

Berllerak echó un vistazo al exterior.

—Hay gente pululando por la entrada —advirtió—. Si iniciamos un tiroteo cundirá el pánico y vendrán agentes.

—Los agentes seguro que ya están viniendo —señaló Lainier.

—Pues no lo parece, no han evacuado el hotel.

—El Presidente sabe que soy reticente a iniciar un tiroteo con civiles cer... —antes de que Lainier pudiese terminar la frase, ElArtista se asomó al exterior y voló el cráneo del agente de seguridad—. ¿¿Pero qué haces??

—Lo que deberías haber hecho nada más abrirse las puertas —señaló ElArtista mientras salía al exterior. La gente comenzó a gritar y a correr—. ¿Os vais a quedar ahí dentro?

El grupo corrió hacia la salida.

—¡A lo mejor ese guardia era inocente! —exclamó Lainier mientras echaba un vistazo al exterior del hotel.

—¿Vamos a parar en cada agente para preguntarle si es inocente? —preguntó ElArtista.

—¡Podrías haber disparado a herir!

—Estamos en la situación más jodida de nuestra vida y tú quieres que dispare a herir... Además, ningún servidor del Presidente puede ser bueno...

—El móvil... se ha apagado —señaló Olmaly.

—Pues no podemos quedarnos aquí —dijo Lainier—. ¡Corramos y robamos un coche!

—Vamos a estar muy apretaditos —señaló ElArtista mientras salían a la calle.

—¡Pues cogemos dos coches, joder!

Night Stalker y Berllerak se plantaron en medio de la calle y apuntaron a dos coches que estaban detenidos ante un semáforo.

—¡Fuera! —ordenaron los dos clones.

Los conductores salieron pitando. Stalker y Berllerak se pusieron al volante. Lainier se sentó junto a Berllerak. Detrás iban ElArtista y Olmaly. Tete se sentó junto a Night Stalker, con el Kapitán en la parte trasera. Afortunadamente la interfaz de los vehículos era comprensible para gente acostumbrada al pilotaje avanzado como Berllerak y Stalker.

Los coches se alejaron a toda prisa. Eran dos turismos y no aguantarían un ataque de la policía, que ya se aproximaba al lugar: podían escucharse las sirenas... y una de ellas a gran altura.

—Nos van a freír —señaló Berllerak mientras daba un volantazo, intentando pensar a dónde ir.

—¿Y si nos separamos? —preguntó ElArtista.

—¡Entonces nunca nos volveremos a encontrar! —señaló Lainier.

—¿No puedes intentar hacer cambiar de opinión a tu doble?

—Imposible. No es posible razonar con él.

—Me lo creo. ¿Le crees capaz de matarnos?

—A vosotros no sé. A mí sí.

—Deténganse —se escuchó de repente por un altavoz interno de los coches.

—Oigo voces —murmuró Stalker—. Menos mal que el psiquiatra me dijo que las ignorase.

—Berllerak parece que no tiene intención de parar —señaló Tete mirando por la ventana. Ambos vehículos iban casi uno al lado del otro.

—Ni yo. O escapamos todos o ninguno. Si cogen a uno sólo de nosotros, lo usarán en nuestra contra.

—¿Dónde coño están los coches patrulla? —preguntó el Kapitán—. Oigo las sirenas, pero...

De repente, algo impactó por la parte derecha del vehículo. Stalker dio un volantazo.

—¡Mierrrda! —exclamó mientras intentaba controlar el coche, pero acabó estrellándose contra una pared.

—¿¿Desde dónde los han alcanzado?? —exclamó Lainier. De repente, otro impacto hizo detenerse al coche—. ¡¡Mierda!!

El grupo salió de los coches con las armas en alto. ElArtista cubrió a Olmaly. Echaron un vistazo alrededor. La gente se alejaba a toda prisa. De repente, en el cielo apareció un caza que un segundo antes no estaba allí. Un coche patrulla apareció de la nada a veinte metros detrás del grupo.

—La puta invisibilidad —murmuró Lainier—. No... podemos vencer a este enemigo.

De repente, alguien comenzó a disparar contra las fuerzas del Presidente. Otra nave apareció en el cielo y descendió a tierra. Tenía tamaño suficiente para albergar a diez personas. Una puerta lateral se abrió. Un hombre encapuchado con ropa militar estaba al otro lado.

—¡Subid! —exclamó.

El grupo comenzó a entrar mientras se producía un intento tiroteo. La nave misteriosa se deshizo del coche patrulla, pero el caza era otra historia. Intentó alejarse, pero era difícil dar esquinazo al enemigo: el caza era mucho más rápido y además sus disparos habían dañado el sistema de invisibilidad, aunque de todos modos no habría servido de mucho pues no era posible ocultar el rastro de calor.

—No podemos escapar —dijo el hombre encapuchado mientras abría la compuerta de un gran contenedor que tenía dentro del vehículo. Ocupaba casi todo el espacio interior. Otro hombre con el rostro cubierto estaba a los mandos, intentando esquivar al caza—. Meteos aquí.

—¿Qué es eso? —preguntó Lainier.

—Es un contenedor con camuflaje de invisibilidad. Os dejaremos caer. El caza nos seguirá a nosotros. Una vez en el suelo, seguid las instrucciones de este móvil —el encapuchado entregó un teléfono a Lainier.

—¿Sois de la resistencia o algo?

—¡Adentro que no hay tiempo!

El grupo se introdujo en el contenedor como sardinas en lata. La cubierta se cerró. El encapuchado pulsó un botón en un lado y la enorme caja desapareció. El grupo sintió cómo golpeaban contra el suelo. Ya los debían haber dejado fuera... O quizás habían derribado la nave. Sin embargo, apareció un mensaje en la pantalla del móvil: "esperad cinco segundos y seguid las instrucciones".

Cuando el grupo abandonó el contenedor, se encontraron en un callejón estrecho. No había nadie a la vista, pero escucharon una explosión a lo lejos.

—Los han derribado —señaló ElArtista.

—Estoy leyendo los pasos siguientes —dijo Lainier mientras consultaba el teléfono.

—¿Podemos fiarnos de ellos?

—Nos han rescatado.

—Técnicamente nos has rescatado tú. Ellos han aparecido de repente mientras nos perseguían.

—¿Sugieres hacer otra cosa?

—La verdad es que no podemos hacer nada más.

—Sin apoyo, nunca saldremos de aquí. Hagamos caso a esta gente, de momento.

El grupo avanzó hasta el otro lado del callejón. Una furgoneta azul estaba aparcada. Lainier pulsó un botón en el móvil. Las puertas se abrieron y el motor se encendió. Berllerak se puso al volante, con Lainier al lado. Los demás se acomodaron en la parte trasera.

—Al norte —dijo Lainier.

—¿En general? —preguntó Berllerak se ponían en marcha.

—Andorra.

—Eso está lejos....

—¿Tienes algo más que hacer?

—¿Y si hay controles en las salidas?

—Para eso el Presidente debería informar de nuestras caras a la policía, y no lo va a hacer. No le conviene que se

sepa que el Cuerpo de Asalto de Thuris de otro universo se opone a él.

—¿Y si nos paran por el camino por cualquier tontería?

—Les disparamos y continuamos.

—Maravilloso.

—Aquí dentro debería haber material.

—Lo hay —dijo ElArtista mientras abría una bolsa de deportes situada en la parte trasera del vehículo.

—Relata.

—Pistolas. Cuchillos. Munición. Móviles. Tarjetas con un chip, que deben ser dinero electrónico. Mmm... algo que parecen lápices de almacenamiento. Por desgracia no hay ropa, así que vamos a dar el cantazo.

—Cojonudo...

—No creo que tuvieran esto preparado para nosotros. De hecho sobra material.

—¿Esta furgó tendrá invisibilidad? —preguntó Berllerak mientras intentaba acceder a los controles del vehículo.

—Estoy intentando averiguarlo —dijo Lainier mientras consultaba el móvil—. Sí, la tiene, pero pone que se recomienda usarla sólo si es necesario, o el vehículo corre riesgo de quedarse sin energía. Bien, voy a encenderte el ordenador y te programaré la ruta más segura hasta el destino.

Lainier pulsó botones en la furgoneta. El monitor del vehículo mostró la ruta.

—Si logramos volver a casa, necesitamos robar un cojón de esta tecnología —señaló Berllerak.

—Eres consciente de que el enemigo a que nos enfrentamos es el peor que jamás hayamos tenido, ¿verdad?

—Pero tiene un punto débil.

—¿Cuál?

—Que por mucho que sea el Presidente, en realidad está sólo.

La furgoneta circulaba por una autopista de cuatro carriles en dirección a Andorra. Estaban a menos de dos horas de distancia. A ambos lados se extendían valles salpicados de árboles. De repente, se escuchó un ruido desde el interior del vehículo:

*BIP*BIP*BIP*.

Fueron tres pitidos rápidos. Berllerak desvió un momento la vista a la pantalla del ordenador de la furgoneta.

—Batería baja —dijo—. Se agotará en una hora.

—¿Qué? —ElArtista estaba indignado—. ¿Qué mierda de rescate es este?

—Ya te dije que probablemente esto no estuviese destinado a nosotros —le recordó Lainier—. Parece que improvisaron la operación.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Parar en una estación de servicio. ¿O prefieres ir a pie?

—En fin...

—Hay una estación a quince minutos —informó Berllerak—. Vamos allá.

Transcurrido ese tiempo, el grupo llegó al lugar, situado al lado derecho de la carretera. Salieron por un desvío y aparcaron al lado izquierdo del primero de cinco postes de recarga, de aspecto gris metálico. Estaban alineados con la suficiente separación para dejar caer un coche por poste. Cada puesto de recarga tenía un metro noventa de altura, media metro de lado, y en la parte superior tenía una pantalla, y bajo ella el conector de recarga, una clavija circular de cinco centímetros de diámetro.

Unos cinco metros tras los postes había una pequeña planta baja de unos doscientos metros cuadrados. Sobre la entrada había un cartel que decía: "Estación de Servicio".

—No veo a nadie más por aquí —señaló Lainier mientras Berllerak apagaba el motor—, pero por si acaso que baje Tete. Es menos probable que te reconozcan. Ten cuidado con las cámaras.

—Bien. Dame la tarjeta —requirió Tete. Lainier se giró y se la entregó.

Tete se bajó del vehículo y se acercó al poste desde el lado derecho, cabizbajo. Quería evitar ser reconocido por cámaras colocadas en el exterior del establecimiento o en la cara frontal del poste. Acercó su dedo índice a la pantalla pero se detuvo al leer el mensaje que se mostraba en ella:

"Acuda al interior del establecimiento para pagar y activar el servicio de recarga".

—Mierda...

Tete se acercó a la ventanilla de Lainier. Éste la bajó.

—¿Qué pasa? —preguntó Lainier.

—No hay servicio automático —informó Tete—. Hay que entrar al local.

—¿Está estropeado?

—No dice nada al respecto.

—Es mucha casualidad que se haya estropeado justo cuando nosotros necesitamos repostar... —conjeturó ElArtista.

—¿Otra vez con paranoias? —preguntó el Capitán—. Cuando algo se estropea, siempre hay alguien que lo sufre. Simplemente nos ha tocado a nosotros.

—Me temo que esta vez ElArtista tiene motivos para desconfiar —señaló Lainier—. En mi opinión, esto ha sido una orden del Presidente. Es lo que yo haría. Quiere obligarnos a entrar porque seguro que las estaciones de servicio están infestadas de cámaras por dentro. No podremos evitar que reconozcan nuestras caras.

Bien, hemos de suponer que no tienen a miles de hombres vigilando todas las cámaras del país —señaló Berllerak—. Usarán programas de reconocimiento facial. Mmm... en cualquier caso, la identificación será inmediata. No llegaríamos a Andorra.

—El encargado de la estación debe tener aparcado su coche detrás del local. Si no hay cámaras, podríamos robarle energía.

—Los coches tienen una cosa llamada "alarma", Lai. Por no mencionar que probablemente no pueda ni quitar la tapa protectora de la batería.

—Tete, sube al coche. Seguiremos discutiendo en otra parte o resultaremos sospechosos.

Tete obedeció. El grupo se alejó medio kilómetro y se detuvo en el arcén derecho.

—Propongo esperar a que pase un coche, asaltarlo, robarle la batería y ocultarlo por algún lado —dijo Lainier—. Con suerte las autoridades lo encontrarán cuando ya estemos en Andorra.

—Aquí no hay lugar para esconder un coche —señaló Berllerak—. Pero tengo una idea.

—Escupe.

—Si la tecnología de este universo no se ha desviado de lo que cabría esperar, puedo recargar la batería del coche con las de las pistolas.

—Espera. ¿Cuántas baterías de pistolas necesitarías?

—A lo mejor podríamos quedarnos con una, pero si luego la necesitamos tendremos que hacer una segunda parada, y estar parados equivale a atraer la atención. Yo las usaría todas para ir sobre seguro.

—Entonces nos quedamos indefensos.

—¡Aún nos quedan cuchillos!

—Aprecio el abrir a un hombre en canal —señaló Stalker—, pero teniendo en cuenta que nos enfrentamos a clones, me sentiría más seguro con los láseres.

—¿Prefieres ir en coche sin láseres o a pie con láseres? No sé tú, pero yo prefiero lo primero.

—Lo que yo prefiero es una alternativa.

—Esta es mi alternativa —intervino ElArtista—. Paramos un coche como ha dicho Lai, pero en vez de esconderlo, nos lo llevamos.

—¿Y los ocupantes? —preguntó Lainier, que se temía la respuesta.

—Rehenes. La resistencia sabrá qué hacer con ellos.

—Nada de rehenes.

—Bueno, si son clones, los matamos y punto. Total, son unos hijos de puta...

—¡Nada de muertos!

—¡Si ya hemos matado unos cuantos!

—¡He dicho que no!

—¿Puedo recargar la batería de una puta vez? —preguntó Berllerak.

—Adelante.

Los estaba conduciendo su deportivo plateado por Valencia cuando recibió un aviso a través del ordenador del vehículo:

—Señor, tenemos una pista.

—Estoy a la escucha.

—Hasta el momento los ordenadores que controlan las cámaras de vigilancia no han identificado a los fugitivos, pero el empleado de una estación de servicio vio algo raro al revisar las grabaciones de seguridad al acabar su jornada. Le envió la dirección del lugar y el vídeo —la pantalla del coche comenzó a reproducir la grabación—. Ocurrió hace tres horas. Como ve, se trata de una furgoneta. Alguien baja y se acerca al poste, pero de forma astuta. Ni la cámara sobre la puerta del local ni la del poste captan su rostro lo suficientemente bien para que los ordenadores reconocieran el rostro. Enton...

—No hace falta que me narre la escena. La estoy viendo. En vez de eso dígame algo útil. ¿Ha comparado esto con las grabaciones de las cámaras de Valencia?

—Sí, señor. Un vehículo de aspecto similar fue captado por una de las cámaras de la salida norte, quince minutos después del incidente con los resistentes. También hay otros dos, pero que salieron más tar...

—Es suficiente.

Los contempló cómo el vehículo estaba parado durante poco más de un minuto para después irse sin recargar.

"Demasiado listos para picar", pensó Los, "pero sólo habéis retrasado lo inevitable".

—Corto la comunicación -dijo Los, pulsando con el dedo en la pantalla-. Acceso computadora central. Ejecutar orden: destinar todos los agentes de reserva a las zonas a un máximo de tres horas de distancia en coche de la estación de servicio C-433, excluyendo las que queden al sur. Misión de identificación: objetivo, furgoneta modelo 133, color azul, matrícula IB-4286L. Los operativos del CNI de máximo rango pueden realizar a su discreción misión de seguimiento sobre dicho objetivo en caso de no poder pedirme autorización. Fin de orden. Procesar inmediatamente.

III EL CARIZ DE LOS CLONES VENIDEROS

Tras un viaje sin incidentes, el grupo llegó a Andorra, o más bien lo que quedaba de ella. Todo el lugar parecía medio derruido, pero aún podía verse a gente pululando por las calles, ciudadanos sin apenas recursos.

—Estamos llegando al final —señaló Berllerak.

—Todo sigue despejado —dijo Tete. Los que estaban sentados en la parte trasera miraban a través de los cristales del vehículo para asegurarse de que nadie les seguía.

Al cabo de un par de minutos, llegaron a la puerta de un garaje de un edificio de apenas diez plantas, infestado de enredaderas y moho. Lainier abrió la puerta con el móvil y Berllerak aparcó dentro. Lainier volvió a cerrar la puerta mientras se bajaban de la furgoneta. Berllerak se dirigió a otra puerta que daba al interior del edificio, pero Lainier le detuvo:

—Por ahí no.

Lainier volvió a pulsar el botón. Una losa en el suelo, situada frente a la furgoneta, se hizo a un lado, revelando lo que parecía una plataforma metálica.

—¿Cabemos todos? —preguntó ElArtista. La plataforma medía tres metros de lado.

—Sí —dijo Lainier. Bajo otras circunstancias habrían hecho algún chiste sobre rozamientos, pero nadie parecía de humor. Por primera vez, tenían la sensación de que no podían ganar.

La plataforma descendió unos cien metros hasta llegar a un amplio pasillo excavado en roca. El grupo avanzó hasta una puerta metálica que se hizo a un lado en cuanto se acercaron. Lainier fue el primero en pasar al otro lado. Cuando hubieron cruzado todos, la puerta se cerró. La estancia era amplia y circular, con pasillos adelante y a cada lado. En el centro había una especie de cubículo repleto de ordenadores y monitores, y sentado en una silla de cuero, les esperaba un hombre joven, corpulento, con cabello negro peinado hacia atrás, ligeras entradas, y barba de una semana, aunque lo más llamativo eran sus ojos verde azulados con pequeñas manchas marrones. Iba vestido con ropa sencilla: camisa blanca y pantalones negros.

—Buenos días —dijo el desconocido con voz afable—. Soy Xanty Xs.

—¿Ese es su nombre real? —preguntó Lainier.

—No nos tratemos de usted, por favor. Y no, no es mi nombre real. Aunque podríamos considerar que el nombre real es el que uno elige, no con el que nace.

—Ciertamente. Tengo una duda: ¿nos conoces? Bueno, a mí claro... ¿Pero y a los demás? Porque nos has rescatado, o algo así. La verdad es que no estamos muy seguros...

—Soy el líder de uno de los grupos de resistencia humana. Vigilamos de cerca las grandes actividades del gobierno. La construcción de una nave capaz de viajar entre universos no se puede ocultar por mucho que el Presidente lo intente. A partir de ahí logramos enterarnos de que buscaba universos parecidos al nuestro. Y todos conocen al Cuerpo de Asalto de Thuris. Está todo en los libros de historia. Hasta tenéis una estatua.

—No jodas —dijo ElArtista.

—En vuestra tumba, en el cementerio militar de Thuris.

—Arg.

—Has dicho que eres el líder de uno de los grupos de resistencia humana —dijo Lainier—. ¿Es que hay varios?

—Básicamente hay dos facciones: la mía pretende que los humanos y los clones vivamos en igualdad y armonía. Pedimos que desaparezca el cargo de Presidente y que cualquiera pueda presentarse a un cargo político y votar, aunque sea humano. Pero hay otra facción que quiere exterminar a los clones, porque piensan que de lo contrario siempre estaremos enfrentados.

—Es posible... —murmuró ElArtista.

—Calla —dijo Lainier a su compañero. Después volvió a dirigirse a Xanty—. ¿Lo de rescatarnos ha sido por mero altruismo? Porque me parece que un par de tus hombres se han sacrificado para sacarnos de allí.

—Sí el Presidente os quiere, es que es para algo importante, así que hemos decidido jugarosla.

—El Presidente quiere invadir nuestro universo para quitarnos recursos y usarlos en sus operaciones en vuestro universo, al parecer contra el Xenoespacio.

—¿En serio?

—No llegó a usar la palabra "invasión", pero sí que dijo que se haría con los recursos por las buenas o por las malas.

—Y lo hará. Ha extendido sus dominios por todos los planetas humanos que ha podido, para asegurarse de que nadie se opone a la existencia de los clones. Y ahora tiene miedo del Xenoespacio.

—¿Está justificado ese miedo?

—Al Xenoespacio no le gusta en lo que se ha convertido la Asociación, pero eso no justifica un golpe preventivo. Si el Presidente teme la reacción del Xenoespacio, lo que debe hacer es cambiar su política.

—Te lo digo ya: no es posible llegar a ningún acuerdo con el Presidente.

—¿Cómo de parecido eres a él?

—No soy como él.

—No ha sonado demasiado convincente. Si no eres como él, ¿entonces cómo estás tan seguro de que no se puede hablar con él?

—Bueno, nos parecemos en muchas cosas, pero en esencia somos diferentes.

—Como tú digas —Xanty se daba cuenta de que a Lainier no le gustaba hablar de eso—. Bueno, si el Presidente

necesita recursos, entonces tendrá que ir a por ellos. ¿Sabes cuándo lo hará?

—Según me ha dicho, solamente estaba esperando a que la historia... bueno, más bien mi historia llegase a cierto punto clave. Ese punto ya ha llegado, así que me temo que invadirá nuestro universo cuando pueda. Pero me dijo que la nave tenía que reabastecerse de antimateria. También tiene un contenedor jodido.

—Un momento —intervino Olmaly—. ¿El Presidente piensa invadirnos con una sola nave? ¿Estamos seguros de que solo tiene una?

—Por la conversación que tuve con él, me dio la sensación de que solo había construido una. Además, si tuviera varias creo que me lo habría restregado por la cara para desmoralizarme... si bien es cierto que nuestra charla se interrumpió abruptamente...

—Lainier tiene razón —señaló Xanty—. Los informes de nuestros espías hablaban de una única nave multiversal. No tenemos informes de que se haya construido más de una. Tiene sentido teniendo en cuenta la cantidad de hombres, dinero y recursos necesarios. Además, para doblegar a la Asociación de vuestro universo, le basta una sola nave. Es invisible y puede eludir la detección de vuestras defensas orbitales. Por tanto puede usar sus grandes reservas de antimateria para atacar impunemente.

—¿El Presidente usaría armas de destrucción masiva contra población civil?

—Oficialmente nunca ha hecho tal cosa. En vuestro caso, no creo que ni siquiera le hiciera falta: provocar una explosión en una zona despoblada, o volar una luna o las defensas orbitales debería ser suficiente para amedrentar a vuestros gobernantes. En caso de que no se dobleguen, los pocos hombres de la nave son suficientes para formar comandos que, gracias a su superior tecnología, no tendrían demasiados problemas para realizar asesinatos selectivos contra las autoridades. En caso de que persista la resistencia, arrasará las bases militares. Entre todos estos pasos suele dar advertencias de duración variable, por lo general no superiores a 24 horas terrestres. El Presidente da oportunidad a que sus enemigos se rindan, pero tampoco quiere darles tiempo a elaborar planes.

—¿Ese es el modus operandi de sus campañas militares?

—¡Tú deberías saberlo!

—Y dale...

—Vamos, hombre...

—Sí, suena como a algo que haría yo.

—Tardarán por lo menos un mes en recargar la nave. Vuestra mejor baza para volver a casa en subiros a ella. El problema es que os acompañará un ejército enemigo. A menos que logremos hacernos con la nave, claro.

—¿Y si el Presidente construye otra?

—Bueno, tardará meses, y mientras tanto vuestro universo tendrá acceso a su tecnología. Así podríais intentar preparar una defensa.

—En unos meses no podemos preparar un carajo, y menos con tecnología robada.

—Busca ayuda del Xenoespacio.

—¿Y por qué habrían de ayudarnos?

—A lo mejor tampoco les hace gracia que un enemigo así llegue a vuestro universo.

—Si el Presidente no tiene recursos para atacar al Xenoespacio de este universo, entonces tampoco los tiene para atacar al Xenoespacio de nuestro universo. Los xenos no lo considerarán un peligro. Dejarán que nos matemos entre nosotros.

—Mmm... es probable. Hay otra solución. Es... peligrosa y éticamente discutible, pero a lo mejor retrasáis la invasión aún más.

—Escupe.

—El diseño de la nave multiversal es el fruto de un puñado de científicos brillantes, todos clones, claro. Son tres, y son totalmente leales al Presidente, auténticos defensores de su régimen. De lo contrario el Presidente no habría confiado en ellos, claro. Los datos del proyecto sólo existen en sus cabezas, para evitar que el enemigo pueda hacerse con ellos. Por la misma razón, los científicos viven juntos, en algún lugar que no conocemos, pero sin duda bajo enormes medidas de seguridad. Pero si murieran o al menos fuesen secuestrados... la tecnología se perdería. Podrían pasar años antes de que otros clones brillantes logren diseñar otra nave. Así que si sacamos de la circulación a los científicos y a la nave, ganareis mucho tiempo.

—Sí, pero... ¿dónde están esos científicos? ¿Alguna pista?

—Deberían vivir cerca de donde se construyen las naves más avanzadas. Eso es Neo World.

—¿Neo World ahora es parte de la Asociación?

—Como dije, el Presidente expande sus dominios allí donde haya cualquier ser pensante que se parezca a los humanos. Sabemos que en Neo World se fabrican las naves de combate, y también se fabricó la nave multiversal. Los científicos deberían vivir en Neo World o muy cerca, para supervisar la creación de las naves. Lo que no sabemos siquiera es a qué raza pertenecen.

—Genial. ¿Entonces la idea es ir a Neo World y... entonces qué? Si vosotros no habéis descubierto nada en años...

—Es una oportunidad. Dijisteis que la nave tenía un contenedor de antimateria dañado. Los científicos tendrán que dejarse ver ahora.

—Es que ahora mismo estamos algo lejos de Neo World.

—Para cuando lleguéis espero que nuestros espías tengan un informe.

—¿Cómo coño lograréis espíar a los clones? ¿Y los sistemas de seguridad?

—Algunos clones nos apoyan. La educación gubernamental intenta hacer creer a los clones que los humanos son

indignos de confianza, pero aún así muchos no se lo tragan, porque por ciertas circunstancias han podido tratar con humanos con regularidad. Además, todos saben que ElArtista y Olmaly eran una pareja clon-humana, prueba de que podemos llevarnos bien.

—¡Santo Dios! —exclamó ElArtista en tono burlón—. ¡Estoy sirviendo de ejemplo para algo bueno!

—A veces tienes tus momentos —señaló Olmaly—, pero no muchos...

—Eso es mentira. Tengo muchos momentos... pero de locura.

—Bueno, ¿y cómo llegamos a Neo World? —prosiguió Lainier.

—Estoy trazando un plan —afirmó Xanty— Pero mientras tanto necesito un favor...

—Ya empezamos... —murmuró ElArtista—. Ya suponía yo que toda esta ayuda no era gratis...

—Verás, el cerco a mi grupo cada vez es mayor. Los clones no saben que yo dirijo la resistencia moderada, pero necesito cambiar de base cada dos por tres, y ahora que estáis aquí, es hora de volver a hacerlo. Hay un lugar donde nadie me buscaría, al menos durante un tiempo, pero no puedo acceder sólo. Está abandonado desde hace años, y está en un estado lamentable. Me habría gustado enviar a alguien de los míos a explorar, pero mis técnicos siempre están ocupados con asuntos importantes, y ni siquiera creo que pudieran acceder. El lugar usa sistemas de seguridad que analiza el ADN para sólo dejar entrar a los clones.

—¿Analiza todo el ADN o solo lo imprescindible? —preguntó Berllerak, siempre ansioso por recibir conocimientos técnicos—. ¿Cómo está el tema de la velocidad de mapeo genético?

—Analiza solo una porción. El tiempo de análisis completo es de poco menos de la mitad de lo que se tarda en vuestro mundo.

—Relata un poco más —requirió Lainier—. ¿Qué es ese sitio? ¿Una especie de base clon abandonada?

—No exactamente. Pero sí era un recinto dirigido especialmente a clones, con lo cual las áreas clave tenían acceso restringido. ¿Habéis visto cómo está Andorra?

—Parece un gueto.

—Es un gueto. Eso es porque unos años después de que los clones alcanzaran el poder, el movimiento radical de resistencia lanzó un ataque indiscriminado aquí. Bueno, también en otros lugares, pero Andorra quedó más dañada al estar menos preparada para un ataque con misiles nucleares.

—¿Va en serio?

—Pues sí, pero ya no hay radiación. Fue limpiada. El caso es que el gobierno estaba muy ocupado atacando a los rebeldes, con lo cual la reconstrucción de este lugar nunca ha sido una prioridad, sobre todo porque aquí viven humanos pobres. Ni siquiera se han molestado en explorar el lugar del que te estoy hablando. No les valía la pena rescatar tecnología vieja o lo que quede allí.

—¿Pero qué lugar es?

—Era un estadio gigantesco para deportes extremos de invierno diseñado específicamente para competiciones de clones. Está aquí en Los Pirineos. Cuando se produjo el ataque, el lugar estaba a reventar de clones, y por eso fue uno de los objetivos principales. Todo el mundo murió. Y por eso ahora esto se ha convertido en un gueto. Los clones de Andorra se trasladaron a otros lugares gracias a las ayudas gubernamentales, y ahora sólo llegan humanos que no pueden permitirse vivir en un lugar mejor.

—¿Así que quieres un estadio entero? Sería un buena base...

—La mayoría del sitio probablemente estará inservible. De hecho ahora mismo todo el recinto está enterrado bajo la nieve, por la alteración del terreno provocada por los misiles. Acceder puede ser muy peligroso. Pero a lo mejor vosotros lo lográis. Si decidís que el lugar es seguro, me trasladaré.

—¿Eres consciente de que probablemente no puedas ni tener energía allí? Hay una cosa llamada "frío" que sin duda te matará enseguida.

—Primero echad un vistazo al lugar y después ya veremos.

—Necesitamos más equipo, no sólo lo de la furgoneta. Eso incluye baterías para pistolas. El coche se quedó sin energía y tuvimos que fundirnos todas para llegar aquí, así que si quieres volver a usar ese coche, ponlo a recargar, que tiene la batería al 5%...

—Sí, tengo baterías y más pistolas. También tengo todo lo necesario para trabajar en la nieve: ropa de abrigo, equipo de escalada, utensilios varios, crema solar, gafas protectoras... Y un mapa con la localización aproximada del estadio. Para que lo busquéis mejor, os pondré un vídeo.

—Bueno.

Xanty pulsó con el dedo la pantalla de un monitor de cien pulgadas. Apareció una panorámica del enorme recinto, lleno de gente.

—La capacidad era para cien mil espectadores —explicó Xanty—. Parecen pocos, pero tened en cuenta que se esperaba que la mayor parte del público fuesen clones.

En pantalla apareció una gran pista curva. Una esquiadora se preparaba para lanzarse. Iba totalmente cubierta, por lo que no se le podía ver la cara, pero vestía casi toda de blanco. La competidora se impulsó a gran velocidad y al llegar al final de la pista surcó el aire, dando unos giros increíbles, para a continuación posarse sobre la nieve como si nada.

—Eso... no lo hace nadie en mi universo —señaló Lainier.

—La Dama de la Nieve —señaló Xanty.

—¿Quién?

—Así la llamaban. Mendizale, la Dama de la Nieve. Una de los primeros clones de tercera generación, creada en secreto por la Hermandad Clon, antes de que el Presidente se hiciese con el control de la sociedad. Sin embargo ella no

participó en luchas contra los humanos. Sólo se dedicó al deporte en la nieve, aunque no sólo era buena en eso. Verás, el servicio militar es obligatorio para todos los clones, para que estén listos por si tienen que pelear contra los humanos. Pues Mendizale fue la número uno en su servicio militar, la mejor de toda la Asociación de Planetas, en toda su historia hasta hoy, pero ni aún así mostró nunca interés en actividades violentas. El problema es que los radicales anticlon no se fiaban de ella. La vieron siempre como candidata potencial a convertirse en líder de un Cuerpo de Asalto o como una agente de los Servicios de Inteligencia. El caso es que oficialmente y que nosotros sepamos, Mendizale siempre se dedicó en exclusiva al deporte. Consiguió cuatro medallas de oro y dos de plata en los primeros Juegos Olímpicos de Invierno para clones. Después se presentó a la competición de deportes extremos de invierno que has visto en el vídeo, y le iba muy bien... hasta que se produjo el ataque. Suponemos que una de las razones de elegir el estadio como objetivo fue precisamente eliminar a la clon más preparada de la Asociación.

—Y eso a pesar de que sólo hacía deporte...

—Es un grupo radical. ¿Qué esperabas? Para ellos el hecho de que fueran a matar muchos clones y encima a la mejor era razón suficiente para atacar.

—¿Ese grupo aún existe?

—Sí, pero tiene menos fuerza que antes. Carece de armas pesadas y el Presidente ha exterminado a muchos de sus miembros.

—Hoy un par de individuos han intentado quemar a unos polis lanzando un artefacto incendiario contra su coche. ¿Eran de los tuyos?

—No, serían de los otros. Los míos no actúan con tanta estupidez. Pero a medida que pasa el tiempo, los opositores radicales se desesperan más y se vuelven más descuidados. Algunos incluso intentan acciones suicidas.

—Volviendo a lo de antes. ¿Algo más que deba saber sobre este estadio?

—Pues no se me ocurre nada. Hace un par de años se inventaron unas cargas capaces de evaporar la nieve en pocos segundos. Os daré unas cuantas para que podáis acceder al recinto. Ah, sí, el centro médico está a la derecha. Berllerak necesitará material —Xanty miró al clon— Puedes coger lo que quieras, incluyendo drogas legales e ilegales.

—Ahora sí que me siento como en casa —dijo Berllerak con una sonrisa.

—Otra cosa: aquí la gente lleva implantados chips bajo la piel que funcionan a modo de DNI. Aquí no tengo chips pirateados. Tengo que hacer unas llamadas a ver. Así que hasta entonces más vale que no atraigáis la atención de las autoridades.

—¿Y si esperamos a tener primero los chips?

—Tardaré horas en gestionar el tema, y me urge que miréis ese estadio cuanto antes, porque la seguridad de este refugio puede estar comprometida.

Los clones caminaban sobre la nieve, con las montañas al fondo. Estaban separados unos cincuenta metros unos de otros, analizando el lugar con sus móviles. Olmaly se había quedado con Xanty en su escondite, algo que no le hacía demasiada gracia al Artista, pero probablemente aquella zona nevada era aún más peligrosa. Iban vestidos con gruesas ropas negras, cubriendo sus cabezas con capuchas y llevando gafas de sol. Todos iban cargados con mochilas con el material que Xanty les había proporcionado.

—Por aquí debería estar una de las entradas —dijo Berllerak mientras se arrodillaba y consultaba su móvil—. Efectivamente, capto algo.

—¿Profundidad? —preguntó Lainier mientras el grupo se acercaba a Berllerak.

—Hay metal a veinte metros, pero está cubierto por rocas y nieve. ¿Le doy caña?

—Dale caña.

Berllerak sacó un pequeño artefacto de la mochila, con forma de disco. Lo colocó sobre la nieve y apretó un botón central. Los clones se apartaron unos metros. El dispositivo comenzó a evaporar la nieve en un radio de diez metros, hundiéndose cada vez más, hasta eliminar una capa de casi un metro. Un montón de rocas quedaron al descubierto. Los clones tardaron casi tres horas en apartarlas, sirviéndose de sopletes láser para partirlas y moverlas más fácilmente. Finalmente despejaron un camino suficiente para poder descender. Los clones descendieron los veinte metros con cuidado.

—Tiene que estar cerca —señaló Berllerak—. Aquí.

Berllerak volvió a usar el soplete sobre una pared de rocas. Al cabo de media hora dejó al descubierto una puerta metálica. Berllerak destrozó la cerradura con el soplete. Los clones pasaron al interior. Todo estaba muy oscuro, pero las gafas también tenían visión nocturna. Avanzaron por un pasillo y pronto estuvieron en las entrañas del estadio. Había más pasillos por todas partes, y más de un cadáver que había esperado demasiado tiempo para ser encontrado.

—¿Los registramos? —preguntó ElArtista.

—Tú registra cadáveres si quieres —señaló Lainier—. Berllerak que compruebe la estructura del lugar. Los demás dividámonos y examinemos las habitaciones.

Berllerak comenzó a examinar los daños en los pilares y paredes mientras ElArtista se dedicaba a rebuscar entre los muertos. Los demás se separaron. Tete y el Capitán descendieron por unas escaleras para explorar las plantas inferiores. Stalker se escabulló tras una esquina. Lainier avanzó por un amplio pasillo, abriendo todas las puertas que podía. Más cadáveres. Encontró varios despachos y los vestuarios. Sintió ganas de registrarlos en profundidad, pero la misión no era rapiñar, sino analizar el lugar a ver si era apto como base de la resistencia. El problema principal era el frío. ¿Podrían restablecer la electricidad? Y en caso afirmativo, ¿acaso no se daría cuenta el gobierno de que el estadio volvía a estar encendido? Antes de que se le ocurriera algo, su móvil registró una débil lectura de energía detrás de una puerta.

Daba al centro médico.

—¡Que venga alguien! —gritó Lainier.

—No grites o todo se derrumbará... —murmuró Berllerak mientras se aproximaba a su compañero junto con ElArtista.

—¿En serio?

—No, era pa acojonar. Todo parece aguantar. Pero tengo que seguir revisando todo el lugar.

—Aquí detrás hay una débil lectura de energía.

—Bueno, pues vamos p'adentro. Además, a lo mejor podemos conseguir algo. Vendas, medicamentos, drogas... Con lo que me ha dado Xanty no es suficiente: tenemos la mala costumbre de hacernos pupa.

Los clones pasaron al interior. Era una amplia sala, con muchos utensilios, y unas diez camillas. Al fondo había tres cápsulas de soporte vital permanente, en posición horizontal.

—La lectura de energía proviene de la cápsula central —dijo Lainier señalando la máquina—. Es tan débil que no me extraña que se les pasara a los de rescate cuando escanearon el lugar.

—¿Estará tirando de una batería o de energía geotérmica? —se preguntó Berllerak—. Bueno, es igual. Voy a echar un ojo.

Berllerak se acercó a la cápsula. Era blanca y no poseía ningún cristal para ver el interior, pero en el lateral había una pantalla que mostraba diversos datos.

—Joder —dijo Berllerak, leyendo la información—. Hay alguien en hibernación.

—No jodas —dijo Lainier.

—Mujer joven. Veintipocos años. Las constantes están bien. Lleva allí desde... el ataque. Eso son diez años...

—La hostia... —murmuró ElArtista—. ¿Por qué alguien se encerraría aquí?

—¿Para sobrevivir?

—¿Y por qué no esperar a los equipos de rescate? Era evidente que ahí dentro sería difícil que los escáneres la localizaran.

—Si sabía que era un ataque terrorista, pudo temer ser encontrada por el enemigo, así que se encerró en la cápsula. Por no mencionar que a lo mejor no tenía forma de saber cuándo la rescatarían. La falta de oxígeno y el frío podrían haberla matado de no haber entrado en hibernación.

—¿Puedes sacarla? —preguntó Lainier.

—Listo —dijo Berllerak pulsando en la pantalla—. En unos minutos la cápsula la habrá sacado del sueño. Mientras tanto, sigamos explorando el lugar.

—¿No deberíamos quedarnos aquí?

—Podemos volver dentro de un rato. El tiempo apremia. Aún tengo que seguir revisando la puta estructura, y quedan un cojón de habitaciones por explorar. Pero como tú veas, que eres el que manda.

—Bueno, yo exploraré por aquí cerca para no alejarme mucho de la cápsula.

—Pues ale.

Los clones se separaron de nuevo. Berllerak empezó a comprobar una de las esquinas de la planta. ElArtista siguió registrando cuerpos. Lainier entró en los lavabos, amplios y espaciosos. Abrió un grifo: no caía agua, pero sin duda se podría arreglar para que le llegara a partir de la nieve del exterior. De repente se fijó en que su móvil mostraba un leve rastro de calor humano: justo en la entrada de la sala médica. "Coño... ha salido mucho antes de lo previsto", pensó Lainier.

El clon corrió en dirección a la fuente de calor, hasta llegar a la sala. "Tendría que estar por aquí", pensó. Avanzó por el pasillo examinando las huellas marcadas en el polvo. Aparte de las marcas dejadas por el Cuerpo de Asalto, vio otras huellas, más pequeñas, que iban en dirección contraria. La persona que había salido de la cápsula se dirigía a la salida. El móvil ya no mostraba rastro de calor: debía estar en el exterior.

Lainier salió afuera, guardó el móvil y trepó hasta arriba. Ni siquiera le hizo falta seguir el rastro sobre la nieve: la chica estaba de pie a cincuenta metros de él. El clon se aproximó lentamente. Se paró a diez metros de ella, a su izquierda. La chica mantenía los ojos cerrados y la cabeza inclinada hacia atrás, con su larga cabellera castaño oscuro ondeando al frío viento, pero no parecía sentir la baja temperatura. En realidad parecía estar saboreando el momento. Vestía un traje protector negro con altas botas gris oscuro y cinturón con un cierre en forma circular del mismo color, enmarcando un cuerpo esbelto y delgado.

—Cómo lo he echado de menos... —murmuró la chica en un tono de voz amigable mientras sonreía—. Ha sido demasiado tiempo...

Giró la cabeza hacia Lainier mientras abría unos expresivos ojos marrones llenos de vida. El líder del Cuerpo de Asalto ya no tenía ninguna duda de quién era.

—Por sacarme, te doy las gracias —dijo ella sin dejar de sonreír.

—En realidad hemos venido varios. Estarán aquí en cualquier momento. Tú eres la Dama de la Nieve, supongo.

—¡Ja, ja! Llámame simplemente Mendizale.

—Yo... tengo que decirte que has estado diez años en hibernación.

—Lo sé —dijo ella. De repente su sonrisa desapareció—. ¿Qué... pasó con la gente aquí?

—Creo que... murieron todos. Lo siento.

—Yo tenía amigos... —Mendizale cerró los ojos, como tratando de recordar.

—Lo... siento —repitió Lainier.

—No te preocupes. Ellos no estaban aquí —La Dama de la Nieve volvió a abrir los ojos y recuperó la sonrisa—. No

acudieron al estadio. Todo el mundo sabía que había amenaza terrorista, así que les convencí para que se quedasen en casa.

—¿Y te hicieron caso? Si yo les dijese algo parecido a mis amigos, me ignorarían.

—El orgullo en los clones es grande. La mayoría de aficionados decidió no plegarse ante el miedo. Mis amigos también insistieron en venir a verme, pero les dije que si lo hacían, no competiría.

—Pues les salvaste la vida.

—Ha pasado tanto tiempo... pero seguro que se alegrarán de verme.

—Sin duda. Será el mejor momento de sus vidas. Aférrate a eso.

—¿Puedes llevarme a la civilización?

—Por supuesto. Pero... ¿puedo pedirte algo?

—Claro.

—No culpes a los humanos de lo que sucedió aquí. No todos son malos, del mismo modo en que no todos los clones son malos. A lo mejor no es lo que quieres escuchar ahora mismo, pero...

—No, lo entiendo.

—¿Ah, sí?

—Yo tenía... tengo amigos humanos.

—Perfecto pues. ¿Nos vamos ya?

—Solo un instante más —dijo Mendizale mientras contemplaba el hermoso paisaje nevado que se desplegaba ante ellos.

Se dejó caer de rodillas. Tomó un puñado de nieve con ambas manos y se la pasó por su redondo rostro. Seguía ignorando completamente el frío. Después volvió a ponerse en pie.

—Ponte mis gafas o se te quemarán los ojos —dijo Lainier mientras se las quitaba. El escáner le había indicado al llegar a la zona que la radiación ultravioleta era especialmente intensa.

—Es que quería contemplar la nieve con mis propios ojos. Además, estoy bastante acostumbrada.

—Me lo creo, pero aún así acabas de salir de hibernación. Cógelas, por favor.

—Eres insistente, ¿eh?

—Mi trabajo es preocuparme por la gente —dijo Lainier lanzando las gafas a Mendizale. La Dama de la Nieve las atrapó al vuelo con un movimiento rapidísimo. Parecía imposible que llevase diez años sin moverse, por mucha eficiencia que tuviesen las cápsulas de hibernación en mantener el cuerpo en buen estado.

—¿Quién eres exactamente? —preguntó ella mientras se colocaba las gafas.

—Menos mal, no me has confundido con el Presidente.

—No puedes ser el Presidente. Eres demasiado joven, y tus ojos no están muertos como los suyos. ¿Eres su hijo? ¿O un clon puro?

—Venimos de un universo paralelo. Yo soy... el equivalente a vuestro Presidente. Soy el Lainier Sind de mi universo, pero soy más joven que vuestro Presidente porque mi universo es unos cincuenta años más joven. Y para que conste en acta, en mi universo no tengo planes de conquista. Sigo siendo el líder del Cuerpo de Asalto de Thuris y por ahora los humanos y los clones nos llevamos bien.

—Ostras...

—Tampoco pareces muy sorprendida.

—La existencia de universos paralelos no es un secreto. Lo que no sabía es que ya había contacto entre ellos. ¿Cómo habéis ido a parar aquí?

—Por culpa de Lai —contestó ElArtista acercándose a su compañero. Berllerak también lo seguía, a su izquierda.

—Saludos, soy Berllerak. Y el chungo de mi lado es ElArtista.

—No soy tan chungo... —murmuró ElArtista—. O sí...

—Os reconozco por los libros de historia —señaló Mendizale.

—Todas nuestras heroicidades son ciertas —dijo Berllerak con una sonrisa.

—¡Así como nuestros fracasos! —añadió ElArtista.

—Cállate, coño...

—Bueno, ¿nos retiramos ya? —preguntó Lainier.

—Por mí bien. La estructura aguanta y he descubierto que se puede reactivar el sistema de energía sacando al exterior unas placas solares. Será suficiente para... bueno, eso.

—Secretitos, ¿eh? —dijo Mendizale.

—Nuestra presencia en este universo es... complicada —señaló Lainier.

—Lai, no des datos —advirtió ElArtista.

—Si vamos a llevarla a la civilización, debería saber algo.

—No es necesario que venga con nosotros. Llamaremos a alguien que la recoja.

—Estoy con ElArtista —dijo Berllerak—. No tiene pinta de sentir frío, así que podrá aguantar hasta que alguien venga.

—¿Os busca la justicia? —preguntó Mendizale.

—Eh... no te ofendas, pero es mejor que cada uno vaya por su lado.

—No podéis ser malas personas. Me habéis sacado de allí.

—¿Cómo no íbamos a sacarte? Cualquiera habría hecho lo mismo.

—Cualquiera que no sea mala persona. Un criminal no me habría rescatado por temor a que hablase con la policía.

Por eso no entiendo por qué os buscan. Ni siquiera sois de este universo.

—Es irrelevante. Lo único que debes saber es que si te llevamos con nosotros corres peligro, aunque sea hasta el pueblo más cercano.

—Aquí no hay cobertura, no puedo llamar a nadie.

—Bueno, llamaremos nosotros cuando volvamos a la civilización.

—No tienes que preocuparte de mi bienestar. Y me gustaría acompañaros aunque sea un rato.

—¿Y eso?

—Todos los clones hemos crecido con las historias del Cuerpo de Asalto de Thuris, pero yo soy la única que ha podido conoceros en persona. Será una buena historia para contar a mis amigos algún día.

—Si nos atacan luego no te quejes. Pero es Lainier quien debe decidir. Sin embargo... Lai, reunión de grupo.

—Disculpa —dijo Lainier a la Dama de la Nieve mientras los tres miembros del Cuerpo de Asalto se alejaban unos metros para discutir entre sí en voz baja.

—¿Y si es una agente secreto del gobierno? —conjeturó Berllerak—. Los indicios apuntan a que no, pero la primera tarea de un agente secreto es ocultar su verdadera naturaleza. Y parece demasiado interesada en acompañarnos...

—No es agente secreto.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Si fuera agente secreto, los servicios de rescate habrían desenterrado todo el complejo para buscarla, por mucho que los escáneres no detectasen vida.

—A menos que fingiesen su muerte para que la resistencia se confiase —señaló ElArtista—. Pudo haberse metido en la cápsula al saber que vendríamos aquí, para luego mentirnos y apuñalarnos por la espalda... Seguro que espera a que la llevemos ante el Xanty ese...

—¿Y cómo coño sabía ella que vendríamos aquí?

—¡Yo que sé! ¡Pero estamos en un universo chungo! ¡No sabemos qué métodos usan!

—Tú y tu paranoia... No es agente secreto porque tiene cara de buena persona.

—¿Qué clase de razonamiento lógico es ese?

—Ya te he dao un razonamiento lógico antes, y mas salido con paranoias... Ahora tiro de instinto.

—Lai, tú tampoco pareces mala persona —dijo Berllerak—, pero tu otro yo la ha liao parda.

—Y precisamente el Presidente no tiene cara de buena persona, pero Mendizale sí. ¿Alguna vez me he equivocado al juzgar a alguien?

—La verdad es que no.

—Pues no hay más que hablar.

Los clones volvieron a acercarse a la Dama de la Nieve.

—Te voy a devolver a la civilización —le dijo Lainier. Después se giró a sus compañeros—. Vosotros id a donde ya sabéis.

—¿Te refieres al prostíbulo ese que me comentaste, Lai? —preguntó ElArtista con una sonrisa jocosa.

—Graciosillo de los cojones...

De vuelta a la civilización, Lainier y Mendizale viajaban en un turismo rojo por las calles de Andorra. Era uno de los vehículos proporcionados por Xanty. Lainier iba al volante. Mendizale le había devuelto las gafas, pero Lainier había decidido no ponérselas. Quizás le reconocerían más llevándolas.

—¿Seguro que no quieres que conduzca yo? —preguntó ella.

—Tengo que acostumbrarme a estos controles —respondió él—. Berllerak y Stalker lo hacían más fácil cuando conducían esta mañana...

—Sí, los libros dicen que eran buenos en eso.

—¿Dicen los libros por qué vuestro Lainier se volvió... así?

—Sí. Explica cómo murió todo su equipo, y cómo el gobierno le obligó a cazar clones.

—Yo... lo siento.

—¿Qué sientes?

—Vuestro Lainier nunca pedirá disculpas. Así que tengo que hacerlo yo.

—Pero si no tienes la culpa de nada.

—Les he dicho a todos que no soy como él, pero no estoy seguro. ¿Habría actuado de la misma forma de haber pasado por lo mismo?

—Pero el caso es que tú no has acabado como él.

—Por una decisión que... Cualquiera de nosotros pudo haber elegido lo contrario... Y lo peor es que tengo la sensación de que yo tomé la decisión equivocada y él la correcta. Pero los míos siguen vivos, y los suyos no. Mi sociedad de momento está en paz, y ésta no. Todo está al revés de como debería estar.

—¿Y si la decisión correcta es simplemente la que produce el mejor resultado?

—¿De verdad crees eso?

—Ni idea, pero tengo entendido que te gusta debatir de filosofía, así que piensa en eso.

—En realidad lo he pensado pero aún así no me lo quito de la cabeza. Y estoy perdiendo las fuerzas. Mi enemigo soy yo mismo, pero con más experiencia, y lleno de dolor y odio. Se culpa de la muerte de sus amigos, porque es lo que yo haría. Ahora mismo yo me culpo por haberles traído a este universo, y no veo salida alguna. Esta vez creo que no podemos ganar. Y lo peor es que llegué a decirles eso. Debería haberme callado. Si no confían en su líder... Bah... me he

metido en un callejón sin salida.

—Pero aún te queda algo de fuerza. Aún no tienes la mirada vacía del Presidente.

—¿Y si mis amigos mueren?

—Pero ahora están vivos. Como me dijiste antes, aférrate a eso.

—Lo hago.

—Ya hemos llegado.

Lainier aparcó. A su izquierda se alzaba una casa unifamiliar de dos plantas. Otras viviendas similares ocupaban la zona. Aquel barrio estaba en mejor estado que otras partes de Andorra, pero seguía siendo una zona para humanos.

—Suerte —dijo Lainier.

—A ti también —dijo Mendizale bajándose del vehículo.

La muchacha llamó a la puerta y una mujer le abrió. Como Mendizale estaba en medio, Lainier no pudo ver a la otra persona bien, pero por el abrazo en que se fundieron estaba claro que eran amigas.

"Por mis cojones que nadie de los míos va a palmar en este universo", pensó de repente Lainier mientras las dos mujeres entraban en la casa. El clon comenzó a darle vueltas a la cabeza, pensando en cómo salir de todo aquello. Pasó tanto rato que de repente se dio cuenta de que seguía parado en el mismo sitio. "Joder, llevo media hora aquí", pensó. En realidad se le habían ocurrido algunas cosas, pero necesitaba la ayuda de Xanty, y hasta se le pasó por la cabeza pedir ayuda a Mendizale, pero aquello le pareció injusto. Tenía claro que a ella no le gustaba la sociedad que el Presidente había creado, pero eso no quería decir que ella tuviese que mezclarse en los asuntos del Cuerpo de Asalto. Aunque tampoco tenía nada que perder pidiéndoselo. ¿Y si estaba dispuesta a ayudar a sus amigos humanos? Pero aquello era una quimera. Lainier bastante haría ya volviendo a su universo con los suyos. Ayudar a los humanos en este universo era absurdo. Y sin embargo... Si lograra eliminar al Presidente y dirigirse a la población... Quizás lograr de algún modo que Xanty y Mendizale tomasen las riendas de la Asociación...

Lainier estaba demasiado perdido en sus pensamientos y no se dio cuenta del agente uniformado de negro que esperaba de pie junto a la ventana del coche.

—Identificación —solicitó el policía.

—Soy... ¡el Presidente! —dijo Lainier a la desesperada.

El líder del Cuerpo de Asalto Clon se preguntó si podría llegar hasta su arma, pero tenía ambas manos en el volante, y las fuerzas de seguridad de este universo eran todas clones. No había nada que hacer excepto que la mentira colase.

—Se parece al Presidente pero es más joven —dijo el agente—. Y esa es precisamente la razón por la que le pido que se identifique.

Lainier notó cómo el brazo derecho del policía estaba tenso, listo para desenfundar el arma que colgaba de su cinturón.

—No tengo implantado el chip —admitió Lainier sin inmutarse.

—Baje del coche despacio —ordenó el agente caminando hacia atrás. No era tonto: quería evitar que Lainier pudiese darle un portazo.

Lainier se apeó del vehículo mientras el agente tecleaba en su móvil con la mano izquierda.

—Dese la vuelta —ordenó el policía.

Mendizale saltó a través de una ventana abierta de la planta superior de la casa de su amiga. Dio una pirueta en el aire y cayó sobre el agente, golpeándolo con los pies y aplastándolo contra el suelo. La Dama de la Nieve se incorporó rápidamente.

—¿¿Está muerto?? —preguntó ella, preocupada.

—No —dijo Lainier mientras comprobaba el pulso en el cuello del agente, que yacía bocabajo—. Sólo inconsciente.

—Tiene... el coche ahí al lado —Mendizale señaló el coche patrulla, aparcado unos diez metros atrás del coche de Lainier—. Seguro que la cámara del vehículo me ha grabado...

Lainier disparó contra las cámaras, situadas en los espejos retrovisores.

—Supongo que esto se emite en directo a la central —dijo Lainier mientras arrastraba al policía hasta el coche patrulla.

—Al menos era así hace diez años...

—La policía interrogará a todos los vecinos —señaló Lainier mientras dejaba al agente tumbado en la parte trasera del vehículo. Después regresó junto a Mendizale— ¿Qué pasará con tu amiga?

—Le diré que se vaya. Lo entenderá.

—¿Pero estará a salvo?

—¡No te preocupes!

—¿Y tú qué?

—¿Yo?

—La policía acaba de ver cómo atacabas a uno de los suyos. Yo... te doy las gracias y... lo siento...

—¿Te pasas toda la vida diciendo "lo siento"?

—Me he quedado empanado aquí y por eso me han encontrado.

—Y yo he sido la que he decidido saltar por la ventana.

—Eso no me exime de responsabilidad.

—¿Qué tal si en vez de discutir de tonterías, nos vamos de aquí antes de que vengan refuerzos?

—¿Y a dónde quieres ir?

—Aunque parezca raro, creo que mi mejor oportunidad para evitar a la policía es estar con tu Cuerpo de Asalto.

—Pero aunque los míos logren regresar a casa, tú seguirás siendo una fugitiva. ¿A dónde irás entonces?

—A... algún lugar con nieve —sonrió ella.

—Espero que no pienses que esto es una especie de aventura —dijo Lainier mientras volvían a subirse al coche. Mientras, la amiga de Mendizale les despedía desde la ventana destrozada. La Dama de la Nieve le envió un mensaje con su móvil mientras tomaba asiento, pidiéndole que se marchara a un lugar seguro.

—Somos clones —respondió a Lainier mientras salían de allí—. Lo llevamos en la sangre, o al menos eso dicen los libros.

—Era más emocionante cuando uno no pensaba que lo podía perder todo.

—¿De verdad nunca habías contemplado la posibilidad de perder hombres cuando escogiste este trabajo?

—¿Piensas que puedes partirte todos los huesos cuando realizas tus acrobacias?

—Jamás.

—¿Pero y si saltaras desde una altura de... un kilómetro?

—¡Eso es distinto! ¡No podría sobrevivir a tal caída! ¡Simplemente no saltaría!

—Pues ahora mismo es como si estuviésemos saltando desde un kilómetro de altura. Cada año que pasa nos enfrentamos a algo peor. Y ahora mis hombres tienen miedo. Los necesito al 100%, más que nunca, y no creo que eso sea posible.

—O a lo mejor sacan energía gracias a ese miedo. Si no tuvieran nada que perder, quizás lucharían con menos fuerzas.

—Dios, me cuesta un cojón entender la tecnología de este universo —se quejó Berllerak mientras repasaba su móvil, sentado en una silla en la sala de control de Xanty. Los demás clones también estaban sentados, excepto Stalker, que daba vueltas de un lado a otro como un tigre enjaulado.

—¿Entonces cuándo estarás listo para piratear a tutiplén? —preguntó ElArtista, sentado a la derecha de Olmaly, enfrente de Berllerak.

—¿Qué tal nunca?

—¿Cómo que nunca?

—No puedo entender en unos días algo para lo que necesito años. Soy listo... pero no tanto.

—A lo peor nos pasamos años aquí, así que...

—No.. no me digas eso —dijo Berllerak señalando con el dedo al Artista.

—¿Qué más da aquí que allí?

—Aquí somos fugitivos.

—Vámonos al Xenoespacio. Aliémonos con ellos contra el putito Lainier de este universo.

—Para ti es más fácil porque tienes a Olmaly aquí.

—¿Acaso te espera alguien en nuestro universo?

—La responsable de Asuntos Estratégicos de la última estación que visitamos. ¿Algún problema?

—No he dicho nada...

—¿Qué hace Lainier que no vuelve? —preguntó Stalker sin dejar de moverse—. Pensaba que esa chica vivía más cerca.

—A lo mejor están charlando... —conjeturó Berllerak.

—¡Ja! —rió ElArtista—. ¡Jajaja! No... Es más probable que fuera una espía y saya cargao al Lai...

—Esta vez eso no ha tenido gracia —intervino Olmaly.

—Es verdad... —dijo ElArtista poniéndose serio, algo inusual en él.

"Hasta este tío no parece él mismo", pensó Berllerak. "¿Cómo voy a manejar al grupo si Lainier no vuelve?"

—He vuelto —se oyó decir a Lainier a través de un par de altavoces de uno de los ordenadores de la sala

Los presentes echaron un ojo al monitor: Lainier estaba en la entrada del garaje.

"Menos mal que estás vivo", quiso decir Berllerak, pero en vez de eso se obligó a decir algo distendido para calmar el ambiente:

—¡Ya era hora, muchacho! ¡Nos hemos comido las pizzas sin ti!

—Em... hola de nuevo —dijo Mendizale acercándose a la cámara de vigilancia.

—¿No la ibas a llevar a no sé dónde?

—Ha habido... complicaciones —dijo Lainier.

—¡¡Seguro que es una espía!! —gritó ElArtista— ¡¡Y la has traído hasta nosotros!!

—¡Que no lo es, joder!

—Espera... ¿Era de eso de lo que hablabais en privado en la nieve? —preguntó Mendizale.

—Mi gente es muy desconfiada...

—¡No les abras! —ordenó ElArtista a Xanty, sentado frente al ordenador.

—¿Qué mas da? —preguntó el resistente, haciendo un gesto con el dedo ante el monitor. La puerta del garaje se abrió—. Si es una espía, ya sabe que la base está aquí, así que mejor que baje. Hay que mantener cerca a los amigos y aún más cerca a los enemigos.

—Y ese dicho explica porqué aún no me han echado del Cuerpo...

Los recién llegados se sentaron frente a los demás. Lainier explicó la situación al grupo.

—Sin ánimo de parecer insensible —intervino Xanty—, una clon famosa como Mendizale y que apoya a los

humanos nos vendría muy bien.

—Lo mismo pensaba yo —señaló Lainier.

—Em... fui famosa hace diez años —señaló la Dama de la Nieve.

—Aquí las leyendas no se olvidan fácilmente —explicó Xanty—. Los éxitos de los clones son recordados para inspirar a las siguientes generaciones.

—Si sólo soy una deportista...

—Que necesita una fuerza y destreza extraordinaria para competir. Por no mencionar que fuiste la número uno en tu promoción militar. De todas en realidad.

—Ni siquiera tenía intención de entrar en las fuerzas de seguridad.

—Pues se te dio muy bien.

—Que es una espía... —murmuró ElArtista.

—Todo lo que hago lo hago al máximo de mis posibilidades —explicó Mendizale.

—Es ese tipo de virtudes por las que la gente sigue recordándote, al igual que a otros clones, como al Cuerpo de Asalto este.

—¿Tenemos virtudes? —preguntó ElArtista arqueando una ceja.

—Necesito que Xanty y Mendizale hagan una declaración conjunta a favor de la igualdad de derechos entre humanos y clones y el restablecimiento de una democracia real —dijo Lainier.

—Em... vale —dijo Mendizale.

—Me parece perfecto —añadió Xanty.

—Pero el comunicado no podrá emitirse hasta que Mendizale esté en un lugar seguro —advirtió Lainier—, porque todo el mundo sabrá que apoya a la resistencia. Y necesitamos ropa normal, no ésta para el invierno. También necesitamos identidades falsas, e ir a Neo World, etc.

—Recordad que por mucha identidad falsa que tengáis, vuestras caras van a ser un problema. Los libros de historia y tal...

—Por eso mismo no llevo gafas. Seguro que en todos esos libros salgo con gafas.

—Efectivamente.

—Pues el policía ese te reconoció sin gafas... —señaló Mendizale.

—Porque era de las fuerzas de seguridad. Seguro que el ciudadano medio conoce más mi cara con gafas que sin gafas. Además si vamos en grupo seremos más fácilmente reconocibles. Deberíamos dividirnos en dos grupos. Ahora podemos comunicarnos con los móviles, así que estaremos en contacto.

—Vamos por partes. Primero, la ropa. Tengo un montón de pirulas en la habitación que encontraréis al fondo del pasillo tras de mí.

—Antes incluso de eso... Berllerak, elimínale la cicatriz a Stalker. De lo contrario llamará mucho la atención.

—¿¿Pero qué dices, criminal?? —protestó Stalker.

—No tienes opción.

Berllerak y Stalker fueron a la sala. No era demasiado grande, pero sí tenía equipamiento relativamente avanzado. Berllerak sacó una pistola aplicadora de un armario y cubrió la cicatriz con una finísima capa de gel color carne que cubrió la cicatriz. Después sacó una pequeña ampolla de su bolsillo, dotada de una pequeña aguja en un extremo. Clavó la aguja cuatro veces alrededor de la cicatriz, vaciando el contenido de la ampolla.

—En unos días habrás regenerado la piel —señaló Berllerak.

—Estoy por tajarme de nuevo si salimos de ésta... —afirmó Stalker.

—Por mí como si te amputas la minga.

Cuando acabaron de cambiarse de atuendo, Lainier vestía completamente de negro, con cazadora vaquera, pantalones de una tela de naturaleza indeterminada aunque cómoda, y botas negras. Berllerak llevaba una sudadera azul marino, y pantalones y botas negros. ElArtista había escogido una cazadora marrón, una camiseta azul oscuro, pantalones negros y botas marrones. Stalker vestía de forma similar a Berllerak, pero todo de negro. Tete vestía con una camisa blanca, pantalones azules y botas negras. Olmaly llevaba un simple chándal de color gris. Mendizale llevaba la misma ropa de antes, pero añadió una chaqueta negra de manga corta. El grupo volvió a reunirse con Xanty, pero esta vez todos permanecían de pie.

—Bueno, si queréis identidades falsas, en vuestros móviles encontraréis la dirección de un tipo que vive en Perpignan —explicó el resistente—. Le he avisado de que vais a ir. Tardará un tiempo en acabar las identidades, y no os valdrán en un control exhaustivo. Si sospechan de vosotros os harán un análisis de ADN y todo se acabará. Mientras mi hombre realiza su trabajo, os sugiero que os empolléis bien los mapas de las ciudades clave la Asociación, sobre todo los de Neo World, así como toda la información disponible sobre cómo funciona nuestra sociedad, sobre todo historia y tecnología.

—Tardaremos días —señaló Lainier.

—¿Y cuánto te crees que tardarán en estar listas las identificaciones? Y también tengo que enviar a alguien a que informe a nuestro principal contacto en Neo World de que se prepare para vuestra llegada. Por si no lo sabíais, las comunicaciones interestelares en tiempo real siguen sin existir.

—¿Vamos a permanecer aquí o nos trasladamos ya al estadio?

—Puedo montar ya los paneles solares —señaló Berllerak.

—Bien, vamos allá —dijo Xanty.

—¿¿Ahora que acabamos de cambiarnos de ropa?? —se quejó ElArtista.

—Ponte la ropa de invierno encima. No te va a sobrar...

Xanty y los demás tardaron dos horas en desmontar los ordenadores y coger el equipo esencial. Lo cargaron en la furgoneta y tres coches y se dirigieron al estadio. Berllerak tardó casi un día entero en sacar las placas solares al exterior y reconectarlas al sistema de energía. Mientras Xanty limpiaba el lugar de basura y cadáveres, ayudado por Stalker y ElArtista, los más acostumbrados a ese tipo de desagradables tareas.

—¿Y si las autoridades vienen aquí ahora que saben que Mendizale sigue viva? —preguntó Tete a Lainier mientras quitaban escombros de los pasillos junto al Kapitán.

—¿Para qué iban a venir aquí? —preguntó Lainier—. No creo que se les ocurra que estuvo todo este tiempo atrapada. Además, Berllerak está instalando un sistema de seguridad. Si viene alguien, los paneles solares se enterrarán de nuevo en la nieve y Xanty se meterá en una de las cápsulas de soporte vital, así que no detectarán formas de vida, y si lo llegan a descubrir, conoce salidas de emergencia.

—Mientras no se quede atascado a perpetuidad en la cápsula como Mendizale... —señaló el Kapitán.

—¿Dónde está ella, por cierto? —preguntó Lainier.

La Dama de la Nieve se colocó el casco protector y comprobó sus esquís: todo en orden. Se aferró a los bastones y disfrutó del tacto durante unos segundos. Después se concentró en la improvisada pista que había ante ella. No era una pista de verdad: esas habían desaparecido en el ataque. Simplemente había subido por la ladera de la montaña cercana y había encontrado un buen punto desde el cual deslizarse hacia abajo. Tomó impulso y comenzó a ganar velocidad. Tras varios segundos el camino acabó abruptamente: Mendizale saltó y dio varios giros horizontales en el aire. Cuando estuvo en lo más alto, alzó el puño derecho en señal de triunfo mientras gritaba:

—¡¡Estoy VIVA!!

Volvió a dar más giros imposibles mientras caía, posándose en la nieve y avanzando unos metros más hasta que se detuvo.

—¿De verdad renunciaste a esto por ayudarnos? —preguntó Lainier, que estaba a veinte metros de ella.

—No renuncio a nada. Seguro que vuelvo a la competición, pero ahora prefiero competir en un mundo donde nadie que conozca tenga menos derechos que yo. No me ha gustado ver cómo viven mis amigos. Es aún peor que antes de quedarme atrapada. Así que en realidad no hago esto por ayudarlos, sino por ayudar a mis amigos. Bueno, no es que no quiera ayudarlos, sino que... Bueno, ya me entiendes.

—Tranquila. Cuando acabes, Xanty está listo para grabar el mensaje.

—Voy ahora mismo —dijo Mendizale quitándose los esquís.

—No hay prisa.

—Cuanto antes grabemos el mensaje mejor. Luego volveré para esquiar.

La sala escogida para grabar el mensaje era una de las que antaño sirvieran para dar ruedas de prensa de los deportistas. Las paredes eran blancas y el suelo estaba cubierto por una alfombra azul, sobre el que reposaban sillas del mismo color formando diez hileras de diez sillas cada una. Entre ellas y la mesa de entrevistados había tres metros de distancia. En ese espacio estaba Berllerak, de pie controlando el funcionamiento de una cámara de vídeo colocada sobre un trípode que apuntaba a la mesa. Lainier también estaba de pie, a la derecha de su compañero. Sentados al otro lado de la mesa estaban Xanty y Mendizale. El humano estaba a la izquierda, con el rostro cubierto por una capucha negra con cristales tintados ocultando los ojos, y la clon a la derecha, con el rostro descubierto. La pared tras ellos, así como la mesa, había sido cubiertos con telas blancas para que no se reconociese el lugar en la grabación.

Berllerak enfocó únicamente a Xanty, pulsó un botón en la cámara y levantó el pulgar derecho para indicar que ya estaba grabando. Xanty empezó a hablar, con la voz distorsionada por un dispositivo en la garganta bajo la capucha.

—Nos dirigimos a la sociedad de nuevo pues alguien a quien conocéis e incluso muchos respetáis tiene algo importante que decir, pero antes de cederle la palabra, repetiré el mensaje que os envió regularmente y que me veo obligado a difundir una y otra vez para asegurarme de que la censura gubernamental no lo acalla por siempre. *Una sociedad no cumple con su propósito si no beneficia a todos sus miembros, y la situación con los clones no representa un beneficio para los humanos y tampoco pues para toda la sociedad. Se asume que los clones son mejores porque proceden de un proceso controlado destinado a conseguir mayores rendimientos en su persona (físicos y psíquicos), pero están olvidando que el sistema completo no son los clones solamente y por tanto han creado una sociedad disfuncional a pesar de su autoproclamada superioridad. La realidad siempre es más compleja que cualquier modelo e incluso aunque fueran capaces de modelarlo perfectamente, el coste de ejecutar el cálculo y control lo haría inviable a nivel práctico. No sólo eso, sino que han eliminado el pensamiento ético de la situación y lo han sustituido por una nueva ley de la selva: el más fuerte tiene el derecho. Pero eso hace inútil el propio planteamiento social, además de estar fundamentalmente equivocado puesto que ni siquiera en la naturaleza sobrevive el más fuerte, sino el mejor adaptado. Los clones están, en general, fallando como entidades sociales al intentar adaptarse a la sociedad. En su esfuerzo por convertirse en dioses entre nosotros ya ni siquiera tienen en cuenta el desperdicio de recursos que supone desaprovechar los recursos de los humanos base ni recuerdan que una población sin variedad lleva al estancamiento. Debemos aprender como sociedad a trascender nuestros límites si pretendemos perdurar, pero odiar nuestra raíz nos convierte en una sociedad enferma, corrompida por una patología de autoodio. Desde todos y cada uno de los criterios lógicos, de supervivencia, de aprovechamiento de recursos, de ética... todo lleva a valorar la situación actual como un planteamiento erróneo y un fallo de nuestra sociedad que debiéramos hacer por mejorar.* Y ahora, cedo la palabra a

esta persona que os mencioné al principio.

Berllerak pasó a enfocar a la Dama de la Nieve.

—Saludos. Soy Mendizale, a la que muchos conoceréis por ser seguidores de los deportes de invierno, o más tristemente, por la propaganda política realizada por el gobierno para tratar de hacer resaltar la superioridad de los clones sobre los humanos. Sí, soy clon. Pero nunca miré a un humano por encima del hombro. Y eso es porque los clones también somos humanos. Que el discurso lleno de rencor de los supremacistas clones no os ciegue: no somos una especie aparte. El resistente aquí a mi lado dice la verdad: sin ética, sin empatía, sin abrazar la variedad, sin reconocer de dónde viene, una sociedad se convierte en algo terrible, que acaba pasando factura incluso a los que ahora se creen beneficiados por ella. Algunos se preguntarán si soy yo de verdad, dado que se me dio por muerta, o si durante estos años que he estado ausente me han lavado el cerebro para decir esto. No puedo demostraros nada, aunque los que me conocieron saben cómo soy en verdad y no deberían sorprenderse por este mensaje. En cualquier caso tengo que decir que bien sabéis que esta facción de la Resistencia es moderada y que no tiene nada que ver con quienes atacaron Andorra hace años, un hecho que hasta el Presidente admite. El estilo de esta Resistencia no es matar, y si una persona no gusta de matar, tampoco gusta de lavar cerebros o amenazar a la gente. Lo que acabo de decir ha sido por propia voluntad. Todo el mundo debería poder ejercer su propia voluntad, sea clon o no. Al igual que la Resistencia, yo también pido que los no clon tengan los mismos derechos que los clones, y que se detenga la producción de clones destinada a fines supremacistas. Esto no supone la extinción de nuestra especie, pues ya he dicho que también somos humanos. Sólo supone la extinción de algo que hace mucho que se nos fue de las manos. Por favor, pensad en ello.

Berllerak detuvo la grabación.

—Listo —dijo..

Xanty se quitó la capucha y se acercó a la cámara para revisar el vídeo, mientras Mendizale se dirigía a Lainier.

—Deberías hablar tú —dijo ella.

—¿Yo? —Lainier se sorprendió..

—¿Quién mejor para oponerse al Presidente?

—Se me ha ocurrido que si hablo ahora, se creerán que somos impostores. Demasiado clon famoso apoyando a la Resistencia, y encima uno que es el equivalente del Presidente de otro universo. Quizás en otra ocasión.

Berllerak acabó de montar el sistema de seguridad ayudado por Tete y el Kapitán. ElArtista y Olmaly conversaban en una sala de reuniones mientras Stalker estaba en otra habitación ojeando cuerpos cyborg en su móvil: si pudiera hacerse con uno de los nuevos modelos de Acosador... Mendizale seguía surcando la blanca nieve, y Lainier estaba en la sala médica, meditando planes, pero era inútil: necesitaba más datos.

Los siguientes dos días el grupo se dedicó a estudiar numerosos aspectos del universo donde estaban. Incluso Mendizale tuvo que ponerse al día, por haber estado tantos años en hibernación; aunque le costó sólo algunas horas y pudo emplear el resto del tiempo en entrenar. Al tercer día, Lainier, ElArtista, Berllerak y Mendizale partieron a Perpignan en coche, vestidos con la ropa informal. Berllerak iba al volante, con ElArtista al lado, y Lainier y Mendizale atrás.

—¿Qué hacemos si nos detienen? —preguntó ElArtista.

—Acabar con ellos —dijo Lainier. Después se giró hacia Mendizale—. Lo siento, esta vez no tendremos opción. A partir de aquí es una batalla por la supervivencia.

—Lo entiendo —dijo ella, bajando la vista y observando la pistola que colgaba de su cinturón.

—No uses tu arma a menos que sea necesario. No te hemos dejado venir para que te metas en un tiroteo, sino porque conoces este mundo mejor que nosotros.

Berllerak aparcó en una callejuela. Se bajaron y caminaron varios metros hasta acercarse a una pequeña casa de una sola planta. La verdad es que todo el barrio parecía un gueto. Otra zona humana.

Lainier llamó al timbre. La puerta se abrió y los clones pasaron al interior.

—Os tengo —dijo El Komisario contemplando la entrada desde el piso de enfrente.

Los clones se encontraron en una amplia aunque sucia estancia llena de artefactos mecánicos, televisores, sofás y otras pirulas. Un hombre de unos cincuenta años con bigote vestido con chándal se les acercó.

—Voy a implantaros los chips —dijo, cogiendo una especie de pistola inyectora de una mesa cercana—. ¿No falta gente?

—Tendríamos que haber venido en dos coches y eso llamaba la atención —respondió Lainier—. Nos llevaremos sus chips.

—Bien.

El hombre inyectó los chips en el hombro izquierdo de los clones. En el caso de Mendizale, lo que hizo fue conectar unos electrodos al hombro, conectados a su vez a un ordenador, y reprogramó el chip que ella ya llevaba.

—Vienen agentes —dijo el hombre mirando un monitor: tres hombres uniformados se aproximaban a la entrada principal.

—Berllerak, coge la pistola y los chips —ordenó Lainier—. Nos vamos.

Berllerak introdujo el material en una mochila que llevaba mientras los clones sacaban las armas.

—Hay otra salida por aquí —dijo el hombre señalando un pasillo en un lado de la sala.

Los clones y el hombre salieron al exterior y comenzaron a correr rumbo al coche, pero algo golpeó a Lainier en la cara, haciéndole caer al suelo. De repente, El Komisario, embutido en su armadura, apareció frente a ellos apuntándolos

con su arma. El resistente humano se abalanzó sobre el clon mientras gritaba:

—¡Huid!

Sin embargo no sirvió de nada: el Komisario le rompió el cuello con un rápido movimiento de su mano izquierda.

—Quietos —ordenó.

—¡Puta invisibilidad! —dijo Lainier desde el suelo.

—Aunque dispare contra uno de nosotros, los demás te mataremos —advirtió ElArtista.

—A menos que haya más agentes invisibles, ¿verdad? —señaló El Komisario.

Lainier echó un vistazo alrededor: el gueto era un lugar sucio; las pisadas estaban marcadas en el polvo de la calle.

—¡Está solo! —gritó el líder del Cuerpo de Asalto.

El Komisario estaba apuntando al Artista por considerarlo el tirador más rápido, al menos ahora que Lainier estaba en el suelo. Berllerak intentó desenfundar aprovechando esto. Sin embargo, Mendizale fue más rápida. El tiro alcanzó el casco del Komisario, dañando el visor. Los clones se apartaron y el agente disparó a discreción. Berllerak le disparó en el arma, destrozándola. El Komisario se quitó el casco y golpeó el rostro de Berllerak con él, derribándolo. Después pateó al Artista antes de que éste pudiese dispararle en el rostro, y luego se giró hacia Lainier, que se incorporaba, para volver a hacerlo caer con otra patada. Ahora podían contemplar el rostro del Komisario, y era sumamente inquietante. Debía tener menos de treinta años. Su pelo era blanco, con mechones cayéndole sobre la frente y otros en forma de punta en la nuca. Los iris de los ojos también eran blancos. Pero eso no era lo inquietante: lo inquietante eran sus rasgos faciales: los ojos del Artista, la nariz del Kapitán, la barbilla de Tete, la boca de Berllerak, y la forma craneal de Stalker.

—¡Quieto! —exigió Mendizale apuntando al Komisario al rostro.

—Mira que te dije que no te metieses en tiroteos... —dijo Lainier a la Dama de la Nieve mientras se ponía en pie.

—Ha sido cuestión de supervivencia, como has dicho antes.

—Rendíos —exigió el Komisario mientras permanecía inmóvil—. No podéis escapar eternamente.

Los clones se repusieron, y escucharon pisadas de gente que se acercaba deprisa: los demás agentes.

—¡Vámonos! —exclamó Lainier.

Los clones echaron a correr. ElArtista se quedó un segundo para matar al Komisario, pero éste comenzó a dar volteretas hacia atrás sin cesar. ElArtista disparó, pero no pudo alcanzarle la cabeza. Tras un par de tiros errados, corrió tras sus compañeros.

Los clones se asomaron por una esquina y vieron su coche, pero había cinco agentes custodiándolo.

—Pues ahora sí que no hay más remedio... —murmuró ElArtista mientras apuntaba con su arma—. ¿A cual disparo?

—¡A ninguno! —replicó Lainier—. Paremos un coche.

Los clones prosiguieron su huida a pie hasta que lograron detener un turismo. Sacaron al conductor y se metieron dentro, volviendo a toda prisa al estadio.

—¿Quién es exactamente ese tío? —preguntó Berllerak mientras conducía, refiriéndose al Komisario.

—Tiene que ser Los —respondió Mendizale.

—¿Los?

—Cuando yo me quedé atrapada, Los era un joven que estaba a punto de completar su entrenamiento para entrar en el Cuerpo de Asalto de Iberia.

—¡Lo que me jode es que tiene nuestros genes!

—Concretamente tiene genes tuyos, y del Artista, Night Stalker, Tete y el Kapitán.

"Pero no míos ni de Wib", pensó Lainier, "como sospechaba".

—Y eso me recuerda —dijo Berllerak—, que necesito una muestra de tu ADN, Mendizale.

—¿Eh? —La Dama de la Nieve se sorprendió.

—Podría darnos ideas para mejorar las clonaciones en nuestro universo.

—¿Es que no has aprendido nada? —se quejó Lainier—. ¡Además, las clonaciones están prohibidas!

—¡Pues necesitamos refuerzos para cuando el Presidente invada nuestro universo!

—¡Los nuevos clones no podrían combatir hasta cumplir dieciocho años! ¡Además, el gobierno no creará clones si les decimos que los enemigos son también clones que quieren machacar a los humanos! ¡Se les quitarán las ganas de crear a más de los nuestros definitivamente!

—¡No tenemos porqué contarles toda la verdad! Además, los clones pueden estar listos antes de dieciocho años. Si logramos recuperar el Genoma 4 a lo mejor podríamos alterar el ADN de los clones actuales para mejorarlos... Seguro que aquí tienen el Genoma 4. Si nos apoderamos de él...

—¿¿Te estás escuchando??

—¡Quiero vivir, joder!

"Mierda, a mi número 2 también se le empieza a ir la pinza", pensó Lainier.

—Mendizale, no le des la muestra —dijo el líder del Cuerpo de Asalto.

—¿Seguro? —preguntó ella.

—Seguro.

Cuando regresaron al estadio, Berllerak inyectó los chips en el resto del grupo. Todos iban ya vestidos informalmente: la calefacción ya funcionaba. Se sentaron en la sala de reuniones junto con Xanty para pensar el siguiente paso.

—Con vuestras identidades falsas deberíais poder subiros a un vuelo de clase baja rumbo a Neo World —explicó Xanty—. El contacto debería estar preparado para vuestra llegada.

—¿Y las armas? —preguntó Lainier.
—Vuestras identidades pertenecen a militares en la reserva, así que tenéis permiso de armas.
—¿Y dónde están esos militares ahora?
—Muertos, pero eso nadie lo sabe. ¡Fue en defensa propia! Hemos guardado esas identidades durante más de un año buscando el momento perfecto para usarlas. ¡No las desaprovechéis!
—¿Esto es una despedida pues?
—Pues no. A lo mejor me paso por Neo World después, para entregar copias del mensaje grabado en ese planeta, y muchos más.
—Espero que tenga efecto.
—Yo habría añadido más efectos especiales... —murmuró ElArtista, para a continuación recibir un capón por parte de Olmaly—. Cagontó...
—¡Menos bromas! —exclamó ella.
—¡Intento no pensar en...! —comenzó a decir ElArtista, pero se calló.
"La muerte", pensó Lainier.
—Todo saldrá bien —dijo el líder del Cuerpo de Asalto.
—Cuando regresaste de ver al Presidente no pensabas eso —señaló Stalker.
—Xanty y Mendizale confían en nosotros.
—Por haber leído todos esos libros de historia —señaló ElArtista—. Pero el pasado es el pasado, y esto es el presente... o nuestro probable futuro, ya no sé nada...
—¿Quién escribió todos esos libros de historia? —preguntó Tete—. Supongo que el Presidente, ya que tiene todos los datos del Cuerpo de Asalto.
—Así es —dijo Xanty.
—Así que todo está narrado desde el punto de vista de Lainier —señaló el Kapitán—. Me gustaría leer algo.
Xanty pulsó con el dedo en un monitor y cargó la enciclopedia clon.
—¿Es necesario? —preguntó Lainier a sus compañeros.
—Si sabemos cómo piensa, a lo mejor podemos derrotarlo —señaló el Kapitán con una sonrisa.
—Ya sé cómo piensa.
—Pero nosotros no.
—¿Tienes miedo de que el saber cómo piensa signifique que también sepamos cómo piensas tú? —preguntó Tete.
—A lo mejor no pensamos igual y lo confundís todo —dijo Lainier.
—Pero vuestras historias son iguales justo hasta Noctem, ¿no?
—Eso parece.
—Entonces la psicología tiene que ser prácticamente idéntica. Yo estoy con el Kapitán. Podemos usar eso en contra del Presidente.
—Ya hice algo parecido para poder escapar de su despacho.
—¿Ves? Ese es su punto débil.
—Voy a leer las descripciones generales —dijo Xanty—. "El Kapitán siempre fue un remanso de estabilidad en el grupo. Jamás se quejaba de las órdenes ni pareció lamentar nada de lo que tuvimos que hacer. Para ser un clon, se comportaba de forma absolutamente normal. Lo mismo podría decirse de Tete, que aunque sí discutía las órdenes, jamás se opuso a mí, y siempre respondió adecuadamente. Era un referente moral que quizás evitó que hiciésemos cosas peores de las que hicimos, aunque no creo que ni siquiera él fuese consciente de eso. Night Stalker era la muestra perfecta de que alguien aparentemente brutal puede ser también un gran apoyo. Siempre echaba una mano. Por un precio, decían algunos, pero el caso es que siempre acudía a mis llamadas, para los planes más suicidas. ElArtista, ese bastardo egoísta e insensible, no lo era tanto como le gustaba aparentar. Fue el primero en encontrar pareja, contra todo pronóstico. Y a pesar de todos sus defectos, era capaz de alegrar a toda la gente incluso siendo borde. Finalmente, Berllerak era el perfecto número dos. Aunque algunos pensaban que era un borracho y un drogadicto, ya me habría gustado tener su fortaleza psicológica: desde el punto de vista de la voluntad, siempre fue el más fuerte. Nada podía derrumbarlo. En cuanto a Wib, apenas la conocí, pero me sorprendió que nos prestase su ayuda. En medio de un país inmoral, ella decidió hacer lo correcto por puro instinto, sacrificando su vida por personas que apenas la conocían. Y ni siquiera pude darle las gra..."
—Basta —dijo Lainier. Xanty se detuvo en seco. Los presentes contemplaron el rostro de Lainier, totalmente serio—. Creo que es... suficiente.
—He... acabado.

IV UN SALTO DE UN KILÓMETRO

Lainier, ElArtista, Berllerak, Olmaly y Mendizale estaban en la cola de la salida 8 del espaciopuerto de París. Night Stalker, Tete y el Kapitán estaban en la salida 8. Ambos grupos tomarían dos vuelos hacia Neo World.

—Nos van a reconocer —dijo ElArtista.

—Que el Presidente no rulará nuestras caras, coño —señaló Lainier.

—¿Cuánto tiempo crees que el Presidente estará sin informar a la policía?

—Bastante. Es un cabezón. Esperará hasta que los servicios de espionaje agoten todos los recursos o provoquemos algo gordo que le obligue a acelerar la búsqueda.

—Tú lo acabas de decir. Aunque aún no hayan recurrido a la poli, pueden tener algún espía vigilando. Incluso el Komisario ese...

—Hay un cojón de espaciopuertos. Sería mucha casualidad que Los eligiera este.

—Pero alguien de Inteligencia puede estar vigilando de todos modos. Si no en persona, sí a través de las cámaras.

—Entonces no mires a las cámaras.

—¿Y si tenemos una cámara apuntando directamente a nuestras narices en el puesto de control?

—Xanty dijo que no.

—Podrían haberlas instalado ahora.

—Una orden para instalar nuevas cámaras llamaría la atención de los funcionarios del espaciopuerto y causaría suspicacias en la población clon, que se sentirían controlados de repente como si fuesen vulgares humanos. El Presidente no lo habrá ordenado.

—Ya veremos...

El grupo de Lainier fue el primero en llegar hasta el arco de seguridad. Un guardia esperaba de pie a un lado. Los clones dejaron pasar el equipaje con las armas por el escáner. Cruzaron al otro lado y aparentemente el guardia los ignoró gracias a las falsas identidades del chip.

—A mí me parece que nos están siguiendo para que les llevemos hasta el espía en Neo World —murmuró ElArtista—. ¿Te acuerdas de lo que pasó en Corona?

—Calla, coño —gruñó Lainier.

El segundo grupo pasó por el arco. Stalker fue el último. El arco pitó.

—Soy cyborg —dijo Stalker sin inmutarse.

El guardia de seguridad le pasó un escáner de mano.

—Confirmado —dijo el agente mientras comprobaba la identidad de Stalker en la pantalla de su móvil—. Veo que es cyborg desde hace poco, señor... Preminger.

—Tuve un problema con los malditos humanos, ¿sabe?

—Sí, esos salvajes no saben dónde está su lugar. Puede proseguir.

De repente, se escucharon tiros atrás, seguidos de una explosión. La gente se echó a tierra.

—¡¡Terroristas!! —gritó uno de los guardias del espaciopuerto.

—No me jodasss —murmuró Lainier.

—No puede ser Xanty —murmuró Mendizale—. Tienen que ser los anticlon...

—¡Ayuda! —solicitó el guardia del arco a Lainier, ya que los tenía por militares de la reserva.

—A por ellos —dijo Lainier sin inmutarse. Abrieron el equipaje y cogieron sus armas. Los dos grupos que antes habían estado separados se juntaron y avanzaron junto a cinco guardias de seguridad. Había fuego y escombros por todas partes. Apuntaron con cuidado en busca de enemigos. Astutamente, Lainier y los suyos dejaron que los guardias fuesen delante.

—Ahora Los vendrá... —murmuró ElArtista.

—Que te calles —insistió Lainier.

El primer terrorista apareció desde la izquierda, saltando por encima de una cinta transportadora. Con un rifle acribilló a uno de los guardias, pero Lainier le voló la cabeza. Iba vestido con ropa de camuflaje y no tendría más de veinte años.

—¡Misil! —gritó Berllerak.

Un proyectil se dirigió hacia ellos y destrozó a dos guardias más. El resto del grupo se puso a cubierto tras un mostrador y comenzó a disparar.

Berllerak escaneó las cercanías con su móvil.

—Detrás de esa pared —dijo, señalando con el dedo el lugar, a cincuenta metros.

El grupo disparó, atravesando el muro. Un hombre cayó muerto al otro lado.

—¿El misil venía de allí? —preguntó Lainier.

—Sí.

—¿Detectas algo más?

—¡Hay algo que se acerca pero no lo veo...!

—¡Invisibilidad! —exclamó Lainier.

Uno de los guardias lanzó un dispositivo al suelo con forma de granada, que produjo una especie de onda que de repente provocó que el enemigo apareciese. Sin embargo el terrorista disparó contra la cabeza del guardia, matándolo. Berllerak logró abatirlo inmediatamente después, y volvió a la cobertura.

—Mierda, ahora hay gente corriendo por todas partes —señaló Berllerak mientras la gente trataba de salir.

El guardia que quedaba intentó poner orden.

—¡No corran! ¡Échense al sue...! —antes de que pudiera acabar la frase, algo le destrozó la cabeza.

—¡Ese disparo ha venido de detrás! —señaló Berllerak.

Los clones se apartaron y buscaron nuevas coberturas: bancos, papeleras, cajeros...

La gente no hizo caso al guardia: corrían hacia la salida gritando.

—¿Dónde coño estará? —preguntó Lainier—. No podemos esperar a que salga la gente. Podría venir hacia nosotros.

—Bien, me la voy a jugar, que para algo soy el cyborg —dijo Stalker—. Voy a salir; no perdáis ojo a la gente.

—¿¿Estás loco??

—Por supuesto —Stalker guiñó un ojo y salió de detrás del cajero automático que usaba de parapeto. Dejó bien visible su arma y avanzó pegado a una pared, apartado de la gente que corría para no ponerlos en peligro. Un terrorista se giró en dirección al cazarrecompensas, subfusil en mano. Gracias a eso los clones le localizaron.

—¡Cuidado! —gritó Lainier.

El cazarrecompensas rodó hasta ponerse detrás de una columna, evitando un disparo del terrorista. Por fin los clones encontraron un hueco entre la multitud. Lainier apretó el gatillo y el terrorista quedó herido en una pierna, cayendo al suelo. El líder del Cuerpo de Asalto intentó disparar otra vez, pero de nuevo había gente en medio.

—Mieeerd —murmuró mientras trataba de avanzar.

El terrorista se arrastró por el suelo mientras disparaba a la columna tras la que se ocultaba Stalker.

—Al menos ahora lo distingo —dijo Berllerak mientras consultaba el móvil.

Por fin la gente abandonó el lugar. Sólo quedó el terrorista, en el suelo.

—¡Vale, se acabó! —exclamó Lainier desde detrás de una enorme maceta—. ¡Suelta el arma o acabamos contigo!

—¡Que os jodan! —el terrorista metió la punta del cañón del subfusil en su boca y apretó el gatillo. A Mendizale se le revolvió el estómago.

—Toma esto —dijo Berllerak pasándole una pastilla—. Es un relajante.

—Se me pasará... —murmuró ella.

De repente otro terrorista saltó por encima del parapeto donde estaban Berllerak y Mendizale, pero su frente fue atravesada por un láser. El terrorista cayó hacia atrás, víctima de un certero disparo de Lainier.

—¡A lo mejor no se me pasa! —añadió La Dama de la Nieve.

—¿Seguro que no quieres una pastilla? —insistió Berllerak.

—Drogas no, por favor...

—¡Que ésta es legal!

—Es igual...

—Cómo ha cambiado el mundo del deporte...

—Berllerak, lee el escáner, coño —ordenó Lainier mientras apuntaba a su alrededor en busca de más enemigos.

—Despejado.

El grupo se reunió de nuevo.

—¿Esto es... lo que hacéis habitualmente? —preguntó Mendizale.

—Seguro que en los libros todo está narrado muy heroicamente —señaló Lainier—. Pero la verdad es que no todo el mundo puede soportar esto.

—Es... la falta de costumbre.

—¿Cómo puedes tener miedo si te lanzas de alturas enormes? Si cualquiera de nosotros hiciese eso, se rompería todos los huesos del cuerpo.

—Pero dependo sólo de mi habilidad. Esto es... impredecible.

—Lo cual lo hace sumamente emocionante —señaló ElArtista, que estaba sobre Olmaly, protegiéndola.

—Espero que sigas pensando eso cuando nos ataquen clones... —murmuró Lainier a su compañero.

—Ya veremos.

—Ya puedes quitarte de encima, pesao —intervino Olmaly.

—Pa una vez que hago el bien, me lo recriminas... —murmuró ElArtista en tono jocosos mientras se apartaba.

—Bueno, hay que pensar en algo —señaló Lainier.

—Esperar a las autoridades no es una opción, porque descubrirán nuestras identidades falsas. Voto por subimos a las naves y pirarnos.

—¿Podemos hacer eso?

—Ahora mismo la autoridad sois vosotros —señaló Mendizale—. Y como todos han visto cómo os enfrentabais a los terroristas, es el momento de reclamar una nave.

—Decidido pues. Por cierto, aún estás a tiempo de...

—¡Muy tarde para volverse atrás!

El grupo se aproximó a una de las naves que aún no había abandonado el espaciopuerto debido al ataque. Convencieron al piloto de partir inmediatamente para dar sensación de normalidad: no convenía que los terroristas se saliesen con la suya. El piloto obedeció, y Berllerak aplicó sus rudimentarios conocimientos tecnológicos adquiridos días antes. Con la excusa de buscar bombas o sabotajes, alteró el sistema de comunicaciones de la cabina para asegurarse de que las autoridades no los llamaban antes de que abandonasen el planeta.

El grupo buscó sus habitaciones en la amplia nave, con capacidad para más de diez mil personas. Por fin encontraron los camarotes. Lainier asignó los lugares:

—Berllerak, ElArtista y yo nos quedamos el de la izquierda. Tete, el Kapitán y Night Stalker se quedan en el de la derecha, y Olmaly y Mendizale en el del medio.

—Lai, ¿podemos hablar un momento? —preguntó ElArtista.

—Claro —dijo Lainier mientras su compañero y él se alejaban hasta el principio del pasillo, a más de cien metros—. ¿Qué ocurre?

—Yo... esperaba que Olmaly y yo tuviésemos un camarote para nosotros.

—Lo entiendo, pero entonces me causas un problema para distribuir a la gente.

—Lainier... Puede que... esta sea la última ocasión en que pueda estar a solas con Olmaly.

—Todo saldrá bien.

—Estás mintiendo.

Lainier hizo una pausa antes de continuar:

—Y si nos hemos rendido, ¿por qué seguimos adelante?

—Porque está en nuestra naturaleza, y porque tenemos demasiado que perder. Y de eso precisamente te estoy hablando...

—Por fin eres consciente de lo afortunado que eres por tenerla a ella, ¿eh?

—Si me concedes esto nunca volveré a pedirte...

—No hagas promesas que no puedes cumplir. No te preocupes, tengo una idea. Pero espero que cuando lleguemos a Neo World vuelvas a ser el bastardo inmisericorde e impertinente que a todos nos gusta y repele a partes iguales, ¿de acuerdo?

—Jum... Jamás pensé que diría esto, pero gracias.

Los clones volvieron con el grupo.

—Cambio de planes —dijo Lainier—. Olmaly y ElArtista estarán en el centro. Mendizale estará en la derecha, y los demás en la izquierda.

—No cabemos todos en una habitación, Lai —señaló Berllerak—. Hay cuatro literas. A menos que uno duerma en el suelo...

—Ese seré yo. Me quedo fuera a montar guardia.

—¿Y cuándo dormirás? Deberíamos hacer turnos.

—No voy a dormir. Tengo cosas en que pensar.

—¿Estás seguro?

—Completamente.

—¿Quieres algo para mantenerte despierto? —preguntó Berllerak con una sonrisa.

—¡No!

El grupo entró en los camarotes, excepto Lainier, que se sentó en el pasillo con la espalda pegada a la pared de enfrente, quedándose sólo. Intentó pensar en más planes, pero de nuevo todo fue inútil. Casi sin darse cuenta, sacó su móvil y abrió los contactos. Uno de ellos era el teléfono de Wib. Dudó durante un instante y finalmente lo borró.

Al cabo de una hora, un guardia vestido con uniforme acudió desde la parte izquierda del pasillo.

—¿Qué hace en el suelo? —preguntó.

—¿No sabe quién soy? —preguntó a su vez Lainier—. Soy parte del comando que ha neutralizado a los terroristas en el espaciopuerto.

—Sí, y gracias por eso. Pero tengo que preguntar porqué está en el suelo.

—Vigilo que los míos estén bien.

—¿Teme que algún pasajero atente contra ellos?

—Algo así.

—Si quiere podemos comprobar la identidad de los viajeros.

—No es... —de repente Lainier tuvo una idea—. Bueno, venga.

—Tendremos que despertarlos, pero todo sea por la seguridad.

—Por supuesto.

Lainier y el guardia recorrieron la nave interrogando a los ocupantes. Los veinte primeros no resultaron interesantes. Los dos hombres llegaron al camarote del vigésimo primero. El guardia llamó al timbre de la puerta, que se abrió al cabo de unos segundos. El lugar no era demasiado amplio. El ocupante era un hombre de unos cuarenta años, con el pelo negro peinado hacia atrás. Vestía con sudadera gris y pantalones azules.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Salga, por favor —requirió el guardia—. He de registrar el compartimento. Mientras tanto, este soldado le hará unas preguntas.

—¿Soy sospechoso de algo? —preguntó el hombre mientras abandonaba la estancia.

—Control de emergencia —respondió Lainier mientras el guardia comenzaba a rebuscar—. Podría haber elementos subversivos a bordo. Bien, el guardia me ha dicho que es clon, pero, ¿a qué se dedica?

—Soy técnico aeroespacial.

“Bingo”, pensó Lainier.

—Así que fabrica esos juguetitos tan maravillosos que luego los soldados usamos. ¿Está trabajando en algo interesante últimamente?

—Siempre estamos trabajando en algo interesante.

—Por supuesto. ¿Entonces se dirige al trabajo en Neo World?

—Pues sí.

—¿Dónde está destinado?

—Lo siento, es información clasificada. Puede comprobarlo al aterrizar si quiere.

—No será necesario, a menos que mi compañero encuentre algo interesante.

—Por ahora todo parece en orden —informó el guardia mientras miraba debajo de la cama.

—¿Puede decirme al menos dónde se hospeda? Es para tener vigilada la zona por si algún rebelde estuviese merodeando por ahí.

—Claro.

Pasados unos minutos, el registro finalizó y Lainier y el guardia pasaron a otro pasajero...

Mendizale fue la primera en despertarse. Había dormido seis horas, más que suficiente para un clon. Los efectos de la hibernación habían desaparecido completamente. Ahora estaba a plena energía, pero necesitaba recuperar la forma física. Se pasó una hora haciendo flexiones y después salió al exterior. Lainier seguía en el suelo.

—Buenos días —dijo ella—. ¿De verdad has estado ahí toda la noche?

—En realidad he estado comprobando a los viajeros y tengo algo interesante.

—¿Llamamos a los demás?

—No, que descansen. Ya despertarán a su ritmo. Aún quedan dos horas para llegar a Neo World. Se nota que esta nave es de clase baja... —Lainier se puso en pie—. Uno de los viajeros es un clon técnico de naves que ha sido llamado a Neo World. Si logramos sacarle el chip de identificación y ponérselo a uno de los nuestros...

—¿Y qué hacemos con ese tipo? No sugerirás...

—No; espero que nuestro contacto en Neo World sepa qué hacer con él. Encerrarlo en algún lugar o algo. Quién sabe, puede que no podamos usurpar su identidad, pero por si acaso me he quedado con su nombre, cara y lugar donde se va a hospedar.

—Si habláis tan alto no podemos dormir —dijo ElArtista abriendo la puerta de su compartimento. Parecía medio zombi.

—Coño, la Bella Durmiente.

—Quiero dormir una horita más... Iros a charlar a otra parte...

—¡Perdón! —se excusó Mendizale.

—No te disculpes con él... —dijo Lainier—. Es un tocapelotas profesional...

—Pero al menos no duermo en los pasillos... —murmuró ElArtista.

"Menos mal", pensó Lainier, "esta conversación ya se parece más a las que solemos mantener".

—Muy bien, vuelve al catre que yo voy a desayunar —dijo Lainier.

—Ale, bafan pues —dijo ElArtista cerrando la puerta.

—Te acompaño —dijo Mendizale siguiendo a Lainier.

Lainier y la Dama de la Nieve estaban sentados en una mesa en el gran restaurante de la nave. Por lo menos había doscientas personas allá dentro. Lainier estaba tomando café solo y una ingente cantidad de galletas de chocolate negro de distintas variedades, pero Mendizale había ordenado cinco tostadas con mantequilla, dos huevos fritos, cinco lonchas de bacon frito, medio litro de zumo de naranja y una tableta de chocolate puro.

—¿Cómo puedes comer todo eso y estar delgada? —preguntó Lainier.

—Efto lo quemo todo hafiendo depofte... —murmuró ella con la boca llena devorando una tostada.

—¿Deporte de ese que ahora no puedes hacer? —preguntó Lainier mientras tomaba un sorbo de café. Mendizale se detuvo en seco, dejando de masticar—. ¡No... quería molestarte! Sólo quería señalar que a lo mejor estás tomando exceso de calorías. ¡Oye, podrás volver a competir!

Mendizale sonrió y siguió comiendo.

—Ya sé a qué te referías —dijo—. ¿Por qué te preocupa tanto lo que la gente piense de ti? Sé que te molestó que Xanty leyera aquel libro de historia... Pero todo lo que dijiste sobre tus compañeros era bueno.

—Yo no escribí eso —dijo Lainier cogiendo otra galleta—. Fue el Presidente.

—Pero dices que sois parecidos, o lo erais.

—Sí, pero ellos no saben eso —Lainier masticó la galleta—. Solo lo sabes tú.

—No quieres que sepan lo dependiente que eres de ellos, ¿verdad?

—El líder del Cuerpo de Asalto tiene que ser duro como el diamante, o al menos parecerlo.

—Si querías dar esa impresión mejor no haber interrumpido a Xanty cuando leía. Ahora sospecharán que sí eres como el Presidente.

—O simplemente pensarán que no me gusta escuchar cursiladas.

—Bueno, ya que ellos no están aquí para escuchar... ¿Puedo preguntarte sobre una cosa? Hay algo que ni siquiera aparece en los libros de historia...

—Tú pregunta, que ya veremos si respondo —dijo Lainier sonriendo. Después cogió la taza de café.

—¿Atracaste el Banco de Inversión de Thuris? Se supone que fue la primera acción contra las injusticias que llevaste a cabo, pero ni siquiera el Presidente lo ha admitido, aunque todo el mundo sospecha que fue él.

—Entonces deberías preguntarle a él.

—Pero como has dicho, os parecíais, ¿no? Por eso te lo pregunto a ti. ¿Atracaste el banco?

Lainier tomó un sorbo de café y se sorprendió a sí mismo respondiendo:

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque podía.

—No, me refiero a que porqué el Presidente nunca lo admitió. Ha acabado con la economía capitalista y sin embargo no reivindica el atraco contra uno de los mayores símbolos de la corrupción financiera en su época. No lo entiendo.

—Porque siempre pensé que era un secreto demasiado grande y personal como para contárselo a cualquiera. A ti te lo he dicho porque perteneces a otro universo. Cuando volvamos a casa, nunca nos volveremos a ver.

—Espera... ¿No hablas con tus amigos a los que conoces de toda la vida y sin embargo hablas conmigo porque no nos volveremos a ver?

—Exacto. No tengo nada que perder.

—Mira que eres raro...

—Lo sé. Además, alguien en este universo debe conocer mis puntos débiles para poder usarlos en contra del Presidente.

—¿Esperas que me enfrente a él?

—Claro que no. No tengo derecho a pedirte nada. Sólo te doy información por si alguna vez la necesitas. Y siempre puedes pasársela a otra persona si lo crees conveniente.

—Y hablando de otras personas... ¿qué pasaría si decidiese levantarme e ir a contar a tus amigos toda esta conversación?

—Eres libre de hacer lo que consideres apropiado.

Mendizale guardó silencio durante unos instantes.

—Definitivamente eres raro —dijo al fin sonriendo.

—La normalidad es aburrida —respondió él acabando su café.

—Doy fe de que lo es —dijo ElArtista pasando al lado de Lainier y Mendizale.

—¿Ya estás despierto?

—No. En realidad soy sonámbulo...

—¿Y Olmaly?

—Ella necesita más sueño que nosotros. Voy a ver si desayuno.

—Buenas... —murmuró Mendizale, saludando al Artista.

—Si sigues comiendo así te pondrás como una foca. Lo cual es perfecto porque así serás demasiado lenta para cuando tengas que apuñalarnos por la espalda.

—¡No soy una espía, idiota!

—¡Eso dicen todos! —ElArtista continuó su camino, rumbo a la barra del fondo.

—Él siempre dice lo que piensa, ¿eh? —preguntó Mendizale a Lainier.

—Siempre —respondió Lainier—. Y probablemente te habría dicho algo parecido incluso si no pensase que eres una espía.

—No sé si eso es bueno o malo...

—Simplemente es...

Tras llegar a Neo World, montaron en un autobús y se bajaron en un barrio de clase media, con grandes edificios de cristal que se alzaban más de doscientas plantas sobre el suelo. El apartamento del contacto estaba en la planta veinte de uno de los rascacielos. Lainier llamó al timbre del patio. El contacto los dejó entrar. Se introdujeron en un amplio ascensor y revisaron sus armas por si las moscas mientras subían.

—¿Quién se ha tirado un pedo? —preguntó ElArtista de repente.

—No huelo nada... —murmuró Lainier.

—Mierda, ma fallao el poder de sugestión... —ElArtista recibió un capón de Olmaly—. Ay...

—¡No te he pegado! —dijo Olmaly—. ¡Es que te has sugestionado!

Por fin llegaron a la planta veinte. Lainier llamó al timbre del apartamento. Se oyó una voz femenina por un altavoz situado bajo una cámara de vídeo al lado del timbre que decía:

—Enséñame la patita.

—Bueno... —Lainier alzó el pie acercándolo a cámara.

—Entrad —dijo la voz mientras se abría la puerta. Lainier bajó la pierna.

Pasaron al interior. Los recibió una chica de edad similar a la del grupo. Era algo rechoncha, pero con una cara muy simpática. Tenía grandes ojos marrones muy vivos y cabellos negros cayéndole sobre los hombros. Vestía con ropa sencilla en color negro.

—¿De verdad nos has identificado por mi bota? —preguntó Lainier mientras Stalker, que iba el último, cerraba la puerta tras ellos.

—¡Claro! —exclamó la muchacha sonriente—. ¡Sólo el Lainier habría reaccionado así a mi petición!

—¿Eso también está en los libros de historia?

—Más o menos. Como espía, uno de mis trabajos es comprender las mentes ajenas. ¡Y veo que la tuya es como me esperaba!

—¿Eso es bueno o malo?

—¡Ni puta idea! —dijo la chica riendo.

Inmediatamente, al grupo les cayó bien aquella mujer. Lainier se sorprendió de su carisma y energía aún en las condiciones en que vivían en aquel universo. Tanto Mendizale como esta espía parecían tomarse todo de forma positiva. Lainier se dio cuenta de que Nietzsche tenía razón cuando afirmó que los individuos más extraordinarios surgen en las épocas más duras.

—Em... yo soy Lainier.

—Lo sé, lo sé. Os conozco a todos. Excepto a ella —dijo la espía señalando a Mendizale.

—¡Ay qué bien! —rió la Dama de la Nieve—. ¡Por fin alguien que no me conoce!

—¿Uh? ¿No te gusta la fama? —preguntó Lainier.

—¿Bromeas? ¡Yo sólo quería hacer deporte!

—Si es una deportista, por eso no la reconozco —señaló la espía.

—Me llamo Mendizale.

—Vale, ahora sí que me suenas. Encantada. ¿Cómo te han liado estos? Por los libros sé que son especialistas en enredar a la gente.

—En realidad, me han salvado...

—¡Y después te han enredado!

—¡En realidad estoy aquí porque quiero!

Lainier pensó que eso no era exactamente verdad. Si Mendizale no hubiese saltado sobre el agente, probablemente habrían seguido caminos diferentes.

—El Cuerpo de Asalto es especialista en hacer que otros los sigan sin que los afectados se den cuenta de ello...

—A todo esto... ¿quién eres tú? —preguntó Lainier.

—Llámame Gatdras. Pasemos al comedor y hablemos de la que queréis liar...

—Solamente queremos secuestrar a tres científicos de élite y robar una nave multiversal... —dijo ElArtista—. Todo sencillo.

—Definitivamente sois el Cuerpo de Asalto de Thuris —dijo Gatdras mientras se acomodaban en el comedor. No era muy grande, pero había un par de sofás donde sentarse. Una pequeña mesa de madera reposaba en el centro, con un ordenador portátil encima. Gatdras se sentó en una silla de metal dando la espalda a la tele, de cien pulgadas.

—¿Tienes algo para nosotros? —preguntó Lainier.

—Aún no se ha reparado el depósito de antimateria. Primero están arreglando todos los desperfectos de la explosión. Han llamado hasta gente de fuera.

—Sí, conocemos dónde vive uno de los técnicos.

—Acabarán de arreglar todo en cinco días aproximadamente. La antimateria necesaria para volver a saltar de universo llegará en una semana. No sabemos si partirán en cuanto llenen los depósitos. En principio deberán esperar la orden del Presidente. Eso nos da otro día más.

—¿Sabes quiénes son los tres científicos que diseñaron la nave?

—Sí, pero no sé dónde viven.

—Pues no tenemos tiempo para averiguarlo —dijo ElArtista—. Montamos un pollo en el espaciopuerto de La Tierra, y seguro que El Komisario ya está viniendo con un ejército. En unas horas nuestros chips de identificación quedarán invalidados.

—Sin duda hay un ejército de agentes secretos en camino —dijo Lainier—, pero me juego los huevos a que Los ya está aquí.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Por la misma razón por la que vigilaba al tipo de los chips. El Presidente piensa como yo y se adelanta a nuestros pasos. Sabe que queremos volver a casa, así que seguro que habrá enviado a Los aquí. Probablemente esté custodiando a los científicos.

—Maravilloso.

—Si pudiésemos usar al técnico que vino en la misma nave que nosotros...

—¿Robarle el chip y que uno se haga pasar por él? —preguntó Berllerak.

—Será inútil —afirmó Gatdras—. Aunque os pusierais una careta, eso no engañará a los fuertes controles de seguridad.

—Hay que pensar... —dijo Lainier, cabizbajo.

Al cabo de unos segundos, ElArtista habló:

—Gatdras, ¿si pudieras colocar un localizador a un vehículo o persona, lo encontrarían?

—Si está emitiendo, sí. Si no emite, y está bien escondido, podría colar.

—¿Qué tal si se programa para que se encienda en un determinado momento? Si se activa sólo cuando haya llegado al destino...

—A menos que el recinto esté aislado y ninguna señal pueda salir al exterior.

—¿Entonces cómo se comunicarían esos científicos con el exterior?

—Internet...

—Vaya por Dios...

—En realidad, para evitar eso tenemos algo mejor.

—¿El qué?

—Un localizador capaz de movimiento autónomo. Se mueve sobre cualquier superficie como si fuese un insecto. Si llega a la casa de los científicos, puede activarse para salir de allí y emitir la señal. Si logra salir, claro...

—Pero en principio es factible.

—Con el pequeño detalle de que primero necesitarías colocar el localizador en alguien o algo que sepas que se dirige a la casa de los científicos.

—Hemos quedado en que Los está con ellos, ¿no?

—Esa es mi opinión —dijo Lainier—. Y si no lo está, entonces lo estará en unas horas.

—Perfecto.

—¿Perfecto?

—Le tendemos una trampa para que venga a por nosotros. Pueden pasar dos cosas: que le derrotemos y nos lleve hasta la casa, o bien que escape o nosotros tengamos que huir, pero en este segundo caso le colocaremos el localizador sin que se cosque, y también nos llevará a la casa.

—Derrotarle me parece del todo imposible porque sin duda no caerá en una trampa.

—Entonces no le atacaremos. Simplemente le atraeremos y le colocaremos el localizador sin que se cosque.

—¿Cómo?

El Artista guardó silencio unos segundos.

—Lai, pásale los datos del técnico que viste en la nave a Gatdras.

—Bien —Lainier le enseñó el móvil a Gatdras.

—A este le conozco —contestó la espía—. Un técnico clon, que sin duda viene a revisar la computadora de la nave para comprobar que todo está en orden.

—¿Es antihumano? —preguntó El Artista.

—Lo es.

—¿Cómo de antihumano?

—Un racista de mucho cuidado. Todos los que trabajan con los militares pasan un fuerte control ideológico. Deben ser totalmente adictos al régimen para evitar traiciones.

—Ya tengo el plan.

—Adelante.

—Mendizale, ¿podrías... irte a cualquier otro lugar?

—¿Eh? —Mendizale se sorprendió.

—A donde sea que no nos escuches.

—Oh... no... —La Dama de la Nieve se temía lo peor.

—Oh, sí... Voy a escribir otra página en vuestros libros de historia.

—Artis... —comenzó a decir Lainier.

—¿Queréis volver a casa o no?

—Sí, pero...

—Pues Mendizale fuera.

—No, me quedo —respondió ella—. Ya estoy metida en esto.

—Pero sabes que no tienes voto, ¿verdad? Es Lainier quien aprueba el plan.

—Pues de todos modos tengo que quedarme porque tengo la impresión de que me afectará, precisamente porque estoy metida en esto, así que creo que tengo derecho a saberlo.

—Escupe el plan —ordenó Lainier al Artista. Cuando éste acabó de hablar, las caras de Gatdras y Mendizale estaban blancas.

—Es la mejor opción —dijo El Artista—. No saldremos de aquí si no pensamos a lo grande.

—¿Sabes lo que me estás pidiendo hacer? —preguntó Lainier, que mantenía la vista fijada en su compañero, con las manos cruzadas bajo la barbilla.

—Sí, que apruebes el plan.

—No me refiero sólo a eso. Tendré que hacerlo yo.

—No, el plan es mi idea y lo haré yo.

—El líder soy yo y el plan lo apruebo yo, y me corresponde a mí ejecutarlo. No puedo delegar esto en otro.

—¿Por qué no? ¡Yo no tengo problemas en hacerlo!

—Si doy el visto bueno pero lo dejo en tus manos, es como... no responsabilizarme. Tengo que hacerlo yo.

—Absurdo. ¿Piensas encargarte de ese tipo de cosas a partir de ahora? ¡Cada miembro del grupo tiene su función y esa es la mía!

—O mía... —murmuró Stalker.

—Pero al menos esta vez... tengo que hacerlo yo. Yo os traje aquí y yo os sacaré.

—¿Entonces lo apruebas?

Lainier giró los ojos hacia Gatdras y Mendizale.

—¿Estáis de acuerdo? —preguntó.

—¡No les preguntes a ellas! ¡No tienen voto!

—¡El líder soy yo y yo decido quién tiene voto!

—¡Serás...!

—Por no mencionar que los localizadores son míos y tendré que ponerlos yo —afirmó Gatdras—. Así que si tengo voto.

—Y tu voto va a ser no, ¿verdad?

—Los míos no hacemos ese tipo de cosas.

—Nos estamos quedando sin opciones —afirmó Lainier.
—Xanty no lo aprobaría.
—Podría hablar con él. Dijo que luego se pasaría por Neo World. Pero perderíamos tiempo.
—Sin que sirva de precedente, yo estoy de acuerdo con el plan del Artista —afirmó Berllerak—. Seamos francos: ellos se lo han buscado.
—Pero sigue sin gustarme —dijo Gatdras.
—Ni a mí —afirmó Lainier—. Pero no sólo me juego el volver a casa, sino el destino de mi universo.
—Está bien... Instalaré el localizador.
—¿Mendizale? —preguntó Lainier girándose hacia la Dama de la Nieve—. ¿Estás de acuerdo?
—Que no tiene voto, coñññño... —murmuró ElArtista.
—Yo... —comenzó a decir Mendizale—. Estoy de acuerdo. Ya me advertiste antes de lo que podía pasar si me unía a vosotros, así que... Pero al menos podrías dejar que ElArtista...
—No —dijo rotundamente Lainier—. Gatdras, ¿cuándo estarás preparada?
—Ahora mismo —dijo ella poniéndose en pie—. Tengo localizadores preparados.
—Pues nos vamos —Lainier se puso en pie.
Gatdras fue a otra habitación a buscar el material y cambiarse de ropa. Tras unos minutos regresó, vestida con un chándal negro. Lainier se dirigió a la puerta de entrada. En ese momento ElArtista lanzó una mirada a Stalker y señaló con el dedo a Lainier. El cazarrecompensas se abalanzó sobre su jefe por la espalda y comenzó a asfixiarle con el brazo. Lainier intentó zafarse sin éxito.
—¡¡Pero qué coño...!! —gritó Berllerak.
Todos se levantaron de sus asientos, pero ElArtista se interpuso entre ellos y Stalker, que continuaba apretando.
—¡Lainier se queda aquí! —afirmó ElArtista—. ¡Le estoy haciendo un favor! ¡Este trabajo es cosa mía!
—Listo —dijo Stalker, dejando a Lainier inconsciente sobre un sofá—. Berllerak, échale un ojo.
—Parece que está bien —dijo Berllerak escaneando el cuello de Lainier con el móvil.
—Estoy flipando —dijo Gatdras.
—Es la reacción habitual de quien nos ve trabajar —afirmó ElArtista—. Y ahora vámonos. Stalker, acompáñanos como apoyo.
—Claro —dijo el cazarrecompensas.
ElArtista, Stalker y Gatdras desaparecieron del apartamento.
—De algún modo, empiezo a entender porqué funcionáis como grupo —dijo Mendizale a Berllerak.
—¡Pues a mí me preocupa que empieces a entendernos! —rió Berllerak.

El técnico estaba en un supermercado comprando la comida del día. Llevaba la misma indumentaria que cuando viajaba en la nave. Cargó con la bolsa y caminó por la calle rumbo a casa. Tardó cinco minutos en llegar a la puerta del edificio. La abrió con su tarjeta de identificación y subió en ascensor hasta la planta cincuenta. Al salir giró a la izquierda y volvió a usar la tarjeta para abrir la puerta de su apartamento. La empujó y dio un paso al frente, para a continuación desplomarse con la cabeza agujereada. ElArtista, situado detrás del finado, enfundó su arma, entró al apartamento, arrastró el cuerpo hasta el interior y cerró la puerta. Después realizó una llamada a Stalker.

—Primera fase OK —dijo ElArtista—. Ahora voy a practicar mi arte.

—Muy bien —dijo Stalker, que estaba vigilando la entrada al edificio desde la acera de enfrente.

El coche deportivo, de color gris, aparcó a diez metros del cordón policial que rodeaba la entrada al edificio del técnico. Un coche patrulla estaba aparcado cerca y dos agentes custodiaban la entrada. Los bajó del deportivo. Esta vez no llevaba armadura, aunque toda su indumentaria seguía siendo gris: llevaba una gabardina con la hoz y el martillo en amarillo en el hombro izquierdo, y una placa dorada en el pecho a su izquierda. Llevaba guantes, pantalones ajustados y botas altas. Pasó por debajo del cordón y se dirigió a uno de los agentes:

—Espero que hayan seguido a rajatabla el protocolo.

—Sí, señor —afirmó el policía—. Le hemos informado directamente a usted, tal y como ordena el protocolo antiterrorista.

—Bien. Voy a subir.

Gatdras, espionando desde una esquina de un callejón en la acera de enfrente, consultó su móvil: Los había tardado una hora en llegar. Ajustó los datos y sacó un localizador del bolsillo. Lo dejó en el suelo y comenzó a controlarlo con su móvil: el dispositivo se deslizó por el suelo hasta llegar al coche de Los, y se ocultó en los bajos. Después Gatdras desactivó la señal. Volvería a activarse en el momento apropiado.

Los llegó hasta la puerta del apartamento del técnico. Otro agente esperaba allí. Saludó a Los marcialmente y le abrió la puerta. El Komisario pasó al interior. Caminó por un estrecho pasillo echando un ojo a las habitaciones que había a cada lado, pero sobre todo al rastro de sangre que había en el suelo, y que llegaba hasta la sala de estar. Allí le esperaba el cuerpo del técnico, boca arriba. Su brazo y mano derechos estaban formando una peinetas en dirección a Los, obviamente manipulados por el asesino post mortem. En el suelo, al lado de los pies del finado, estaba escrito con sangre: "dejadnos volver a casa".

"ElArtista, o Stalker", pensó inmediatamente Los. Echó un vistazo a la sala: había sido registrada. Los cajones del armario de metal grisáceo que había a la derecha estaban por los suelos. El Komisario examinó el resto de la casa: todo estaba igual de desordenado. Pero no había nada que temer: aquel técnico no tenía información vital. Ni siquiera sabía

dónde se encontraba la nave multiversal. "Ha sido un buen intento, pero inútil", pensó El Komisario. Los regresó a su coche y le pasó un escáner con su móvil: el peso era correcto y no había emisiones electromagnéticas. Se puso al volante y se largó.

Cuando ElArtista, Stalker y Gatdras regresaron a su apartamento, Lainier ya estaba consciente, sentado en el mismo lugar de antes, y no parecía demasiado contento.

—¡Te he hecho un favor! —exclamó ElArtista mientras sus otros dos acompañantes tomaban asiento.

—¡Hijo de...! —Lainier se levantó y agarró a su compañero por el cuello, pero enseguida lo soltó—. ¿Cómo ha ido la misión?

—Le pegué un tiro y luego escribí un mensaje con su sangre en el suelo.

—¡Mierda! ¡Esto no lo dijiste cuando contaste el plan!

—Te dije que lo iba a matar. Lo del mensaje es irrelevante. ¡Ha sido post mortem!

—Post mortem tiene menos gracia... —murmuró Stalker.

—El caso es que tenía que impactar para que el puto Los ese se fijase en la apariencia y no se le ocurriese lo del localizador.

—Tardará al menos una hora en regresar a su destino —afirmó Gatdras—. Pero el localizador se desprenderá del coche antes, porque si entra en dondequiera vivan los científicos, puede que el coche pase por un proceso de descontaminación o simplemente el localizador no pueda encontrar la salida.

—Así que la localización será aproximada —dijo Lainier.

—Pues sí, esperemos que vivan en un lugar apartado.

—Lo dudo. Lo mejor es esconderse a plena vista.

—Tenemos tiempo libre. ¿Comemos o qué? —preguntó Berllerak.

—Voy a encargar pizzas —dijo Gatdras sacando su móvil.

—¿Eso también viene en los libros de historia?

—No. Eso es que me gusta la pizza, y como estamos en mi casa, comemos lo que yo diga. ¡Ja!

—¿Cómo es que no te has manchado de sangre? —preguntó de repente Berllerak al Artista, que se había sentado a su izquierda...

—Por favor... —dijo su compañero sonriendo—. Que estás hablando con un artista...

Al cabo de veinte minutos recibieron las pizzas. El grupo comió con avidez. Después discutieron el siguiente paso.

—Supongamos que el localizador funcione —dijo Gatdras—. ¿Qué vais a hacer al llegar allí?

—Depende del tipo de casa donde estén viviendo —respondió Lainier—. Espero que no sea una base militar...

—Me refería a qué vais a hacer con los científicos.

—Espero coger a uno con vida, para que nos diga cómo volver a nuestro universo.

—Esa explicación es muy ambigua.

—Bueno... Si quiero evitar la invasión, habría que matarlos.

—¿Otra vez?

—También me los puedo llevar a nuestro universo. Pero sólo si logro arrastrarlos hasta la nave. Ya veremos.

—Usémoslos de rehenes para pedir algo a cambio —señaló ElArtista.

—Si les damos a los científicos entonces podrán construir más naves multiversales.

—¿Quién ha dicho nada de entregarlos? Pedimos que el Presidente venga a hablar con nosotros en persona, y cuando lo haga... ¡los matamos a todos! ¡Ja!

—Madre mía, cada vez estás peor...

—Ya aprobaste mi plan anterior. ¡Aprueba ahora este!

—Calma. Mejor esperemos a que el localizador dé señal.

Tras hacer la digestión, los clones se dedicaron a hacer ejercicio. El apartamento no tenía demasiado espacio, pero al menos sí para realizar flexiones. Tras media hora, el móvil de Gatdras dio señal. Los presentes volvieron a reunirse en el comedor.

—La señal viene de... una zona al norte —dijo Gatdras—. Un pueblo bastante aislado del resto. Población: doscientas mil personas. Siempre está lleno de nieve.

—¿Cómo llegamos hasta allí? —preguntó Lainier—. A estas alturas seguro que nuestras identidades falsas ya no sirven. Si vamos en coche y nos paran, nos detendrán, pero tampoco podemos ir en transporte público. ¿Por un casual no podrías reprogramar los chips?

—Si quieres que os asigne identidades nuevas, tengo que copiar el contenido de otros chips. Eso implicaría haceros con los chips de ocho personas, y no quiero volver a oír hablar de matar a nadie.

—Pues tápate los oídos... —murmuró ElArtista.

—¿Y si vamos sin chips? —preguntó Berllerak.

—Si pasáis por cualquier control de seguridad y no tenéis identificación alguna, os detendrán —dijo Gatdras. Aquí se lee el chip en todas partes.

—¿Cuántos miembros de la resistencia hay por aquí? —preguntó Lainier—. Si nos prestaran sus chips...

—¡Pero si os pillan sus identidades quedarán invalidadas! ¡Se convertirán en fuera de la ley!

—Pues hay que pensar en otra cosa... Mmm... Tengo una idea...

—¿Implica matar a ocho personas?

—No. Implica encontrar ocho personas recién muertas. Supongo que los chips de identificación serán extraídos de los cadáveres antes de hacer la autopsia o lo que sea.

—Sí, y luego son borrados para que nadie usurpe las identidades de los muertos.

—¿Hay alguna morgue donde podamos encontrar ocho personas recién muertas?

—Espera —Gatdras consultó el ordenador sobre su mesa—. En un hospital de un pueblo cercano hay doce cadáveres. Ocho hombres, cuatro mujeres. Edades aceptables. Si salís ya llegaréis antes de que los abran en canal.

—¿Cómo tienes estos datos tan deprisa?

—¡Que soy espía!

—Bueno, necesitamos llevarnos los chips sin que se cosquen del tema o no valdrá de nada. Habrá que sustituir los chips de los finados por los nuestros. ¿Puedes sacarlos, Berllerak?

—Puedo. Pero... ¿cómo damos el cambiazio sin que se cosquen?

—¿Cuál es la mejor forma de entrar en una morgue?

—Estando muerto...

—Apuesto a que Gatdras tiene alguna dosis de veneno con el que simular la muerte. ¡Es espía!

—Pues sí, tengo venenos para dar y tomar —dijo ella sonriendo.

—¿Y cómo despierto una vez dentro? —preguntó Berllerak.

—¡Gracias por presentarte voluntario! —dijo Lainier.

—Qué remedio. Vosotros no sois cirujanos. Yo tengo que cambiar los chips.

—No necesariamente —intervino Gatdras—. Tengo un dispositivo que lee y modifica datos de los chips.

—Perfecto, pero aún así lo haré yo. Como ya tengo algo de conocimiento de los sistemas de seguridad de esta época, me será más fácil salir de la morgue si algo va mal.

—De acuerdo.

—Volviendo a lo de antes. ¿Cómo coño despierto?

—Te tragarás una cápsula que se disolverá lentamente en tu estómago. Una vez digerida, el medicamento te reanimará.

—Acojonante —murmuró ElArtista.

—Espero que el tiempo sea el correcto —señaló Berllerak—. Como me despierte antes de que certifiquen mi muerte...

—Tranquilo —dijo Gatdras.

—¡No estoy tranquilo desde que llegué a este universo!

—Por si algo va mal, estaremos esperando fuera de la morgue y organizaremos algo de jaleo para distraer a los de dentro.

—Esperemos que no sea necesario, porque si ven algo raro revisarán todo. Y hablando de revisar... se me ha ocurrido otra cosa. ¿No se supone que los policías habrán hecho una comprobación de identidad al encontrar los cuerpos? ¿Los forenses no se aseguran de que sus lecturas del chip coincidan con las que ha hecho la policía? ¿Y qué datos van a leer ellos? No podemos programar los chips de los muertos con los datos de nuestros chips actuales: ya estarán invalidados.

—Cuando el forense lea la información de los chips reprogramados, un virus se colará en su lector. En la pantalla aparecerán los datos reales de los fallecidos, por lo cual coincidirán con las lecturas previas realizadas por la policía. El forense, desde ese mismo ordenador, enviará el aviso de defunción al ministerio de interior. Sin embargo, el virus provocará que no se realice ningún aviso, aunque en la pantalla aparecerá que se ha producido correctamente.

—Eso suponiendo que dar el aviso sea un proceso automático.

—¡Claro que lo es!

—¿Y si por un casual el forense rellena manualmente los datos en otro ordenador y los envía desde allí?

—¡No lo hará! ¡Sería algo rarísimo!

—Ok. No es que suela ponerme paranoico como ElArtista, pero es que no quiero cagarla.

—¡Piensa mejor en que no te cojan mientras manipulas los chips!

—Y hablando de mi... ¿cuando desaparezca, no notarán que falta un cadáver?

—Con la cantidad de autopsias que tienen que hacer esta noche, para cuando lleguen a ti ya habréis llegado al pueblo.

—Una llamada anónima nos alertó de que estaba muerto —dijo el agente al médico. Ambos estaban en el depósito de cadáveres de la morgue. El policía era un tipo alto y corpulento, vestido de negro—. Su chip ha sido borrado.

—Alguien puede haberle robado la identidad —afirmó el médico, un hombre de unos cincuenta años, con barba blanca y vestido totalmente de blanco.

—Pues sí, así que dele máxima prioridad.

—En realidad tengo otros cadáveres con muerte violenta almacenados.

—Bueno, pero después ocúpese de éste.

—Muy bien.

El médico observó a Berllerak, tumbado sobre la camilla, aparentemente muerto. Lo introdujo en uno de los compartimentos de cadáveres en la pared mientras el agente se marchaba. Después se largó del depósito, rumbo a la sala de autopsias. Pasados diez minutos, el clon despertó y salió del agujero. No había nadie a la vista. Por si acaso atrancó

la puerta colocando una camilla. Después vino la parte desagradable: se metió los dedos en la boca y estiró de un fino cable. Logró controlar las arcadas y sacó de su estómago una bolsa de plástico. Después extrajo el contenido: una especie de botón metálico. Comenzó a abrir todos los compartimentos. Había aún más muertos de los que había mencionado Gatdras. Buscó a los de edad similar a las del grupo de fugitivos y fue colocando el botón metálico junto a sus hombros, pulsándolo para copiar la información de los chips de los finados e introducir el virus informático. Devolvió los cuerpos a los compartimentos y se dispuso a abandonar el lugar.

Berllerak examinó un conducto de ventilación en la pared derecha de la habitación. Por desgracia, sólo podía quitar la reja rompiéndola, y nadie debía saber que alguien se había colado aquí.

—Mierdamierdamierdamier... —murmuró.

La única opción era salir por la puerta y esperar que nadie reparase en él. Y así lo hizo: la abrió lentamente y echó un ojo al exterior. Parecía despejado, así que salió. Avanzó de forma decidida pero sin acelerarse, hasta que en un giro a la izquierda vio a un guarda de pie. Berllerak retrocedió rápidamente. No tenía más remedio que recurrir al plan B. El clon buscó una ventana al final de un pasillo. La abrió y sacó medio cuerpo al exterior, haciendo señales con los brazos a Gatdras. Berllerak estaba situado en la planta veinte y Gatdras en la acera de enfrente. La espía llevaba unas gafas de sol con función de zoom que le permitieron ver al clon. El resto de su indumentaria era normal e informal: chaqueta y pantalones negros y blusa roja. La chica sacó su móvil y realizó una llamada.

—Tienes que recoger el paquete —dijo.

—Voy —contestó Xanty.

El líder de la resistencia estaba andando por el hospital, una planta por debajo de la de Berllerak. Vestía con camisa azul de manga corta y pantalones negros.

Mientras tanto, Berllerak esperaba, mirando hacia abajo. Sin embargo, una voz a su espalda le hizo girarse:

—¿Qué hace aquí?

La persona que le había llamado la atención era un celador, a juzgar por el uniforme. Era un hombre de unos cuarenta años, de rostro redondo, con el pelo escaseando en la parte superior de la cabeza. Su trabajo y su físico parecían indicar que era humano. Berllerak se dio la vuelta y respondió sin inmutarse:

—He venido a identificar un cuerpo y no ha sido un plato de buen gusto. Estoy tomando el aire.

—No puede estar solo aquí. Tiene que salir de la morgue.

Cuando Xanty llegó a la ventana que estaba justo debajo de la de Berllerak, un hombre estaba asomado al exterior, para expulsar el humo de un cigarrillo electrónico. Vestía con traje y corbata negros. Parecía en forma, a pesar de no ser joven: su pelo era blanco, corto y peinado en punta, y varias arrugas surcaban su rostro. Aparentaba cincuenta años, pero Xanty supuso que era un clon, por lo que en realidad tendría unos sesenta años.

—Disculpe —dijo Xanty educadamente. El hombre se dio la vuelta—. ¿Le importaría dejarme asomarme al exterior? Me encuentro algo mareado y necesito aire...

El hombre echó un rápido vistazo a Xanty: algo de barriga, inicio de calvicie a pesar de no llegar a los treinta...

—Pues sí, me importaría. Encontrarás ventanas en otros lugares, humano.

—Solo necesito un momento para tomar el aire —respondió Berllerak al celador.

—Las normas son las normas, señor. Si se siente mal, yo mismo lo acompañaré fuera.

—¿Eres humano?

—Sí, señor.

—Pues yo soy clon, y no obedezco a humanos.

—Entonces tendré que llamar a seguridad.

Berllerak caminó raudo hacia el celador, le aferró por el cuello levantándolo cinco centímetros del suelo, y lo llevó contra la pared a su izquierda.

—Escúchame bien, desgraciado: ningún humano va a venir a tocarme los huevos cuando acabo de identificar a mi hermano que ha sido asesinado en una burda emboscada por los cobardes de tu especie. Será mejor que te pires, o seré yo quien llame a seguridad y le diga que me has estado importunando.

—Lo... siento, señor.

Berllerak soltó su presa.

—Largo.

El celador se alejó corriendo. Berllerak no estaba nada orgulloso de lo que acababa de hacer, pero era necesario.

—¿Sabe que fumar está prohibido en hospitales? —preguntó Xanty al clon.

—Por eso saco la cabeza por la ventana, así que no fumo en el hospital.

—Veremos si la dirección lo ve igual.

—¿Crees que se pondrán de tu parte, humano?

—Los médicos son muy tiquismiquis con el tema de la salud.

El hombre apagó el cigarrillo.

—Apagado está. Pero me gusta esta ventana y no pienso moverme.

Berllerak estaba asomado al exterior, pero no veía a Xanty abajo. “Como al final el celador avise a alguien, esto es

el fin”, pensó el clon.

Xanty se alejó diez metros de la ventana y llamó a Gatdras.

—El paquete está bloqueado por otro de unos 80 kilos, de calidad media —dijo.

—Aguarda —respondió la espía.

Gatdras pulsó en la pantalla de su móvil: un compartimento se abrió en la parte trasera, liberando un mosquito robótico que inició el vuelo. La chica controlaba sus movimientos desde el móvil, y podía ver a través de una cámara sobre el falso insecto. El mosquito se posó en la nuca del clon con el que había discutido Xanty, clavando su aguijón e inyectando una sustancia química.

Al cabo de unos segundos, el clon empezó a sentirse mal y se llevó una mano a la frente. Entonces comenzó a caminar apresuradamente, probablemente en busca de un médico.

Por fin, Berllerak vio a Xanty asomarse al exterior. El resistente miró hacia arriba y extendió los brazos afuera.

—Listo —dijo Xanty.

Berllerak salió por la ventana de espaldas. Se colgó aferrando las manos al alféizar y echó un ojo abajo. Se dejó caer: el clon y el humano se aferraron mutuamente por los antebrazos: sin embargo el agarre no fue firme: la camisa de Berllerak se desgarró y el policía se escurrió unos centímetros hacia abajo: inmediatamente modificó su presa, esta vez asiendo firmemente a Xanty, quien también volvió a agarrar a Berllerak, apretando con fuerza. El resistente lo subió arriba. Berllerak se puso en pie mientras Xanty se aseguraba de que nadie se hubiese dado cuenta.

—Vete de aquí cagando leches —murmuró Xanty.

—Me debéis una mamada —dijo Berllerak a Lainier y ElArtista, reuniéndose con ellos en un callejón cercano a la morgue.

—Cuando quieras, monada —dijo ElArtista con una sonrisa.

De vuelta al apartamento de Gatdras, la espía transfirió los datos del botón metálico a cada uno de los chips del grupo.

—Listo —dijo—. Con esto es suficiente para pasar desapercibidos si no armáis jaleo.

—¿Cuál es la mejor forma de llegar al pueblo ese donde está Los? —preguntó Lainier.

—Tren. En coche es imposible por la nieve. A menos que vuele, claro... Pero eso se ve llegar.

—Así que controlan todas las llegadas al pueblo... Habrá que pensar cómo nos bajamos del tren sin que los hombres de Los nos trinquen.

—Saltamos antes de llegar a la estación —señaló ElArtista.

—Eso va a ser imposible —señaló Gatdras—. El pueblo está en el fondo de un cañón en un área nevada, y el tren hace un descenso chungo justo antes de llegar a la estación. Si saltáis... rodaréis por las rocas y os haréis puré.

—Pues saltamos antes del descenso.

—Y luego tendréis que encontrar una forma de bajar por la pared del cañón.

—¿Plataformas voladoras? —preguntó Lainier.

—No tengo forma de conseguir plataformas. Y si en ese pueblo están Los y los científicos, tendrán detectores de calor y movimiento por todas partes. En medio de la nieve las plataformas van a quedar señaladas de puta madre. Y descender con equipo de montañismo también es imposible. Hay patrullas en lo alto que pasan por el mismo sitio cada diez minutos. Os verán bajar.

Lainier se quedó pensativo unos momentos.

—Mapa del sitio —dijo al fin.

—Cargando —dijo Gatdras pulsando en la pantalla del portátil, haciendo aparecer un holograma—. Aquí está.

La espía puso la pantalla sobre la mesa. Los clones examinaron el holograma.

—Paredes de roca —murmuró Lainier—. Con muchos salientes, rampas... todos llenos de nieve...

—Gracias por constatar lo obvio... —señaló ElArtista.

—En realidad creo que me está lanzando una indirecta —observó Mendizale.

—¿Estás ya al 100% de tus capacidades? —preguntó Lainier girando la cabeza hacia La Dama de la Nieve.

—No he parado de ejercitarme desde que desperté, pero... aún no soy como antes. Las cápsulas de hibernación de ésta época mantienen el cuerpo en buen estado, pero aún así han sido diez años inmóvil...

—Entonces pensemos en otro...

—Pero puedo hacerlo.

—¿Seguro? No se trata sólo de deslizarte por la nieve: tendrás que dejar tras de ti un cable para que después nosotros podamos descender rápidamente. Deberás ir clavando el cable en la roca con un bastón de esquí modificado. Al mismo tiempo, al clavar el cable, el esquí también dejará fijado a la roca inhibidores de frecuencia para evitar que posibles sensores de proximidad o calor den la alarma.

—Puedo hacerlo.

—Em... ¿tenemos inhibidores?

—Pues sí —respondió Gatdras.

—Mendizale necesita equipo de esquí. El mejor. Ah... el traje de esquí que sea blanco, para camuflaje y tal...

—¡Ya lo sé! ¡Que soy espía!

—Perdón...
—Iré a comprarlo ahora mismo —dijo Gatdras poniéndose en pie.
—¿Tengo que constatar lo obvio? —señaló Berllarak mientras la espía abandonaba el apartamento.
—¿Que vamos a morir? —preguntó ElArtista.
—Algo así. ¿Cómo coño vamos a salir después?
—Robando una nave —respondió Lainier.
—Seremos derribados.
—No si llevamos a los científicos como rehenes.
—Interesante...
—Pero cruzad los dedos porque seguro que Los nos estará esperando.
—¿Y eso?
—¿De verdad creéis que no se le ocurrió que le pusiéramos un localizador al coche? Seguro que nos espera.
—¡Pero entonces a lo mejor los científicos no están en ese pueblo!
—Es posible.
—¿¿Entonces??
—Entonces nada. ¿Acaso tienes un plan mejor para salir de este universo?
—Ciertamente no...
—Y si cogemos a Los, podremos sacar mucha información.
—¡Ahora eres demasiado optimista!
—Bueno, vamos a prepararnos para el viaje. Olmaly se quedará aquí, por supuesto.
—¿Y si no volvemos a encontrarnos? —preguntó ElArtista.
—Si no volvemos a encontrarnos es que estaremos muertos, así que mejor que Olmaly se quede aquí, ¿no crees?
Además, no vamos de picnic.
—Lai tiene razón —señaló Olmaly.
—Y eso me da miedo... —murmuró ElArtista.

Los clones estaban sentados en la parte trasera del tren bala que los llevaba al pueblo perdido en medio de la nieve. Había dos filas de dos asientos a cada lado del pasillo. Desde las ventanas se podía apreciar un bello paisaje lleno de frondosos árboles de alguna especie no conocida en La Tierra. A medida que avanzaban, la nieve empezaba a aparecer, formando pequeñas manchas blancas sobre el verde césped.

Berllarak estaba sentado junto a una ventana de la fila izquierda, con Lainier al lado. Detrás de Lainier se sentaba ElArtista, y detrás de Berllarak se sentaba Night Stalker. Tete se sentaba junto a una ventana de la fila derecha, con el Capitán al lado. Mendizale se sentaba tras el Capitán, y a su lado había dejado la bolsa con el material de esquí, para lo cual había tenido que pagar un asiento extra, o más bien lo había pagado Gatdras, quien llevaría el equipo de espionaje por su cuenta hasta un punto clave cerca del pueblo, donde después los clones lo recogerían.

De repente, el grupo escuchó jaleo unos asientos más adelante.

—¿¿Se puede saber qué ha hecho?? —preguntó uno de los pasajeros, un neo vestido con traje negro, a un camarero. Ambos estaban de pie en medio del pasillo. Parecía que el hombre había tropezado con el camarero al levantarse, y éste había derramado una copa de vino que llevaba en una bandeja sobre la chaqueta del pasajero.

—¡Lo siento, señor!

—¿Lo sientes? ¡Putos humanos! ¡Dame tu nombre, que voy a hacer que te despidan!

—Señor, yo...

El neo tendría unos cuarenta años, con el pelo rojo engominado hacia atrás. El camarero no tendría más de dieciocho años, y parecía acojonado. Lainier hizo un gesto de levantarse, pero Berllarak le agarró por el hombro.

—No —dijo.

—Sólo me estaba acomodando en el asiento...

—Claro...

—¡No entiendo porqué el Presidente tiene paciencia con vosotros! —continuó gritando el neo—. ¡Deberían pegaros a todos un tiro y cambiaros por robots! ¡Serían más baratos!

—Se.. señor... —balbuceó el camarero.

—¡Si no me das tu nombre hablaré con otro que me lo dé!

—Me cago en la leche... —Lainier hizo otro intento de levantarse, pero esta vez escuchó la voz de Mendizale.

—Esto pasa todos los días, Lainier —dijo ella seriamente desde su asiento—. Ya pasaba en mi época. No puedes arreglarlo todo sin más. Si intervienes ahora, nos descubrirán.

Lainier se recostó de nuevo en su asiento, molesto. El encargado tuvo que venir. Era un hombre de unos cuarenta años, con pelo negro y entradas, vestido con traje azul. Después de que el neo presentase la queja, el camarero se retiró tras una buena reprimenda, y el neo se fue al lavabo, situado al fondo a la derecha del tren, para tratar de secarse. El encargado echó una mirada a los clones, y se retiró. Lainier pensó que les había mirado simplemente porque ellos también le estaban mirando a él, pero al cabo de un par de minutos el encargado regresó acompañado por dos guardias uniformados.

—Esos son —dijo señalando a los clones.

—La madre que... —murmuró Lainier.

—Pues no llevamos armas... —señaló ElArtista. No podrían haber subido al tren armados. Confiaban en dejar fuera

de combate a algún guardia del pueblo y robarle—. Pero a lo mejor es una oportunidad de conseguirlas ahora.

—Ustedes nos recuerdan a ciertas personas... —dijo uno de los agentes, situándose al lado de Lainier. El otro policía vigilaba a los clones del otro lado.

—Me lo dicen mucho —dijo Lainier—. ¿A que me parezco al Presidente de joven?

—Voy a leerles los chips.

—Estamos llegando, Lai —murmuró ElArtista—. No perdemos nada.

—¿Qué farfulla usted? —los agentes movieron sus manos hacia las armas.

—Nada...

De repente el neo salió del lavabo y avanzó por el pasillo de regreso a su asiento.

—Dese prisa, señor —dijo el otro agente—. Tenemos un asunto entre manos.

Al pasar junto al Artista, éste echó la zancadilla al neo, que se precipitó sobre los agentes. Lainier y Tete aprovecharon la confusión para atacar a los guardias, pero al tratarse de clones de tercera generación, el forcejeo empezó a decantarse a favor de los sicarios del Presidente, mientras el resto de la gente se agachaba y gritaba, presa del pánico. El neo trajeado también se arrastraba, intentando regresar por donde había venido. El resto de fugitivos intentó atacar también a los policías, pero el pasillo era estrecho y poco podían hacer. De repente Stalker se levantó como un rayo, abrió la ventana y salió al exterior, aferrándose a un saliente en un lateral sobre él e impulsándose hasta el techo del tren. Avanzó unos metros corriendo y se dejó caer por la parte izquierda, aferrándose al saliente y atravesando la ventana con los pies. El cyborg apareció justo detrás de los agentes. Al primero le golpeó en la nuca, dejándolo inconsciente. El otro se dio la vuelta hacia él, pero el Kapitán aprovechó para hacerle una presa por la espalda. El cazarrecompensas golpeó con su rodilla el estómago del agente, y el Kapitán acabó noqueándolo con un codazo en la nuca. Stalker recogió una de las pistolas y Lainier la otra.

—¡Que nadie se mueva! —exclamó el líder del Cuerpo de Asalto.

El grupo se dirigió a la parte de atrás, y abrió una puerta de acceso al tren, que comenzaba a reducir velocidad al estar acercándose a la empinada rampa de bajada al pueblo. Aún así los clones corrían riesgo de hacerse pedazos al saltar.

—La nieve amortiguará la caída —aseguró Mendizale mientras arrojaba su bolsa de deportes afuera.

—¿Seguro? —preguntó Lainier, situado tras ella.

—¡Demasiado tarde para echarse atrás! ¡Ja ja! —La Dama de la Nieve saltó del tren, rodando sobre el blanco manto.

—Está claro que se crece en la nieve... —murmuró Lainier mientras saltaba.

Uno a uno, los clones abandonaron el tren. Se incorporaron, doloridos pero sin huesos rotos. Mendizale buscó su bolsa de deportes y volvió junto con el grupo.

—El equipo sigue intacto —afirmó.

—Bien —dijo Lainier—. Vamos. Si Los no nos esperaba, ahora sí que lo hará.

Tras andar diez minutos, los clones llegaron al punto señalado por Gatdras. Tete y el Kapitán cavaron en la nieve mientras los demás vigilaban. Sacaron una pequeña bolsa con los inhibidores de frecuencia y el material necesario para modificar uno de los bastones de Mendizale. Siguieron caminando y se tumbaron en la nieve. Lainier sacó unos prismáticos de la bolsa de Mendizale y observó el borde del cañón, situado a quinientos metros. Había huellas de moto de nieve cerca. La patrulla pasaba por allí.

—Como acabe de haber pasado, tendremos que estar demasiado tiempo aquí y nos trincarán —señaló ElArtista.

—Puede ser —dijo Lainier sin inmutarse.

Los estaba en la estación de tren. El vehículo había llegado y el encargado le había llamado nada más producirse el incidente. El Komisario entró y examinó los cadáveres, solo para comprobar que eran de los agentes: una de las opciones que barajaba es que los clones se hiciesen pasar por otras personas para evitar el control policial. Diez agentes siguieron a Los y comenzaron a identificar a todo el mundo, comprobando los chips, analizando el ADN y asegurándose de que no llevaban caretas. Los registró palmo por palmo el lugar, mientras más agentes treparon por el techo y otros miraban por debajo.

"Es posible que hayan desistido al verse identificados", pensó Los. "Deben haber saltado". Cuando comprobaron que no estaban a bordo, Los ordenó a los agentes que peinaran la parte superior de la montaña. "Puede que esperen a que llegue otro tren para subirse y entrar, pero eso es inútil. Ésta es la única entrada y está controlada, y si intentan llegar volando, los derribaremos. Y bajar por las paredes del cañón es un suicidio."

Finalmente, la moto de nieve, pilotada por un policía uniformado de blanco, pasó de nuevo por la zona, de izquierda a derecha. Cuando se hubo alejado, Lainier dio la orden:

—Vamos.

Los clones corrieron hasta el borde del cañón y echaron un vistazo abajo. El pueblo se distinguía muy al fondo, rodeado por las paredes de la montaña. Mendizale comenzó a hacer cálculos mentales, estudiando el terreno.

—Por aquí —dijo, comenzando a caminar. Rodearon el precipicio durante cinco minutos hasta que la Dama de la Nieve calculó la dirección idónea desde la cual saltar. Abrió la bolsa. Se quitó la chaqueta negra y las botas y se puso el traje de esquiar. Berllarak acopló el cable en uno de los bastones. Desenrolló unos metros y ató el otro extremo en una estaca metálica que clavó en tierra. Después la fijó con pegamento especial.

—¿Qué altura hay? —preguntó Lainier a Mendizale.

—Un kilómetro aproximadamente —dijo ella sonriendo mientras se colocaba los esquís.

—Una caída de un kilómetro, ¿eh?

—¡Exactamente! —la Dama de la Nieve sonrió mientras se ponía el casco.

—¿Esa que dijiste que no podrías hacer?

—No voy a caer en picado un kilómetro —dijo ella mientras sujetaba los palos—. Voy a ir dando saltos de saliente en saliente.

—Hazlo bien, ¡porque te voy a grabar! —dijo ElArtista apuntando a Mendizale con la cámara de su móvil mientras se acercaba al borde del cañón.

—¿Qué pretendes? —preguntó Lainier.

—¡Pretendo registrar algo memorable! Luego lo subo a Internet y consigo millones de visitas y me forro...

—¡Pero si el salto lo hace ella!

—¡Pero no podrá reclamar derechos de autor! ¡Cuando esto acabe estaremos en universos diferentes! ¡Ja!

—Serás...

—Tranquila, Mendi: luego te daré una copia para que tengas algo de lo que fardar, pa que no digas que soy mala persona...

—Em... —murmuró La Dama de la Nieve—. Voy allá...

—¡Dale cañaaaa! —aulló ElArtista mientras activaba la grabación de vídeo.

Mendizale tomó impulso y se precipitó hacia delante. Pasó a cinco metros de distancia del Artista, a su izquierda, quien no perdía detalle. Siguió con la cámara el increíble salto de la Dama de la Nieve: tras avanzar varios metros en el aire, cayó sobre un saliente situado diez metros más abajo, y tras deslizarse diez metros más, saltó a otro saliente, y así sucesivamente, a una velocidad vertiginosa, mientras dejaba clavado el cable y los inhibidores en la roca. Parecía imposible que pudiera aguantar así un kilómetro de descenso, pero enseguida el cable dejó de desenrollarse. Berllerak se acercó a la estaca e hizo una medición.

—Más de un kilómetro —afirmó—. Está abajo. Esperemos que viva.

Los clones engancharon sus cinturones al cable y comenzaron a bajar por la ladera de la montaña a gran velocidad, vigilando por si algún enemigo les acechaba. El primero en descender fue Stalker, seguido por el Capitán, Tete, ElArtista y Lainier. Cuando estaban a mitad de camino, Los encontró la estaca.

—¡Nos han encontrado! —gritó Berllerak. La estaca tenía un sensor de proximidad que se había activado ante la presencia de Los y había enviado una señal de alerta al móvil de Berllerak. Por supuesto, los inhibidores colocados por Mendizale dejaban pasar la señales de los clones.

—Démonos más prisa en bajar —señaló Lainier.

Al cabo de unos segundos vieron el primer tramo de cable caer. Si no fuera porque Mendizale había ido clavando el cable en más lugares, todos se habrían despeñado.

Los examinó las paredes de la montaña con los prismáticos, pero no vio nada. Tras unos cien metros de descenso, el cable se perdía tras un saliente. El Komisario comenzó a correr por el borde del cañón para intentar tener una mejor vista. Finalmente los localizó.

Los pensó en qué hacer. ¿Enviar naves? ¿Y si eso es lo que pretendían los clones? Podrían tener contactos de la resistencia listos para actuar en cuanto las naves llegasen. Pero ahí parecían indefensos. Él mismo bastaría para encargarse de todos ellos. Los sacó su móvil y activó una plataforma voladora por control remoto.

Los clones siguieron bajando sin pausa. Si antes bajaban de uno en uno por cada tramo de cable, ahora bajaban de dos en dos. Esperaron que los puntos de anclaje aguantaran el peso. De repente, Los apareció volando sobre una plataforma voladora, apuntando al grupo con su pistola. Se puso a cinco metros sobre Lainier.

—¿Qué pretendíais? —preguntó el Komisario.

—Acércate y te lo explico —respondió el líder del Cuerpo de Asalto.

—¿Hacemos esto por las buenas o por las malas?

—Por las buenas. Entrégnos a los científicos.

—¡Ja! ¡Oblígame!

—¿Por qué sigues al Presidente?

—¡Porque salvó a los clones de la muerte! ¡Y sin él los humanos acabarán con nosotros!

—¡No todos los humanos son así!

—¿Y tú por qué discutes las decisiones del Presidente? ¡Sois la misma persona!

—Si somos la misma persona, ¿por qué le haces caso a él y no a mi?

—A ti te falta perspectiva. Si hubieses vivido la guerra entre humanos y clones... Y no te quepa duda: si por un milagro logras volver a tu universo y evitar que regresemos a él, antes o después te verás en la misma situación. El choque entre humanos y clone es inevitable.

—¡O eso es lo que os hacen pensar!

—¡Calla! ¡Voy a encargarme de voso...!

Antes de que pudiese acabar la frase, una ráfaga de láser alcanzó la plataforma de Los. El vehículo volcó y el clon se precipitó al vacío, pero sacó una daga vibradora con su mano izquierda y la clavó en la roca, quedando colgado. Estaba a unos cinco metros de distancia de Stalker. Los apuntó con su arma abajo, buscando de dónde había venido el tiro, y vio un punto negro en el suelo, abajo del todo. ¿Quién demonios había logrado bajar tan deprisa y además tenía tan buena puntería?.

"Mendizale", pensó Los. Apuntó a la Dama de la Nieve, pero Lainier a su vez disparó contra el Komisario,

destrozando su arma.

—¡Ahora eres tú el que debe rendirse! —afirmó Lainier.

—¿Rendirme? —dijo Los con una sonrisa—. ¡Ja! Pronto llegarán refuerzos.

—Lo dudo. Hay inhibidores de frecuencia a lo largo de esta bajada. Cualquier señal que hayas intentado enviar, no ha llegado.

—Muy listo... —dijo seriamente Los.

—¡Ahora dime dónde están los científicos!

—¡Aquí no!

—¡No me jodas, mamón!

—¿De verdad pensabas que esperarían aquí a que vinieses? Fueron trasladados hace mucho a hacer su trabajo. Están supervisando la ampliación de la nave multiversal para que albergue más tropas y más antimateria: necesitamos excedente para volar tus planetas si os resistís.

—El Presidente nunca haría eso.

—¿Estás seguro?

—¿Te crees que no he leído los libros de historia, imbécil? No hay antecedentes.

—Pero le bastará con arrasar todas las bases militares. De eso sí hay antecedentes.

—Hijo de perra...

—Pero si desistís en vuestra actitud seremos benévolos. ¿Qué dices?

—¡Dime dónde está la nave!

—Va a ser que no.

—Entonces, ¿para qué te quiero vivo?

—Para evitar represalias contra tu universo natal.

—Que el Presidente no haría eso, coño.

—Pero algunos de sus hombres sí.

—Me cagon la...

—¡Lai, le podemos drogar para que diga la verdad! —gritó Berllerak.

—¡Pero hay que bajarlo!

—¡De eso me ocupo yo! —Stalker comenzó a trepar en dirección a Los.

—¡Deja que Stalker te coja o te arrepentirás! —advirtió Lainier al Komisario.

—Os estáis metiendo en un problema —afirmó Los mientras Stalker llegaba a su lado. Sacó otro trozo de cable de su cinturón y ató las manos de Los, para después sujetarlo por el cuello con el brazo izquierdo. Stalker comenzó a descender llevando la pesada carga. El resto del grupo lo siguió. Pronto estuvieron abajo. Estaban a cien metros del edificio más cercano.

—Menos mal que estaba mirando hacia arriba —dijo Mendizale, que ya se había quitado el casco para ver mejor. También se había deshecho de los esquís.

—Los científicos no están aquí —dijo Lainier—. Necesitamos llevarnos a este tipo para interrogarlo.

—¿Tanta bajada para nada?

—No exactamente. Ahora tenemos a Los y necesitamos una nave, un coche volador... lo que sea.

—Seréis derribados —afirmó Los.

—¡Pero tenemos un rehén!

—Les daré orden de disparar.

—No, porque no podrás hablar. Berllerak, calla a este tío.

Berllerak sacó cinta aislante de su cinturón y colocó un trozo sobre la boca de Los.

—Aún así puede que nos derriben de todos modos —afirmó Berllerak—. A saber si tienen órdenes del Presidente.

—Necesitamos un explorador que nos consiga un vehículo mientras el resto le espera. Pero aquí no, que vendrá gente. Vámonos a otro lugar.

—Estarán buscando por todas partes —afirmó Berllerak mientras caminaban sobre la nieve—. ¿Dónde coño vamos a esperar?

—Escondos bajo la nieve —dijo Mendizale—. Yo iré a buscar una nave.

—Eso suena frío... —murmuró ElArtista.

—¡Yo no noto nada! —afirmó La Dama de la Nieve con una sonrisa.

—Le está cogiendo el tranquillo a esto... —murmuró Berllerak.

Los clones comenzaron a amontonar nieve mientras la muchacha se internaba en el pueblo. Los edificios, mayormente en color azul oscuro, no tenían más de cincuenta plantas de altura. Mendizale caminó con total normalidad por las calles. Buscó un coche volador. Al cabo de dos minutos vio uno aparcado frente a un restaurante. Mendizale se sentó encima. Una alarma comenzó a sonar. Al cabo de treinta segundos un hombre de unos cuarenta años, vestido con traje azul, salió del local, enfurecido.

—¡Bájese de mi coche! —gritó, acercándose a Mendizale—. ¿Se puede saber qu..? —

La Dama de la Nieve golpeó la garganta del hombre, haciéndole caer. Después le sujetó por el cuello.

—Póngalo en marcha —ordenó.

Al cabo de unos minutos, Mendizale regresó junto al montículo de nieve, pero había dos agentes patrullando el lugar a escasos metros, y corrían riesgo de ser descubiertos. La Dama de la Nieve aceleró, llevándose por delante a uno de los

hombres. El otro apuntó con un subfusil, pero Lainier salió de su escondite y disparó contra el hombre, acabando con él. Mendizale detuvo el vehículo. Berllerak y Stalker ataron con el cable a Los al techo.

—Déjame pilotar —dijo Berllerak acercándose a la ventanilla de Mendizale.

—No te ofendas —dijo ella—, pero tengo casi la misma nota que tú en pilotaje, y estos vehículos se parecen más a los de mi época que a los de la tuya.

Berllerak se quedó perplejo y se sentó detrás, apretado junto con los demás. Lainier se puso al lado de Mendizale.

—No puedo respirar... —murmuró ElArtista.

Mendizale arrojó su arma atrás mientras comenzaba a ascender.

—Por si alguien quiere usarla —dijo.

—Como si pudiésemos maniobrar mucho aquí atrás... —murmuró Berllerak.

—Yo me encargo —dijo ElArtista cogiendo la pistola. Estaba situado al lado de la ventanilla derecha. A su izquierda tenía a Tete, luego al Kapitán, luego a Stalker y finalmente a Berllerak, al lado de la ventanilla izquierda.

Cuando Mendizale sobrepasó la cima de la montaña, un caza ascendió tras ellos, a quinientos metros de distancia.

—Mierda —dijo Lainier.

—Desciendan —se escuchó por un altavoz del coche.

—Tenemos al Komisario Los como rehén —dijo Mendizale por el micrófono del volante—. Váyanse.

—Abriremos fuego de todos modos. Les damos veinte segundos para detenerse.

Mendizale apagó el micrófono. Después descendió hasta posarse sobre la nieve, pero sin sacar las ruedas. Buscó una cuesta abajo y apagó el motor. El coche descendió deslizándose sobre la nieve. Afortunadamente no se hundió en ella. La chica conocía bien el terreno.

—¡Así los misiles no nos seguirán! —exclamó—. ¡Artis, pásame de nuevo el arma! ¡Lai, coge el volante!

—¿Puedo preguntar? —dijo Lainier mientras asía el mando con la mano izquierda y ElArtista pasaba la pistola a Mendizale.

—¡No! —respondió la Dama de la Nieve mientras abría la puerta del coche. Saltó y rodó varios metros. La nieve evitó que se hiciese daño. Hincó la rodilla derecha en el blanco terreno y apuntó al caza, que pasó volando sobre ella persiguiendo al coche. Apuntó al motor y disparó cuatro veces. La nave quedó dañada y descendió hasta estrellarse contra la nieve. Lainier detuvo el vehículo a diez metros del enemigo y se bajó, arma en mano. El líder del Cuerpo de Asalto se acercó a la cabina desde la derecha, y Mendizale desde la izquierda.

—¡Joder! —exclamó Berllerak—. ¿¡Por qué todo el mundo que se une a nosotros acaba igual de loco!?

—¡¡Porque somos la hooooosstiaaaaaa!! —gritó ElArtista mientras hacía cuernos con ambas manos, agitándolas, aunque con aquella estrechura apenas podía.

—¡Sal de ahí con cuidado! —ordenó Lainier al piloto. Mendizale y él estaban a cinco metros de la nave.

El piloto abrió la cabina. Su uniforme era de color negro, el habitual en las fuerzas de seguridad del Presidente. Pero en un segundo su casco se tiñó de rojo: había recibido dos tiros seguidos: el primero había reventado el visor, y el segundo la cabeza.

—¿¿Pero qué hacéeeeeeeisss?? —aulló Lainier girándose hacia el coche. ElArtista estaba de pie junto al lado derecho del coche, con una pistola en la mano.

—Mencontrao esto en la guantera —explicó mientras levantaba el arma—. Quería ver si funcionaba...

—Pues te toca atar a Los al caza —afirmó Lainier enfundando su arma—. Berllerak, a pilo... —de repente Lainier se dio cuenta de que Mendizale estaba sacando al piloto de la cabina.

—¿Qué? —preguntó ella mientras dejaba caer el cuerpo sobre la nieve.

—¿Estás bien? —Lainier chasqueó los dedos ante los ojos de Mendizale, que los abrió de par en par.

—¡Perfectamente! —respondió ella con expresión de sorpresa, como si no entendiese porqué le preguntaban.

—¿Seguro que no te has tomado una de las pastillas de Berllerak?

—¡Que no tomo drogas!

—Me parece que lo que tiene es un subidón de adrenalina —señaló Berllerak.

—Es... posible —admitió ella haciendo un leve gesto de asentimiento con la cabeza.

—Definitivamente te creces en la nieve —dijo Lainier.

—Un millón de visitas el primer día —murmuró ElArtista mientras revisaba el vídeo de Mendizale en su móvil—.

Fijo.

—¡Que traigas a Los, coño! —ordenó Lainier.

—Vooy, pessao... —ElArtista echó a andar.

—Berllerak, a pilotar.

—Oído barra —dijo Berllerak, siguiendo al Artista.

—¡Puedo pilotar yo! —señaló Mendizale.

—No —replicó Lainier—. Si pilotas eso, tienes que estar dispuesta a matar a los pilotos enemigos. ¿Lo estás?

—Eh...

—Pues eso. Tú pilotarás el coche y Berllerak el caza —Lainier se volvió hacia su compañero—. Nos escoltarás desde gran altura. Si ves que nos atacan, dales caña. Cuando estemos cerca de la ciudad, abandonas el caza y sigues con nosotros, con Los, por supuesto. Lo meteremos en el maletero.

Durante unos minutos estuvieron bien, hasta que Berllerak recibió una llamada por radio.

—¿A dónde te diriges?

—Estoy... siguiendo un rastro —dijo Berllerak—. Avisaré si los encuentro.

—Identificación, piloto.

—¡Identificate tu primero, tío listo! ¿Cómo sé que esta comunicación no es una trampa de los rebeldes?

—¡Torre de control 48-A, Código de usuario 97826-Z!

—Podría haber acertado por casualidad...

—¡Basta! ¡Tiene diez segundos para identificarse o enviaremos cazas a por usted!

—Entonces para identificarme tengo diez segundos más los que tarden los cazas en llegar. A ver si sabemos contar, hombre.

—Rebeldes de mierda... No te reirás tanto cuando te hagamos estallar en pleno vuelo.

—Bien, enviad a todos los cazas que podáis a por mí. En realidad esto es un caza señuelo para no persigáis a mis compañeros.

—¡Si dices eso es porque en realidad no eres un señuelo!

—¡O quizás quiero que pienses que no es un suelo diciéndote que es un señuelo!

—¡Enviaré cazas de todos modos!

—¡La cuestión es cuántos! Te recuerdo que eso es un señuelo, o no, así que manda todos tus cazas a por mi, o no — el silencio se hizo durante unos segundos—. ¿Sigues ahí, muchacho?

—¡En breve estarás muerto!

—¿Pero cuántos cazas has enviado, muchacho? —no hubo más respuestas—. Oh... qué maleducado....

Berllerak contactó con el coche de abajo.

—Vienen cazas —informó—. No sé cuantos. Voy a apartarlos de vosotros.

—Te van a matar —señaló Lainier.

—Si son uno o dos, lo dudo. Ya me estoy haciendo con los mandos de esta mierda —afirmó Berllerak mientras daba piruetas en el aire.

—En cualquier caso está el problema de nosotros. No sé si seguir hacia delante o escondernos mientras los destrozas...

—¿Desde cuando te paras a pensar las cosas? ¡Decídetes ya!

—Aquí cerca hay unas cuevas naturales, podemos escondernos dentro —dijo Mendizale.

—¿No sé ahí el primer lugar donde busquen? —preguntó Lainier.

—Las cuevas se extienden muchos kilómetros y están plagadas de depredadores. Les costará encontrarlos.

—Espera... ¿qué depredadores?

—Panteras blancas.

—Eso no suena demasiado bien.

—Sobre todo con al escasez de alimento que tienen en esta época del año. Pero con no salir del coche...

Berllerak se alejó del grupo. Al cabo de dos minutos ya vio en su radar a los cazas: eran dos.

—Ríndase —escuchó por el altavoz. Parecía uno de los pilotos enemigos.

—Como ve, mis amigos no están aquí —replicó Berllerak—. Esto ha sido una trampa, así que le sugiero que sean ustedes lo que se rindan.

—¡Payaso! ¡Te estamos apuntando y somos dos!

—Qué prisa por morir. Será mejor que volváis a casa con vuestras mujeres. No pasáis suficiente tiempo con ellas. Anoche me lo comentaban.

—¡Hijo de perra!

Los dos cazas enemigos, abrieron fuego, pero Berllerak ya había iniciado la maniobra evasiva antes de eso: no le cabía duda de que le atacarían tras esas palabras.

“Predecibles. Predecibles y muertos”, pensó.

El policía dio la vuelta y disparó contra ellos. Uno de los cazas reventó en pedazos. El otro esquivó y continuó el ataque. Uno de los láseres rozó el ala izquierda del vehículo de Berllerak. No estaba mal, pero la habilidad del piloto era insuficiente. Todos los hombres de las fuerzas de seguridad del Presidente tenían el mismo problema: puede que su generación clon tuviese una creación más avanzada que la del Cuerpo de Asalto, pero su experiencia real de combate se reducía a los humanos.

Berllerak esquivó todos los ataques y destrozó el caza enemigo con un misil. Después se alejó de allí.

El coche estaba detenido y apagado en el interior de la tierra, a cinco metros de la superficie. Toda la roca estaba cubierta de una fina capa de hielo. Había pasadizos en todas direcciones. Por el frente, una pantera agazapada observaba el vehículo.

—¡Sabiiiiia que se me olvidaba algo! —dijo Lainier de repente chasqueando los dedos.

—¿Qué? —preguntó Mendizale.

—Tengo a un cabrón en el techo.

—Pues bon appetit —dijo El Artista mirando a la pantera, que parecía estar dispuesta a correr hacia ellos en cualquier momento.

—¡Lo necesitamos vivo! ¡Mendizale, sácanos de aquí!

La clon encendió el coche. Al intentar retroceder, la pantera saltó sobre el vehículo. Intentando que no alcanzase a Los, Mendizale hizo una maniobra brusca. El lado derecho del coche chocó violentamente contra una pared. De repente,

todo empezó a desplomarse, incluido el suelo. El coche cayó cinco metros abajo, estrellándose. La pantera, que también había caído, huyó rápidamente por un pasadizo, sobresaltada.

—Voy a ver si el cabrón este está bien —dijo Lainier saliendo afuera. Echó un vistazo a Los. Le había caído hielo, nieve, y algunas piedras, pero seguía vivo, consciente y cabreado.

Lainier volvió al interior del vehículo, mientras Mendizale trataba de ponerlo en marcha.

—No se eleva —dijo la chica.

—Puede que al caer se hayan jodido los impulsores —señaló Lainier, volviendo a salir.

El clon echó un ojo abajo del coche: efectivamente, habían caído sobre una roca puntiaguda, que había dañado los bajos del vehículo.

—Estamos jodidos —dijo Lainier.

—¿Berllerak podría arreglarlo? —preguntó ElArtista.

—¿Y de dónde saca las piezas de repuesto? —preguntó Lainier—. ¿Y las herramientas?

—Bah... siempre excusándole.

—Mejor que nos remolque al exterior con el caza.

—Para eso necesitamos una cuerda resistente, machote.

—¿Como esta que me dio Gatdras? —señaló Tete mostrando el dispositivo de cable de combate en su muñeca derecha.

—¡Va, nano! ¿Por qué no lo has dicho antes?

—¡Lo digo ahora que hace falta!

—De todos modos tenemos que esperar a que vuelva Berllerak —señaló Lainier—. Quizás sea buena idea intentar tapar los túneles para que no nos sorprendan más panteras cuando estemos poniendo el cable.

—Ves adentrándote, Lai... —solicitó ElArtista.

—Stalker, echa un vistazo.

—¿Yo? —preguntó el cazarrecompensas.

—Tienes menos posibilidades de morir si te destripan.

—En fin...

Stalker caminó por el pasillo de enfrente mientras Lainier volvía al vehículo. Al cabo de cinco minutos, volvió.

—He encontrado algo curioso... —dijo.

—¿Qué?

—Venid a ver.

—¿Pero es importante? Porque alguien debe quedarse para vigilar.

—No sé si es importante, pero en cualquier caso no hace falta que vengan todos.

—Mira que te gusta el suspense... Tete, Kapitán, Mendizale, quedaos aquí.

—Me gustaría ir —señaló la Dama de la Nieve—. Tengo experiencia en este tipo de terreno, y además, sospecho lo que ha encontrado Stalker...

—Bien.

—Si vemos panteras que os siguen por la espalda... —comenzó a decir el Kapitán—, nos quedaremos con vuestro dinero y vuestras botas.

Tras caminar un par de minutos por el sinuoso túnel, dieron a un gran espacio que estaba repleto de restos humanoides: esqueletos envueltos en uniformes militares, algunos neos, y otros de procedencias diversas.

—Joder —dijo Lainier.

—Lo que suponía —señaló Mendizale—. Una fosa común para los soldados que se opusieron a la conquista del Presidente.

—¿Muertos durante la batalla o asesinados a posteriori?

—Cualquier cosa.

—Si es lo segundo podemos usarlo como propaganda contra el Presidente.

—Eso estaba pensando —señaló Stalker.

—¡Lo estoy grabando todo! —exclamó ElArtista mientras hacía panorámicas con la cámara de su móvil—. ¡Más visitas deYouTube!

Stalker observó los cráneos: la mayoría habían sido abiertos por las panteras para devorar los sesos, pero apartó restos apilados hasta encontrar una calavera intacta... salvo por un agujero en la parte trasera.

—Ejecutados pues —dijo. Después mostró el cráneo a cámara, y lo volvió a dejar.

—¿Habrás algo de valor aquí? —se preguntó ElArtista mientras finalizaba la grabación.

—¿Es que ni siquiera tienes respeto por estos muertos? —se quejó Lainier, enfadado.

—A ellos ya no les sirve lo que tengan, y puede que a nosotros sí.

—No creo que llevaran nada útil encima cuando murieron.

—Pues el detector de metales del móvil está señalando algo —afirmó ElArtista consultando la pantalla. Se acercó al lugar y empezó a levantar esqueletos, hasta dar con uno bastante intacto, que tenía un colgante del cuello, un colgante celta.

—SuNSeT —murmuró Lainier.

—Vinieron voluntarios de fuera a defender el planeta —explicó Mendizale—. Entre ellos los hombres de SuNSeT. Su muerte fue un acto de propaganda por parte del régimen, aunque se dijo que cayó en combate.

—No me habías contado eso.

—Sabía que no te gustaría, y no puedes cambiar nada de lo que pasó.

—¿El Presidente dio la orden?

—No creo. No existe la pena de muerte. Sí es cierto que la resistencia denuncia que el Presidente ordena ejecuciones extraoficiales, pero no en masa, y además en este caso estaba en Valencia cuando se produjo el ataque, así que no tenía forma de saber quién estaba combatiendo aquí. Envió soldados, con Los al mando. Supongo que esto es cosa suya.

—¿Sabrá el Presidente que Los hizo ejecutar a SuNSeT?

—Ni idea.

—Ya no detecto nada más —señaló ElArtista mientras tomaba un plano final del cadáver del izquierdista.

—Nos llevamos su cráneo y el colgante —dijo Lainier—. Se merece un entierro digno.

—Yo no pienso cargar con eso.

—Yo me encargo —dijo Stalker.

Cuando regresaron al coche, la cuerda ya estaba sujeta a la parte trasera del coche, y subía hacia arriba. Tete y el Kapitán seguían en los asientos traseros.

—Berllerak ya ha vuelto —señaló el Kapitán.

—Vaya obviedad —señaló ElArtista.

—¿Nos subimos todos al coche para que nos remolquen junto a él, o subimos después? —preguntó Tete—. En principio Berllerak dice que no tendrá muchos problemas en arrastrarnos a todos juntos, por no mencionar que hay panteras cerca y que el tiempo apremia, que podrían enviar más cazas, aunque ahora mismo el nuestro tiene los motores apagados y está en modo invisible...

—Vale, vale, subimos todos.

Tardaron diez minutos en recorrer todo el camino hasta la superficie. Por suerte ningún caza se presentó: Berllerak estaba volando muy cerca del suelo, con lo que los radares no lo detectarían.

—¿Nos piramos ya? —preguntó por radio.

—Sí.

—¡Ya hemos vuelto, y traemos un invitado! —exclamó Lainier entrando en el apartamento de Gatdras.

—¡Hola! —dijo Gatdras amigablemente saludando con la mano. Estaba sentada en su silla habitual

—Hola de nuevo —dijo Xanty, sentado en el sofá frente a Gatdras.

—¿Cuándo has llegado? —preguntó Lainier mientras todos pasaban al interior. Stalker entró el último, cargando con Los, inconsciente.

—Hace una hora... Espero que nadie os haya visto con ese...

—Tranquilo —dijo Lainier mientras Stalker cerraba la puerta y dejaba a Los en el suelo.

—Os dejo aquí un souvenir... —dijo Stalker dejando el cráneo de SuNSeT sobre la mesa.

—¿Y eso? —preguntó Xanty.

—Es SuNSeT —explicó Lainier—. Tenemos un vídeo con una fosa común de resistentes ejecutados en Neo World. Espero que os sirva de algo.

—Gracias, pero hablando de ejecuciones... Gatdras me ha dicho que habéis asesinado a un clon...

—Perdón, pero eso fue cosa mía —dijo ElArtista alzando el dedo índice—. No plurales.

—¿Era necesario? —preguntó Xanty a Lainier.

—Eso me temo —respondió Lainier.

Hubo un silencio de tres segundos.

—Te creo —dijo Xanty al fin. Los clones tomaron asiento—. ¿Qué ha pasado?

—Los científicos están trabajando en la nave multiversal. Todo era una trampa. Pero hemos logrado darle la vuelta a la tortilla.

—Querrás decir que Mendizale le ha dado la vuelta a la tortilla... —murmuró Berllerak.

—¡Ya estoy al 80%! —exclamó ella. La Dama de la Nieve volvía a vestir de forma normal.

—¿¿80%?? —exclamó Berllerak tirándose de los pelos—. ¡Aaaaarrrgg!

—Es una cifra aproximada...

—Por cierto, ¿dónde está Olmaly? —preguntó ElArtista mientras echaba un vistazo alrededor.

—Durmiendo —respondió Gatdras.

—Cosa que yo debería hacer...

—Será que te has cansado mucho... —murmuró Berllerak.

—Necesito suero de la verdad para clones —solicitó Lainier a Gatdras y Xanty.

—No tengo —dijo Gatdras.

—¡Pero si eres espía!

—El suero de la verdad para clones es muy difícil de conseguir.

—¿Se puede robar?

—No. No es algo que esté en farmacias.

—Berllerak, ¿tienes drogas alucinógenas?

—La duda ofende.

—Tengo una idea.

Los estaba mareado. Cuando despertó, todo le daba vueltas. Oyó la voz del Presidente sobre él.

—Has fallado —dijo el dictador.

Los alzó la vista. La figura, negra y terrible, le contemplaba con semblante inmisericorde.

—Señor... —comenzó a decir Los, de rodillas en el suelo—. Hubo un imprevisto...

—¿No deberías haber puesto más vigilancia?

—Entonces no habrían acudido...

—¡Calla! ¡Les has contado dónde está la nave! ¡Ahora se dirigen hacia allá!

—¡No les he dicho nada!

—¿No les has dicho nada o no lo recuerdas?

—Yo...

—¡Te han copiado el chip y usarán tu identidad para acceder a la nave! ¡Ves ahora mismo a cogerlos! ¡Sube al caza!

Los vio un caza a su derecha. Se arrastró hasta él y se metió en la cabina. El ordenador estaba encendido. Tecléo en la pantalla y se dispuso a despegar, pero de pronto se desmayó...

—Lo tengo —dijo Gatdras recogiendo su portátil de la mesa. Los estaba sentado en la silla, inconsciente, envuelto en cartones pintados simulando una cabina muy cutre.

—Esperemos que haya marcado el destino correcto —dijo Lainier, de pie al lado de Gatdras, mientras se quitaba la barba postiza y se arrancaba la estrella y la hoz y el martillo de su ropa, meros adornos de papel improvisados. El resto del grupo entró en el comedor.

—Está en Silkeria.

—¿No está en Neo World?

—Está claro que al Presidente no le gusta lo obvio.

—¿Y cómo llegamos allí? Ahora que tenemos a Los, seguro que la seguridad se intensifica.

—Tú lo has dicho antes: usando el chip de Los.

—Pero en el espaciopuerto reconocerán al impostor.

—Los es la mano ejecutora del Presidente. No usa espaciopuertos. Tiene naves privadas por todas partes, que ignoran las defensas orbitales. Debe tener una aquí. Intentaré acceder al contenido de su móvil a ver qué encuentro.

—Pero será un caza. Ahí no caben ocho personas, ni vaciando el compartimento de misiles...

—Ah... qué recuerdos —sonrió Berllerak.

—En este planeta Los debe tener al menos veinte naves —afirmó Gatdras—. Las cogemos todas y punto. Cuando consigamos el caza de esta ciudad, llegaremos rápido a las otras capitales.

—Las posibilidades de que nos pillen son altas si volamos de un lado a otro del planeta —dijo Lainier.

—Entonces hay que acoplar un módulo de pasajeros al caza.

—¿Podrá saltar al hiperespacio con eso?

—Yo me encargo de las modificaciones de la nave —dijo Xanty—. El problema será que al llevar más peso, la nave será menos maniobrable. Puede ser un problema si debéis evitar las defensas orbitales.

—Pensaba que las naves de Los ignoraban las defensas.

—Es una sospecha, para no tener que dejar registros de entrada y salida allá donde va. Pero supongamos que usa un código que no detectan desde los centros de control, sino que es procesado en secreto por sus ordenadores: si no tenéis el código, las defensas se activarán.

—¿Le drogamos otra vez a ver? —preguntó ElArtista.

—No podemos volver a drogarle hasta que se recupere de la dosis actual —respondió Berllerak—. Y para entonces se dará cuenta de que todo ha sido un montaje, y su mente se hará resistente a la próxima dosis.

—Tenía el móvil encendido, pero está bloqueado y me pide contraseña —dijo Gatdras mientras examinaba el teléfono de Los.

—Y supongo que encontrarla por fuerza bruta será cansao.

—Más bien sí...

—Dame el móvil —dijo Lainier.

—¿Tienes una idea? —preguntó la espía mientras le pasaba el teléfono a Lainier.

—Seguro que el Presidente tiene acceso a todos los códigos secretos, sobre todo los de un tío que es su brazo ejecutor. Probablemente las contraseñas de este móvil hayan sido escogidas por el propio Presidente. Es lo que yo haría.

—Pues ale, dala caña.

Lainier pensó durante un segundo y pulsó tres letras. Después pulsó enter.

—Ojeando aplicaciones —dijo el clon.

—Espera... —dijo Gatdras—. ¿¿Han sido sólo tres teclas??

—Sí. Hay un caza oculto en un hangar en las afueras de la ciudad. Vamos a por él.

Lainier detuvo el coche a veinte metros del almacén. A su lado se sentaba Berllerak. Observaron el lugar con detenimiento. Estaban en una amplia zona que se perdía hasta donde llegaba la vista, rodeados por hierba y algún árbol ocasional. La carretera por la que transitaban cortaba el lugar en dos mitades simétricas, con varios almacenes a cada lado, todos del mismo tamaño: quinientos metros cuadrados y dos plantas, contruidos en metal azul. El que estaban vigilando ellos tenía una particularidad: la presencia de un vigilante en la entrada. Vestía con una gabardina verde oscuro y estaba sentado en una silla ojeando su móvil, pero sin duda sería un agente clon bien entrenado, que cuidaba de

que nadie metiera las narices en el almacén donde debía estar escondido el caza de Los, y que sin duda ocultaba gran cantidad de armas bajo la ropa.

El líder del Cuerpo de Asalto Clon tocó el claxon. El vigilante alzó la vista. Lainier le hizo señales con la mano, pero el hombre respondió con otra señal, indicando que si quería algo, se acercase. Lainier abrió la puerta del coche mientras el vigilante se ponía en pie y echaba su mano derecha a la gabardina, evidentemente preparado para desenfundar.

—Recuerda que pueden haber más ocultos —dijo Berlllerak mientras su compañero cerraba la puerta del vehículo.

—Disculpe... —dijo Lainier mientras caminaba—. Me he perdido y...

—Quédese donde está —ordenó el vigilante cuando el líder del Cuerpo de Asalto estuvo a diez metros—. Hable desde ahí.

—Pues andaba buscando la carretera N-560.

—Eso es que ha tomado la salida incorrecta. Tendrá que seguir adelante y...

En ese momento, Stalker cayó sobre el hombre. Había saltado desde el techo del almacén. Sin embargo, no logró dejar inconsciente al vigilante: éste se echó hacia atrás, estrellando al cazarrecompensas contra las puertas. Lainier intentó sacar su arma, pero el enemigo le propinó una patada en la mano y el policía perdió la pistola. El líder del Cuerpo de Asalto se tiró al suelo, pero no para recuperar la Magnum, sino para permitir apuntar a Berlllerak, quien apretó el gatillo, destrozando la cara del vigilante. Lainier recuperó el arma. Los clones miraron alrededor en busca de más hombres, pero no había nadie. Por si acaso aparecían testigos, Lainier y Stalker llevaron el cadáver al maletero del coche mientras Berlllerak reventaba la cerradura del almacén con su soplete. Abrió las puertas y pasó al interior: el caza estaba dentro. Lainier aparcó el coche en una esquina del almacén y avisó por el intercomunicador al resto del equipo:

—Luz verde.

Una camioneta se aproximó al lugar, conducida por Xanty. Gatdras iba al lado. Aparcaron en otra esquina del almacén y se bajaron del vehículo. Abrieron las puertas traseras y sacaron una especie de cabina de caza, diseñada para acoplarse a la parte inferior. Arrastraron la cabina hasta el caza de Los y después cogieron una maleta del fondo de la parte trasera de la camioneta. La dejaron en el suelo al lado de la cabina y la abrieron: contenía herramientas para acoplar el cacharro a la nave. Mientras Gatdras y Xanty realizaban el trabajo, un tercer vehículo llegó: un coche que volvió a aparcar al fondo del hangar. ElArtista bajó desde el asiento del conductor. También se aparearon ElArtista, el Capitán, Tete y Olmaly.

—¿Cómo está el tema? —preguntó ElArtista, acercándose a los resistentes.

—Acoplado esto —respondió Xanty mientras colocaba un tornillo—. Estará en cinco minutos. Luego hay que ajustar los parámetros de la nave para el vuelo y el salto hiperespacial.

—Lo cual me recuerda... —comenzó a decir Berlllerak, examinando el proceso para tomar nota de la tecnología local—. ¿Cómo vamos a poner en marcha el caza? Creo que ese pequeño detalle se nos pasó. Los sólo marcó el destino en el ordenador, pero eso es todo.

—Esperad a que acabemos —dijo Xanty.

—¿Cabrán todos ahí dentro?

—Sí, porque está diseñado para que los ocupantes vayan tumbados.

—Y sumamente enlatados.

—Pues sí.

Pasados tres minutos, el ensamblaje fue completado con éxito. Gatdras abrió dos compuertas situadas a ambos lados de la cabina inferior.

—Todo el mundo dentro —dijo.

En ese momento escucharon sirenas de policía.

—¡Problemas! —advirtió Tete echando un vistazo rápido por las puertas del almacén. Después las cerró—. ¡Tres coches patrulla!

—Y seguro que hay más alrededor —señaló Lainier—. Como imaginaba, han esperado a que apareciésemos todos para trincarnos.

—Entonces más vale que podamos poner en marcha el caza.

—Se abre con análisis parcial de ADN —informó Xanty mientras Gatdras y él se ponían en pie, señalando un cristal en forma cuadrangular en un lado de la cabina superior, de un centímetro de lado.

—A ver si el Presidente se reserva el acceso a todo... —murmuró Lainier mientras colocaba el dedo sobre el cristal. La cabina se abrió—. Lo hace.

—Fascinante —murmuró Berlllerak mientras echaba un vistazo al dedo de Lainier—. Ni siquiera te ha extraído sangre.

—El sensor toma una célula de la piel —explicó Xanty.

—¡Salgan, están rodeados! —se escuchó desde el exterior.

Berlllerak cerró las puertas de la cabina de abajo y abrió la cabina superior.

—Me los cargo y después vuelvo a por vosotros —dijo subiéndose al caza.

—Dales caña —dijo Lainier.

—¡Habría que ajustar el ordenador para el peso! —advirtió Xanty.

—¡No hay tiempo! —objetó Berlllerak, cerrado la cabina. Encendió los motores mientras Tete y el Capitán abrían las puertas.

Berlllerak lanzó un misil contra los coches, haciéndolos volar en pedazos. Salió afuera e inició el vuelo. Se elevó veinte metros en el aire, haciendo piruetas, y contempló la zona: había otros cinco coches rodeando la casa. Disparó

contra todos ellos, destrozándolos, e inició un escáner en busca de enemigos ocultos. Todo parecía en orden. Descendió a tierra, posándose al lado de la entrada al almacén. El grupo corrió hacia el caza.

—¿Es prudente que volváis a la casa? —preguntó Lainier a los dos resistentes mientras sus compañeros se metían en la cabina inferior.

—Habría que volver —señaló Xanty—. Hemos dejado a Los allí, y si escapa será un problema. No le costará averiguar que Gatdras vive allí.

—¿Qué vais a hacer con él?

—Lo moveremos a un lugar seguro y pediremos un intercambio de prisioneros.

—Os sugiero matarlo —señaló ElArtista, ya tumbado en la cabina.

—No somos así.

—Ya. Por eso vais a fracasar.

Una vez el grupo estuvo dentro, el caza inició el ascenso.

"El puto peso extra ralentiza mucho", pensó Berllerak mientras reajustaba los parámetros de vuelo. "Espero que este caza realmente ignore las defensas orbitales o estaremos jodidos."

El piloto estaba ya saliendo de la atmósfera. Consultó la pantalla del ordenador: los satélites defensivos ya se mostraban en pantalla. Activó la invisibilidad y todas las defensas posibles y esperó que todo saliera bien. Afortunadamente así fue: el caza alcanzó el espacio exterior sin problemas. Berllerak saltó al hiperespacio. Al cabo de unos minutos llegaron a Silkeria. Berllerak entró en la atmósfera sin problemas y comenzó a dirigir el caza a las zonas menos pobladas del planeta, escaneándolo, intentando encontrar el lugar donde se reparaba la nave, pero no encontró nada. De repente se le ocurrió una idea. Comenzó a pulsar en la pantalla. Esperó que el conocimiento adquirido desde que llegara a este universo fuese suficiente para entender todos los entresijos de la interfaz, y así fue: logró conectarse a los satélites espía de Silkeria, y comenzó una búsqueda exhaustiva.

Cuando Los despertó, se encontró tumbado en un lugar estrecho: las piernas las tenía medio flexionadas. Sin embargo, no podía ver nada: tenía una capucha sujeta al cuello. Las manos estaban apesadas a la espalda por unas esposas.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó, pero no hubo respuesta—. ¿¿¿ALGUIEN ME OYE!??

Parecía que nadie escuchaba o que le ignoraban. Empezó a dar patadas y removerse, pero nadie acudió. No le cabía duda: estaba dentro de un coche o vehículo similar. Parecía que estaba parado. Era hora de salir de allí. Intentó pasar las manos por detrás de las piernas, pero parece que las esposas estaban enganchadas a algo, así que no puedo realizar el movimiento. Sólo quedaba una opción.

Tras romperse la mano izquierda para librarse de las esposas, Los se quitó la capucha. Efectivamente, estaba en la parte trasera de un coche. Los cristales estaban tintados, así que no podía ver el exterior. Por supuesto, se encontró con las puertas y cristales cerrados electrónicamente, e imposible de abrir a golpes. Se echó hacia delante y abrió la guantera, pero estaba vacía. Decidió esperar: volvió a ponerse la capucha, pero dejando sin apretar el nudo de la cuerda, y se tumbó boca arriba con las manos en la espalda fingiendo que seguía esposado.

Xanty y Gatdras llegaron a la cueva: apartaron la maleza que cubría la entrada y pasaron al interior. Iban con el rostro cubierto por capuchas. Xanty llevaba en las manos una caja de color blanco. Se acercaron al coche aparcado dentro. Los escuchó cómo la puerta de su izquierda se abría.

—¿Estás despierto? —preguntó Xanty. Su voz sonaba distorsionada—. Hora de comer.

—¿La resistencia, eh? —preguntó Los mientras se sentaba, siempre ocultando sus manos en la espalda—. ¿Vas a quitarme las esposas o vas a darme de comer como si fuese un bebé?

—Me temo que lo segundo —dijo Xanty mientras abría la caja: contenía pastillas redondas de varios colores—. Pero no sufras, que sólo tienes que tragarte un par de píldoras con nutrientes esenciales, los suficientes para que no te desmayes durante los próximos días.

—¿Y cuánto tiempo voy a estar aquí? Si sigo vivo es por algo.

—Intercambio de prisioneros.

—Ah, entonces me necesitáis vivo. Bueno es saberlo.

—Sí. Voy a levantarte la capucha —dijo Xanty, alargando la mano. Pero al coger la cuerda, se dio cuenta de que estaba floja. Por supuesto, no tuvo tiempo a reaccionar: en cuanto Los sintió el roce de los dedos del resistente, se le echó encima: con la mano derecha retorció la muñeca de Xanty, que aulló de dolor, mientras que con la mano izquierda, aún estando rota, se quitó la capucha.

—¡Xanty! —gritó Gatdras desde fuera, también con voz distorsionada. Se asomó por la puerta izquierda apuntando con su pistola.

Se encontró con Los apuntando a la sien de Xanty con la pistola que le acababa de arrebatarse, usándolo de escudo humano.

—Buenas tardes, señora —dijo Los sin inmutarse.

—Déjalo ir o te reviento la cabeza.

—Eso sería mala idea. Sin duda pertenecéis al movimiento de resistencia moderado. Aún no os habéis ensuciado las manos y por eso Lainier tiene tanta paciencia con vosotros. Pero si os cobráis vuestra primera víctima, eso se acabará. Así que sugiero llegar a un acuerdo.

—¿Qué acuerdo?

—Enciende el coche. Yo te devuelvo a tu torpe compañero y su arma. Es un buen trato.

—¿Cómo sabes que yo conduzco el coche? —preguntó Gatdras, extrañada.

—Por la altura y posición del asiento del conductor —respondió Los—. ¿Podemos ir al grano, por favor?

—Bien, suelta a mi compañero y encenderé el coche.

—¿Por qué no enciendes el coche y suelto a tu compañero?

—Pues porque entonces nada te impide matarme a mí y luego a él.

—¿Y tu orden es fiable para mí?

—Si lo sueltas primero, no tengo más remedio que darte las llaves. Podría intentar dispararte para detenerte, pero contraatacarías y probablemente acabaríamos los tres muertos.

—Bien, allá va —Los soltó la presa. Xanty salió lentamente del coche. El clon y la mujer no dejaban de apuntarse.

—Voy a sacar el móvil despacio —dijo Gatdras. Tras sacar el aparato, el vehículo se encendió.

—Voy a cambiarme al asiento del piloto. Por favor, entrégame el móvil. No quiero que me encierres de nuevo en cuanto me ponga al volante.

—No te pienso entregar el móvil. Lo apagaré y lo arrojaré a un lado.

—Oh, qué desconsiderada. La verdad es que me vendrían bien los datos de ese móvil.

—Sí, y también te vendría bien usarlo para llamar refuerzos. Puede que aún no hayamos matado a nadie, pero si es para proteger la organización, no dudaré en hacerlo.

—Bien, bien, quédate el móvil, pero muéstrame que lo apagas.

Gatdras apagó el aparato y mostró la pantalla en negro al clon. Después lo arrojó, yendo a parar cinco metros a su derecha.

—Puedes irte, humanito —dijo Los soltando su presa. Xanty salió fuera, seguido por el clon, que no dejaba de apuntar a los resistentes. Se metió en el coche, cerró la puerta, subió los cristales e inició la marcha. Hasta que no estuvo alejado unos metros no miró hacia delante. Estaba en medio del bosque a las afueras. Rápidamente aceleró y se fue. Lo primero que hizo fue comprobar el ordenador de a bordo: como era desesperar, solicitaba contraseña, con lo cual Los no podría usar Internet para llamar a los refuerzos.

—Debemos irnos —señaló Gatdras.

—Puede que no nos de tiempo a llegar a la ciudad —señaló Xanty mientras corrían hacia su coche, aparcado a veinte metros de la entrada a la cueva, aunque justo en dirección opuesta a donde habrá ido Los, con lo cual el clon no lo habría visto y no tendría la descripción del vehículo—. En cuanto Los llegue a la carretera y se cruce con otro vehículo, lo detendrá y llamará a los refuerzos. Pondrán controles en las entradas a la ciudad.

—Buscarán a una pareja, así que nos separaremos.

—Llevamos ropa de repuesto en el coche, ¿no?

—Por supuesto —dijo Gatdras mientras abría el maletero del vehículo.

Por fin, Berllerak encontró lo que buscaba: la nave estaba en un complejo militar oculto en medio de la selva de Fariken. El problema es que el lugar era inexpugnable. No había forma de limitarse a descender con el caza, subirse a la nave y largarse sin más. Por no mencionar que ni siquiera sabían cómo funcionaba, ni si ya estaba cargada con la antimateria necesaria

Berllerak por fin sabía cómo eliminar el bloqueo de señales electromagnéticas que tan molesto le había resultado en Noctem: pulsó en la pantalla del ordenador y luego activó su intercomunicador.

—Lo he encontrado, pero la cosa está chunga —informó.

—Toma, claro —respondió Lainier—. No descendas aún. A ver si vemos llegar o irse alguna nave, para interceptarla. Necesitamos que alguien nos de información.

—¿Y si no se vemos ninguna? Sólo tenéis oxígeno para unas horas, por no mencionar que dentro de poco llegarán agentes de Neo World para advertir a los silkerianos de que estamos aquí.

—Es cierto. Bien, se me ha ocurrido otra genialidad.

—Tengo miedo.

—Deberías. ¿Cómo van tus conocimientos de hackeo de chips de identificación?

—Tengo encima el equipo, pero sólo sé transferir datos.

—O inventártelos.

—Eso no sirve porque la gente con chip está registrada en las bases de datos de la Asociación. Si no coincide con nadie en la base... pues los datos son inventaos.

—Excepto si me pongo los datos de otra persona.

—Pero aquí comprobarán también el ADN, el iris, las huellas... Vete a saber.

—Sí. Y afortunadamente tengo el ADN, el iris, y probablemente incluso las huellas del Presidente.

—¿Pretendes hacerte pasar por él?

—Desde el punto de vista fisiológico, soy él.

—Con la salvedad de que eres quince años más joven.

—Eso sólo jode si se fijan en mí.

—Te equivocas. La edad provoca cambios fisiológicos reconocibles en el control biométrico. No podrás acceder a la base.

—¿Entonces alguien tiene alguna sugerencia?

—Quédense donde están hasta que les escoltemos, por favor —dijo una voz masculina por la radio, en castellano.
—¿Qué? ¡Pensaba que esta nave era invisible!
—¡No contestes a la radio! —dijo Berllerak—. Podría ser un farol...
—Em... el radar muestra que diez naves se dirigen hacia aquí a gran velocidad.
—Va a ser que no es un farol.
—No podemos huir. Con este peso extra nos alcanzarán.
—¿Entonces nos rendimos? —preguntó ElArtista.
—¿Prefieres morir?

Los cazas escoltaron a los fugitivos hasta la base militar: aterrizaron en el patio. Al menos cincuenta soldados les rodeaban, enfundados en armaduras y con rifles apuntándoles. Los ocupantes del caza de Los salieron al exterior lentamente y con las manos en alto. Lainier echó un vistazo alrededor: el edificio principal, de unas treinta plantas y cinco mil metros cuadrados de base, acababa en lo que parecía un gran hangar: las compuertas del techo estaban cerradas, pero por su tamaño, la nave multiversal podía caber por ellas. Y ya que no la veía en tierra, debía de estar ahí.

De repente, una cara conocida se abrió paso entre los soldados, y se paró a tres metros de distancia.

—Habéis robado el caza de Los. Qué habilidosos —dijo el Presidente en tono brusco, enfundado en su armadura—. ¿Qué habéis hecho con él?

—Creo que sigue vivo —respondió Lainier—, por desgracia.

—¿Adónde pensabas que ibas, Lainier? El caza de Los es invisible para mis hombres, pero no para mí. Y era obvio que estaría supervisando la reparación de la nave multiversal.

—¡Así que está aquí! ¡Gracias por confirmarlo!

—O quizás todo ha sido una trampa para atraparos a vosotros y a la resistencia, si vienen a rescataros. Te dejo con la duda.

—Seguro que está aquí. Tú no dejarías la nave sin supervisión personal ni para tendernos una trampa.

—En cualquier caso estáis en mi poder. Y ahora no seré tan amable como la primera vez.

V
UN DESTINO PEOR QUE LA MUERTE

Lainier Sind estaba encadenado de pies y manos con unos grilletes anclados al suelo con unos cables flexibles pero resistentes de un centímetro de diámetro y medio metro de longitud y que le obligaban a permanecer de rodillas. El clon estaba atrapado en una sala metálica de unos veinte metros cuadrados, y llevaba un buen tiempo allí, probablemente más de diez horas. Llevaba un traje ajustado de color negro que solo le dejaba al descubierto la cabeza. Parecía hecho de algún tipo de material sintético. Detrás de él había una puerta, que se deslizó a un lado. El Presidente, enfundado en su armadura, entró en la sala. Caminó hasta Lainier y se puso delante de él.

—Habéis matado a varios de mis hombres —dijo el Presidente, enfadado—. Y todo por volver a casa. ¿Por qué? Os habría liberado tras completar mi plan. ¿No podrías haber esperado?

—Pues no —replicó Lainier—. Tenía que avisar a los míos.

—¿Y que habrías ganado con eso? ¿Crees que habrías podido prepararos para la llegada de mis tropas?

—Con la nave multiversal, sí.

—¡Ja! No... Sólo habrías ganado un poco de tiempo y cualquier avance tecnológico que hubieseis conseguido estudiando la nave sería insuficiente para hacernos frente. Habrías resistido unas semanas, puede que unos meses... Y luego, os rendiríais. Solo habrías logrado perder vidas. Aunque quizás ni teniendo éxito en tu plan las autoridades habrían decidido hacernos frente. Vamos, que os habéis enfrentado a mí para nada.

—Podríamos haber conseguido la ayuda del Xenoespacio...

—Sí, estoy seguro de que al Xenoespacio le habría encantado descubrir el peligro que suponen los clones...

—¿Qué coño quieres?

—Por vuestra culpa ahora muchas personas conocen vuestras caras, y las noticias son difíciles de controlar incluso en esta sociedad. Voy a tener que dar muchas explicaciones, y sobre todo, dejar claro que la amenaza ha desaparecido. Cometí un error cuando hablamos en mi despacho. Es hora de ser expeditivo.

El Presidente abrió un panel en la placa de armadura que protegía su brazo izquierdo, dejando al descubierto la pantalla de un ordenador. Pulsó sobre ella y la pared que estaba frente a Lainier descendió bajo el suelo hasta desaparecer. Al otro lado había otra estancia similar aunque más amplia. A la izquierda había ocho soldados con armaduras y fusiles al hombro, mirando a la derecha: en el otro extremo de la sala, espalda contra la pared, estaba el resto del Cuerpo de Asalto, además de Olmaly y Mendizale, todos con las manos y pies sujetos a la pared con grilletes, y con los ojos y bocas cubiertos por láminas metálicas que les impedían ver o hablar. Vestían con el mismo traje que Lainier.

—Espera... —dijo Lainier.

—Qué pronto empiezas a suplicar —afirmó el Presidente mientras los cautivos giraban las cabezas en dirección a las voces que escuchaban—. No tengo que esperar a nada. ¡Preparados!

Los soldados cogieron sus fusiles.

—¡¡Haré lo que sea!!

—Lo que sea, ¿eh?

—¡Sí, joder!

—Tienes facilidades para acercarte al presidente de tu Asociación. Mátalo. Eso allanará el camino para las negociaciones por los recursos.

—Pero...

—Lo que sea dijiste.

—¡Muy bien, lo haré!

—Sí, sabía que lo harías. Pero en realidad no quiero tus servicios. Podrías intentar jugármela si te dejo libre para realizar cualquier misión. Y como he dicho antes, lo que tengo que hacer ahora es acabar con la rebelión. ¡Apunten!

Los soldados apuntaron a los cautivos.

—¡¡Maldita sea, debes querer algo!!

—Yo hace mucho que dejé de querer nada. Sólo hago lo que es necesario.

—¡¡Tiene que haber algo que pueda hacer por ti!!

El Presidente, lleno de ira, se acuclilló con un movimiento relámpago frente a Lainier, quedándose a escasos centímetros de él.

—¿¿Puedes devolverme a mis amigos?? —rugió el Presidente, clavando unos feroces ojos repletos de odio en los de Lainier.

—No puedo... ¡Pero mis amigos son como los tuyos!

—Ah... ¿y por eso debería dejarlos vivir?

Era evidente que la conversación inquietaba a los cautivos, que agitaban sus cabezas. Lainier apenas podía soportarlo.

—¿No te parece una buena razón? Tienen el mismo aspecto y personalidad que tus amigos. ¡Matarlos sería como si mataras a tus compañeros!

—Son dobles de mis amigos, pero no son mis amigos. Y tengo un deber para con la Asociación. En realidad sí que maté a mis amigos. Los maté indirectamente, por mi incompetencia. Ahora te toca a ti matar indirectamente a los tuyos, por tu incompetencia, por haberles ordenado que se opusieran a mí, cuando lo único que teníais que haber hecho es esperar. Tú... debes pagar. Tú, egoísta de mierda, que elegiste ayudar a una mujer a la que acababas de conocer sin saber

si realmente necesitaba ayuda, en vez de socorrer a dos de tus amigos con los que creciste y que sí necesitaban tu ayuda. Tú, que has matado a mis hombres a pesar de que ellos no habían matado a ninguno de los tuyos: es hora de equilibrar las cosas.

—¡¡Piénsalo bien, por Dios!!

—Sólo me falta pensar por quién empiezo —afirmó el Presidente mientras se ponía en pie y se giraba hacia sus hombres—. ¿Qué tal si dejamos los platos fuertes para el final? Mejor comenzamos por las mujeres...

—¡¡Espera; son civiles!! ¡¡No las metas en esto!!

—¿Civiles? A duras penas. Olmaly es consejera de Interior, así que es como un policía sin placa. Y Mendizale es la mejor clon que haya pasado por el servicio militar. Creo que empezaré por Olmaly, pero le descubriré los ojos al Artista para que lo vea...

El Artista trataba de liberarse, en vano.

—¡¡No lo hagas!! —suplicó Lainier.

—Bien, no me gusta ser innecesariamente cruel. Que mueran todos al unísono. ¡Fuego!

Las ráfagas láser atravesaron las cabezas de los cautivos, que quedaron inertes.

—¡¡¡NOOOOOOOOOOOOOOOO!!!

—Me temo que sí —el Presidente se giró hacia Lainier mientras los verdugos se retiraban por una puerta a sus espaldas.

—¡¡¡TEVOYAMATARRRRR!!! —Lainier se echó hacia delante, estirando de las cadenas inútilmente. Sus ojos estaban abiertos como platos, inyectados en sangre. Mantenía los dientes apretados, y todo su rostro estaba desfigurado por la furia—. ¡¡¡HIJODEPERRAAAA!!! ¡¡¡TEMATAREEEEEÉ!!!

—Venga, aquí estoy. Mátame. ¿A qué esperas?

—¡¡¡SUÉLTAMEYLUCHACOMOUNCLON,CABRÓNNNN!!!

¡¡¡QUÍTATESAPUTARMADURADECOBARDEDEMIERDAYLUCHAAAAA!!!

—¡Muy bien, Lainier! ¡Odio! ¡Ira! ¡Elitismo! ¡Este eres tú de verdad!

—¡¡¡MONSTRUOOOOO!!! ¡¡¡TEARRANCARÉLCORAZOOOOÓN!!!

—Incluso si lucháramos en igualdad, no estás en condiciones de arrancar nada: recuerda lo que me hiciste en mi despacho. La furia elimina tu concentración. Ahora te he devuelto aquella jugada. ¿Qué me dijiste entonces? Ah sí... —el Presidente se inclinó hacia Lainier—. "Morirás solo".

—¡¡¡AAAAAAAAAAAAARRRRRRGG!!! —Lainier lanzó un grito desgarrador mientras el Presidente volvía a erguirse: ahora el dolor y la desesperación se abrían paso a través del odio y la ira, inundando de lágrimas el rostro del clon.

Mientras Lainier no dejaba de gritar, el Presidente se acercó hasta el ejecutado más cercano, que era Berllerak. El mandatario sacó su puñal y decapitó el cadáver mientras sostenía la cabeza por los cabellos con la mano izquierda.

—¡¡¡BASTAAAAA!!! —aulló Lainier.

El Presidente arrojó la cabeza a escasos centímetros de Lainier, quién la contempló durante un segundo horrorizado, hasta que se dio cuenta.

—¿Qué...? —murmuró el clon.

Del cuello de la cabeza cercenada salían cables, y las vértebras eran metálicas.

—Eran robots —explicó el Presidente, volviendo junto a Lainier—. Tus amigos siguen vivos, de momento. Lo que he hecho era necesario para que entendieras mi punto de vista... y como elemento desmoralizador para tus aliados: esto ha sido grabado en vídeo y pienso mostrárselo a la resistencia y los burócratas de tu universo para que no vuelvan a confiar en ti.

Lainier vomitó, aunque empezaba a recobrar la compostura. Hasta ahora no se había dado cuenta de lo rápido que le latía el corazón: probablemente a más de 120 pulsaciones por minuto. Para un clon entrenado marcialmente, eso era elevadísimo.

—También lo he hecho como precaución —prosiguió el Presidente—. Esto ha sido un aviso. Es muy improbable que logréis escapar de nuevo, pero por si acaso, la próxima vez que pienses en oponerte a mí, replantéatelo, porque mataré a quien sea necesario. Y será muy fácil. El traje que llevas, y que también llevan tus compañeros, está diseñado para causar descargas eléctricas que pueden resultar letales. A cualquiera de mis hombres les bastaría un mero gesto con el dedo para acabar con vosotros. Así que si te surge otra ocasión de enfrentarte a mí, recuerda la sensación tan maravillosa que acabas de sentir hace unos instantes. Estoy seguro de que lo harás.

Y dicho esto, el Presidente salió de la celda.

Berllerak estaba sólo en otra celda, sentado en una silla. El Presidente entró en la estancia.

—Buenas tardes —dijo el mandatario.

—¡No a todo! —dijo Berllerak en tono brusco. Tenía cara de pocos amigos.

—Ni siquiera he comenzado a hablar.

—Me la suda. Si quieres información, ves llamando a un torturador.

—¿Y si envío al torturador con tus amigos?

—Tortúralos y mátalos si quieres, pero no voy a colaborar contigo.

—¿No te importan?

—Claro que sí, pero todos sabíamos en lo que nos metíamos. Sólo cumplo con mi deber. Es un asco, pero ya sabes que en mi trabajo soy el más profesional. ¿Algo más?

—¿Te compensa arriesgar tu vida y las de tus amigos para poder cumplir ese trabajo?
—No pienso facilitarte que jodas nuestro universo.
—Lo que voy a hacer no es tan malo como piensas...
—Tus conceptos del bien y el mal difieren de los míos. Y ahora, si no tienes nada más que decir, lárgate.
—Tenía razón. Siempre fuiste el más fuerte psicológicamente. Pero ya veremos cómo resultan mis charlas con el resto de tus amigos.
—Madre mía que tío más cansino. Ese torturador... ¿viene o no viene?

El Artista estaba sentado en otra celda. El Presidente también acudió a hablar con él.
—Tengo mis esperanzas puestas en ti —afirmó el Presidente—. Espero que seas razonable.
—Soy muy razonable —afirmó El Artista—. ¿A quién hay que matar para salir de aquí?
—A Lainier.
El rostro del Artista se tornó sombrío, algo inusual en él.
—¿Perdón?
—El perdón te llegará si matas a Lainier.
—Yo... estaba pensando en algún enemigo tuyo...
—Pues eso: Lainier.
—¿Qué?
—No puedo dejarte salir para que mates resistentes. Podrías jugármela.
—No haré eso: Olmaly está aquí.
—Ya, pero eres muy peligroso. Podrías urdir un plan para rescatarla. Mejor te quedas aquí y matas a Lainier.
—¿Y si me niego?
—¡Vaya! ¡Y yo que pensaba que aceptarías sin dudarlo!
—Pensaste mal, como siempre. Repito: ¿y si me niego?
—No he venido aquí a amenazarte, sino a ofrecerte un trato. Si lo rechazas, no tomaré represalias, pero debes saber que seréis juzgados por los hombres que habéis matado. ¿Quieres pasarte el resto de tu vida en prisión?
—Aun así, no acepto el trato.
—Interesante. ¿Y si ofrezco otro trato?
—¿Qué trato?
—En vez de tu libertad, te ofrezco la de Olmaly.
—Espera... ¿No piensas liberarla cuando concluyas tu plan?
—¿Y por qué debería? Será juzgada junto con los demás.
—Pero ella no ha atacado a nadie... ¿O insinúas que amañarás el juicio para que la declaren culpable?
—Yo no amañó juicios, y ya te he dicho que no vengo a amenazar. Me limito a explicarte las cosas. Si Olmaly es declarada culpable, será por los delitos de encubrimiento o incluso colaboración. Cualquier fiscal lo tendría fácil para demostrarlo. Viajaba con vosotros por voluntad propia, no avisó a las autoridades a pesar del número de cadáveres acumulados, y a saber si participó activamente en alguna de vuestras actividades. Esto es, simplemente, la ley, e incluso si el juez se muestra magnánimo, la pena estaría entre los diez y veinte años de cárcel —El Artista apartó la vista durante unos segundos, mortalmente serio—. Las cárceles para humanos no son agradables.
El Artista volvió a mirar al Presidente, apretando lo dientes. Parecía querer algo, pero las palabras no salían.
—Dudas —afirmó El Presidente—. ¿En qué piensas? ¿Crees que la resistencia acudirá a tu rescate, eh?
—Tienen recursos. Ya usaron misiles contra el estadio ese de Andorra...
—No, no tienen recursos. Lo de los misiles fue un lamentable incidente que no se volverá a repetir. Rastreamos las células terroristas y acabamos con ellas y sus mayores arsenales. Ahora son un grupo mal organizado y mal armado, y recuerda que hablas de la facción resistente radical: odian a los clones. Aunque pudieran hacerlo, no os rescatarían. En cuanto a la facción moderada, tampoco tienen recursos, y tampoco atacarían aunque los tuvieran. Tendrían que matar muchas personas para rescataros, y ese no es su estilo. Así que has elegido un mal momento para dejar de ser paranoico y empezar a soñar con finales felices de cuento de hadas. Sólo hay una forma para librar a Olmaly de la cárcel, y lo sabes.
—¡Pero me pides que mate a Lainier!
—Pues debería ser fácil. Ni siquiera te cae bien. Vamos, Artis... Lo único que vas a hacer es cumplir la misión para la que fuiste creado, solo que con trece años de retraso. Más vale tarde que nunca —El Artista estaba cada vez más tenso—. ¿Qué pasa? ¿No te hace gracia? ¡Si a ti te encanta el humor negro!
—Nada de lo que tenga que ver contigo es gracioso...
—Empiezas a entender. Así que escúchame bien: se trata simplemente de escoger entre dos opciones: dejar que la mujer que amas pase largos años en un sitio horrible, o matar a un tío que no te importa una mierda.
—¿Por qué tengo que matar a Lainier?
—Mi gente está furiosa por los agentes que habéis matado, y no creo que se conformen con una cadena perpetua. Quieren sangre. La mejor forma de aplacarlos será con la muerte del cabecilla de vuestro grupo. Además, las noticias sobre vuestra existencia se expanden. Necesito dar ejemplo con su muerte. Cuando mi gente vea que no he tenido problemas en acabar con mi otro yo, sabrán que mi determinación es de acero.
—Salvo que no lo vas a matar tú. Lo voy a matar yo.
—¿Eso es que aceptas?

—¡No he dicho eso! ¿Por qué he de matarlo yo?

—Para quebrar el espíritu de tu Cuerpo de Asalto y vuestros aliados. Me encargaré de que todo el mundo, de este universo o el tuyo, sepa lo que has hecho.

—Eso incluye a mis compañeros...

—Todo el mundo. Elijas lo que elijas, quiero que los demás vivan para que recuerden el resto de sus vidas lo que has hecho. ¿Considerarán correcta tu elección? ¿Qué querría Olmaly?

—Si yo no mato a Lainier... ¿vivirá?

—Mientras no vuelva a enfrentarse a mí, sí.

—Pero has dicho que su muerte era necesaria para calmar a tus esbirros... ¿Cómo sé que no piensas matarlo de todos modos?

—¿Es que ahora prefieres salvar a Lainier?

—Solo he encontrado esa contradicción. Quiero saber si me la estás jugando.

—Yo no he dicho que la muerte de Lainier sea necesaria, sino que es lo mejor que se me ocurre. Si no lo matas, buscaré otro modo de contentar a mis hombres. Ya sabes que soy imaginativo.

—¿Cómo sé que cumplirás tu palabra?

—¿Acaso Lainier no la cumple siempre?

—Tú no eres como nuestro Lainier.

—Eso es lo que os gusta pensar. Si te hubieras molestado en preguntar sobre mí a la Resistencia, sabrías que puedes fiarte de mí.

ElArtista trató de hacer memoria de todo lo que Xanty y Gatdras les habían contado sobre el Presidente. Al cabo de unos segundos, habló:

—¿Qué pasará con Olmaly cuando esté libre?

—Que tendrá que buscarse la vida aquí hasta que termine mi misión en vuestro universo y la devuelva.

—¿Y cuánto tiempo será eso?

—No pienso darte detalles de mis operaciones.

ElArtista agachó la cabeza, tragó saliva y habló en susurros:

—Libérame a mi también y acepto el trato.

—Mírame a los ojos y habla en voz alta —requirió el Presidente en tono despreciativo.

ElArtista alzó la vista lentamente y lanzó una mirada asesina al dictador, quien no se inmutó.

—Libérame a mi también y acepto el trato, asqueroso hijo de perra.

—¿Qué pasa? ¿La libertad de Olmaly no es suficiente para ti? ¡Este sí es ElArtista que conocía!

—¡No es eso, desgraciado! ¡No pienso dejar a Olmaly sola en tu mundo a saber durante cuánto tiempo! ¡Ya he visto cómo tratan tus clones a los humanos!

—Relájate, muchacho. Acepto tus términos. Es curioso... Cuando no tenías perspectivas de que Olmaly o tú salieseis de aquí, estabas más tranquilo. Sin embargo, el haberte dado la posibilidad de elegir te ha desquiciado.

—A veces, Presidente, el poder elegir es una putada.

—Muy bien, ya lo has entendido. Ahora, levántate: tienes que matar a un hombre.

Cuando ElArtista entró en la celda de Lainier, seguido por el Presidente, su compañero continuaba encadenado, pero su boca estaba cubierta por una mordaza metálica. Ya no había restos de robots, y la pared que daba a la habitación contigua estaba alzada.

—Tiene los ojos descubiertos —murmuró ElArtista, horrorizado. En su mano sostenía una pistola.

—Te dije que todo el mundo se enteraría —le recordó el Presidente—. Pero no pasa nada, ¡no vivirá para echártelo en cara! ¿Has oído, Lainier? Tu compañero ha comprado su libertad con tu vida.

—¡Si lo hago soltarán a Olmaly! —Lainier se limitó a mirar fijamente al Artista, mientras éste levantaba el arma en dirección a su compañero. Lo que estaba a punto de hacer le estaba provocando un dolor de cabeza atroz, un martilleo constante y doloroso. Era una sensación horrible que no había sentido nunca—. Mierda...

—Has matado a sangre fría por peores razones que ésta. Te doy cinco segundos para que aprietes el gatillo o retiro el trato, y no apartes la vista cuando lo hagas. Cinco...

—Lainier... Lo siento...

ElArtista apretó el gatillo.

Pero no hubo haz.

—¿Eh? —se preguntó.

—No tiene batería —señaló el Presidente—. Con que la gente sepa que tuviste la determinación para matar a tu propio jefe me es suficiente. Su muerte real a sangre fría y en tan macabras circunstancias le habría convertido en un mártir y a mí en un demonio. Así solo rompo el mito de la unidad del Cuerpo de Asalto Clon.

—¿Y... qué pasa conmigo y con Olmaly? ¿El acuerdo sigue en pie?

—No le has matado, así que no sois libres.

—¡Manipulador de mier...!

—Ay... la ignorancia... Yo nunca manipulo los tratos. Me basta con que estuvieses dispuesto a matar a Lainier. Olmaly y tú seréis liberados en cuanto os reprogramemos el chip identificativo. Sal afuera, Los te espera para el proceso. Acaba de volver de Neo World.

—Lo siento —repitió de nuevo ElArtista dirigiéndose a Lainier mientras abandonaba la celda.

—No te has inmutado porque después del numerito que te monté, sabías que esto también era mentira —dijo el Presidente a Lainier mientras le quitaba la mordaza—. ¿O quizás incluso sin saberlo, hubieras aguantado estoicamente? El caso es que pensé que lo idóneo sería pedir al Artista que te matara a ti y no a otro.

—Si crees que con estos juegos minarás nuestra moral... —replicó Lainier.

—La vuestra no sé... Pero la de la Resistencia y la de vuestra Asociación sí. ¿Qué pensarán cuando vean los vídeos que os he sacado? Porque efectivamente, todo ha sido grabado.

—Se creerán que son falsos.

—Ya veremos.

Lainier por fin estaba desencadenado. Ahora compartía una amplia celda con Berllerak, Tete, el Kapitán y Night Stalker. No había sillas, así que estaban sentados en el suelo.

—¿Y ElArtista y Olmaly ande estarán? —se preguntó Berllerak.

—Creo que los usan en un intercambio de prisioneros con la Resistencia —mintió Lainier. Seguro que el Presidente se encargaría de que sus compañeros supiesen la verdad, pero por si por un casual sucedía un milagro que impidiese eso, mejor que Lainier no dijera nada.

La celda era una más de las que había a lo largo de un interminable pasillo. La pared exterior era toda de cristal transparente. De repente, Mendizale apareció por la derecha, seguida por dos guardias. Pero en vez de meterla en la celda, siguieron hacia delante, hacia donde presumiblemente se encontraba la salida. La Dama de la Nieve contempló con semblante serio a los encarcelados mientras pasaba de largo.

—¿La liberan? —se preguntó el Kapitán.

—A lo mejor también la intercambian por prisioneros —dijo Tete.

—¿Y si la sueltan porque fuese una espía? —conjeturó Stalker—. Puede que ElArtista tuviese razón.

"¿Habrà hecho un trato?", pensó Lainier. "No puede ser una espía... Puede que finjan soltarla para que pensemos eso."

ElArtista y Olmaly estaban sentados en una sala médica, vigilados por Los, que les reprogramó correctamente los chips de identificación.

—Felicidades —dijo, de pie ante ellos—. Ya sois residentes legales de nuestra utopía.

—Querrás decir distopía —replicó ElArtista.

—Supongo que lo dices por la situación de los humanos —dijo Los mientras abría un cajón de un mostrador situado a su izquierda—. ¿Pero a quién le importan? Bueno, aparte de a algunos degenerados como tú, que se han buscado un ser repugnante e inferior como amante...

La furia se reflejó en el rostro del Artista. Los estaba rebuscando en el cajón. Podría abalanzarse sobre él antes de que tuviera tiempo a desenfundar...

Sin embargo, Olmaly, situada a la izquierda de su pareja, le sujetó firmemente por la muñeca izquierda:

—No —dijo ella—. Te está provocando. Quiere una excusa para encerrarte de nuevo... o matarte.

ElArtista no se movió, pero mantuvo su mirada asesina sobre Los, que estaba sonriente. El Komisario sacó dos móviles del cajón, lo cerró y se giró hacia la pareja.

—Fíjate, obedeciendo a esa cosa —añadió Los—. El magnífico instinto de lucha de un clon, anulado de forma tan patética. ¿De verdad aceptaste el trato para convivir con ella?

—No tengo nada que decirte —replicó ElArtista en tono seco.

—¿Y a ella? ¿Se lo dirás o esperarás a que el Presidente lo haga público?

Olmaly lanzó una mirada preocupada al Artista, que aún no le había dicho porqué eran libres.

—Haré lo que considere necesario.

—No. Tú harás lo que te diga tu ama humana, ¿no es así?

—Gastas mucha saliva.

—Bien, no os entretengo más —El Komisario lanzó los móviles a la pareja, que los atraparon—. Cortesía del estado. También contienen mil créditos digitales. Esa es toda la ayuda que recibiréis. Os sugiero volver a Andorra y buscar un trabajo de baja cualificación si queréis sobrevivir. Ahora, salid de aquí. Dos hombres os guiarán en el siguiente paso.

La pareja abandonó la estancia. Los guardias los condujeron hasta la entrada de un pasillo.

—Ahí tienen las duchas —explicó uno de los agentes—. Izquierda, humanos. Derecha, clones.

Olmaly estuvo a punto de decir "joder con la segregación", pero logró contenerse.

—En las taquillas de las duchas encontrarán ropa limpia —añadió el hombre—. Póngansela y dejen el uniforme presidiario dentro.

—¿Y nuestras viejas ropas? —preguntó Olmaly.

—No concuerdan con nada de lo que se fabrica actualmente.

—¿Y qué?

—Los Asociados sólo pueden adquirir bienes producidos por la Asociación.

—Hay que joerse...

ElArtista y Olmaly avanzaron por el pasillo mientras los agentes se quedaban fuera. Unos metros más adelante, Mendizale se metía en las duchas para mujeres clones.

—¡Será...! —murmuró ElArtista.

—¿Qué pasa? —preguntó Olmaly.

—¡La han soltado!
—Pues como a nosotros...
—¡Como a nosotros no!
—Podría formarme una opinión si me dijeras porqué nos han soltado a nosotros.
—Que ya te lo diré cuando no haya oídos indiscretos cerca...
—Eso espero, porque las palabras de Los me han dejado intranquila.
—Ahora mismo solo puedo decirte que nadie corre peligro por mi culpa.
—Bueno, sigamos...
—¡Seguro que es una espía! —exclamó ElArtista en voz alta mientras mantenía fija la vista en la entrada a las duchas femeninas en las que se encontraba Mendizale.
—¿Qué hay de los oídos indiscretos?
—Todo el mundo sabe ya que sospecho que es una espía.
—Bueno, a las duchas.
—Sí, pero yo a la de ella.
—¿Perdona?
—No pienses cosas raras. Necesito hablar con ella para saber la verdad. Ahí dentro no creo que nos espíen. El Presidente es en ciertos aspectos como nuestro Lainier, así que espero que respete la intimidad de las duchas.
—¿Y si esperamos a salir de la base?
—No. Podrían estar esperándola fuera. Esta es mi oportunidad.
—¡Te vas a jugar nuestra libertad por una sospecha!
—Sólo la mía. No pierdas tiempo duchándote: cámbiate de ropa y abandona la base. Te esperaré hasta que salgas y luego entraré en la ducha. Si estás lejos cuando hable con ella, evitarás posibles problemas.
—¿Y si el Presidente ordena mi arresto para vengarse de tí?
—No lo hará.
—¿Y si te arrestan? Me quedará sola.
—Créeme, he pensado en eso. Pero no creo que me arresten. Sólo voy a hablar. Y en cualquier caso... es algo que tengo que hacer. Si ella es la culpable de que nuestros compañeros vayan a pudrirse el resto de sus vidas en la cárcel, he de saberlo.
—¿Pero crees que te dirá la verdad? ¿Por qué debería? ¿Y qué harás si descubres que es una traidora? Mira, lo de quedarme sola es lo que menos me preocupa. Lo que me preocupa de verdad eres tú.
—Olmaly, no discutamos más, que perdemos tiempo. Tienes que salir antes de que lo haga ella.
Olmaly obedeció de mala gana. Tras cinco minutos en su ducha, salió de ella. Se despidió del Artista con un beso.
—No hagas que te maten —dijo ella.
Olmaly caminó por el pasillo hasta salir de la zona de las duchas, vigilada por ElArtista. El guardia de la entrada no la detuvo. Le señaló la salida del edificio y Olmaly se alejó.

Mendizale estaba de pie al lado de las taquillas. Se enfundó la última pieza de vestuario que le faltaba: los guantes. Ahora lucía el traje completo: un uniforme ajustado creado con un material protector cómodo y resistente. El color predominante era el gris. Las altas botas, los largos guantes y los hombros estaban decorados con láminas de un tono más claro. El diseño recordaba al del uniforme de Los y otros soldados de alta graduación.

Y ElArtista también se dio cuenta.

—Bonito uniforme —dijo, a cuatro metros de la Dama de la Nieve—. Militar, ¿me equivoco?

—Tienes diez segundos para explicar qué haces aquí antes de que te parta la cara —advirtió Mendizale.

La respuesta cogió por sorpresa al Artista, normalmente acostumbrado a amenazar él. En el fondo sabía que ésta había sido una de sus ideas más absurdas, pero ahora se estaba empezando a arrepentir de verdad. Sin embargo, estaba dispuesto a seguir hasta el final. Sólo esperaba que no fuese su final. Al menos Olmaly ya se había alejado de allí.

—¿Por qué te dejan ir? —preguntó ElArtista en tono firme.

—¿Te cueles aquí para preguntarme eso?

—Pues sí. Cuanto antes respondas, antes me piro.

—Yo podría preguntarte lo mismo.

—Yo he preguntado antes.

—Pero te has colado donde no debes. Así que deberías al menos tener la decencia de hablar primero.

—No. Estoy llevando a cabo una investigación, y eso me permite colarme aquí y hacer preguntas si me sale de los huevos.

—Piensas que he colaborado con el enemigo, ¿no?

—Pienso que eres el enemigo. ¿Qué haces vestida así?

—Es lo que me han dado.

—Un uniforme militar. Qué cosas.

—Todos los clones hemos hecho servicio militar.

—Sí, pero eso no explica porqué te han dado ese traje, a menos que continúes en el servicio activo.

—Fíjate en el uniforme, idiota. No tiene galones.

—No me fio. Dime de una vez porqué te han soltado.

—El Presidente dijo que podía irme.

—Eso está claro. Me refería a que porqué el Presidente ha decidido soltarte.

—No lo sé.

—¡Esta sí que es buena!

—Es mi respuesta.

—No me convence.

—Déjame salir.

—Tú no te mueves de aquí hasta que me digas la verdad.

—Ya te he dicho la verdad, paranoico.

—¿Paranoico? Lo que me has dicho no se lo cree ni el más crédulo de los hombres.

—Cree lo que quieras, pero déjame salir.

—He dicho que no.

—¿Y qué vas a hacer?

—Lo estoy considerando.

—Considera lo siguiente —La Dama de la Nieve clavó sus ahora fieros ojos en los del Artista—, si como tú dices, soy una espía, entonces no tienes ninguna posibilidad de salir vivo de esta habitación.

ElArtista tragó saliva pero se recompuso:

—Por muy número uno que seas, no tienes experiencia de combate real.

—Eso será necesario para asaltos, pero aquí no tenemos armas. Lucharíamos cuerpo a cuerpo. No hay diferencia alguna entre partirle la cara a un rival en la Academia o fuera de ella.

"Mierda", pensó ElArtista, "no había caído en eso".

—Me enfrentaré a ti de todos modos —trató de parecer valiente, pero el tono de voz le flaqueaba. Se puso en posición de combate.

—¿Has practicado alguna vez taekwondo rodeado por un metro de nieve? —Mendizale caminó lentamente hacia ElArtista con paso firme pero grácil.

—Ahora no estamos en la nieve —replicó ElArtista cuando ella estuvo a un metro de distancia. Su falta de postura de combate lo desconcertaba.

—Mejor. Así puedo moverme más rápido.

Con la velocidad del rayo, Mendizale trazó un arco con su pierna izquierda, girando sobre sí misma: su pie alcanzó la mejilla derecha del Artista, lanzándole con violencia hacia la pared. El hombro izquierdo del clon chocó con la dura superficie, mientras Mendizale acababa el recorrido de su patada, posando el pie en el suelo. El gran giro la había dejado de espaldas a su adversario, pero se dio la vuelta rápidamente: ElArtista estaba de rodillas: el hombro apenas le dolía, pero empezaba a notar el destrozo en su cara: la mejilla estaba abierta y sangraba profusamente. Su fosa nasal también sufría una hemorragia. Se pasó la manga derecha por las heridas, ensuciando de rojo sus ropas nuevas, mientras no dejaba de vigilar a Mendizale. Se puso en pie, y justo en ese momento Mendizale alzó la pierna derecha como si propinase un latigazo: su pie impactó contra el mentón del clon, que cayó hacia atrás, quedando tumbado sobre el suelo. Cada vez sangraba más.

—Me rindo —murmuró, con la esperanza de que la Dama de la Nieve no lo rematara. Incluso si no lo hacía, probablemente volvería a prisión. "¿En qué estaba pensando?".

—No soy una espía —dijo Mendizale, ya más calmada—. Límpiame y vámonos de aquí. Te contaré todo detenidamente en un lugar más adecuado.

ElArtista no se movió del suelo. Su boca se torció en una mueca y su mirada estaba perdida.

—¿Y ahora qué pasa? —preguntó Mendizale.

—El traidor soy yo.

Cuando ElArtista acabó de contar su historia, las dos mujeres guardaron silencio unos instantes. Estaban sentados en una mesa de un café del pueblo más cercano. Olmaly estaba situada a la izquierda de su pareja, y Mendizale estaba frente a ellos.

—Cálmate —le dijo Olmaly al Artista con voz amable—. Lainier sigue vivo.

—Eso no quita el hecho de que pensaba que iba a morir —replicó ElArtista—. No pensé que me afectaría tanto lo que le pasara a ese neurótico, absurdo, insoportable ser.

—A lo mejor es porque se parece a ti...

—Oh... aún le queda mucho por aprender de mí.

—Pues espero que no lo aprenda nunca... —dijo Olmaly en un marcado tono jocoso para intentar desdramatizar el asunto.

—Pero el Presidente sí ha aprendido. Es peor de lo que pensaba. Aunque ha cumplido su palabra, quién sabe si lo ha hecho por conveniencia. En cualquier caso este Presi tiene más huevos que Lainier y lo admiro por ello, pero como me surja la oportunidad, me lo cargo.

—Bueno, os contaré lo mío —comenzó a decir Mendizale.

Horas antes, cuando Mendizale estaba encerrada, fue llevada por Los a una sala con una mesa y dos sillas junto a ella, una frente a la otra.

—Buenos días. Tome asiento —dijo el Presidente haciendo un gesto con la mano hacia la otra silla.

—Buenos días... —repitió Mendizale mientras se sentaba. Los se quedó fuera de la sala, cerrando la puerta.

—Le recomiendo cooperar. El policía sobre el que se tiró en Andorra... fue asesinado por un radical antes de que llegasen los refuerzos.

—Oh, no... —Mendizale quedó horrorizada.

—En realidad sigue vivo. Sólo quería comprobar su reacción.

—¿Y por qué me cuenta la verdad? Podría haber aprovechado mi sentimiento de culpa.

—Yo uso muchas tácticas para obtener la verdad, pero mentir para que la gente se sienta culpable no es una de ellas.

La culpa es algo espantoso.

"Lainier tenía razón", pensó Mendizale, "se culpa de la muerte de sus amigos".

—Como he dicho, sólo le he hecho pasar ese mal segundo para comprobar su reacción —prosiguió el Presidente—. Usted no es como yo o como el Cuerpo de Asalto al que ha estado acompañando. Usted se preocupa hasta de la gente a la que agrade. Puede que sea la clon más perfecta jamás creada, pero le sobra bondad para ser una buena agente, lo cual explica porqué nunca se incorporó a ningún cuerpo de seguridad.

—Bueno, a lo mejor si ese agente hubiera intentado matarnos, no me habría preocupado su hipotética muerte.

—Incluso así sigue siendo más bondadosa que cualquiera de nosotros. La envidia.

Mendizale se sorprendió al oír aquello.

—¿Cómo sabe que me había sentado mal la falsa muerte del agente? ¿No pensó que a lo mejor lo que me pasaba es que me preocupaban las consecuencias para mi persona?

—He interrogado a mucha gente y sé distinguir unas reacciones de otras. Y usted tiene una cara muy expresiva.

"Pues tendré que controlar mi expresividad por si tengo que mentir como una bellaca", pensó Mendizale.

—Bueno, usted dirá.

—La Dama de la Nieve... ¿Qué hace una persona tan bondadosa ayudando a unos terroristas?

"Me rescataron", pensó ella, pero si decía eso haría que el Presidente enviara un equipo al viejo estadio, que ahora era una base de la Resistencia.

—No son terroristas. Son gente que quiere regresar a casa y no les dejáis. Y les ayudo porque mis amigos humanos sufren por vuestra política —esa verdad podía decirla, y esperó que fuese suficiente para que el tema del rescate no aflorase.

—Interesante. Pero hasta ahora no habíais actuado por vuestros amigos. Y decidme... ¿no deberíais parecer mayor?

Parece que no iba a ser tan fácil desviar la atención del Presidente.

—Usted siempre ha aparentado ser más joven de lo que es, y eso sin contar el tiempo que pasó orbitando el agujero negro e hibernando. Genética superior, supongo. Pues imagine yo, que según usted soy la más perfecta.

—No lo digo yo. Lo dicen los informes.

—Y la razón por la que no he actuado antes es porque no estaba lista —Mendizale trató de dejar atrás el tema de la edad con otra verdad a medias.

—¿Quiere decir que el Cuerpo de Asalto la convenció?

—Podríamos decir...

—¿Pero dónde ha estado todos estos años? ¿Entrenando con la Resistencia?

—¡No!

Resultaba difícil aguantar este interrogatorio, y eso que el Presidente no estaba utilizando métodos sucios. La siguiente respuesta tenía que sonar convincente, pero... ¿qué contar?

—Sobreviví al ataque al Estadio pero perdí la memoria —Mendizale decidió mezclar verdad y mentira—. El pulso electromagnético de los misiles estropeó mi chip, así que tampoco podía identificarme. Me convertí en vagabunda.

—¿Por qué no acudió a la policía?

—Como sobreviví al atentado, llegué a pensar que era una de los terroristas.

—¿Nadie la reconoció como la Dama de la Nieve?

—Estaba viviendo con humanos pobres. Básicamente mendigos. No se suelen preocupar por las andanzas de clones.

—¿Cómo recuperó la memoria?

—El Cuerpo de Asalto me encontró. Y Berllarak es médico —de nuevo, estaba diciendo la verdad, aunque para sostener una mentira.

—¿Entonces cree que les debe algo?

Ahora sí que podía admitirlo:

—Supongo.

—Está bien ser agradecida, pero es que ha ayudado a terroristas...

—Parecían tan amables... Sobre todo ese Lainier —Mendizale esperó que la táctica funcionase. Tampoco había mentido, y si podía recordarle al Presidente cómo era antes, quizás tuviera una oportunidad.

—Amables pero terroristas —insistió el Presidente. La táctica no había funcionado, pero al menos no se había enfadado.

—La forma en que hablaban... Me hicieron pensar que tenían razón. No apruebo la muerte de sus hombres, pero es que usted machaca a los humanos, y yo tengo amigos humanos. Y sufren. Y no quiero verlos sufrir. Ya se lo he dicho: mayormente lo hago por ellos.

"Oh, mierda", pensó, "¿y si me obligan a decirles los nombres de mis amigos? Pueden pensar que son rebeldes".

—¿Desea añadir algo más?

—No.

—Creo que parte de lo que me ha contado es cierto, y parte falso. Sus motivaciones son convincentes. A menos que sea una mercenaria del Xenoespacio que han enviado como parte de su ofensiva, pero lo dudo mucho. Por otro lado, lo de su pérdida de memoria me parece dudoso. Y si no estuvo vagando, ¿entonces dónde estuvo y por qué miente? Andorra no es muy grande, pero, ¿cómo la encontró el Cuerpo de Asalto y cómo la reconoció? ¿Algo de lo que no me cuadra coincidirá con lo que me cuenten los demás?

Mendizale ya no sabía qué decir.

—No tengo nada más que añadir. Puede llamar a un interrogador profesional si le place.

La Dama de la Nieve sabía desde el principio que acabaría cantando, pero se negaba a decir la verdad por las buenas por respeto a los que la habían rescatado. En realidad se sorprendió de su decisión.

—No hay necesidad de llamar a ningún interrogador —la respuesta del Presidente la sorprendió aún más—. No voy a hacer eso con una persona que no ha matado a nadie y que además es un modelo a seguir por los míos. Entiendo que accediera a ayudar al Cuerpo de Asalto. Siempre ha tenido un extraño carisma colectivo con el cual Lainier logra que otras gentes los sigan. Y también entiendo que se preocupe por sus amigos. Eso lo entiendo mejor que nadie. No puedo arreglar el sufrimiento de sus amigos humanos porque el sistema político se hizo para evitar males aún mayores, pero por todo lo expuesto anteriormente, la dejaré marchar. Pero cuidado: como norma general sólo doy una segunda oportunidad. Si nos volvemos a enfrentar, no seré tan amable.

—Sí, eso suena como a Lai —señaló Olmaly cuando Mendizale acabó de relatar su encuentro con el Presidente.

—Pues a mí no para de darme oportunidades —señaló ElArtista.

—Porque eres su amigo.

—"Amigo"... No le he llamado así nunca. Y veremos dónde quedan mis oportunidades si por un milagro lo vuelvo a ver. Traté de matarlo...

—Por un buen motivo...

—Que tú lo entiendas no quiere decir que lo haga él.

—Lo hará —señaló Mendizale.

—¿Y tú que sabes? ¡Si apenas le conoces!

"En algunos aspectos, lo conozco mejor que tú", pensó Mendizale, pero en vez de eso dijo otra cosa:

—A lo mejor se olvida del tema si le rescatamos. Bueno, a todos.

Mendizale no se creyó que hubiera dicho eso.

—Cierto. Ahora que somos legalmente libres podemos prepararnos con calma.

ElArtista no se creyó que hubiera dicho eso.

—Habrá que trazar un plan con ayuda de la Resistencia —sugirió Olmaly, que no se creyó que hubiera dicho eso.

—No. Si contactamos con ellos los ponemos en peligro. Que estemos libres no significa que no nos vigilen. Además, nuestros compañeros acabarán hablando, si es que no lo han hecho ya, y el Presi estará al tanto de Xanty y Gatdras.

—¿Entonces qué hacemos?

—Un intento de rescate convencional es inviable. Somos pocos y no tenemos equipo. Haría falta un ejército para rescatarlos. Por no mencionar que sin duda los trasladarán a una prisión de verdad. Pero, ¿a cual?

—¿Entonces nos rendimos?

—Yo no he dicho eso. Podríamos negociar un intercambio. ¿Les entregamos a Xanty y Gatdras?

—¡Ni se te ocurra!

—¡Me niego! —objetó Mendizale.

—Es verdad, mala idea. El Presi es capaz de capturarlos sin nuestra ayuda ahora que sabe de ellos. Además, Lainier me mataría... si es que no lo hace de todos modos.

—Piensa en otra cosa que no implique ser un hijoputa —ordenó Olmaly.

—Pues va a ser difícil... Mmm... espera...

—Ay...

—El Presi sabe que nosotros sabemos que la nave está aquí. Eso significa que es probable que la cambie de sitio. Si pudiésemos interceptarla cuando se ponga en marcha...

—La nave es invisible...

—La estela que deja detrás no, y es una nave enorme. Eso tiene que detectarse desde muy lejos. Puede que ni se molesten en hacerla invisible.

—¿Y por qué será más fácil tomar la nave que sacar a nuestros amigos de la base?

—Vamos por partes. Iremos a por nuestro caza antes de que lo encuentren los hombres del Presi, y lo usaremos para dañar los motores de la nave. O bien revienta y retrasamos la invasión o bien la forzamos a regresar a tierra para repararla de nuevo.

—O bien los daños son mínimos y prosiguen su camino.

—¿En los motores? Lo dudo, pero el problema será poder alcanzarlos. Seguro que la nave estará escoltada. No sabemos cuántos cazas habrá, y nuestro mejor piloto no está.

—Yo podría —dijo la Dama de la Nieve.

—¿Seguro?

—Sí no son más de cinco...

—Tendrás que derribarlos...

—Supongo...

—Hablo de matar a los pilotos.

—Qué remedio...

—No parece muy convencida. El Presidente tenía razón: no estás lista.

—¡Lo estoy! —afirmó la Dama de la Nieve.

—No, no lo estás. He conocido suficiente gente como para coscarme de estas cosas. Pero al menos ahora ya no creo que seas una espía... a menos que seas mejor actriz de lo que pensaba.

—¡Pero hay que detener la nave!

—Y lo haremos. Sólo espero que si llega el momento se te despejen las dudas. Sería lamentable que te dejases matar. Entonces Lainier sí que me montaría un pollo, suponiendo que yo sobreviviera, claro...

Olmaly estaba contemplando al Artista mientras sonreía.

—¿Qué pasa? —preguntó el clon.

—Que te estás comportando como un líder —respondió Olmaly, orgullosa de su pareja, algo que no ocurría con frecuencia.

—¡Es verdad! ¡Con Lai y Ber encerrados, eso me convierte en líder del Cuerpo de Asalto!

—De poco te sirve si eres el único libre... —señaló Mendizale.

—¡Pues te nombro miembro temporal del Cuerpo de Asalto! ¡Ja!

—Em... ¡No acepto!

—¡Lo siento, pero es obligatorio si quieres trabajar conmigo! ¡Picaste, novata! —Olmaly se levantó del asiento y le dio una colleja—. Ay...

—Con lo bien que ibas hasta ahora... —se quejó Olmaly volviendo a su asiento.

—Mmm... se me ha ocurrido algo para que la tiquismiquis de Mendizale no se vea obligada a matar a esos pobres y honrados pilotos que defienden esta esplendorosa sociedad.

—Déjate los sarcasmos y ves al grano.

—Esperarás con el caza en lo alto de los cielos —dijo ElArtista a Mendizale—. Cuando detectes la nave, activa la invisibilidad, apaga los motores y deja caer el caza. Cuando pases al lado de la nave y tengas los motores a la vista, activa los sistemas y dispara. ¡Después escapa como puedas!

—Estás loco —señaló Mendizale.

—Por supuesto. Por eso yo soy capaz de salvar a la gente y tú no. ¿O sí?

—Pues...

—La mayor dificultad con el segundo plan es calcular la trayectoria para pasar cerca de la nave y sus cazas sin chocar contra ninguno de ellos. Pero con el primer plan tendrás que enfrentarte a ellos. Has dicho que puedes con cinco, pero como el Presidente sabe de tus capacidades, seguro que envía más.

—Elijo... el segundo plan.

—¿¿El segundo?? ¿¿Estás loca??

—¡Pero si me acabas de decir que...!

—¡Que sí, que es lo mejor! —ElArtista recibió otra colleja por parte de Olmaly—. Joer que día...

—Por cierto —dijo Olmaly—. ¿Qué ganamos jodiendo la nave, aparte de tiempo?

—Absolutamente nada, pero es lo único que podemos hacer por ahora. Ya pensaré sobre la marcha, como el Lai... —ElArtista se levantó del asiento—. Vamos allá.

Los entró en el despacho del Presidente, negro como la noche. El dictador le contempló desde su silla.

—Tete ya ha hablado —afirmó Los.

—Lo sé —dijo el Presidente—. He visto el interrogatorio desde el ordenador.

—¿Qué hago?

—¿Cómo van los demás?

—Lainier hablará en cuestión de minutos. Los otros tres tardarán en hacerlo: tienen más resistencia, sobre todo Berllerak.

—Claro. Su cuerpo está acostumbrado a las drogas.

—¿Entonces?

—De momento vamos a esperar a ver qué dice Lainier.

—¿Puedo sugerir la tortura para que la información sea más fiable?

—Sí, pero de baja intensidad Excepto con Lainier. A ese, intensidad media. Deja que hable, que se recupere un poco, y luego... dale caña. Y no pares diga lo que diga. A ver cuánto tarda en darse cuenta de que lo hago por joder... y por quebrar su voluntad para que no esté pensando en planes de fuga. Su mente debe estar ocupada en el dolor.

—¿Acaso tiene alguna posibilidad de escapar?

—Ya lo subestimaste una vez. Te recomiendo no volver a hacerlo, porque si vuelves a fallar, lo lamentarás.

—Sí, señor, pero... si es tan peligroso... ¿no sería mejor matarlo tras el interrogatorio?

—Sería lo más prudente y lo que vosotros mis hombres me estáis pidiendo a gritos, pero no es necesariamente lo mejor. Puede que le encuentre alguna otra utilidad a Lainier tras el interrogatorio. Lo que no me sirve de nada es un cadáver. ¿Está dispuesto el traslado a la prisión de Fariken?

—Tendrán las celdas disponibles para mañana.

—Bien. ¿Y la nave?

—Dispuesta para partir. Para dentro de unos días está prevista la llegada de un cargamento de antimateria. ¿Lo esperamos o qué?

—No. Ya lo reenviaremos al nuevo destino. Quiero que la nave parta ya, antes de que los clones que solté tramen algo para interceptarla.

—¿Con un caza? Que por supuesto ya he ordenado buscar...

—Se me ocurren un par de cosas... Estoy seguro de que al Artista también.

—Entonces habría sido mejor no soltarlos.

—Están fuera para exponer a la Resistencia. Si intentan algo más, cumple con tu deber.

—Para exponer a la Resistencia sólo bastaba con soltar a la parejita.

—No consideré adecuado retener a Mendizale.

—¿Y si reincide?

—Será juzgada conforme a la Ley. Como lo serás tú si vuelves a discutir mis órdenes. ¿Estamos?

—¡No era mi intención cometer traición, Señor! —afirmó Los, preocupado.

—Por supuesto —El Presidente ni siquiera miró a Los para contestarle, sino que clavó los ojos en el monitor de su ordenador. De varios altavoces dispuestos por la estancia surgieron gritos.

—La prueba mental a Lainier —señaló Los.

—Quiero revisar el momento de los disparos —explicó El Presidente—. Quiero ver en quién se fija Lainier cuando los robots están siendo tiroteados. De este modo sabré quién de todos sus compañeros le cae mejor, y podremos explotar eso en su contra.

—¿No debería usted saber ya quién es, sin ver el vídeo?

—Verlo no cuesta nada, así que quiero asegurarme. Además, hace un año que la vida de Lainier es distinta a la mía, con lo cual sus simpatías podrían haber cambiado.

—¿Y si resulta que el compañero que le cae mejor es ElArtista?

—¿Otra vez con eso?

—Sólo solicito estar informado del plan.

—Si resulta ser ElArtista, mala suerte.

Los guardó silencio mientras El Presidente acababa de ver el vídeo. Aunque esto resaltaba más su tesis de que soltar al Artista había sido una mala idea, no se atrevía a decírselo a su superior: la amenaza había sido clara.

—¿Y bien? —preguntó Los. Al Komisario le pareció que la expresión del Presidente reflejaba sorpresa.

—Nada —respondió el Presidente. Su expresión era incluso más sombría de lo habitual—. No miraba a nadie en específico: sus ojos iban de unos a otros.

—Una pena —respondió Los.

"¿Estará mintiendo?", pensó El Komisario, "a lo mejor Lainier estaba mirando al Artista y el Presidente no quiere reconocer que se precipitó al liberarlo..."

—¿A qué estás esperando? —preguntó El Presidente al ver que Los no decía nada.

—Estaba pensando... que nuestros psicólogos podrían analizar el vídeo. Puede que detecten algo.

—¡No es necesario!

"Ajá".

—Entonces me retiro, señor Presidente.

—Retírate entonces.

Cuando el Presidente se quedó solo, su puño reventó la pantalla del monitor.

Los entró en la sala de interrogatorios. Dentro sólo estaban Lainier y él. La estancia era un lugar con paredes metálicas, repleta de diversa maquinaria e instrumentos. En el centro había una mesa de torturas sobre la que yacía el líder del Cuerpo de Asalto boca arriba, sujeto a la superficie por grilletes en muñecas, tobillos y cuello. El Komisario se le acercó por la izquierda.

—Ahora que estás medio consciente —comenzó a decir Los mientras se sentaba en un taburete cercano—, que sepas que has hablado. Has mencionado a Xanty y Gatdras. Tu información coincide con la que nos ha dado Tete.

—Enhorabuena. ¿Deseas algo más? Es que me aburres.

—Tengo que completar el interrogatorio. El método químico es sólo una fase. Para que nos describas físicamente a esos dos resistentes y nos cuentes cualquier otro dato vital, te aplicaremos el interrogatorio físico.

—Di tortura, puto cínico.

—Tortura, sí. Empezaremos por algo suave. La mesa sobre la que estás puede proporcionar unas descargas eléctricas bastante intensas sin freír los órganos vitales. Si la cosa no funciona, empezaremos por algo más invasivo: cortes, amputaciones... Procedimiento estándar.

—Sabes que soy capaz de entrar en trance para evitar el dolor, ¿verdad?

—Con las drogas que te hemos administrado, lo dudo. Te mantienen consciente y con sensibilidad, pero disminuyen la concentración.

Los pulsó un botón en su móvil.

—¡Aaaaarg! —Lainier se retorció de dolor. La descarga duró tres segundos.

—¿Qué te parece? ¿Me dices algo?

—¿Por qué no viene el Presidente a torturarme en persona? ¿Es que no tiene huevos?

—¿Qué pasa? ¿Es que crees que puedes convencerlo para que te suelte?

—Puesto a ser torturado, que al menos sea alguien a quien conozca.

—Tú mejor que nadie deberías saber que al Presidente no le gusta torturar. Delega esa faena en otros.

—Tenía la sensación de que haría una excepción conmigo. ¡A lo mejor es que no le gusta las cosas que digo!

—El Presidente está ocupado asegurándose de que nadie más intenta meter las narices en nuestros asuntos —Los volvió a pulsar el botón.

—¡¡Aaaaaaarg!!

—¿Me dices algo o qué?

—¡Si el Presidente quiere saber algo, que venga él en persona!

—¿Acaso le dirías algo?

—¡Eso es asunto entre él y yo!

—Eso es que no —otra pulsación.

—¡¡AAAARG!!

—Si tardas mucho en hablar, habrá que pasar a métodos indirectos. Como torturar a tus amigos. Quizás matar a alguno.

—Ah, ¿pero ahora en serio? ¿O es otro farol?

—Si el Presidente te promete que lo hará, es que lo hará. Siempre cumplís con vuestra palabra.

—Bien, pues que venga el Presidente y que lo prometa. Y entonces ya hablamos —Pulsación—. ¡¡Eeeeeeeerg!!

—Hemos analizado el vídeo donde creías que tus amigos eran ejecutados, para ver en quién fijabas tu mirada, y así saber quién te caía mejor. Y lo sabemos. ¿Qué tal si lo traemos a esta sala?

Lainier guardó silencio unos instantes, clavando los ojos en Los.

—En realidad no lo sabes —dijo al fin—. Ni siquiera has dicho su nombre.

—¿Entonces hay un nombre?

—¿Ves? No lo sabías. Puede que haya un nombre o puede que no, pero lo importante es que tú no estabas seguro, ergo no has analizado el vídeo. Curioso.

—Es ElArtista.

—¿Es una afirmación o una pregunta?

—Es una afirmación.

—Bueno, pues tráelo aquí. ¡Ah, no, que el Presidente lo soltó!

—Es igual. Otro ocupará su lugar.

—Menos cháchara y más acción —Los empezó a irritarse a medida que Lainier hablaba—. ¿Qué pasa, no traes a nadie? Sé que el Presidente no va a matar a mis compañeros para hacerme hablar. Si intentan escapar sí, pero para hacerme hablar, no.

—Vamos a hacer otra cosa. ¿Qué te parece si cuando vaya a tu universo, me paso por Noctem?

—El Presidente te mataría.

—El Presidente no tiene porqué enterarse.

“Ajá”, pensó Lainier, “seguro que este cabrón mató a SuNSeT por su cuenta”.

—Y yo que pensaba que el Presi estaría viendo esta amistosa conversación desde su despacho...

—El Presidente no sabe que estoy aquí, por lo que no tiene ningún motivo para sintonizar con la videovigilancia de esta sala.

—Percibo diferencias filosóficas entre vosotros.

—Esa no es la cuestión. La cuestión es Noctem.

—Tendré que comentarle al Presidente esta conversación.

—Creerá que estás intentando malmeter.

—No lo creo. Si desafías su autoridad, probablemente no sea la primera vez. Al fin y al cabo, llevas genes del Artista.

—¿Te la vas a jugar?

—Eso me temo.

—¿Ahora vas a escoger hacer lo correcto?

—Por esta vez sí, dado que tu amenaza tiene pocas posibilidades de realizarse.

—¿Pocas? ¿En serio?

—Incluso si el Presidente no me cree cuando le comente tu amenaza, lo hará si la completas. Si Wib desaparece, sospechará de ti, y te hará pedazos. Qué putada, ¿eh? —pulsación—. ¡¡Eeeeeek!!

—Te crees muy listo, ¿verdad?

—Más que tú, visto el tema.

—Creo que voy a pasar a la siguiente fase —dijo Los poniéndose pie y echando mano a su puñal.

—Espera —dijo de repente el Presidente, apareciendo por la puerta—. Déjame a solas con él.

—Ah, señor... Precisamente iba a avisarle de que me disponía a interrogar al detenido —dijo Los guardando el arma. Se retiró de la estancia alterado mientras el dictador ocupaba su lugar en la banqueta.

—¿Qué tal, Lainier? —preguntó al detenido.

—Incluso aquí, estoy mejor que tú.

—A menos que tus amigos mueran de verdad.

—¿Tú también con eso?

—Si lo prometo, lo haré.

—¿Lo estás prometiendo?

El Presidente hizo una pausa.

—No —dijo al fin—. Ejecutar gente para conseguir información no entra en mis métodos a menos que dichas personas sean execrables. De momento sólo tú mereces toda mi furia.

—Gracias por tu atención.

—Eso no impide que los torture, claro.

—En fin, son profesionales y deben estar preparados para estas cosas.

—¿Y Mendizale?

—¡No metas a la civil en esto!

—Una civil traidora.

—Yo la lié para participar en esto.

—¿Insinúas que es tonta y se deja influenciar? Porque a mí no me lo parece. Su perfil dice todo lo contrario. Por tanto la convenciste con argumentos sólidos. Es una resistente convencida.

—Lo curioso es que me estés preguntando eso, lo que quiere decir que nadie te ha dicho aún cómo se unió a nosotros.

—Lo admito. De momento ni Tete ni tú habéis dicho nada mientras estabais drogados. Eso quiere decir que escondéis información esencial y que os resistís fuertemente a revelarla.

"Claro", pensó Lainier, "no queremos que descubras que Xanty tiene una nueva base donde encontramos a Mendizale".

—Un momento... ¿Has empezado a interrogarnos a mí y a Tete? Si querías información sobre Mendizale deberías haber empezado por ella, que a pesar de ser en teoría la mejor, no tiene entrenamiento real y seguro que habría resistido peor el interrogatorio. ¡Tú en realidad no tienes intención de hacerle daño!

—Ya casi había olvidado lo hábil que era analizando la mente de las personas. Ahora entiendo porqué Los estaba tan furioso. También has jugado con él, ¿verdad?

—Ah, sí... Casi se me olvida. Tu perro ha amenazado con matar a Wib.

—No le dejaré.

—A los perros rabiosos se les sacrifica. Tu esbirro ya se cargó a SuNSEt.

—Sí, durante un batalla en Neo World. SuNSEt se lo buscó.

—No fue en la batalla. Los lo ejecutó después. Encontramos una fosa común con sus restos.

—Tendré que exhumarlos para saber si es verdad.

—Me llevé el cráneo, pero el resto del esqueleto sigue ahí. Aunque no es necesario que exhumes nada. Interroga a Los y verás.

—Muy bien, Los ejecutó a SuNSEt. ¿Y qué? ¿Pretendes que le encierre por actuar sin mi consentimiento? A pesar de sus defectos, me sirve bien, y me temo que es habitual que mis generales hagan ejecuciones sin pedirme permiso previo. Pedirlo ralentizaría el tema días, en los casos de planetas distantes, y la rapidez es esencial en la guerra.

—Aah... Entonces es cierto, mandas asesinar gente extraoficialmente.

—A pocos, pero a veces es necesario para mantener el orden y la seguridad. Si fuera un dictador terrible como algunos creéis, la pena de muerte sería oficial.

—Sí, pero, ¿no haces nada al respecto cuando tus hombres matan extraoficialmente sin tu permiso?

—Les impongo un leve castigo, y eso mismo haré con Los.

—Das asco, Presidente. ¿Al menos vas a hacer algo con respecto a Wib?

—Con vigilar a Los será suficiente. Todo esto que me dices podría ser solamente para que me libere de él por ti. Espero que no sea el caso, porque ya te advertí que no intentases nada más contra mí o tus amigos pagarían las consecuencias.

—Tú asegúrate de que no cumple su amenaza.

—Esta no vez no fallaré.

—Más te vale.

—Pero podría ahorrarme la necesidad de atarlo en corto si hablases. ¿No sería una forma más eficiente de mantener a salvo a Wib?

—Wib no es precisamente una persona indefensa, y como le he dicho antes a tu sicario, esta vez elijo el deber. Me conformaré con que vigiles al tonto ese.

—¿Si le matase hablarías?

—¿Te cargarías a tu propia mano derecha con tal de que yo hablase?

—En vista de sus últimas insubordinaciones, sería un sacrificio necesario si logro que hables.

—No, gracias. Hay muchas vidas en juego.

—Y hablando de Los... ¿te ha contado muchas cosas interesantes?

—Alguna que otra.

—Lo que me lleva a hacerte una propuesta.

—¿No te he dicho que esta vez escojo el deber?

—Eso es porque mis amenazas y las de Los tienen pocas probabilidades de cumplirse. Estoy pensando en algo más realista.

—Sorpréndeme.

—He liberado a Mendizale. Para que veas que estoy dispuesto a negociar.

—Sabía que lo de interrogarla era un farol.

—¿Entonces das por sentado que realmente la he liberado?

—¿No eras tú el que decías que éramos iguales?

—Y tú que no lo éramos.

—¿Ahora estamos intercambiando nuestras suposiciones o qué?

—¿Sabes lo que te voy a proponer?

—Pues... Podría ser volver a detener a Mendizale si no hablo. Pero lo dudo. Has hablado de una propuesta, no de una amenaza, y yo no elijo las palabras inadecuadamente. Además, si la soltaste es que no tenías intención de usarla en nuestra contra.

—A menos que quiera que me lleve hasta la Resistencia.

—¿Para eso no bastaba con soltar al Artista?

—El Artista es un superviviente. Quizás en este momento sólo trate de vivir una vida tranquila en este universo junto a Olmaly.

—Y Mendizale no tiene alma de guerrero, así que a lo mejor no tiene ganas de seguir con la Resistencia.

—¿Estás seguro de eso?

—¿Estás seguro de lo del Artista?

—Bien, Lainier, no pienso volver a detener a Mendizale a menos que me de motivos para ello. Y lo mismo digo del Artista y Olmaly. Esos tres están a salvo por el momento.

—¿Entonces qué coño ibas a proponerme?

—Mendizale, Olmaly y El Artista son libres, pero pasará mucho tiempo antes de que puedan volver a casa. Mientras tanto, tendrán que sobrevivir aquí. La única ayuda social que han recibido y que jamás recibirán es una pequeña cantidad de dinero que espero usen para salir del planeta. El resto corre por su cuenta. El problema es quién les va a dar trabajo. También puede ser que elementos vengativos vayan a por ellos. Dime todo lo que quiero saber y me aseguraré de que consiguen un trabajo y que nadie les moleste. ¿Aceptas?

—No.

—¿No?

—No voy a entregarte a nadie de la Resistencia. Los estaría condenando a una larga temporada en prisión.

—Te lo pondré más fácil. Olvidate de la Resistencia. Háblame de todo lo relevante de tu universo desde hace un año.

—El último año estuve viajando por el Xenoespacio. Me temo que no sé mucho sobre la Asociación de Planetas.

—Primero: seguro que te llegaron noticias detalladas, que para algo hay estaciones asociadas cerca del Xenoespacio. Segundo: he dicho que me contases todo lo relevante de tu universo, no sólo cosas sobre tu espacio.

—Sé poco sobre el Xenoespacio porque no iba en misión diplomática o de espionaje. Y me temo que al visitar las estaciones, estábamos más ocupados pasándolo bien que informándonos sobre cosas que en ese momento nos quedaban muy lejanas.

—No cuela, Lainier.

—Muy bien, lo diré de otro modo: no te revelaré una mierda.

—¿En serio? ¿No me piensas dar unos datos que a lo mejor de poco me sirven, que en el mejor de los casos sólo acortarían el tiempo necesario para mi operación en un margen pequeño? ¿Vale la pena no darme los datos y que el futuro de Mendizale, Olmaly y El Artista no esté asegurado?

—Confío en la capacidad de supervivencia de Mendizale y aún más en la del Artista.

—Entonces seguiremos con la tortura, y acabarás hablando de todos modos. ¿Vale la pena pasar dolor para retrasar lo inevitable y encima evitar ayudar a tus amigos?

—Un pequeño retraso no está mal. Se nota que tienes prisa por sacarme información. De ahí la insistencia en que acepte el trato.

—Te haré una última oferta...

—¡Dios, qué pesado puedo llegar a ser!

—Añado tu libertad a la oferta anterior.

—Rechazado. Y ahórrate ofrecer liberar a más gente.

—No pensaba hacerlo. Como te dije, mi gente quiere venganza. Además, vosotros libres sois un peligro. Soltaros a todos no es una opción. De hecho soltarte a ti ya resultaría arriesgado, pero me ha parecido interesante proponerte esta última oferta.

—Pues ya la has propuesto y ya la he rechazado. ¿Algo más?

—Deberías haber aceptado.

—Y dale.

—No tienes suerte, Lainier —dijo el Presidente con una sonrisa burlona—. Y ahora, te dejo de nuevo con Los.

—Vaya usted a la mierda.

El Presidente salió de la habitación sin cerrar la puerta. Después se dirigió a Los, que esperaba afuera:

—Tú, suspendido de sueldo durante un año por las ejecuciones en Neo World, por mentirme sobre la muerte de SuNSeT, por comenzar el interrogatorio de Lainier sin avisarme y por amenazar a Wib.

—Uh... —comenzó a decir Los.

—¿Lo vas a negar? Puedo tumbarte en otra mesa ahí dentro, si te place.
—Lo siento, señor.
—Tú solo sientes que me haya enterado. Ahora vuelve ahí dentro y espabila.
—Sí, señor...

—¡Antimateria! —dijo de repente ElArtista mientras conducía el coche.

—¿Se te ha ocurrido algo? —preguntó Olmaly, a su izquierda. Mendizale estaba sentada detrás.

—Si la nave no ha partido, y no hay indicios de que lo haya hecho, es que aún debe recibir antimateria. Gatdras dijo que se tarda tiempo. Es más, aunque la nave parta, eso no quiere decir que la base no vaya a recibir más antimateria: moverán la nave antes de llenar el combustible, pero como las comunicaciones interestelares pueden tardar mucho, aún cabe la posibilidad de que reciban algún cargamento de antimateria antes de que la orden de cambiar el destino sea recibida. Podemos interceptar un envío y usar la antimateria para atacar la base.

—Espera, espera. ¿Cómo vamos a detectar en qué vehículo llega la antimateria? ¿Cómo vamos a robarla? ¿Y cómo vamos a saber qué base atacar? Para cuando la tengamos, nuestros compañeros podrían haber sido trasladados ya.

—El último punto es irrelevante. Si logramos neutralizar la base con antimateria podemos tomar como rehenes a los científicos o hacernos con la nave e intercambiarlos por nuestros compañeros.

—¿Y cómo nos hacemos con la antimateria?

—Espionaje. Sabiendo dónde está la base, seguro que Gatdras es capaz de averiguar el resto. O no. Yo qué sé.

—¿No habíamos quedado en que no contactaríamos con la Resistencia? Nos estarán vigilando.

—De momento nadie nos sigue —el grupo viajaba por una solitaria carretera que cruzaba el bosque, para acercarse a Mendizale al caza oculto.

—Aquí sería muy obvio, pero si volvemos a la ciudad...

—Entonces hay que hacerle llegar a Xanty y Gatdras un mensaje para que vengan a reunirse a un lugar seguro.

—¿Y cómo haces eso? No podemos usar los teléfonos: seguro que están intervenidos. La única posibilidad de encontrarlos es ir a la ciudad.

—Sabemos dónde se hospedarían. Podemos dejarles un mensaje.

—Si nos acercamos al hotel y nos vigilan, sospecharán que la Resistencia se encuentra allí.

—O simplemente que queremos pasar la noche.

—Claro...

—Podemos pagar a alguien para que entregue el mensaje.

—Estamos en una dictadura. Si le pides eso a alguien, lo más probable es que avise a un poli.

—Bien. Les haremos llegar el mensaje desde el edificio de enfrente.

—¿Piensas disparar una flecha con un mensaje acaso?

—Si es necesario...

—Bien, supongamos que podemos atacar la base con antimateria. ¿No verán u oirán la explosión desde algún otro lugar y enviarán refuerzos?

—La base está muy lejos de cualquier núcleo urbano —señaló Mendizale—. Y además, ni hay razón por la que los urbanitas estén mirando hacia el bosque cuando esto pase.

—Pero hay una posibilidad...

—Me parece que cualquier paso que damos tiene posibilidades de ser el último.

Finalmente, Mendizale se apeó del vehículo y se introdujo en la espesura, mientras ElArtista y Olmaly regresaban a la ciudad. La Dama de la Nieve anduvo sigilosamente entre matorrales y árboles en busca del caza. Llevaba media hora andando y no paraba de darle vueltas al asunto en la cabeza. A lo mejor tenía que esperar horas o días junto al caza hasta que la nave despegase. No es que le importase alimentarse de fruta, pero la espera podría resultar dura... o no. El repentino sonido hizo que Mendizale alzase la vista. Apenas pudo ver algo entre los árboles, pero no tenía dudas: la nave multiversal estaba despegando.

—¡¡Joer!! —La Dama de la Nieve corrió. Aún estaba a un par de minutos del caza.

Mientras se aproximó, nuevas consideraciones acudieron a su mente: no tenía tiempo de explorar los alrededores. ¿Y si el caza estaba vigilado? ¿Y si iba hacia una trampa? Esta vez El Presidente no la dejaría marchar de nuevo. "Pero no voy a dar la vuelta", pensó, y siguió avanzando, hasta que divisó el caza, envuelto en maleza. Se introdujo en la cabina sin que nadie apareciese para impedirle e inició el vuelo a toda velocidad. Tuvo que alejarse para que los radares enemigos no la detectaran, lo cual ralentizaría el ascenso, pero la nave multiversal era mucho más lenta.

Cuando Mendizale sobrepasó la altura necesaria, se interpuso en la trayectoria de la nave multiversal y esperó a que los enemigos apareciesen en el radar. Por supuesto, en ese momento ella también sería detectada, así que tenía segundos para ajustar la trayectoria de descenso. Al cabo de un par de minutos, once señales aparecieron en el radar: una enorme y otras diez más pequeñas, formando un anillo alrededor de la grande. En menos de cinco segundos, Mendizale ajustó la posición de su caza, activó la invisibilidad, y apagó los motores. Entonces cayó en picado.

El Presidente estaba en su despacho cuando una voz sonó por los altavoces más cercanos a su ordenador.

—Señor Presidente, hemos detectado un objeto extraño en las coordenadas que le hemos enviado a su pantalla. Ha permanecido unos cinco segundos y ha desaparecido. Como ve, estaba en la trayectoria de la nave multiversal. Tiene el tamaño de un caza.

—Pues traten de encontrarlo —dijo el Presidente—. Pero que los cazas escoltas no abandonen su posición. Podría

ser un ardid. Enviaré otro caza a la zona.

—¿Disfrutas, Lainier? —preguntó Los mientras limpiaba su cuchillo. Había realizado un corte alrededor del brazo derecho del líder del Cuerpo de Asalto.

—Oye... si nos ayudas a volver a casa, te ayudaremos a deshacerte del Presidente —afirmó el clon. Ver a Los en el poder era horrible, pero le parecía la mejor forma de salir de allí, y ya se le ocurriría algo para encargarse de él más adelante—. Vamos, es obvio que no os lleváis bien.

—Tenemos nuestras diferencias, pero también las tienes tú con tus hombres. No acepto tu ofer... —de repente, una voz sonó por el comunicador de Los:

—Coge un caza y dirígete a las coordenadas que te he mandado al móvil. Prioridad uno.

—Sí, señor.

El Komisario salió corriendo mientras guardaba su cuchillo. Lainier se quedó solo.

El caza de Mendizale descendía con la única aceleración de la fuerza de gravedad local: $8'69 \text{ m/s}^2$. La única parte del caza que permanecía visible era una pequeña cámara frontal, para poder ver el exterior. Era tan pequeña que los radares la obviarían. La Dama de la Nieve contempló las naves en su monitor: apenas puntos negros, pero con la velocidad que llevaban, se cruzarían en segundos. El ordenador mostró sus cálculos en pantalla: el caza de Mendizale pasaría peligrosamente cerca de uno de los cazas enemigos: poco más de diez metros. Si el enemigo variaba la trayectoria ligeramente hacia su derecha, podría resultar mortal. Pero de momento volaba recto.

"No te pongas nerviosa", pensó Mendizale, "si el Cuerpo de Asalto hace este tipo de cosas todos los días, yo no voy a ser menos".

El caza de la Dama de la Nieve se cruzó con el enemigo. Pudo notar la otra nave pasando a su lado, y seguro que el enemigo también notó la de Mendizale. No podía perder tiempo: encendió los motores, giró la nave hacia arriba y desactivó la invisibilidad. Lanzó todos los misiles, cuatro en total, contra la parte trasera de la nave multiversal. En un par de segundos, impactaron, destrozando parte del sistema de propulsión. Mendizale volvió a descender, esta vez a plena potencia, y volviendo a activar la invisibilidad, aunque eso no dificultaría demasiado la puntería del enemigo a una distancia tan corta. Sin embargo, la escolta no se apartó de la nave multiversal, que parecía haber perdido un tercio de su potencia propulsora y tenía parte del casco trasero envuelto en llamas. La nave inició un lento descenso acompañada por los cazas. Mendizale pensó que se habían olvidado de ella y volvió a concentrarse en la bajada... sólo para comprobar que se había distraído mirando arriba y no había escuchado la alarma de misil: un proyectil se dirigía hacia ella, de frente, lo cual significaba que otro caza ascendía hacia ella. Tuvo que reaccionar en menos de dos segundos: esquivó el misil y lanzó contramedidas. El misil dio la vuelta e impactó contra ellas, pero la onda expansiva sacudió el caza de Mendizale, haciéndole perder el control durante un instante, todo lo que necesitaba Los para acertar. El Komisario, que pilotaba su caza ascendiendo hacia la Dama de la Nieve, activó sus dos láser. A doscientos metros de distancia, la atmósfera apenas podía disipar el calor: los haces cortaron la nave con una energía terrible, seccionando la mitad del ala izquierda. Mendizale no podía estabilizar la nave. Los apartó su caza a un lado por si acaso.

—Te sugiero que salgas de ahí —advirtió Los por radio.

"Si Lainier puede hacer esto, yo también", pensó Mendizale, aunque cada vez dudaba más de sus posibilidades: todo el mundo le recordaba que era la número uno, pero eso era solo para los deportes de nieve: en materia marcial, la experiencia era vital, y carecía de ella. Aún así, había decidido no rendirse: cogió una pistola de un compartimento bajo el ordenador y activó la eyeción del asiento, saliendo despedida: una vez separado del resto de la nave, el asiento funcionaba como una plataforma voladora, aunque también tenía un paracaídas de emergencia. Tenía que ser rápida, o el enemigo acabaría con ella pronto. Los giró la nave hacia ella. La Dama de la Nieve pulsó con su dedo en una pantalla táctil situada en el respaldo derecho de su asiento y también giró la nave hacia Los bruscamente. En cuanto lo tuvo enfrente disparó a la cabina: el haz atravesó el hombro derecho de Los, que dejó escapar un pequeño grito de dolor. La herida debía haber sido importante, porque la nave cambió de rumbo, pero ésta lanzó un misil: Mendizale pulsó de nuevo en la pantalla táctil: el paquete del paracaídas se acopló automáticamente a su espalda y la Dama saltó al vacío: tras dos segundos de caída, el asiento voló en pedazos. Mendizale activó el paracaídas: pero no sólo se despegó el paracaídas estándar, sino que la Dama de la Nieve fue envuelta en una bolsa de aspecto metálico. De repente, todo el conjunto se hizo invisible. No cabía duda de que Los utilizaba aquel caza para operaciones encubiertas.

Los había descuidado el seguimiento de Mendizale al tener que taponarse la herida con un pasta medicinal de un tubo de su botiquín. situado bajo el panel de control. Viviría, pero no lograba encontrar al objetivo. Al Presidente no le iba a gustar nada. "Aunque la culpa es suya por soltar a esos tres", pensó Los. Probablemente el Presidente también pensaría en el tema, así que no le echaría la bronca. Pero, ¿había algo que Los pudiera hacer? "Fuego a discreción por si la alcanzo... No, gastaré munición y podría haber más atacantes cerca. Puedo descender a tierra y buscarla, pero envuelta en la capa de invisibilidad tiene ventaja, aunque no pueda moverse con ella. Además, podría haber resistentes abajo. No tengo más remedio que avisar a la base."

El Presidente estaba en su despacho, hablando con Los por el ordenador.

—¿Qué hago? —preguntó El Komisario.

—Debemos detener de nuevo a Mendizale, ElArtista y Olmaly —contestó el Presidente.

—ElArtista es muy escurridizo. Su última posición conocida ha sido conduciendo por la ciudad, hace unos minutos, y luego le perdimos la pista; pero en cuanto demos la alerta ciudadana, lo encontraremos enseguida.

—He dicho que debemos detenerlos, no que haya que hacerlo ya. Seguiremos el plan establecido: vigilarlos hasta que contacten con la resistencia: ahora no me cabe duda de que lo intentarán, dado que no se dan por vencidos. Te dejo, tengo llamada de los científicos —El Presidente hizo un gesto con el dedo ante el monitor, cambiando de interlocutor—. Informe.

—La reparación tardará tres días, señor.

—Que sean dos.

—Ya hemos tenido en cuenta trabajar con descanso mínimo. Tienen que ser tres días, a menos que vengan nuevos técnicos y mano de obra de la ciudad.

—Inaceptable. La Resistencia podría tener controlados a los trabajadores en la ciudad. Te doy los tres días, pero más vale que cumplas el plazo: no me gusta la gente que no cumple con lo que dice.

—Sí, señor.

El hotel era un gigantesco edificio de doscientas plantas, con forma rectangular, de quinientos por mil metros de lado. El exterior estaba rematado en cristal verdoso. El Artista y Olmaly estaban caminando por la acera del edificio de al lado, a la izquierda del hotel según se entraba. La distancia entre edificios era de unos cincuenta metros. Salvar esa distancia no era problema para El Artista, que tenía varios métodos en mente para hacer llegar el mensaje a la Resistencia: entrar al edificio le preocupaba mucho más. Teniendo en cuenta la mentalidad de los ciudadanos, si un extraño se colaba en un edificio cuando otra persona entraba, seguro que le atiboraban a preguntas.

—Yo lo haré —dijo de repente Olmaly.

—¿Qué? —preguntó El Artista.

—Yo entraré al edificio y entregaré el mensaje. Llamo menos la atención que tú.

—Discrepo. Se te nota demasiado que eres humana, y este edificio debe estar lleno de clones que odian a los humanos. Estamos en una zona pija.

—Aún así no parezco hostil, y a ti podrían reconocerte la cara, como ya ha pasado dos veces con Lainier. Además, alguien podría estar vigilándonos: aléjate de mí para que te siga a ti, porque sin duda te considerarán el objetivo principal. Así no me verán entrar.

—Si nos sigue más de una persona, dividirán la vigilancia.

—Sigo teniendo más argumentos a favor de mi plan que tú en contra.

—¿Que dirás si los vecinos te preguntan?

—No te preocupes por eso. Tengo varias ideas en mente. Recuerda que asesoro a políticos: esquivar preguntas incómodas es mi especialidad.

—Bien, separémonos, y ve con cuidado.

—Que sí, pesao.

Tras asegurarse de que Los había vuelto a la base, Mendizale se deshizo de la capa de invisibilidad y avanzó rápidamente por el bosque: pronto llegarían soldados en su busca. La destrucción de su caza le complicaba la huida. Si huía a pie por la carretera, la encontrarían. La mejor opción era esconderse en el vasto bosque y esperar al ataque con antimateria. De nuevo, pensó que eso podía tardar días. Aún así, si era astuta, no la encontrarían: el Presidente debería de estar paranoico ahora, y seguro que no prescindiría de demasiados hombres para buscarla. Probablemente se haría fuerte en la base para proteger la nave multiversal. Puede que incluso ordenara traer más cazas y tropas de otras bases, no para buscarla a ella, sino para reforzar el recinto y la escolta de la nave.

La Dama de la Nieve encontró una cueva. La inspeccionó con cuidado: estaba vacía y sin señales de ser una madriguera. La entrada era lo bastante ancha para que entrasen dos personas. El interior constaba de una cámara donde podían caber diez personas sin estrecheces, y otra cámara algo más pequeña al fondo, a la que se llegaba por un estrecho túnel de unos veinte metros de largo. Otra persona hubiese sentido frío allí dentro, pero Mendizale no. Sin embargo, no se sentía a gusto en la cueva: no le gustaban los sitios estrechos. Pero esa era una buena razón para esconderse en una cueva. Su pequeño principio de claustrofobia estaba reflejado en su perfil psicológico. Los rastreadores pondrían poco énfasis en buscar en cuevas estrechas. Mendizale se resignó. "Bueno, fue peor cuando viajé enlatada en el caza", pensó recordando el incómodo viaje de Neo World a Silkeria. Tras comprobar que la cueva era apta, volvió a salir al exterior.

El hombre abrió la gran puerta metálica con su tarjeta de seguridad: tras deslizarse a la izquierda, pasó al interior del edificio. Olmaly aprovechó para entrar tras él.

—Buenas tardes —dijo ella en Silkeriano.

—Buenas... —dijo el hombre echándole un vistazo.

Era alto, con el pelo rubio peinado hacia atrás, y vestido con cara ropa negra. "Un ejecutivo o una mierda semejante", pensó Olmaly.

Ambos avanzaron cinco metros hasta llegar a los ascensores, tres en total. El hombre pulsó el botón para llamar al central. Olmaly pulsó en el de la derecha.

—No creo haberla visto antes —dijo el hombre a Olmaly.

"Allá vamos", pensó ella.

—Vengo a una entrevista de trabajo en el bufete de abogados —Olmaly había visto la placa en la entrada.

—De secretaria, supongo, porque tiene pinta de humana...

"Qué a gusto te despellejaba", pensó Olmaly. Se le estaban pegando cosas del Artista.

El ascensor de Olmaly llegó el primero. La chica pasó al interior, seguida del impertinente sujeto, sin duda un clon. Olmaly pulsó el botón del decimocuarto piso, pero el hombre no pulsó ningún otro.

—¿A qué piso va? —preguntó Olmaly, inquieta.

—Al mismo que usted.

"Mierda, mierda, mierda", pensó la chica.

El ascensor llegó a su destino. Los dos ocupantes salieron. El pasillo se extendía de derecha a izquierda. En total se veían unas veinte puertas de metal deslizantes. Olmaly giró a la izquierda, seguida por el hombre. Ambos se pararon en la cuarta puerta: sobre ella estaba inscrito el nombre del bufete de abogados: "Consultoría Doxxmorr".

—¿Usted trabaja aquí? —preguntó ella, inquieta, aunque trataba de que no se le reflejase en la cara.

—No. Soy un cliente.

"Y un carajo. Lo que pasa es que sospecha algo y quiere comprobar mi versión".

—Usted primero —dijo ella haciéndose a la izquierda y haciendo un gesto con la mano.

—No, usted, por favor —respondió el hombre con una cínica sonrisa.

"La cagamos."

No tenía más remedio que seguir adelante.

Olmaly llamó al timbre, pero antes de que abrieran la puerta, ElArtista se abalanzó sobre el clon por la espalda y le rompió el cuello.

—¿¿Pero qué...?? —gritó Olmaly.

—Calla y vámonos —dijo ElArtista mientras arrastraba el cuerpo hacia el ascensor.

—¿Era necesario matarlo?

—Era necesario sacarte de allí, y yo no me ando con tonterías.

La puerta del bufete se abrió justo cuando ElArtista y Olmaly desaparecían en el ascensor junto con el cadáver. No los vieron.

ElArtista mantenía la puerta del ascensor abierta con el pie. Dejó caer el cadáver al suelo.

—Encárgate tú de la puerta —dijo el clon—. Si oyes que alguien viene, deja que se cierre y nos vamos a otro piso.

Olmaly tomó el relevo del Artista poniendo el pie. El clon registró rápidamente el cuerpo: se hizo con algo de dinero en forma de tarjeta, un teléfono móvil, una pequeña pistola y un cuchillo sónico de veinte centímetros de hoja.

—Para defenderse de los humanos, supongo... —murmuró Olmaly con desprecio.

ElArtista usó el vibrocuchillo para abrir el panel del techo del ascensor. Cargó con el cadáver hasta dejarlo encima y luego bajó de nuevo. Colocó el panel de nuevo en su sitio.

—A la azotea —dijo.

Olmaly quitó el pie y pulsó el último botón.

—¿Cómo has entrado al edificio? —preguntó.

—Por la puerta.

—Concreta más.

—¿Has visto cómo has mantenido esa puerta abierta con un pie? Pues yo lo mismo. Como el tonto ese se estaba fijando en ti, no se coscó de que la puerta no se había cerrado del todo.

ElArtista y Olmaly se acercaron al borde de la azotea que daba al hotel. El clon empezó a contar ventajas mentalmente.

—Ya tengo localizada la habitación —dijo al cabo de unos segundos.

—Se me ha ocurrido que podríamos llamarlos desde el móvil del tipo ese... —señaló Olmaly.

—Ya lo he mirado. Está bloqueado.

—Joder lo que cuesta hacer las cosas.

—Espero que recuerdes lo duro que es nuestro trabajo la próxima vez que hables con el Conseller de Interior. Un aumento no estaría mal.

—Venga, dale caña.

ElArtista sacó su móvil y comenzó a lanzar destellos intermitentes con el flash. Ya empezaba a ponerse el sol y deberían verse desde el piso de Xanty y Gatdras, situado cinco plantas más abajo, si es que habían logrado alojarse donde pretendían.

Al cabo de unos segundos, una ventana del hotel se abrió, aunque estaba situada tres pisos más abajo de lo previsto. Otras señales luminosas surgieron de ella.

—Están ahí —dijo ElArtista mientras proseguía con las señales.

Cuando acabó la comunicación, Gatdras se apartó de la ventana y guardó su móvil. Estaba en un salón decentemente amueblado, provisto de un televisor de cien pulgadas.

—La cosa se ha liado —informó la espía a Xanty, sentado en un enorme sofá ante el televisor, que mostraba las noticias: los humanos habían realizado un ataque terrorista en el espaciopuerto de Perpignan, pero habían sido neutralizados por las fuerzas de seguridad.

—Eso explica porqué se comunican con uno de los métodos de emergencia —dijo Xanty, apartando la vista de los desinformativos.

—Todos han sido capturados excepto ElArtista, Olmaly y Mendizale. Los otros estaban presos en la base militar de las coordenadas 345, 512, donde está la nave, pero puede que los cambien a Silkeria. En estos momentos Mendizale espera poder interceptar la nave cuando intenten moverla, cosa que debería ocurrir más pronto que tarde. Es factible que

aún reciban antimateria. Esperan que la robemos para atacar la base. ElArtista cree que el Presidente escogerá un envío camuflado para evitar atraer ladrones.

—Tiene sentido, pero, ¿cómo sabremos cual de todos los transportes que vayan hacia la base lleva la antimateria?

—Será cualquiera que aterrice en la base. Es un centro donde guardan la nave multiversal, y eso significa que será bastante autosuficiente. No creo que necesiten muchas cosas de otros planetas. Por tanto, si aterriza una nave de transporte, es que lleva antimateria.

—A menos que la nave aterrice en el espaciopuerto civil y lleven la antimateria por tierra. El Presidente puede haber previsto que obtendríamos la ubicación de la base. Puede que incluso mande que se envíen transportes vacíos sólo para despistarnos.

—¿Y qué hacemos entonces?

—¡Estoy pensando!

Los avanzó entre el lodo, que le llegaba hasta los tobillos, ataviado con su armadura. El pantano era un lugar asqueroso, pero había menos árboles que en otras zonas, y se podía ver el cielo. El Komisario pensó que sería un buen lugar para Mendizale, ya que no le gustaban los espacios estrechos. Sin embargo, llevaba una hora buscando infructuosamente: los sensores del móvil sólo detectaban calor y movimiento de animales. Entonces se le ocurrió: ¿y si Mendizale, sabiendo que el enemigo conocía su problema, había decidido ocultarse en un lugar estrecho? Al no tratarse de una fobia incapacitante, no tendría problemas para soportarlo. Los se detuvo y consultó su móvil: las diversas cuevas del bosque aparecieron en pantalla. Fue a la que estaba más cerca del lugar donde la Dama de la Nieve debía haber caído. ¿Esta vez debía ir solo o acompañado? Si avisaba a otros, el sigilo podría verse afectado. Si iba solo y Mendizale lo localizaba antes, podría capturarlo o incluso acabar con él, aunque el informe psicológico lo hacía improbable. ¿Y si no estaba sola? La mejor opción parecía ir acompañado, pero entonces pensó que quería ver muertos a Mendizale y ElArtista. Al orgulloso Los no le gustaban nada los clones que simpatizaban con los humanos. El problema es que al parecer el Presidente solo sentía odio hacia Lainier, porque había ordenado coger a Mendizale y a cualquier otro que la ayudara vivos. Si Los iba acompañado, los demás intentarían detener las ejecuciones. Ahora la mejor opción pareció que era ir solo, pero, ¿que pasaría cuando el Presidente descubriera que le había desobedecido? No le cabía duda de que, de tratarse de Wib, el dictador lo mataría con sus propias manos. ¿Pero qué haría en el caso de Mendizale, ElArtista y Olmaly? A lo mejor no se enfadaba tanto: al Presidente no le gustaba la gente que rechazaba una segunda oportunidad. ¿Pero entonces por qué había explicitado que los quería vivos? ¿Los respetaba, o tenía planes para ellos? Pero si tuviera planes, lo habría dicho, ¿no? De pronto se dio cuenta de que aún no era el momento de hacer tales conjeturas. Ya decidiría qué hacer si llegaba a detectar algo en la cueva.

—¡Lo tengo! —exclamó de repente Gatdras.

—Sorpréndeme —dijo Xanty.

—Crearemos un pequeño bache en la carretera. Los vehículos que no transporten antimateria no se molestarán en esquivarlo, pero la gente que transporta antimateria es paranoica por si las fugas, así que el conductor esquivará el bache.

—El Presidente puede haber ordenado a todos los conductores que se comporten como si transportasen antimateria, de modo que todos esquivarán el bache. Podría ser una forma de hacernos caer en una trampa y capturarnos.

—Tendremos que arriesgarnos, porque puede que el Presidente haya pensando en cualquier cosa en que pensemos nosotros.

—Pues pongámonos en marcha ya, no sea que el envío llegue mientras estemos aquí —dijo Xanty poniéndose en pie y apagando la tele.

—O podría tardar días y estaremos esperando en el bosque como gilipollas —Gatdras también se levantó del asiento.

—Pensé que estabas acostumbrada a ese tipo de cosas por ser espía —dijo Xanty mientras comprobaba sus bolsillos.

—¡Sí, pero tú no!

Los avanzó arrastrándose entre la maleza. La cueva estaba frente a él a cien metros. Consultó su móvil: no se detectaba ningún ser vivo. Sin embargo, Mendizale llevaba un uniforme militar que enmascaraba el calor corporal. El Presidente se lo había entregado para que cualquier resistente que la viera dudara de sus lealtades, pero ahora le resultaba una ventaja. Al menos la Dama de la Nieve tenía la cabeza al descubierto, así que si El Komisario se acercaba lo suficiente, detectaría el calor, por lo que siguió adelante. Estaba en la entrada de la cueva, y ahora detectaba una débil señal térmica. Sacó de un compartimento de su bolsillo un mosquito robótico, que voló hacia el interior. Los observó lo que captaba el mosquito desde su móvil: en la cámara del fondo había un bulto de matojos, ramas, hojas, suficientemente grande como para estar ocultando a una persona. La señal de calor provenía de allí. Los hizo volver al mosquito, activó la invisibilidad de la armadura, guardó el móvil y sacó su arma. Si sólo había un enemigo, podía encargarse de él... permanentemente. El Komisario avanzó lentamente hasta entrar en la cámara del fondo. Tenía el bulto a tres metros escasos. No podía apartar toda la vegetación de una vez, lo cual eliminaría el factor sorpresa, así que simplemente decidió disparar. El haz atravesó el montículo, y las hojas y ramas secas prendieron. En ese momento, el techo del pasillo se derrumbó. Los se dio la vuelta y corrió, pero había quedado atrapado.

—¡MIERDA!! —El Komisario destrozó el bulto a patadas: abajo estaba el móvil de Mendizale, encendido y

generando calor. En pantalla había un mensaje: "Dejadlos ir"—. ¡¡JAMÁS!!

Los arrojó el móvil contra la pared de la cueva, aunque éste quedó intacto. Esos cacharros eran muy resistentes. Se quitó la armadura al lado del túnel obstruido y se fue al fondo. Activó un botón en su móvil mientras miraba hacia la pared. La armadura estalló, destrozando parte de las rocas, pero apenas había abierto un metro de espacio. Quedaban por lo menos diez metros más. Los sacó su vibrocuchillo y comenzó a cortar los pedruscos. Mientras se abría camino, realizó un aviso por su intercomunicador:

—Mendizale está en mi zona. Enviad refuerzos.

Ojalá los hubiera pedido antes. Había vuelto a caer. De repente se dio cuenta de que las críticas del Presidente eran fundadas. El problema era que hasta ahora, Los y los demás clones de tercera generación sólo se habían enfrentado a personas normales principalmente, pero ahora se enfrentaban a otros clones, y eso era un asunto muy distinto.

Era ya bien entrada de noche cuando Gatdras y Xanty pidieron un café en un restaurante de carretera. Estaban sentados en una mesa cerca de la puerta de entrada, y a través de los cristales vigilaban el exterior. Habían instalado una cámara oculta al lado de la autopista, quinientos metros más adelante. Si el dispositivo detectaba movimiento cercano, los avisaría. Aún así cada dos por tres echaban un vistazo a la pantalla del móvil.

—¿Y dónde dormiremos si el transporte tarda más de un día? —preguntó Gatdras. Después tomó un sorbo de café.

—No lo sé —respondió Xanty—. ¡Tú eres la experta en temas de vigilancia!

—Pues en el bosque no puede ser. Ahora mismo lo estarán peinando para encontrar a Mendizale.

—Espera, ¿cómo lo sabes?

Gatdras señaló la tele que colgaba de la pared, tras Xanty. El resistente se dio la vuelta: La Dama de la Nieve aparecía en pantalla. Un aviso de "se busca".

—No salen ElArtista y Olmaly —advirtió Xanty—. Deben esperar que aún los conduzcan hasta nosotros.

—Y hay bastantes probabilidades de que así sea —señaló Gatdras—. No tendremos más remedio que quedar con ellos para coordinar el ataque con antimateria.

—Pues a ver cómo... —de repente Xanty se dio cuenta de que su móvil estaba vibrando—. Ahí lo tenemos.

Los dos resistentes salieron a toda prisa. Xanty se puso al volante de un coche deportivo rojo, con Gatdras a su lado. Aceleró rumbo hacia el transporte. Tenían dos minutos para llegar.

El transporte, un vehículo militar con capacidad para unas diez personas, se aproximó al bache. El conductor frenó y lo rodeó.

—¿No es mucha casualidad que sea el primero que vemos pasar? —preguntó Gatdras mientras contemplaba el monitor del ordenador del coche.

—¡Ahora lo comprobaremos! —dijo Xanty.

Finalmente, el deportivo alcanzó al transporte. Los resistentes ocultaron sus rostros con capuchas. Gatdras asomó por la ventana y sacó una pistola, reventando la rueda trasera derecha. El vehículo frenó como pudo y cambió a modo volador, intentando dejar tierra. Gatdras pulsó en la pantalla de su móvil: del lado izquierdo del coche surgió un cañón que disparó un garfio magnético que se hundió en la parte trasera del transporte. Los dos vehículos quedaron unidos por un pesado cable. Los militares no pudieron elevarse por el peso. Uno de ellos asomó por la ventana derecha, pero Gatdras le alcanzó primero en el brazo y luego en la cara. A los resistentes no les gustaba tener que matar gente, pero esta vez era necesario.

—Llevan la antimateria —señaló Gatdras.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Xanty.

—El conductor no ha tratado de asomar para disparar. Teme que si pierde la concentración, se estrelle, provocando una explosión.

—Cosa que podría ocurrir.

—No, porque estoy seguro que ambos conducís muy bien.

—Me está costando, no te creas...

El vehículo volvió a tierra. Frenó hasta detenerse. Xanty paró el coche mirando hacia la puerta del conductor enemigo. Gatdras y él asomaron por las ventanas y apuntaron con sus pistolas.

—¡Si iniciamos un tiroteo, podría petar todo! —exclamó Xanty en silkeriano—. ¡Pero tampoco queremos esperar a tus refuerzos, así que te daremos cinco segundos y luego nos la jugaremos! ¡Cuatro!

El conductor arrojó su pistola por la ventanilla.

Los ya había escapado de la cueva y seguía la pista de Mendizale. Siguió un rastro por el suelo, pero al cabo de unos minutos lo perdió. ¿Estaría moviéndose por los árboles? El Komisario alzó la vista pero no vio nada, y los sensores sólo detectaban animales. Había perdido demasiado tiempo en la cueva. Mendizale ya debía sacarle bastante ventaja. Pero antes o después la encontraría: no podía ir a la ciudad, donde la detendrían inmediatamente. Puede que la selva fuera grande y que tardasen días, pero sólo era cuestión de tiempo: en cuanto la nave multiversal estuviese reparada, el Presidente podría prescindir de más tropas en la base y enviarlas en busca de la fugitiva. "Lástima que el Presidente sea tan débil", pensó Los. "Lo que deberíamos hacer es bombardear toda la zona". De repente el Komisario recibió una llamada del Presidente. La coincidencia hizo que por un momento Los pensase que el dictador estaba espiando dentro de su cabeza.

—¿Señor? —dijo Los por el móvil.

—Dos individuos han interceptado uno de los cargamentos de antimateria. Te he mandado las coordenadas. Ves hacia allí.

—¿Son Olmaly y ElArtista? —preguntó el Komisario mientras echaba un ojo a la pantalla para leer las coordenadas.

—Según un policía, Olmaly y ElArtista estuvieron hace poco cenando en un restaurante. Los atacantes deben ser resistentes, quizás Xanty y Gatdras.

—¿Cómo sabían a qué base llevaban la antimateria? —preguntó Los mientras daba la vuelta para regresar a su caza —. Tuvieron que ser informados.

—Poco antes de anochecer entraron en un edificio en la zona clon. Salieron al cabo de media hora aproximadamente. Durante ese tiempo un par de agentes vigilaron a toda la gente que entró y salió, y todos eran clones que viven en el edificio, nada sospechosos de colaborar con la resistencia. De hecho es muy mal lugar para los humanos, así que me extraña que hubiera resistentes allí. El caso es que después de que Olmaly y ElArtista abandonaran el edificio, la policía buscó resistentes puerta por puerta. Un abogado nos dijo que alguien llamó al timbre pero que desapareció. Pero luego una mujer dijo que su marido aún no había vuelto del trabajo. El agente que vigilaba al Artista y Olmaly dijo que justo antes de ellos entró otra persona. Nadie de los residentes dijo haber entrado en ese momento, ni haber visto a Olmaly o ElArtista. Supuse que ElArtista había matado al marido de la mujer, así que ordené buscar el cuerpo. Estaba sobre el ascensor. ElArtista le robó dinero, un cuchillo y su móvil.

—¿Y no se les detuvo?

—Necesitaba que nos llevaran hasta la resistencia, pero ahora sabemos dónde están, más o menos. Intentarán refugiarse en la selva como Mendizale, porque tendremos a todos los clones de la ciudad vigilando a los humanos. Además he ordenado el toque de queda para humanos. Si los resistentes regresan, se harán notar. Si ElArtista u Olmaly intentan ir a la selva, los detendremos para que no ayuden a la resistencia con la antimateria. Si se quedan en la ciudad, seguiremos vigilándolos hasta que esté seguro de que ya no me son útiles.

—¿Cómo avisó ElArtista a la resistencia? ¿Con el móvil robado?

—No. El registro de llamadas estaba vacío para la franja horaria pertinente.

—Entonces son más astutos de lo que pensábamos... Deberíamos tomar medidas drásticas.

—¿Como cuales?

—Hay que acabar con los dos resistentes antes de que se aproximen a la base. Debemos barrer unos cuantos kilómetros de selva.

—Si lanzamos bombas, el contenedor de antimateria podría explotar y...

—Pero si nos damos prisa lo hará lejos. Seguro que abandonaron la carretera para no ser vistos y siguen a pie entre la vegetación. Y cargando con el contenedor, tienen que ir muy lentos.

—Sí, pero no vuelvas a interrumpirme, ¿de acuerdo?

—Sí, señor...

—¿Eres consciente de que nos enfrentamos a una amenaza mucho mayor que la resistencia? El Xenoespacio tiene espías en todas partes. No pienso llamar su atención sobre esta base haciendo arrasar la selva y provocando una puta explosión de antimateria. Antes de que la nave fuese reparada seríamos atacados por los xenos. Sabemos que sólo esperan la ocasión perfecta para iniciar la guerra, y deshacerse de la nave multiversal sería esa ocasión. Así que nada de bombardeos.

—¿Entonces?

—He ordenado un ataque químico. Lo camuflaremos como un proceso de fumigación.

—Probablemente tengan máscaras protectoras.

—No perdemos nada. Realizaremos el ataque y seguiremos peinando la zona a pie. Piensa esto: si os acercáis mucho, tendrán que abandonar la antimateria para huir deprisa, y habrán fracasado. Y si por casualidad logran acercarse a la base, los soldados encontrarán la antimateria antes de que los resistentes tengan tiempo de alejarse y detonarla.

—Eso si se alejan ¿Y si deciden sacrificarse?

—Pues entonces te haré responsable de no haberlos interceptado a tiempo.

—Los encontraré, señor —dijo Los mientras pulsaba con su pulgar en la pantalla del móvil, desactivando la invisibilidad de su caza, que apareció a cinco metros de él.

—Encuétralos.

El Presidente colgó. Los pulsó de nuevo en la pantalla y abrió la cabina del caza y activó el ordenador de a bordo. Entonces fue cuando se dio cuenta: una leve lectura térmica procedente de un árbol tras él, a veinte metros de altura. Podría tratarse de un animal, pero...

Los dejó caer el móvil y desenfundó el arma mientras se giraba hacia el objetivo, pero una piedra del tamaño de una pelota de tenis le alcanzó entre los ojos.

—¡¡JODER!! —exclamó mientras la sangre le cubría los ojos.

—¡Es como lanzar bolas de nieve! —exclamó Mendizale mientras saltaba sobre el Komisario.

Los trató de alzar la pistola, pero la muchacha le derribó. Ambos acabaron por los suelos, pero el Komisario había salido peor parado. Los intentó disparar, pero la Dama de la Nieve le dio una patada en la mano, haciéndole perder el arma. Ambos se incorporaron, pero Mendizale fue más rápida: otra patada hizo caer de nuevo a Los, alejándolo del caza. La Dama de la Nieve no tenía interés en quedarse a luchar hasta el final: aunque aparentemente iba ganando, Los tenía experiencia en combate letal, y aún podía esgrimir su cuchillo. Mendizale corrió hacia el caza, recogiendo el móvil de Los por el camino. Se subió a la nave mientras Los sacaba su cuchillo. Arrojó el puñal contra la cabeza de Mendizale, pero la compuerta de la cabina había descendido: la hoja quedó incrustada y comenzó a calentar el cristal.

—¡El Presidente no da terceras oportunidades! —rió Mendizale mientras elevaba el aparato.

Cuando estuvo por encima de la densa vegetación puso rumbo a las coordenadas marcadas en el móvil. Abrió la cabina para hacerse con el puñal y siguió consultando el contenido del teléfono. Aparecía la ubicación dentro de la base donde se ocultaban los tres científicos responsables de la nave multiversal. Además, parecía que la nave tenía combustible sólo para un viaje, y los daños causados por la Dama de la Nieve tardarían tres días en repararse. Puede que menos si el Presidente se arriesgaba a hacer volar la nave con menos velocidad. Si pensaba que iba a ser capturada o destruida de todos modos, se arriesgaría.

Los golpeó el suelo con los puños mientras gritaba de impotencia. Se dispuso a activar su intercomunicador. Tenía menos alcance que su móvil, pero bastaba con avisar al soldado más cercano en la selva para que llamara él al Presidente. Entonces se acordó de las palabras de Mendizale: "El Presidente no da terceras oportunidades". Ya tenía la muñeca cerca de la boca, pero bajó el brazo.

Olmalý tomó otra taza de café. ElArtista, sentado enfrente, estaba bebiendo el zumo de algún cítrico local cuyo nombre no recordaba, a pesar de haberlo pedido hacía un minuto. Típico de él.

—¿Y ahora qué? —preguntó Olmalý mientras miraba de reojo la tele a su izquierda, sobre la barra del bar.

—Ahora tomaré flan —afirmó ElArtista—. O lo que aquí llamen flan.

—No me refería a eso...

—No hay prisa.

—¿Seguro?

—Pídetes flan, anda.

Cuando acabaron el postre, salieron a la calle y comenzaron a caminar por una zona bellamente iluminada por farolas. Haber hablado del plan en el bar era poco seguro: un micrófono direccional podía captar su conversación incluso hablando en voz baja, por el escaso ruido ambiente. Una vez fuera, caminaron hasta llegar a la zona más ruidosa, donde los jóvenes se concentraban para pasar la noche. ElArtista y Olmalý echaron un vistazo en todas direcciones. Nadie parecía fijarse en ellos, pero incluso si ahora no estaban vigilados, no tardarían mucho en estarlo.

—No podemos ir a la base —señaló ElArtista—. Nos detendrían en cuanto estuviésemos en la carretera.

—¿Entonces? —preguntó Olmalý.

—Entonces toca esperar.

—¿Y si necesitan nuestra ayuda?

—De momento Mendizale ha cumplido con su parte. Confiamos en que los otros también.

—¿Y si se ven obligados a marcharse en la nave multiversal sin nosotros?

—Aún así seguiríamos juntos. ¡Y perderíamos de vista al Lai! ¡Todo son ventajas!

—Como si pudiésemos salir de ésta si nos quedamos solos...

—No saldremos de ésta si vamos pallá.

—Piensa en algo para que no nos sigan.

—No se me ocurre nada.

—¡Ni siquiera lo has intentado!

—Es que ponerme a pensar en cosas que no van a ningún lao me cansa...

—Si no vamos pero logramos volver a casa, mi informe será muy negativo. Por no mencionar otras formas de castigo.

—Estoy tratando de protegerte.

—Elijo no ser protegida.

—¿Y si te quedas tú aquí mientras yo intento ir?

—¿Y quedarme sola si te pasa algo? No, gracias. Yo voy contigo.

—Bien, déjame pensar. Pero si no se me ocurre nada, no te enfades. Te aseguro que esta vez le daré vueltas al asunto.

Mendizale se sorprendió de no haberse cruzado aún con otro caza enemigo. Los sin duda llevaba un intercomunicador y podría dar la alarma. "Quizás lo tenga averiado", pensó la muchacha. En cualquier caso, si no se veía obligada a seguir a pie oculta en la vegetación, llegaría enseguida al lugar donde Xanty y Gatdras se habían hecho con la antimateria: deberían estar cerca. Se preguntó si el Presidente monitorizaba las conversaciones telefónicas de Los, pero de todos modos tenía más que ganar que perder. Tecleó el número de móvil de Xanty, esperando que tuviera el cacharro encendido.

—Diga —dijo Xanty.

—Mendizale al habla. He robado el móvil y el caza de Los.

—Tengo un déjà vu.

—Estoy sobrevolando la zona. Si veis un caza moviéndose en círculos, esa soy yo.

—Poco vemos desde aquí abajo. Los árboles y tal...

—¡Pues usa el oído!

Los estaba parado pensando en su próximo movimiento, cuando su intercomunicador se activó:

—¿Los? —era la voz del Presidente. Debía estar usando otros intercomunicadores de puente, o quizás se había

desplazado personalmente a la zona.

El Komisario guardó silencio. Al cabo de unos segundos, la voz se escuchó de nuevo:

—Los, ¿estás ahí? —la voz del dictador no sonaba nada amable—. ¿Qué hace Mendizale hablando por tu móvil?

"El cabrón tiene intervenida mi línea", pensó Los. Ahora ya no podía ocultar su fracaso, pero a lo mejor podía hacerse el muerto. Si no respondía, el Presidente pensaría que había muerto en la selva, y no sería raro que nunca encontraran su cuerpo. Para cuando el dictador sospechase la verdad, ya estaría lejos de la Asociación de Planetas.

Por fin Mendizale había hecho aterrizar el caza. Xanty y Gatdras estaban a veinte metros de ella y hacían rodar la esfera que contenía la antimateria. El teléfono de Los sonó. Era el Presidente. Mendizale descolgó.

—No vamos a entregarnos —dijo la muchacha al instante.

—Ya es tarde para eso de todos modos —dijo el Presidente—. Ya te dije que sólo os daría una segunda oportunidad. Pero no llamo por eso...

—Pues habla deprisa, que no tengo ganas de que localices mi posición.

La voz del Presidente volvió a escucharse por el intercomunicador de Los.

—Los, sé que estás vivo y consciente. He hablado con Mendizale —El Komisario maldijo mentalmente. Cada vez lo hacía peor—. Escúchame bien. He ordenado que se te detenga acusado de alta traición a menos que hagas tu trabajo. Eso no quiere decir que no vayas a pagar por lo que has hecho, pero al menos no te pasarás el resto de tu vida en prisión. La nave no debe salir de aquí, ¿me he expresado con claridad?

—Sí, señor... —respondió Los a regañadientes.

Xanty y Gatdras habían vaciado el compartimento de misiles y estaban acoplando la esfera de antimateria en su interior. Mientras, Mendizale les informaba de lo que había averiguado:

—Básicamente tenemos dos opciones: o esperamos dos días para atacar, dando margen para que nos encuentren, pero asegurándonos de que la nave esté reparada, o atacamos antes, reduciendo las probabilidades de ser encontrados, pero teniendo que viajar en una nave lenta, arriesgándonos a que no haya antimateria suficiente para mantener el túnel abierto el tiempo necesario, aunque creo que sí que la habría.

—Si esperamos más días vendrán refuerzos de otras bases —señaló Xanty—. Tendrá que ser ahora. Y aún así tendrás que maniobrar entre multitud de cazas. Si el contenedor alcanza a alguno de ellos antes de que estalle cuando debe, el efecto no podría ser suficiente para dañar la base.

—Pero sí para provocar un pulso electromagnético que joda todos sus cacharros.

—¿Seguro que las celdas están bajo tierra?

—Que sí, hombre.

—¿Y si el Presidente los sube hasta arriba como escudos humanos?

—Me lo habría comunicado, ¿no?

—Mmm... Claro. Si te dice que estarán arriba, eso solo provoca que intentes atacar desde otro ángulo.

—Entonces lo que me extraña que simplemente no haya amenazado con matarlos si ataco.

—Sabe que no nos detendríamos. Además, matar a los detenidos solo conseguiría cabrearnos mucho. Bueno, esto ya está listo. Está programado para que explote en la altitud justa. Espero.

—Bien. Allá voy —Mendizale parecía muy seria. Xanty se dio cuenta.

—Cuando esto estalle, morirá gente. Por lo menos, los que estén pilotando los cazas. ¿Estarás bien?

—Es necesario hacerlo.

—Puedo pilotar la nave. Es sólo dejar caer el contenedor y salir pitando.

—No. Podría haber complicaciones y yo soy mejor piloto. Además, tengo una deuda con el Cuerpo de Asalto.

—Estoy seguro de que ellos no lo ven así. Es su trabajo.

—Aún así debo hacerlo. Además, estando con la resistencia, este momento acabaría por llegar. Espera... ¿la nave multiversal aguantará el puso electromagnético?

—Está hecha con la mejor tecnología. Además, ya soportó una explosión de antimateria interna sin que los sistemas se resintiesen. Funcionará.

El Presidente comenzó a dar órdenes a través de su ordenador.

—Necesito todos los drones voladores en formación de escudo alrededor de la base. Debéis destruir el contenedor antes de que se acerca demasiado. ¿Y el traslado de los detenidos?

—Estamos subiéndolos a...

—No, cancele eso. No hay tiempo para que el vehículo se aleje. Devuélvalos a las celdas, átenlos con cables y que sean vigilados por un comando que lleve armas cuerpo a cuerpo. ¿Entendido?

—Sí, señor.

—¿Cómo va la reparación de la nave?

—Los motores funcionan al 32% de potencia, señor.

"Si la nave abandona la base, la antimateria la alcanzará de pleno", pensó el Presidente. "Si se queda donde está, puede que la roben. Podría ordenar que la inutilicen... Pero en cuanto esa antimateria estalle, puede que el Xenoespacio venga aquí, y la nave no estará reparada para entonces. Habrá que confiar en las tropas... No, vaya estupidez. Aquí el único que puede hacer algo soy yo mismo".

—Todas las tropas sin asignar, vayan a los refugios más bajos de la base o al interior de la nave multiversal a protegerse de la explosión.

ElArtista recibió un mensaje de Xanty en el móvil. Las frases parecían artificialmente truncadas en tres líneas: "Estad aquí en cinco / minutos. / Por favor".

—¿Y eso? —preguntó Olmaly.

—La solución a nuestros problemas —señaló ElArtista—. Si juntamos la primera letra de cada línea, tenemos EMP. Uséase, pulso electromagnético en inglés. En cinco minutos estallará la antimateria. Vamos hacia allá.

—¡Pero nos detendrán!

—Y nos llevarán a la base. Perfecto.

—¿Y si el Presidente ordena lo contrario?

—El Presidente probablemente esté muy ocupado intentando que sus tropas no se meen en los pantalones ante la perspectiva de una explosión de antimateria.

ElArtista y Olmaly cogieron un taxi. Salieron de la ciudad y continuaron por la autopista. En cuanto el taxi cogió el desvío hacia la selva, una tanqueta voladora se aproximó por detrás desde el aire. Aterrizó unos metros más adelante, cortándoles el paso. El taxi se detuvo. Dos hombres con armadura y fusiles salieron de la tanqueta y obligaron al Artista y Olmaly a salir. Los registraron, les quitaron las pertenencias, los esposaron y los introdujeron en la parte trasera. Se dirigieron hacia la base, esta vez por tierra. Quedaba un minuto para la explosión. Los dos policías iban sentados delante. El copiloto llamó por su móvil.

—Señor, hemos interceptado a Olmaly y ElArtista. Los llevamos hacia la base.

—¡¡No!! —gritó el Presidente.

Mendizale se elevó en el aire. Sólo necesitaba un minuto para alcanzar la altura necesaria, pero no le sería fácil: dos drones la perseguían. El ordenador detectó lanzamiento de misiles. La Dama de la Nieve activó contramedidas, que acabaron con un proyectil, pero el segundo las evitó y siguió su camino. Mendizale se hizo a un lado, giró rápidamente y destrozó el misil con un láser. Los láseres enemigos la obligaron a seguir con las piruetas. A lo lejos pudo ver cómo algunos cazas descendían a tierra: sus pilotos no querían estrellarse cuando la antimateria estallase. La Dama de la Nieve ascendió hasta ponerse encima de la base: la cantidad de drones era abrumadora, no aguantaría sus ataques. Veinte naves se giraron hacia ella. Activó la invisibilidad y arrojó el contenedor. La esfera cayó. Ante un objetivo tan pequeño y que no desprendía calor, los drones tenían problemas para fijar el blanco. Los misiles y los láseres fallaron, pero Mendizale no se había quedado para verlo: se estaba alejando de allí a toda velocidad. En cuanto se aseguró que los drones no la estaban apuntando a ella, activó el asiento eyectable, saliendo disparada. La plataforma comenzó a volar, pero era obvio que quedaría desactivada en breves segundos, así que Mendizale saltó con el paracaídas. La esfera de antimateria prosiguió su caída. Xanty la había programado para estallar a un kilómetro del piso superior de la base, pero aún le quedaban algunos metros por recorrer. Varios láseres impactaron contra el contenedor, pero de momento resistió. Y es que se fabricaban con el material más resistente de todos. Finalmente, un misil reventó el contenedor cuando estaba a kilómetro y medio de la base. Una luz cegadora inundó la selva...

—¡¡Joder!! —gritaron los dos policías cuando la tanqueta se detuvo. Habían dado la vuelta por orden del Presidente, pero no les había dado tiempo a escapar del alcance del EMP, que también había inutilizado el el cierre magnético de las esposas de los detenidos. El conductor perdió el control y se estrelló contra un árbol. ElArtista salió seguido por Olmaly. Los dos agentes abandonaron el vehículo e intentaron disparar a los detenidos, pero los circuitos de los fusiles no funcionaban. ElArtista se abalanzó sobre el conductor y le derribó con un empujón: al tener las armaduras apagadas, los policías eran lentos, torpes y pesados. ElArtista cogió su cuchillo, que el agente había colgado de su cintura: puede que la función vibratoria no funcionase, pero la parte del cuello era la menos protegida: ElArtista hizo acopio de todas sus fuerzas y hundió la hoja en el cuerpo. La sangre brotó en un chorro oscuro. El otro agente intentó alejarse corriendo como podía. ElArtista le alcanzó y también lo derribó. Esta vez hundió la hoja en la nuca.

Los detenidos esperaban en una gran sala, de rodillas y atados de pies y manos con cables, tal y como había ordenado el Presidente. Veinte hombres los vigilaban de pie a tres metros escasos, todos con uniformes grises y espadas en las manos. La luz se había ido, pero llevaban gafas de visión nocturna.

Night Stalker sonrió y activó sus colmillos: el Presidente ni siquiera se había acordado de que los tenía. Hacía demasiado tiempo desde que había visto por última vez a su malogrado Night Stalker. Además, con el cuerpo civil, ropa normal y sin cicatriz, era fácil olvidar que aún ocultaba un rasgo monstruos. El cazarrecompensas se movió con gran velocidad: no tanta como la habitual, puesto que el impulso electromagnético había dañado parte de sus sistemas electrónicos, pero aún así la suficiente. Su cuerpo estaba protegido contra ese tipo de ataques. Stalker cortó las cuerdas de los pies con los dientes. Los hombres con espadas se abalanzaron sobre él, pero al no funcionar la vibración, no sería fácil matar al cyborg.

Los drones habían caído. Las compuertas superiores del hangar habían reventado. La nave multiversal estaba al descubierto. El techo de las plantas superiores de otros edificios también se habían derrumbado. Había varios incendios y los cazas se extendían por los alrededores de la selva. Algunos pilotos no habían salido a tiempo de sus naves y ahora no podían abrir las cabinas. Los demás trataban de reorganizarse, pero Xanty y Gatdras empezaron a dispararles con

armas de proyectiles. Los resistentes se aproximaron a la base mientras acababan con cualquier piloto que se cruzase en su camino. A doscientos metros de la valla que rodeaba el recinto, la vegetación acababa. Los resistentes se tumbaron bocabajo entre la maleza y observaron la base con prismáticos. Había torres de vigilancia de diez pisos de altura cada cien metros. Seguramente hombres con armas de proyectiles los esperaban desde allí.

—¿Qué hacemos? —preguntó Gatdras.

—La base es mayor de lo que esperaba —señaló Xanty—. Al hacerse pasar por un centro de investigación ecológica, esperaba menos de cien hombres. Pero en esas torres caben quinientos, más los que haya dentro.

—Si pudiésemos arrojarles los misiles de los cazas de algún modo...

—Aunque les tirásemos un misil, no estallaría. El pulso electromagnético ha jodido el sistema de detonación, y aquí no tengo material ni tiempo para arreglarlo.

—El Presidente debe querernos vivos, ¿no?

—Supongo. Espera... ¿qué estás pensando?

—Si no regreso... —comenzó a decir Gatdras mientras se ponía en pie—. Em... Bueno, pos mala suerte.

Gatdras caminó lentamente hacia la valla con manos alzadas.

—¡Quieta! —gritó alguien desde una torre cercana.

Gatdras se detuvo.

—¡Traigo un mensaje! —exclamó la chica.

—¡Habla!

—¡El primer ataque ha sido un aviso! ¡Reventaremos esta base con antimateria si es preciso! ¡Tenéis un minuto para largaros!

—¡Es... un farol!

—¡Bueno, entonces supongo que lo que ha sacudido vuestra base ha sido un meteorito!

—¡Mierda!

Los soldados comenzaron a huir a través de las diversas salidas de la base mientras Gatdras volvía con Xanty. Con cada minuto que pasaba, más y más soldados escapaban.

—¡¡Cobardes de mierda!! —gritó El Presidente mientras contemplaba el espectáculo desde donde hasta hacía unos instantes había estado la ventana de su despacho, ahora destrozada por la explosión.

El dictador se había desprendido de su armadura: debido al pulso electromagnético, estaba inutilizada. Vestía con un mono y botas negras, y había cambiado la pistola láser por una de balas.

Los veinte hombres yacían en el suelo, muertos: principalmente por heridas de arma blanca. Stalker dio un golpe en el aire con la espada para limpiar la sangre cual samurái y desató al resto de sus compañeros.

—Veo que nuestro entrenamiento en el Lentz dio sus frutos —señaló el Kapitán mientras el cazarrecompensas cortaba el cable que unía sus muñecas.

—De todas formas eran sorprendentemente débiles. ¿Seguro que era clones de tercera generación?

—Pero están acostumbrados a luchar contra humanos —señaló Tete—. Nosotros, en cambio... No hay nada como la experiencia.

—Por si acaso deberíamos librarnos de estos trajes —señaló Lainier mientras Stalker le liberaba—. Si los dientes de Stalker funcionaban, a lo peor los circuitos de estas mierdas también, y no pienso confiarme en que el enemigo no tenga ningún control remoto operativo.

—La batería está entre los omóplatos —señaló Berllerak, recordando lo que había estudiado sobre la tecnología local—. Solo hay que destrozarla.

—Pues al tajo.

Xanty y Gatdras escucharon el motor de un vehículo aproximándose; era un deportivo que se abría paso lentamente entre la maleza, a unos doscientos metros tras ellos.

—¡Estamos aquí! —gritó Xanty, quien dedujo que tenían que ser ElArtista y Olmaly. ElArtista aparcó cerca de los resistentes—. ¿Cómo habéis encontrado un coche que funcione?

—Retrocediendo hasta dar con uno —contestó ElArtista—. ¿Sabes dónde están los científicos?

—Sí —Xanty señaló el edificio principal de la base, el que tenía el hangar—. Habitación del ala derecha, piso veinte.

—Así que da al exterior. Genial.

—El Presidente sabe que tenemos el móvil de Los y por tanto información sobre la base. Habrá movido a los científicos.

—¡A menos que piense que nosotros pensamos que los ha movido, en cuyo caso no los habrá movido!

—Pero él sabe cómo pensáis, así que a lo mejor ha pensado que tú pensarías que él ha pensado que pensarías que los ha movido, así que los habrá movido!

—Demasiado pensamiento para mí, y también para él. Probablemente ha elegido al azar.

—¿Entonces? ¿Y si es una trampa para que vayamos a esa habitación?

—¿Por qué hablas en plural? Iré yo solo.

—¿Siendo una trampa?

—Tú tranqui que está to controlao... Dadme todas las armas que podáis y largáos. Olmaly, bájate.

—¿Cómo que nos larguemos? —preguntó Xanty mientras Olmaly salía del coche.
—Entrar ahí es una locura. No podéis enfrentaros a clones. Seríais un lastre.
—Te aseguro que nos apañamos bastante bien. Además, iremos en la retaguardia.
—Yo de vosotros correría. Por si la cosa se lía y la antimateria de la nave estalla.
—Si estalla, correr no nos servirá de nada.
—Si la cosa sale mal os van a trincar, y adiós resistencia. La antimateria ha estallado. Lo tenemos a huevo. Es hora de que os piréis. Dentro de poco las autoridades no dejarán a nadie salir del planeta.
—La resistencia continuará aunque nosotros caigamos —señaló Xanty.
—Además, hay que asegurar el éxito de esta misión —añadió Gatdras.
—No te ofendas, Gatdras, pero tú no pareces muy en forma para esta mi... —la mano de Olmaly se estrelló contra la nuca del Artista—. ¡Ouch!
—¡Sé disparar, y ya hemos dicho que iremos en la retaguardia!
—Vienen con nosotros —señaló Olmaly.
—¿Y desde cuando decides tú eso? —preguntó ElArtista.
—Tengo el mando en las relaciones diplomáticas, y como estamos debatiendo con nativos de otro universo, mi decisión diplomática es dejar que nos acompañen. Además, no puedes obligarlos a huir, así que no perdamos más tiempo.
—Espera... ¿Cómo que "nos acompañen"?
—¡No pienso quedarme aquí! ¿Y si no podéis volver a por mí? ¡Y he dicho que no perdamos más tempo!
—Muy bien, allá vamos. Y luego el loco soy yo...
—Espera, Mendizale está ahí —señaló Olmaly unos metros más adelante. La Dama de la Nieve había escuchado el ruido de motor y al haber comprobado que era un coche civil había decidido ponerse a descubierto—. ¡Estamos aquí!
—Supuse que el coche era vuestro —dijo Mendizale corriendo hacia ellos.
—Jamás pensé que lo diría, pero buen trabajo —admitió ElArtista—. ¿Estás lista para el asalto final?
—No, pero allá vamos.
—¡Ese es el espíritu!

El Cuerpo de Asalto, armado con las espadas, acabaron con unos cinco soldados a los que habían cogido por sorpresa en los pasillos: el caos era generalizado. Por fin lograron hacerse con armas de fuego, y retuvieron a un superviviente para interrogarlo. Stalker, el más amenazador, le agarró por el cuello:

—¿¿Dónde están los científicos??
—¡Aquí! —dijo el hombre, un joven de poco más de veinte años, visiblemente asustado.
—¡Concreta un poco o te como la cara!
—¡Estaban en la habitación B123, pero creo que los han trasladado!
—Gracias, majete.
Stalker dejó inconsciente al soldado golpeándole en la cara. Por si acaso lo dejó atado con su propia ropa. Los clones siguieron avanzando.
—Tenemos que explorar toda esta planta —señaló Lainier.
—¿Cómo sabes que los han bajado? —preguntó el Kapitán.
—Para alejarlos lo más posible de la explosión. Esos tíos son muy valiosos.
—Estarán protegidos por multitud de guardias, y seguro que esos llevan armas de proyectiles en vez de espadas de mierda.
—Quizás debemos esperar a que vengan refuerzos —señaló Tete.
—¿Vendrán? —preguntó Lainier.
—Bueno, la antimateria ha petado. En teoría tenemos unos cuantos apoyos ahí fuera.

La habitación habitual de los científicos era un recinto de unos cien metros cuadrados bien acomodado, con multitud de ordenadores e instrumentos de laboratorio, pero ellos no se encontraban allí ahora: estaba atestado por diez agentes armados con pistolas de proyectiles. Habían bajado los paneles protectores exteriores de las ventanas para que nadie les atacase desde el exterior. El problema es que no estaban preparados para el tipo de ataque del Artista: el clon viajaba rápidamente con un coche deportivo volador, y estaba elevándose del suelo. Olmaly no iba con él. Lo peor iba a ser la caída: ElArtista activó el piloto automático, con aceleración constante, y enfiló contra la pared exterior de la base. Después abrió la puerta del vehículo y se arrojó fuera. Cayó cinco metros y se hizo daño contra el suelo, pero nada grave. La nave siguió el ascenso, y al cabo de unos segundos impactó contra el objetivo, atravesando la placa protectora y el cristal, y arrollando a los agentes de la habitación.

—¿Qué ha sido eso? —una voz surgía del fondo del pasillo por donde iba el Cuerpo de Asalto. Ellos también habían oído el impacto del coche del Artista.
—Ahí están —susurró Lainier.
—¿Vamos a por ellos o esperamos refuerzos? —preguntó Berllerak— Parece que ya están aquí.
—Hay que ir ya.
—¿Seguro?

—Te recuerdo que el Presi y yo pensamos igual, y dado lo mal que le está yendo la cosa, yo intentaría salir de aquí con la nave multiversal.

—¿A riesgo de que la derriben?

—Creo que sabe que no tenemos mucho armamento. Ningún otro caza ha acudido tras la explosión.

—Entonces deberíamos subir hasta el hangar.

—No. Tendríamos que enfrentarnos al Presidente, y es un tirador de primera. Además, sin la ayuda de los científicos no sabremos cómo operar la nave. Debemos hacerlo rápido y luego subir por el ascensor.

—¿Y si nos dividimos en dos grupos?

—No podremos acabar con gente con armas de fuego siendo tan pocos. ¡Vamos ya!

—Propongo disparar a través de las paredes. Estas balas son perforantes.

—Podríamos matar a los científicos.

—Dudoso. Seguro que los soldados los están rodeando. Y si nos acercamos normalmente puede que nos revienten: no sabemos cuantos tipos hay allí. Incluso puede que tengan orden de matar a los científicos si nos ven aproximarnos. ¿Crees que el Presidente es capaz de eso?

—Pues...

—Además, tenemos el factor sorpresa...

—Bien, fuego a discreción.

Los clones avanzaron en silencio por los pasillos y vaciaron casi todos los cargadores a través de las paredes. Escucharon gritos y maldiciones. Un par de soldados asomaron por la puerta, y se inició un tiroteo intenso.

El Presidente estaba ya en el hangar, dispuesto a subir a la nave. Se movía sigilosamente por si había alguien acechando, pero no vio a nadie. Entonces de repente se le ocurrió algo. ¿Era conveniente escapar con la nave? Aunque iba muy lenta, había contado con que no hubiera enemigos cerca con la capacidad de derribarla, pero por otra parte, si se iba ahora, los científicos podrían caer en poder del Cuerpo de Asalto. Pero no podrían activar la nave si Lainier estaba muerto, y tenía ganas de matarlo. ¿Pero cómo aproximarse al enemigo? No sabía si habían sacado al Cuerpo de Asalto de su celda, pero el Presidente siempre se ponía en el peor caso. Si abajo le estaban esperando, tendría dificultades para escapar, a menos que bajara en ascensor, con lo cual podría volver a subir rápidamente en caso de emboscada. Los ascensores estaban todos averiados, pero el Presidente corrió hacia la nave. Se quitó el guante y puso el pulgar sobre el lector de una compuerta de entrada en la parte derecha. La compuerta se abrió y el Presidente pasó al interior mientras volvía a colocarse el guante. Todo lo que había dentro de la nave había sido protegido del pulso electromagnético, y afortunadamente habían multitud de cacharros, repuestos y maquinaria que los operarios habían empleado para la reparación y que aún no habían retirado puesto que faltaban algunos toques de menor importancia. El Presidente entró en una pequeña sala y rebuscó entre un montón de componentes electrónicos que se apilaban hasta el techo. Serían suficientes para reparar el circuito de uno de los ascensores...

Los clones habían entrado en la habitación: habían matado a todos los soldados, cinco en total. Uno de los científicos también yacía muerto por los disparos a través de la pared. Tanto el finado como los supervivientes vestían trajes blancos. Los clones les apuntaron. Los científicos alzaron las manos. Uno de ellos era un hombre de unos cincuenta años, casi calvo, con pelo canoso. El otro, a su izquierda, era un joven de unos 25 años, que miraba a los clones con desprecio. En realidad ninguno de ellos tenía cara de buena persona: al fin y al cabo, realizaban proyectos para el Presidente.

—Queremos ir a casa —dijo Lainier en tono amenazante—. ¿Cómo manejo la nave?

—No está operativa —dijo el científico viejo.

—El informe de Los dice lo contrario. Stalker... —Lainier señaló con el cañón al otro científico.

El cazarrecompensas se abalanzó sobre el joven y desgarró su yugular con los dientes como si se tratase de un felino. Tras la sangría, dejó caer el cuerpo. El científico se convulsionó, agonizando.

—¡Espera! —gritó el viejo—. ¡Hablaré!

—Sí, habla y más vale que digas la verdad —advirtió Lainier—, porque te vamos a dejar en manos de la resistencia, y si no logramos volver a casa, sufrirás mucho antes de morir por fin. Sabes que no doy terceras oportunidades.

Era un farol, sin duda. Aunque la resistencia lograra secuestrar al científico, no le harían daño, ni siquiera a petición de Lainier.

—Para los viajes de ida la nave se activa al detectar el ADN vivo del Presidente en el puente de mando... y por tanto también el tuyo. Una vez encendidos los sistemas, cualquiera puede darles órdenes.

—Sí, pero la nave estaba programada en modo automático. Necesito desactivarlo, y programar el viaje a casa. ¿Cómo?

—La trampa que la nave os tendió está desactivada porque realizamos una reinstalación del sistema operativo a una versión más reciente. Para volver a casa debéis activar el sistema de navegación y escoger el destino Universo 643B. La interfaz funciona con voz o gestos. Cualquiera puede usarla.

—Stalker, déjalo inconsciente.

Stalker asfixió al científico hasta dejarlo sin sentido.

Los clones se estaban quedando sin munición. Inspeccionaron las armas de los soldados caídos, pero el intercambio de disparos también les había dejado los cargadores casi vacíos.

—Berllerak, Stalker y yo recargaremos nuestras armas —ordenó Lainier mientras el grupo se apresuraba en recoger los proyectiles—. Somos los mejores tiradores.

Una vez acabaron, se dirigieron hacia el pasillo, donde se cruzaron con el grupo del Artista, que iba un par de pasos por detrás por precaución.

—¿Cómo está el tema? —preguntó Lainier.

—En esta base ya no queda nadie —dijo ElArtista—. Hemos matado unos cuantos al entrar pero luego nadie ha venido a nuestro encuentro. Por suerte, porque nos hemos quedado sin munición.

—Pues aquí sólo tenemos balas Berllerak, Stalker y yo. O más bien debería decir yo. Berlli, Stalker, dadles la munición a Xanty y Gatdras. Las necesitarán para llevarse al científico.

—¿Un científico de los de la nave? —preguntó Xanty mientras los clones les entregaban las balas.

—El único que queda vivo. Está en la habitación de ahí atrás, inconsciente. Es un rehén cojonudo.

—Puede que nos ralentice en nuestra huida.

—Creía que habíamos entrado aquí porque no nos importaba la huida —señaló Gatdras.

—Pos es verdad. Ha sido un placer conoceros.

—Suerte.

—Lo mismo digo —dijo Lainier.

Xanty y Gatdras corrieron hacia la habitación mientras los clones proseguían su camino.

—¿No deberías ir con ellos? —preguntó Lainier a Mendizale.

—Cuando os subáis a esa nave y os larguéis —respondió ella.

—Por cierto, aunque nos hayamos librado de los soldados, aún debe quedar el Presi —señaló Lainier mientras recorrían una hilera de ascensores, apretando todos los botones y buscando uno que ya estuviera abajo—. No he oído partir la nave. ¿Y vosotros?

—Pues tampoco —dijo ElArtista—. Por cierto, respecto a lo del incidente en la cár...

—Jamás me había alegrado tanto de ver a alguien que hubiese intentado matarme. Además, elegiste salvar a la civil sacrificando al policía. Pa eso estamos.

—Sabes bien que no lo hice por eso.

—Ya. Pero también lo apruebo. En tu lugar yo habría hecho lo mismo.

—¿Habrás tenido huevos? ¿Me estás vacilando?

—Créeme —dijo Lainier seriamente—. Te habría matado.

—Así me gusta.

—¡Un ascensor está bajando! —dijo Tete señalando una compuerta con una luz verde al fondo de un pasillo en una bifurcación.

—¡Eso no debería funcionar! —señaló Berllerak mientras el grupo tomaba posiciones cubriéndose tras esquinas y puertas. Lainier apuntó al ascensor.

—Lo habrán arreglado.

—Eso es obvio, pero, ¿para qué? Debe ser una trampa.

—Si ahí dentro hay una carga de antimateria... —murmuró el Capitán.

—No se arriesgarán a matar a los científicos —señaló Lainier.

—Un poco tarde para eso...

—El Presidente no tiene forma de saber qué ha sucedido aquí, salvo por los ruidos que haya podido escuchar, pero dudo mucho que haya escuchado nada. Además, una cantidad de antimateria mal calculada puede petar la planta baja y derrumbar el edificio.

—Si son gases tóxicos, habrá que correr —advirtió Tete.

—Dudoso. Las guarradas químicas están en habitaciones selladas, y tras el pulso la puerta no podrá abrirse.

—A menos que dejasen la puerta abierta antes de la explosión de antimateria.

—Eso habría sido una decisión poco sabia. Se podría haber producido un fuga por la explosión.

—Pueden cortar los cables cuando estemos subiendo —señaló el Capitán.

—Ciertamente. Me temo que tendremos que subir andando aunque nos arriesguemos a llegar tarde.

—Está aquí —señaló el Capitán. Oyeron cómo el ascensor llegaba.

Las compuertas se abrieron, pero solo hasta la mitad. De repente una cámara voladora asomó al exterior. El cacharro avanzó. Sólo cinco metros lo separaban de Lainier, tras una esquina. El líder del Cuerpo de Asalto y sus compañeros se escondieron en cuanto vieron la cámara, pero no sabían cómo proceder. Gritar una orden alertaría de la presencia de los clones, pero la cámara los encontraría en breves segundos, y encima Lainier ni siquiera estaba seguro de que la persona que controlaba la cámara estuviera dentro del ascensor. El hecho de que las compuertas se hubiesen abierto parcialmente indicaba que era probable que así fuera, pero quizás era una trampa para hacer que los clones saliesen de su escondite y atacasen al ascensor. ¿Y si había una bomba? Bueno, en ese caso estallarían de todos modos en cuanto la cámara los encontrase.

Lainier disparó contra la cámara, destrozándola, y corrió hacia el ascensor arma en mano, listo para acabar con cualquiera que asomase la jeta, pero ocurrió lo que esperaba: las compuertas empezaron a cerrarse. Los demás clones salieron de sus parapetos. Berllerak, tras una columna a la izquierda del ascensor, corrió tras Lainier. El líder del Cuerpo de Asalto saltó al interior, con espacio para veinte personas, cayendo boca arriba y apuntando con su arma, pero no había nadie ni nada dentro. Berllerak se interpuso entre las compuertas para bloquearlas, pero en ese momento una plancha de un metro de lado que formaba parte del techo del ascensor se desplomó sobre Lainier, aplastándolo. Sobre la

reja estaba el Presidente, que enseguida vio a Berllerak y le apuntó con su arma. Berllerak tuvo que hacerse a la izquierda, sin llegar a entrar. La bala casi le alcanzó. Las compuertas se cerraron. El Presidente disparó contra la plancha que cubría a Lainier, pero como todo en aquella base, estaba blindada, y las balas de la pistola no eran suficiente para atravesarla. El dictador corrió hacia las compuertas del ascensor y pulsó en el panel de control para ascender hasta arriba y se giró arma en mano. Lainier empujó la plancha para usarla como escudo y asomó la pistola para disparar, pero el Presidente se la reventó de un disparo. El dictador corrió hacia Lainier mientras no dejaba de disparar. Era obvio que trataría de rodearlo, pero era imposible de saber si por la derecha o por la izquierda. Lo único seguro es que si Lainier se quedaba allí moriría, y sólo disponía de un segundo para reaccionar: blandió la espada que había robado de uno de los soldados y empujó la plancha contra el enemigo: El Presidente logró esquivar el golpe mientras la plancha caía al suelo, pero Lainier pudo verle y rápidamente usó la espada, destrozando parte de la pistola del dictador, si bien la intención era haberle abierto en canal. Por desgracia el Presidente se movía con mucha habilidad. El dictador dejó caer el arma e intentó atrapar el brazo derecho de Lainier, quien retrocedió rápidamente. Después volvió a abalanzarse trazando un amplio arco de izquierda a derecha con la espada, pero el Presidente golpeó con la mano izquierda el antebrazo de Lainier, dejándolo dolorido. La espada cayó al suelo. El Presidente trató de cogerla, pero Lainier le empujó con una patada y recuperó el arma. Cargó de nuevo, esta vez tratando de dar una estocada, pero el dictador se hizo a un lado y la hoja se hundió en la compuerta izquierda del ascensor, para romperse al cabo de medio segundo. Lainier soltó el arma mientras se daba la vuelta: se agachó como un rayo evitando el puño derecho del Presidente, que se estrelló contra el metal de la compuerta, si bien no pareció notararlo. Lainier se alejó de él y volvió a retroceder al otro extremo del ascensor mientras el Presidente avanzaba hacia él. El líder del Cuerpo de Asalto casi tenía la espalda pegada contra la pared.

Mientras, sus compañeros subían por las escaleras tan deprisa como podían. Mendizale iba en cabeza, a bastante distancia del Artista, que iba el segundo, algo que en otra ocasión habría sido raro, pero los demás clones estaban en baja forma por las torturas a las que habían sido sometidos.

El ascensor llegó hasta la pista de aterrizaje. Las compuertas se abrieron. El Presidente pulsó un código en el panel de control.

—Ahora el ascensor no se moverá —aseguró el dictador.

Lainier cargó contra él, pero el Presidente se hizo a un lado y le cogió por la espalda, empujándolo fuera del ascensor. Lainier volvió a deslizarse por el brillante suelo de la pista. Al levantarse pudo ver a cincuenta metros a su izquierda la nave multiversal. El Presidente salió del ascensor. Lainier retrocedió unos metros caminando de espaldas, mientras su enemigo se aproximaba. Cuando el Presidente estuvo a tres metros de Lainier se detuvo, y el policía le imitó.

—Os di una segunda oportunidad y la habéis desaprovechado —dijo el Presidente.

—No nos gusta que nos torturen —replicó Lainier.

—Las torturas habrían cesado en cuanto nos hubiéramos enterado de todo.

—Excepto en mi caso.

—Sí, supongo que tú tenías más motivos para querer escapar, aunque esperaba que la inolvidable experiencia con el pelotón de fusilamiento te hubiese disuadido.

—Ya ves que no. ¿Por qué no nos dejas ir de una puta vez?

—No. Sois enemigos, y esta vez vais a morir.

—¿Todos?

—Supongo que podría perdonar a las chicas, pero tu Cuerpo de Asalto ha de morir sobretodo después de haber neutralizado la base. Me exigirán vuestras cabezas y tengo que disuadir a otros opositores a que intenten cosas similares.

—Mis amigos estarán aquí enseguida; no podrás con todos.

—Ya veremos. Además, he llamado refuerzos.

—Imposible. El pulso electromagnético...

—He enviado una paloma mensajera.

—Estás de coña...

—No.

Lainier pensó en ello... Probablemente el Presidente decía la verdad. Calculó el tiempo que tardaría una paloma silkeriana en llegar a la base más cercana y el tiempo de respuesta: treinta minutos en total, y ya había transcurrido la mitad desde que comenzó la operación. El tiempo que quedaba era suficiente para que sus amigos neutralizaran al Presidente, pero aún tardarían unos minutos en subir, y Lainier no tenía nada claro que pudiera aguantar: el Presidente luchaba mejor que él y tenía más musculatura. Si quería sobrevivir, tendría que provocarlo de nuevo para desconcentrarlo.

—¿Por qué me odias tanto? —preguntó Lainier.

—Ya te lo dije —respondió el Presidente—. Elegiste egoistamente.

—¿Sabes lo que creo? Que tú en realidad me envidias. Desearías haber tomado la misma decisión que yo. ¡Desearías haberla elegido a ella! ¡A lo mejor no te importaba tanto como a mí! ¡Eso es lo que te jode!

El Presidente se puso tenso: entrecerró los ojos, apretó los puños con fuerza y respiró profundamente, pero no atacó.

—Esta vez no te va a funcionar..

El Presidente avanzó lentamente hacia Lainier, quien volvía a recular.

"Esto se acabó, me va a matar".

De perdidos al río: Lainier decidió pasar a la iniciativa y corrió hacia el Presidente, dispuesto a machacarle la garganta, pero el dictador detuvo el envite con la mano izquierda. Comenzó un intercambio de puñetazos, patadas, rodillazos, codazos, llaves, empujones, paradas, esquivas... donde Lainier llevaba las de perder. Por cada golpe que le propinaba al rival, el líder del Cuerpo de Asalto encajaba tres. La sangre le manaba de la nariz, la boca y una brecha en la sien derecha. De momento no tenía costillas rotas, pero era cuestión de segundos hasta que las tuviera, o algo peor.

Lainier ya no daba más de sí: empezó a encajar una rápida sucesión de puñetazos: el Presidente alternaba las dos manos y castigaba el rostro, el estómago y las costillas de Lainier, que lo único que hacía era tratar de defenderse inútilmente y retroceder. A tres metros su espalda tenía el ascensor y las escaleras, situadas al lado derecho del ascensor. Finalmente, el Presidente efectuó un barrido que derribó a Lainier. El policía cayó de espaldas. No tenía fuerzas y el Presidente lo sabía.

—Voy a matarte triturándote la cara —grunó el dictador mientras se arrodillaba ante Lainier y alzaba el puño derecho: el golpe fue a parar a la mejilla izquierda del policía. El segundo fue un puñetazo con la izquierda a la mejilla derecha. Alternancia estándar.

Lainier casi había perdido el sentido cuando oyó pisadas apresuradas que venían de las escaleras. Eso le permitió reaccionar he hizo acopio de la poca fuerza que le quedaba para empujar al Presidente atrás con ambas piernas. El dictador se rehízo y avanzó hacia Lainier puño en alto...

...y justo en ese momento Mendizale apareció en la pista de aterrizaje. Saltó velozmente, cayendo de rodillas e interponiéndose entre Lainier y el Presidente mientras alzaba la mano abierta hacia el dictador y gritaba:

—¡¡Espera!!

Y el Presidente se detuvo. Durante medio segundo quedó paralizado, con el puño tenso y en alto, los ojos abiertos como platos, las cejas arqueadas hacia arriba, y la boca entreabierta: estaba atónito.

En los años venideros, ElArtista jamás volvería a usar su cuchillo tan rápido como en aquel momento: tras salir a la pista, saltó en el aire sacando su hoja, volando por encima de Lainier, La Dama de la Nieve y el Presidente. ElArtista cayó a la espalda del dictador, y no necesitó tocar el suelo para atacar: hundió la hoja entre los omóplatos del Presidente, destrozándole las vértebras; soltó el arma y con ambas manos detuvo el impacto contra el suelo, dando una voltereta.

—¡¡Dijiste que matara a Lainier, y eso es lo que he hecho!! —gritó sonriendo mientras se ponía en pie y se giraba hacia el enemigo, que se tambaleaba.

Mendizale se apartó para evitar que el Presidente cayera sobre ella. El dictador quedó tumbado bocabajo con la mejilla izquierda sobre el suelo. El resto del grupo comenzó a llegar. Berllerak trató de ayudar a Lainier a ponerse en pie, pero este se quedó de rodillas ante el Presidente al darse cuenta de que seguía vivo. El dictador miró a Lainier y susurró:

—Cincuenta años de retraso...

Lainier cerró los ojos durante un instante haciendo un gesto de dolor mientras Berllerak se acercaba al Presidente y buscaba algún medicamento. Pero se detuvo y comprobó el pulso.

—Muerto —dijo.

—¿Estás bien? —preguntó Mendizale a Lainier, situado a su derecha.

—No —respondió él sin dejar de contemplar el cadáver. Después alzó la vista hacia ElArtista—. Tú... me has salvado la vida...

—Para que luego te quejes —dijo ElArtista sonriendo mientras recuperaba su puñal—. Con esto te devuelvo el favor que nos hiciste en el tren.

Lainier se volvió hacia Mendizale.

—Tú también me has salvado la vida —afirmó Lainier—. Tengo una deuda contigo que jamás podré reparar.

—¿Pero qué dices? —replicó Mendizale—. ¡Si me sacasteis de la cápsula!

—Aquello sólo fue pulsar un botón, y ni siquiera lo hice yo.

—Joer, mira que eres...

—Mierda, casi se me olvida —dijo Lainier poniéndose en pie—. Vendrán refuerzos en unos diez minutos.

—Pero si las comunicaciones no van... —dijo Berllerak.

—Palomas mensajeras.

—Es tan chungo que suena como algo que harías tú... —Berllerak entró en el ascensor y recogió las balas de la pistola destrozada del Presidente—. Cogeré esta munición por si acaso. Dispararé yo, que con lo hecho mierda que estás no me fio de tu puntería.

—Yo disparo mejor que tú —dijo ElArtista.

—Con armas de proyectiles no —objetó Berllerak mientras recargaba su pistola. Sólo tenía cinco balas. Esperaba que fuese suficiente si había que acabar con alguien escondido en la nave.

—Te recuerdo que en la última sesión de paintball te gané ampliamente.

—Porque sabotaste mi arma, mamón.

—¡Si es que no reparas! ¡Vaya técnico de palo!

—Bueno, estoy listo —Berllerak se acercó a Mendizale—. Nos piramos, muchacha. Ha sido un honor combatir a tu lado.

—Sí, al final has sido útil y to...

—Gracias por todo —dijo Tete.

—Que te vaya bien —dijo el Kapitán.

—¡Y deja de juntarte con gente rara como nosotros! —dijo Night Stalker.
—Te echaremos de menos —dijo Olmaly.
—Que tengáis un buen viaje —dijo la Dama de la Nieve.
—Go go go rush —apremió ElArtista a sus compañeros.
—Bueno, es hora de irnos —dijo Lainier a Mendizale mientras el resto del grupo caminaba hacia la nave.
—Suerte —dijo ella.
—No te dejes matar, ¿eh?
—Estaré bien.

"Pero jamás sabré si eso es verdad", pensó Lainier. La verdad era que la situación política en este universo podía ir a peor. A saber quién sucedería a Lainier, e incluso si nadie lo hacía, eso sólo significaba que el gobierno no estaba controlado por un Presidente que toleraba la existencia de los humanos y cumplía su palabra. Intentó darle algún consejo a La Dama de la Nieve para que se preparase para lo que le esperaba a partir de ahora, pero no se le ocurrió nada. Lainier era un gran improvisador, pero pésimo pensando a largo plazo.

—¿Vienes o no, Lai? —preguntó Berllerak, que estaba abriendo las compuertas de la nave.

—Voy —respondió Lainier, pero se mantuvo quieto unos segundos.

La mirada del líder del Cuerpo de Asalto pasó de Mendizale al cuerpo del Presidente. Cerró los ojos y tragó saliva.

—¿Estás bien? —preguntó Mendizale.

—Yo... —comenzó a decir Lainier, abriendo de nuevo los ojos—. Espera un momento.

Lainier se giró hacia Berllerak, situado a tres metros tras él. Se acercó a su compañero y habló en voz baja:

—No puedo irme.

—¿Qué? —preguntó Berllerak.

—Tengo... cosas que hacer aquí.

—No me jodas, Lai. Lo que ha montao el Presidente no es culpa tuya. No tienes responsabilidad sobre lo que suceda en este universo.

—¿No? Mis acciones han provocado la muerte del Presidente, la cual podría provocar que alguien aún peor asuma el mando, o una guerra civil...

—Las acciones del Presidente han provocado la muerte del Presidente. No te metas en un conflicto en el que no tienes nada que ver, máxime cuando tienes un deber en nuestro universo.

—No es tan simple.

—Sí que lo es. Si te quedas, nos harás sentirnos culpables por dejarte aquí, y eso es injusto.

—Me acabas de decir que no tengo culpa de lo que sucede aquí, así que tampoco tendréis la culpa de dejarme aquí. Porque no es que me dejéis. Es que me quedo. Y ahora largaos, es una orden.

El Komisario Los se arrastró por el suelo, con un rifle de proyectiles en las manos. Se acercó al grupo sigilosamente. Aunque era un sólo hombre, no podía permitir que se hiciesen con la nave. Y si no era capaz de impedirlo, al menos tenía que mostrar al enemigo su desagrado. Y vaya si lo iba a hacer. Pensaba abatir al adversario más fuerte, y, con un poco de suerte, si lograba el ángulo correcto, podría abatir a los dos más fuertes... Además, no tenía más remedio: aunque el Presidente había muerto, su orden perduraba: El Komisario tenía que cumplir con su misión o ser juzgado como traidor, y de todos modos estaba deseando cargarse a alguien. El clon se detuvo a cincuenta metros del objetivo. El ángulo era bueno...

—Mira, tú vienes con nosotros —dijo Berllerak, aún discutiendo con su compañero—. No puedes quedarte aquí. Ya hemos visto lo que pasa... o lo que podría pasar, si te quedas solo.

—Berllerak, no quiero vol...

—¡¡Cuidado!! —aulló Berllerak con todas sus fuerzas mientras sus ojos se posaban en la lejanía y su mano se dirigía a la pistola que había dejado metida en el pantalón.

Inmediatamente, Mendizale y Lainier se giraron, pero no había tiempo de esquivar: la bala disparada por Los atravesó el esternón de La Dama de la Nieve, y a continuación el estómago del líder del Cuerpo de Asalto, para finalmente pasar rozando el muslo derecho de Berllerak, provocando una herida leve.

En los años venideros, Berllerak jamás volvería a apuntar y disparar tan rápido como en aquel momento: antes de que Mendizale y Lainier tocaran el suelo, el genio entre los genios ya había apretado el gatillo: la bala penetró por el ojo izquierdo de Los, destrozó el cerebro y salió por la parte posterior del cráneo, matando al Komisario inmediatamente.

—¡¡MALDITA SEA!! —gritó Berllerak dejando caer su arma y abalanzándose de rodillas entre los dos heridos, ya desplomados. En un segundo les echó un vistazo y elaboró un plan de actuación.

Lainier estaba boca arriba, pero se veía incapaz de moverse, ni siquiera el cuello. Notó el sabor de la sangre en la boca, y luego vio a Berllerak arrodillado a su izquierda, echando mano de su mochila.

—Sálvala —dijo el líder del Cuerpo de Asalto con apenas un hilo de voz.

—Debes vivir para activar el ordenador de a bordo —señaló Berllerak mientras volcaba el contenido de la mochila. Por desgracia no había gran cosa: gasas, material quirúrgico básico, desinfectante y poco más: ni siquiera encontró analgésicos.

—¿La dejarás morir para que volvamos a casa?

—Puede que no muera, y debemos avisar a casa del plan de invasión —Berllerak desenrolló una gasa mientras ElArtista aparecía por la izquierda de Lainier y cogía otra, sin duda para Mendizale—. Y con la nave, podemos

desarrollar nuevas tecnologías y estar preparados. Lo sien...

—Si no me tratas, aún tardaré unos minutos en morir, ¿no? Que Stalker me lleve al puente de mando y tú salva a Mendizale.

—¡Maldita sea! —aulló Berllerak mientras cogía material médico y se movía a la izquierda—. ¡Stalker, ponle una gasa y haz lo que dice!

Lainier vio cómo el cazarrecompensas cogía otra gasa y la enrollaba alrededor de las heridas. El vendaje se empapó en sangre.

—Esto detendrá la hemorragia —dijo el cazarrecompensas mientras cargaba a cuestas con Lainier y se metía en la nave. Por supuesto, era mentira: Lainier podía ver cómo iba dejando un rastro de sangre en el suelo.

Stalker corría muy deprisa, pero la maldita nave era enorme: tardó dos minutos en llegar al puente de mando, aunque a ambos les pareció como dos horas. En cuanto estuvieron dentro, el ordenador se encendió. Stalker dio la vuelta para llevar a Lainier hasta Berllerak, mientras le hablaba al herido:

—No puedes palmar ahora, ¿me oyes? ¡Berllerak no me llamaría para trabajar con el Cuerpo!

Al cabo de unos segundos, vieron a Tete y el Kapitán a diez metros de distancia.

—¡A la enfermería! —dijo Tete, señalando una puerta a su derecha.

—¿Entonces se pondrán bien? —preguntó Stalker mientras se acercaba.

Tete y el Kapitán hicieron una mueca de preocupación. Lainier vio otro rastro de sangre que se adentraba en la enfermería: sin duda el de Mendizale. Stalker lo pasó al interior y lo depositó boca arriba sobre una mesa. Lainier vio cómo el cazarrecompensas recogía un tubo de pegamento quirúrgico al vuelo: Berllerak debía habérselo lanzado. El cyborg retiró parte de la gasa delantera y comenzó a aplicar pegamento, pero el tubo estaba casi acabado.

—¡Racionalo! —era la voz de Berllerak—. ¡No hay más!

—¡Esto es una puta enfermería! —se quejó Stalker.

—¡No han repuesto el material!

Lainier trató de hablar:

—C..

—¿Qué dices? —Night Stalker acercó la oreja izquierda a la boca de Lainier, mientras seguía aplicando el pegamento.

—¿Cómo... está ella...?

—¡Deja de hablar, Lai! —ordenó Berllerak.

Lainier intentó mover el cuello de nuevo para ver al cibernético, pero era inútil.

—Voy a darte la vuelta para taponarte el otro lado —dijo Stalker.

—Inclínate... hacia la izquierda... —murmuró Lainier mientras escuchaba ruidos por la sala, como si alguien estuviese poniendo patas arriba el lugar.

El cazarrecompensas obedeció, pero Lainier sólo vio camillas vacías y una serie de gotas de sangre en el suelo que se perdían más allá del raballo de su ojo izquierdo.

—Qué... sucede.. —murmuró Lainier.

—Creo que el haz te ha podido rozar la columna —dijo Stalker mientras aplicaba el pegamento—. Por eso tienes problemas de movilidad. Y te han dicho que no hables, cabezón.

—Me refiero a... qué sucede con... ella...

—Joder, no lo sé. Berllerak la ha tratado, eso es todo.

A Lainier le dio la sensación de que eso no era todo. Al fin y al cabo, Mendizale había sufrido una herida aún peor y encima la enfermería era precaria. Lo único que la chica tenía a su favor es que Berllerak se estaba centrando en ella: Lainier esperó que fuera suficiente.

—¡¡No me jodas!! —el grito de Berllerak intranquilizó sumamente a Lainier.

El líder del Cuerpo de Asalto trató de hablar de nuevo, pero tosió sangre y no pudo decir nada más. La cabeza le daba vueltas. Juraría que escuchaba la voz de Berllerak, que debía haber regresado junto a él, pero no estaba seguro. Todo se desvanecía. "Así que la muerte es esto", pensó. "No es justo. Ahora no. Ni siquiera sabré si están bien. No es justo. No es jus..."

La oscuridad se adueñó de él.

Cuando el líder del Cuerpo de Asalto despertó, estaba tumbado en una cama de una habitación individual de hospital. Tenía la espalda apoyada unos veinte grados sobre la cabecera reclinable y vestía sólo con un pantalón negro. Reconoció el lugar como el hospital militar de Cyborg Inc. en Thuris. Berllerak estaba sentado en una silla anatómica a su izquierda, con el rostro muy serio, exactamente el que tenía antes de que Lainier perdiera la consciencia.

—¿Y Mendizale? —preguntó Lainier.

—Viva —respondió Berllerak.

—¿Estamos en casa? —preguntó Lainier mientras se subía el camisón del hospital y examinaba los vendajes alrededor del cuerpo.

—Sí.

—Menos mal... —Lainier respiró tranquilo, pero Berllerak seguía teniendo una cara espantosa—. ¿Qué sucede?

—Lai...

—¿Qué sucede? —Lainier estaba muy tenso. Esta situación le resultaba familiar, y no le gustaba en absoluto.

—Antes de nada, quiero que sepas que... nadie tiene la culpa de nada. VanderHall está satisfecho con los informes, y

el de Olmaly nos alaba...

—¿¿Qué ha pasado??

—Hubo... problemas después que Los disparase. Lainier...

—¡Habla!

—Mendizale está aquí.

—¿Qué?

—Sin medicamentos no había forma de salvarla. Pensé en una transfusión de sangre, pero ella es un clon de tercera generación y a lo mejor podría haber muerto. Sólo había una solución: meterla en una cápsula de soporte vital en la nave. Además no podíamos llevarla a otro planeta: los de la Asociación podrían haber detectado la nave, y el Xenoespacio no es fiable. Por eso ha venido con nosotros.

—¡Pero la hemos arrancado de su universo!

—Era eso o la muerte, Lai.

—Pero hay algo más, ¿verdad? No me creo que tengas esa cara sólo por eso.

—Lai... Cuando activé la cápsula de soporte vital y analicé el oxígeno de reserva de la nave... Los tanques estaban vacíos. No los habían rellenado.

—¿Qué quieres decir?

—El único aire que tendríamos disponible durante el viaje a casa sería el que ya había dentro la nave, porque no había forma de introducir aire del exterior en los tanques de oxígeno. Hice un cálculo: el aire sólo daba para siete personas, incluyendo a Mendizale, y aún así iríamos muy ajustados.

—Nononononono... —comenzó a decir Lainier, negando con la cabeza. Ya se imaginaba a dónde iba a parar esto.

—Lainier... Tete decidió quedarse. Y también el Kapitán, para que Tete no se encontrase solo en aquel universo, y para asegurarse de que el aire no nos iba justo. Lo siento, Lainier. Se... han quedado allí.

—¡No...! ¡Eso no tenía que acabar así!

—Estoy seguro de que los científicos lograrán recoger antimateria suficiente para volver...

—¡Podrían tardar años!

—Lo... siento...

—Déjame solo.

—Lai... no es tu culpa.

—Debí pensar en el aire...

—Nadie lo pensó...

—Yo soy el líder...

—Lai...

—Déjame solo —repitió Lainier, sin mirar a los ojos a su compañero.

Berllerak se levantó y abandonó la habitación.

Lainier contempló el techo durante diez segundos mientras su semblante se tornaba sombrío. Finalmente cerró los ojos, apretó los dientes y los puños, y gritó con todas sus fuerzas:

—¡¡¡ESTO NO TENÍA QUE ACABAR ASI!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!

Los gritos del líder del Cuerpo de Asalto pudieron escucharse desde todos los puntos del hospital.

Lainier estaba sentado en la barra del bar, un local enorme con capacidad para quinientas personas y más adecentado de lo habitual en Thuris. Vestía completamente de negro y no llevaba gafas. De hecho no había vuelto a ponérselas desde que volviera del otro universo, hace ya un mes. El clon estaba cerca de la entrada del local, unas grandes puertas de madera. El camarero le había servido un whisky doble. Lainier daba vueltas al vaso. De repente, Berllerak entró y se quedó de pie a su izquierda.

—Por fin te encuentro —dijo.

—¿Me has estado siguiendo? —preguntó Lainier sin levantar la vista del vaso.

—Sí. ¿Se puede saber qué cojones haces?

—Beber.

—No. Aún no.

—Dame un segundo —dijo Lainier alzando la copa. Sin embargo, Berllerak puso la mano izquierda en medio—. ¿Qué coño haces?

—Impidiendo que bebas.

Lainier bajó la copa. Berllerak se sentó a su izquierda.

—Te has pasado toda tu vida ofreciéndome alcohol... ¿y ahora que voy a empezar me dices que no beba?

—Porque vas a beber por las razones equivocadas. Se debe beber para celebrar la vida, no para abominar de ella.

—¿Qué mas te da?

—Si te bebes eso, te arrepentirás el resto de tu vida.

—Mi vida no puede ir mucho peor.

—Eso lo dices ahora. Mira, sé que ha sido un duro golpe perder a dos amigos... Pero seguro que están bien.

—Y probablemente nunca los vuelva a ver.

—Nunca se sabe.

—Se quedaron allí por mi culpa.

—Eso no es cierto.

—¿Ah, no? ¿Quién fue quien decidió subirse a la puta nave multiversal?

—Y gracias a eso evitamos una invasión.

—Podría haberlo hecho mejor.

—O peor. Nos salvaste.

—No a todos.

—Y dale.

—He dejado a dos amigos en un universo que no es suyo, y he arrastrado a una chica que arriesgó su vida por nosotros hasta un universo que tampoco es el suyo. ¿Qué dice eso de mi capacidad táctica?

—Por Mendizale no te preocupes. Ha vuelto a la competición con éxito, y creo que está saliendo con alguien. Le va muy bien.

—Como a ti, según tengo entendido.

—Sí. Envié un mensaje a la estrategia de la estación. Ha quedado en venir a verme en cuanto le den un permiso. Pienso ir en serio, ¿sabes?

—Ya sólo falta Night Stalker...

—Hay rumores que dicen que también está saliendo con alguien...

—Bien. Así que todo el mundo es feliz menos yo.

—¿A dónde quieres llegar, Lainier? ¿Pretendes que nos pasemos todo el día lamentando la pérdida de dos hombres? Por supuesto que nos jode, pero tenemos derecho a disfrutar de lo bueno que tenemos, ¿no crees?

—Me has malinterpretado. Lo que quería decir es que yo no tengo nada bueno.

—¿Cómo que no? ¡Aún tienes amigos aquí! ¿O es que no pintamos nada?

Lainier por fin miró a Berllerak, con unos ojos prácticamente desprovistos de vida y energía, casi como los del Presidente.

—Lo siento, pero ahora mismo eso no es suficiente.

—Mierda... —murmuró Berllerak mientras se apartaba de Lainier—. No puedo darte ningún consejo...

—Exacto. No hay solución. Por tanto, se acabó el Cuerpo de Asalto.

—¿Qué?

—Somos dos hombres menos, y de todos modos yo no tengo fuerzas ni ganas de seguir adelante.

—Si... Mendizale se uniera al Cuerpo...

—¿¿Te has vuelto loco?? —Lainier lanzó una mirada feroz a Berllerak.

—Es superior a nosotros.

—Eso sin duda. Pero su lugar no está con nosotros. Su lugar está en la nieve.

—Eso lo tiene que decidir ella, ¿no crees?. Es capaz de hacer ambas cosas perfectamente. Los deportes de nieve son en invierno. Eso deja mucho tiempo libre. Ella en su universo natal competía más a menudo por la facilidad con la que producían nieve artificial, pero aquí es diferente.

—He dicho no. Y ahora, déjame sólo.

Berllerak quitó el vaso a Lainier.

—¿Para que bebas? Nanai.

—¿Y me vas a seguir día y noche para impedirlo?

—No va a ser necesario.

—¿Ah, no? ¿Y por qué?

—Si empiezas a beber te convertirás en un borracho, y yo me enteraré, y cuando lo haga, se lo contaré a todas las personas que has conocido a lo largo de tu vida y que te importan. ¿Cómo lo ves?

Lainier guardó silencio un segundo.

—Muy listo —dijo al fin.

—Y se me ocurre algo más. Vuelve al Cuerpo de Asalto y ayuda a recomponerlo. Habla con Mendizale. No pierdes nada. Luego buscaremos otro miembro más y volveremos a lo más alto. Si no lo haces, le diré a todo el mundo que te has rendido, que has abandonado, que todo te importa un carajo.

—Eso es distinto. Aunque reconstruyera el Cuerpo, no lograría concentrarme, y eso es un peligro.

—El mayor peligro que existe actualmente es que no haya un Cuerpo de Asalto para defender la justicia. Me ha quedado algo cursi, pero es la verdad. Ahora levanta tu culo y vámonos de aquí —Berllerak se bebió de un trago el whisky de Lainier.

—Y eso que dijiste que no tenías consejos que darme... —afirmó Lainier mientras dejaba su asiento.

—No han sido consejos —dijo Berllerak sonriendo—. ¡Han sido amenazas!

—Me sirven —dijo Lainier mientras los dos clones abandonaban el local.

Eran las siete de la tarde del día siguiente. Mendizale había abandonado el gimnasio donde entrenaba y se dirigía con su moto hacia su nueva casa. Había comprado ambas cosas gracias al dinero ganado con las patentes de sus avanzados esquís, bastones y traje protector. De hecho el diseño era realmente suyo: había ideado todo en su universo natal pocos años antes de quedarse atrapada bajo la nieve. Mendizale se detuvo a la derecha ante un semáforo en rojo.

—Buenas tardes —dijo Lainier de repente, de pie junto al semáforo.

—¡Ah, hola! —saludó Mendizale sorprendida—. ¿Qué haces aquí?

—Traigo una oferta de trabajo.

—Espera un segundo —La Dama de la Nieve subió con su moto a la acera, apagó el motor y se quitó el casco—.

¡No me multes por aparcar aquí!

—Toma —dijo Lainier entregando una hoja digital a la chica.

Mendizale leyó el documento.

—¿Esto va en serio? —dijo al fin.

—En realidad no ha sido idea mía.

—¡Entonces no me quieres en el Cuerpo!

—Sí que te quiero, pero no estoy seguro de que sea buena idea. No sé si encajarías.

—Francamente, yo tampoco estoy segura.

—Como imaginaba. Bien, tengo que irme.

—Aún no he dicho que no.

—Pero tampoco sí.

—Hay mucho que considerar.

—Cuando lo consideres, piensa sólo en ti misma. No te unas a nosotros por las razones equivocadas. No nos debes nada.

—¿Y qué pasa con el Cuerpo de Asalto? Tengo entendido que si no encontráis más gente, se disolverá.

—¿No te acabo de decir que no pienses en esas cosas? Quien se una a nosotros debe estar completamente seguro de querer el trabajo.

—El sueldo es bueno... —dijo Mendizale echando un ojo al documento.

—Nos lo acaban de subir por entregar la nave, pero siendo una mierda comparado con lo que ganarás con tus patentes y diseños de equipamiento deportivo.

—Creo que se viaja mucho... Eso me gusta...

—Pero no vamos de turismo. Vamos a detener criminales.

—El horario es flexible...

—Puedes estar meses sin hacer nada y después tener que jugar la vida y la de tus compañeros en unos minutos.

—Lainier... ¿seguro que me quieres en el Cuerpo?

—Tengo que decirte lo que hay.

—¿Y hay algo bueno en todo esto?

—Es un trabajo que permite explotar al máximo tu potencial. No sólo trabajas con compañeros, sino con amigos. Y salvas vidas. A veces unas pocas, a veces incluso millones.

—Todo eso suena bien...

—...Pero no quieres unirme.

—Joer... Ojalá quisiera unirme, pero no.

—Bien. He de irme.

—Lo siento.

—Ahora eres tú la que se disculpa sin motivo.

Lainier se alejó caminando. La Dama de la Nieve alzó la hoja, volviendo a leerla. Pensó en las últimas palabras del líder del Cuerpo de Asalto: "Salvas vidas. A veces unas pocas, a veces incluso millones". Realmente le habría gustado estar preparada para lograr eso. Mendizale volvió a incorporarse al tráfico y pensó en realizar un viaje al norte. Todo era mejor con nieve.

A la mañana siguiente, los clones estaban de pie ante VanderHall, sentado en su despacho, y los rostros mostraban un evidente malestar.

—¿Entonces esto es el fin del Cuerpo de Asalto? —preguntó Berllerak—. ¿No hay forma de reclutar nuevos miembros?

—Ya he contactado con todos los clones con el talento necesario —informó VanderHall—. Todos tienen ya trabajo y están satisfechos con él.

—Normal. Los clones nunca trabajaríamos en algo que no nos gustase. Lo cual me lleva a otra cosa... ¿Qué pasa con nosotros? ¿A qué nos dedicaremos?

—Esperaba que aceptaseis integraros en otras divisiones de la policía. Puede que alguno de vosotros esté pensando en solicitar trabajo en otros Cuerpos de Asalto. Si es el caso, os ruego que lo reconsideréis: Iberia os necesita.

—No tenía intención de irme a ninguna parte, de momento.

—Yo aunque quisiera no podría irme —señaló ElArtista—. Olmaly tiene un buen curro aquí.

—Sin el respaldo del Cuerpo de Asalto, tendré menos facilidades para mis cacerías —se quejó Stalker—. Si veo que tengo mejores perspectivas de trabajo en otro país, me iré. Lo siento.

—En realidad no lo sientes... —señaló Berllerak.

—Yo sí que tengo decidido abandonar la policía —advirtió Lainier. Todos le contemplaron, estupefactos—. Y yo sí que lo siento, pero no pienso integrarme en otro grupo. No tengo ganas, no trabajaría bien.

—¿Y qué coño vas a hacer ahora? —preguntó el comisario.

—Estaré fuera de La Tierra durante un tiempo.

—¿Qué? —todos los presentes mostraron caras de sorpresa.

—Me vendrá bien.

—¿Por dónde estarás exactamente?

—Quizás me de una vuelta por el Xenoespacio.

—¡Ya estuvimos un año por el Xenoespacio! —dijo Berllerak.
—Pero de misión. Esto es distinto.
—Ni siquiera sabes lo que tardarás en volver, ¿verdad?
—Lo que sea necesario.
—¿Lo que sea necesario? —preguntó VanderHall—. ¿Tienes dinero suficiente para deambular por el Xenoespacio durante ese tiempo necesario?
—Algo tengo.
—¿Eres consciente de que si dimites, no tienes derecho a paro ni indemnización?
—Pues despídeme.
—Ah, no, desgraciado. No pienso ponértelo fácil. Eres tú el que quiere irse.
—Bien dicho, jefe —dijo Berllerak.
—Pues yo en su lugar me despediría —dijo Lainier—. Ya leyó mi informe sobre la estancia en el otro universo.
—Un informe desfavorable contra cuatro favorables —dijo VanderHall—. No lo puedo tomar en serio.
—Debería, ya que es mi informe y yo soy el jefe... era el jefe.
—He dicho que no.
—En fin, tengo que prepararme para irme. Nos despediremos cuando lo tenga todo listo.
Lainier salió del despacho.
—Esperad un momento —dijo Berllerak a los demás mientras abandonaba la estancia. Corrió hasta ponerse a la altura de Lainier y le habló—. ¡Oye, espero que esto de pirarte lejos no sea una excusa para beber sin que yo te vea!
—No es eso, no te preocupes. Ese asunto quedó zanjado en el bar.
—¿Entonces para qué te piras?
—A pensar. A hacerme más fuerte. Espero.
—¿Y qué pasa si conseguimos más miembros para restaurar el Cuerpo de Asalto mientras estás fuera? ¡Faltarás tú!
—¡VanderHall ya ha dicho que no hay nadie disponible!
—¡Ahora no, pero pueden pasar muchas cosas en el futuro!
—¡Pues entonces resérvame la plaza!
—¡Es VanderHall quien te la tiene que reservar, y no tienes antigüedad suficiente para obtener la excedencia voluntaria! ¡Si te piras, atente a las consecuencias cuando vuelvas!
—Pues eso, cuando vuelva.
—Más vale que no tardes demasiado, o soy capaz de ir a buscarte y traerte arrastrando de los pelos. Pero de los pelos del escroto.
—No esperaba menos —dijo Lainier mientras salía a la calle dejando a su compañero en el interior con los brazos en jarras.
Berllerak se quedó unos segundos allí plantado, preguntándose sólo una cosa:
"Y ahora, ¿qué?"